



JUAN ANTONIO CEBRIÁN

LA AVENTURA DE LOS CONQUISTADORES

Edición: Manuel de los Ríos, Carlos González
y otros autores de www.biblioteca.com



Annotation

El 12 de Octubre de 1492 el almirante Cristóbal Colón, al mando de tres navíos y un puñado de aventureros, soldados y clérigos, descubría la realidad de un nuevo continente que recibiría más tarde el nombre de América. Aquella tierra se convirtió de inmediato en el paraíso prometido para miles de esforzados soñadores, tan ávidos de aventura y fuertes emociones, como de riqueza y posición social. Hombres que, en todo caso, constituyeron una avanzadilla prodigiosa que abrió los caminos necesarios para el conocimiento y la colonización de un Nuevo Mundo, lo que supuso un cambio trascendental para la historia de nuestra civilización. De la mano de Juan Antonio Cebrián, autor de *La aventura de los godos* y *La cruzada del sur*, entre otros, descubra en estas páginas cómo se vivió semejante peripecia a bordo de la Pinta, la Niña y la Santa María—, los sueños de inmortalidad de Ponce de León; el empuje aventurero de Núñez de Balboa; la rebeldía y el carisma de Hernán Cortés; la tenacidad de Francisco Pizarro y, sobre todo, la ilusión de aquellos conquistadores en la búsqueda de su Grial particular. Déjese llevar por el entusiasmo, reúnase con salvajes indios en inhóspitos o maravillosos paisajes, intérnese por selvas desconocidas y viaje a un escenario virgen dispuesto para el asombro. Sin duda, *La aventura de los conquistadores* se convertirá en sus manos en un auténtico descubrimiento.

JUAN ANTONIO CEBRIÁN

LA AVENTURA DE LOS CONQUISTADORES

Colón, Núñez de Balboa, Cortés, Orellana y otros valientes
descubridores.

Este libro está dedicado a los más de cinco millones de españoles que surcaron las aguas atlánticas durante cinco siglos en pos de un sueño que les procurara una vida digna y razonable. Muchos de ellos murieron en el empeño, pero su sangre regó una tierra fértil que supo aprovechar su empuje para la edificación de un mundo nuevo y abierto a todos. Uno de ellos mantiene hoy en día viva la llama del americanismo, su nombre Miguel de la Quadra Salcedo, fiel émulo de aquellos que abrieron las grandes rutas al conocimiento.

Introducción

El paso del tiempo ha visto nacer y desaparecer innumerables civilizaciones e imperios. En todas las ocasiones surgieron grandes héroes que intervinieron de forma decisiva en el devenir de los acontecimientos, auténticos exploradores que abrieron camino a sus congéneres aunque el propósito inicial no fuera ese.

En los genes del ser humano va implícita la exploración y conquista de objetivos en mayor o menor grado. Hoy en día las fronteras de la curiosidad humana se establecen en el espacio exterior o en las profundidades oceánicas, pero hace quinientos años esto ni siquiera se podía concebir, pues, como es sabido, apenas se atisbaban las ideas primigenias sobre los confines del mundo.

El 12 de octubre de 1492 el genovés Cristóbal Colón descubre para la corona española un Nuevo Mundo que sería conocido más adelante como América.

Era el comienzo de una de las epopeyas más ambiciosas y fascinantes de la historia, con muy pocos ejemplos a los que se pudiera comparar, posiblemente, tan sólo la conquista de Siberia realizada por los cosacos del zar ruso Iván IV el Terrible algunas décadas más tarde.

Colón nunca llegó a pisar las tierras continentales. En sus cuatro viajes costeó las diferentes islas caribeñas sin imaginar que aquellas presuntas Indias occidentales eran una inmensa extensión desconocida hasta entonces para los asombrados descubridores europeos.

América se convirtió de inmediato en el paraíso prometido para miles de aventureros esforzados, quienes con su aliento, determinación y, sobre todo, afán de riquezas constituyeron un ariete prodigioso en este cambio espectacular de la historia.

En ese tiempo España contaba con unos ocho millones de habitantes, la situación económica no atravesaba su mejor momento, la guerra de Granada había agotado las arcas reales y el enfrentamiento directo con musulmanes y judíos sembraba el desasosiego por buena parte de la península Ibérica. En este escenario de incertidumbre la llegada de noticias sobre el reciente descubrimiento fue un viento de alivio para todos aquellos desprovistos de fortuna o anhelantes de horizontes donde plantear una nueva y más lustrosa existencia.

En todo caso, la conquista y colonización de las Indias occidentales supusieron un reto apetecible para miles de personas dispuestas a dejar atrás biografías demasiado grises en busca de futuros luminosos. Nadie discute a estas alturas que los llamados conquistadores no se movieron por ideales ensoñadores, altruistas o religiosos; más bien pretendían la posición social o los tesoros que Europa les había negado. Aun así, es cierto que gracias a su empuje se abrieron

rutas indispensables para que América se convirtiera en una firme realidad como tierra de promisión para incontables desheredados del sistema social.

Es difícil explicar cómo fue posible que unos pocos militares, aventureros y clérigos pudieran sojuzgar en tan poco tiempo a grandes imperios como el azteca o el inca. Esa circunstancia nos hace sospechar con fundamento que esto se produjo gracias a la ayuda de diferentes pueblos disconformes con las potencias precolombinas dominantes.

Núñez de Balboa, Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Jiménez de Quesada y otros tantos como ellos fueron piezas clave en la consolidación del imperio español. Su abnegación y fuerza impulsaron, no sólo la evangelización de un continente entero, sino también el conocimiento científico que llegó con la exploración del medio ambiente y la navegación de nuevos litorales y océanos. Una gesta sin precedentes en un contexto geopolítico sumamente complicado donde nacieron los hombres capaces para emprender la mayor aventura que vieron los siglos.

Ésta es mi undécima obra literaria y le confieso, amigo lector, que resulta, sin duda, una de las más difíciles de toda mi trayectoria como escritor, pues debo narrar con objetividad y rigor avatares, polémicas, injusticias, aventuras... En definitiva, vidas, eso es, vidas de unos hombres pendencieros —en la mayoría de los casos— y nobles, justos y patriotas —en pocas ocasiones—. Pero hay algo que nunca debemos olvidar y es que fueron hijos de su tiempo. Lo que hicieron nuestros conquistadores no difiere mucho de las actuaciones colonizadoras de otras potencias como Inglaterra, Portugal, Francia o Países Bajos. La divergencia entre unos y otros radica en que las posesiones españolas de ultramar quedaron impregnadas, no sólo de masacre, crueldad y explotación, sino también de cultura, idioma, religión...

Le invito por tanto a retrotraerse en el tiempo y a viajar conmigo hasta aquellos fascinantes siglos de la edad moderna. Sepa cómo se vivió el descubrimiento a bordo de la *Pinta*, la *Niña* y la *Santa María*, la inseguridad de Cristóbal Colón, la rebeldía y tesón de Hernán Cortés, la fuerza de Francisco Pizarro y, sobre todo, la ilusión de aquellos conquistadores en la búsqueda de su especial Grial, llamado en esos lares El Dorado, Cíbola o ciudad de los Césares. Déjese llevar por la emoción, reúnase con indios y paisajes, intérnese por selvas desconocidas y viaje a un mundo virgen dispuesto para el asombro. Estoy convencido de que esta aventura de los conquistadores será para usted todo un descubrimiento.

CAPÍTULO I

EL DESCUBRIMIENTO DE COLON

Llegará un tiempo en que gran parte de la tierra vendrá a ser conocida, y un nuevo marinero... descubrirá un nuevo mundo, y Thule dejará de ser la última de las tierras.

SÉNECA, Medea.

Habían transcurrido treinta y tres días desde que una flotilla compuesta por dos carabelas y una nao, bajo pendones de Castilla y Aragón, dejara atrás las costas pertenecientes al archipiélago de las Canarias. Fueron, sin duda, las jornadas más estremecedoras vividas por expedición alguna en aquellos años de expansión geográfica y naval por el globo terráqueo. Los poco más de cien hombres que integraban las tres tripulaciones ardían en deseos de regresar a casa, un clima de sedición inundaba la escuadra y su capitán, don Cristóbal Colón, había agotado la provisión de tretas y excusas en el intento de convencer a los temerosos marineros para que trabajasen un día más, una hora más, un minuto más. No en vano, aquel conglomerado de caballeros, buscavidas y aventureros transitó por mares hasta entonces ignotos y, a decir de las muchas leyendas que adornaban los océanos cuajados de innumerables peligros, éstos, tarde o temprano, se cebarían en ellos. Fue entonces cuando el destino acudió en ayuda de sus trémulas almas sedientas de tangible seguridad y, justo en el momento álgido de la desesperación, una luz lejana vaticinó el hallazgo más inesperado que vieron los siglos. A las dos de la madrugada del 12 de octubre de 1492, año de nuestro Señor, Juan Rodríguez Bermejo —marinero vigía de la *Pinta* y erróneamente conocido más tarde como Rodrigo de Triana— dio la voz de alarma a sus compañeros con el deseado grito de «¡Tierra!». Sin embargo, este protagonista de tan singular descubrimiento no pudo cobrar la recompensa establecida por los Reyes Católicos en diez mil maravedíes para el primero que atisbara suelo firme, pues el propio Colón se arrogó, egoístamente, el derecho de ser el primero en vislumbrar costa, argumentando que él mismo había visto unas luces en la lejanía momentos antes de que el tripulante sevillano diera el aviso. Pocos podían intuir que en ese remoto lugar del planeta Tierra se comenzaban a dar los primeros pasos de uno de los episodios más sorprendentes que jamás vieron los seres humanos. Ocurrió en Guanahaní, una reducida pero exuberante isla del archipiélago que hoy conforma las actuales Bahamas, en un mar al que llamamos Caribe como recuerdo de los aborígenes que habitaban aquellos lares. En dicho día los tres buques de reducidas dimensiones y fletados por la corona

española recalaron en sus costas verdes y frondosas tras varias semanas de singular travesía. Los autóctonos, presas de la curiosidad, se agolparon en las playas para vislumbrar de cerca el prodigio que ante ellos se ofrecía, pues en verdad creyeron que aquella imagen de la que eran privilegiados testigos representaba la llegada sobrenatural de extraños seres barbudos recubiertos de metal a bordo de tres inmensas casas de madera. Algo en todo caso digno de ser contado al calor de sus hogueras tribales en noches propicias para la narración de leyendas cuyos protagonistas provenían del ámbito celestial. Tras el desembarco de los españoles, su flamante almirante tomó con solemnidad posesión en nombre de Castilla y Aragón de la novísima latitud, bautizándola con el esclarecedor nombre de San Salvador. El contacto entre los recién llegados y los indios, como así eran llamados por los europeos, fue sin duda amistoso y pronto ambos grupos se intercambiaron ofrendas en señal de paz conciliadora.

Colón, capitán de la empresa y recién ascendido por su hallazgo a la categoría de gran almirante de la Mar Océana, utilizó toda clase de recursos gestuales para comunicarse y obtener de sus nuevos amigos las máximas indicaciones sobre las pistas que se debían seguir hasta alcanzar el verdadero objetivo de la expedición, que no era otro sino arribar a Cipango (Japón) o Catay (China), con lo que se justificaría, no sólo el mecenazgo de Castilla y Aragón sobre tan magna empresa, sino también su personal certidumbre acerca de la ruta occidental entre el viejo continente y Asia, asunto que abriría inmejorables expectativas de negocio para los patrocinadores de la hazaña y para él mismo. Seguramente, en aquella trascendental jornada, don Cristóbal recordó con una sonrisa irónica todos los avatares y circunstancias por los que había que atravesado hasta llegar a ese punto que él suponía cercano al éxito, dando por buenos los capítulos de ansiedad, incompreensión y desidia a los que había sido sometido por los que no quisieron dar crédito a su arriesgada hipótesis viajera.

No es mucho lo que sabemos sobre los primeros años del hombre que, en etapas sucesivas, llevaría los nombres de Colombo, Colom y Colón; ni siquiera los investigadores históricos más próximos al personaje se ponen de acuerdo a la hora de certificar su lugar exacto de nacimiento. A lo largo de los siglos se especuló con diferentes procedencias dado el extraño hermetismo del que hizo bandera en toda su existencia. Sus escritos fueron siempre en castellano, lo que abonó aún más el campo de la confusión. Muchos pensaron que vino al mundo en Cataluña, y que tras una turbia existencia como corsario combatió a las escuadras aragonesas; otros ubicaron su origen en Mallorca, Ibiza, Galicia, Portugal... Lo cierto es que hasta que aparezcan mejores pruebas, la mayoría de los exegetas colombinos se inclina por la hipótesis italiana y Genova como sitio preferente a la hora de explicar razonablemente la llegada al mundo de don Cristóbal, que aconteció en 1451. También parece confirmado el oficio textil del progenitor, aunque otros aseguran que la familia Colón estaba claramente vinculada a la navegación y de ahí el pronto enrolamiento del joven Cristóbal en

buques que trazaban rutas comerciales por el Mediterráneo. Sea como fuere, el clan de los Colón estaba asentado desde tiempos pretéritos en las aldeas de Quinto y Quezzi, muy próximas a Genova, un dato revelador sobre la raíz italiana del futuro almirante, quien siendo mozo sintió la necesidad de navegar, acaso como esbozo de un propósito que años más tarde conmocionaría al mundo entero. A su faceta inicial como comerciante debemos añadir la de corsario al servicio de Renato de Anjou, en cuyas naves el bisoño marinero, de apenas veinte años, hizo armas y trabó conocimiento por primera vez de los mares atlánticos, los mismos que le condujeron hasta litorales portugueses en 1476, año decisivo para nuestra historia pues en dicha fecha la peripecia vital de Cristóbal Colón dio un giro absolutamente esencial.

Durante sus primeros años de vida en el mar Colón adquirió multitud de conocimientos, no sólo en lo que a la navegación se refiere, sino también en otras disciplinas que a la postre le revistieron de la pátina renacentista tan necesaria para entender el progreso en su tiempo. El muchacho era de naturaleza estudiosa y aprovechó la lenta monotonía de los trasiegos marítimos para robustecer su afán de sabiduría leyendo cuantas obras cayeran en sus manos. Aunque no había recibido educación formal, no tardó en aprender latín y en dominar las teorías cosmográficas que imperaban en la Europa de su tiempo. Posiblemente, su obra literaria favorita y que siempre le acompañó en cada viaje fue *El libro de las maravillas* de Marco Polo, personaje con el que se sentía plenamente identificado, lo que le invitó a soñar con emular algún día las gestas del veneciano, pero en sentido contrario, ya que el célebre explorador había llegado a China por vía terrestre, siguiendo la ruta oriental, y él tenía la convicción de que existía un camino marítimo más corto por Occidente. También llegó a conocer en profundidad las Sagradas Escrituras, en particular los libros proféticos. Tal vez fue esto lo que poco a poco convenció al ambicioso navegante de que Dios lo había elegido para realizar grandes proezas.

En el mencionado año de 1476 la flota corsaria en la que servía atacó a una escuadra comercial italiana que navegaba junto a la costa de Portugal. El barco en el que se encontraba Colón, en el fragor de la batalla, recibió diversos impactos de artillería, lo que provocó un incendio en la nave que hizo temer por su destino. El genovés, viendo que su suerte podría acabar allí mismo, optó por saltar al mar prefiriendo morir ahogado que en medio de aquellas llamas infernales. La distancia respecto de la costa lusitana era demasiado grande, dado que el joven se encontraba a unos catorce kilómetros del litoral y eso en principio se antojaba difícil para cualquiera por muy bien que nadase. Sin embargo, su tenacidad y sus ganas de vivir le hicieron dar una brazada tras otra hasta conseguir llegar a tierra. Completamente exhausto, sintió bajo sus pies la solidez del suelo lusitano. Colón consideró entonces que lo que le había ocurrido no era más que una señal del Altísimo sobre la verdadera misión que él debía asumir en la historia.

Una vez establecido en Portugal, su nuevo país de acogida, se alistó en

diferentes expediciones marítimas. Un año más tarde visitó Thule —nombre atribuido a Islandia y que por entonces la mayoría de veteranos tripulantes consideraba uno de los confines del mundo—. El propio Colón llegó a asegurar que había superado en cien leguas las costas islandesas. Esta aventura debió de significar mucho para el intrépido viajero, el cual entendió que aquella gesta cubría con excelente nota el primer capítulo de su proyecto fundamental. Lo más probable es que al navegar por el océano glacial Ártico conociera las viejas sagas vikingas en las que se referían los hechos protagonizados por los antiguos nórdicos en el siglo x, cuando el navegante Eric el Rojo y su descendencia contactaron con Groenlandia, para más tarde tomar la ruta sur que les condujo hacia tierra continental americana, lugar al que bautizaron con el nombre de Vinland (Tierra del Vino). Lo cierto es que Colón creyó a pies juntillas los relatos vikingos que demostraban su particular teoría sobre la existencia de Tierra Firme más allá del Atlántico, justo el camino que él pretendía trazar hacia Asia oriental.

En 1479 se casó con la noble dama portuguesa Felipa Moniz de Perestrelo, hija de un antiguo gobernador de Porto Santo, experto marino y aficionado cosmógrafo. La suegra de Colón le entregó a éste todos los mapas y papeles de su difunto marido. Y es de suponer que entre los legajos encontrara algo más que datos náuticos o cartografías conocidas. Muchos piensan que el suegro de Colón tenía conocimientos certeros sobre la realidad de un nuevo continente al otro lado del Atlántico y que dichos saberes sirvieron para que el futuro almirante ampliara su perspectiva del magno viaje que ya estaba perfilando en su mente.

Don Cristóbal se asentó con su esposa varios años en Madeira, donde posiblemente ultimó los detalles de su ya fortalecido plan de actuación. En las Azores no dejó de escuchar atentamente los fantásticos relatos ofrecidos por veteranos marineros, los cuales aseguraban con vehemencia que tras jornadas envueltas por tormentas y vientos, algunos barcos eran desplazados en sentido contrario al continente africano dando con sus maderas en unas tierras desconocidas de las que pocos sobrevivían para contarlo. A estos detalles, más o menos fabulados, Colón añadió otras pruebas, como la presencia en Madeira o Canarias de figurillas labradas, que aparecían en las playas después de violentas tempestades y que, al parecer, no se identificaban con culturas conocidas. Asimismo, los lugareños contaban que en ocasiones surgían de las aguas cadáveres con rasgos diferentes al de los africanos, lo que abonaba aún más el misterio en torno a lo que podía encontrarse yendo hacia Occidente.

Otros hombres habían escuchado esos cuentos con relativa indiferencia. ¿Y qué si había tierras distantes al oeste? Los marineros portugueses habían descubierto ya las islas de Cabo Verde y las Azores. Posiblemente habría otras islas aún más lejos. Pero ir deliberadamente en su busca era tarea tan desesperada como la de encontrar trigo en el desierto más desolador. Colón, sin embargo, escuchó estos relatos con ávido interés, pues materializaban la existencia de sus postulados geográficos. Irónicamente, estas teorías —que en

última instancia le llevarían a descubrir el Nuevo Mundo— se basaban en un cúmulo de falsas informaciones y conclusiones erróneas. Colón había grabado a fuego en su mente los textos apócrifos en los que se decía: «El tercer día Tú ordenaste que las aguas se congregaran en la séptima parte de la Tierra: seis partes Tú has desecado...». Sobre la base de estas líneas, él había llegado a la conclusión de que, de las siete partes del globo, seis estaban hechas de tierra seca y la séptima de agua. Al igual que la mayoría de los hombres cultos de su tiempo, Colón aceptaba el hecho de la circunferencia de la Tierra, por lo que le parecía perfectamente lógico que las masas continentales de Europa, África y Asia ocuparan, en conjunto, los requeridos seis séptimos del globo. Si todos los océanos ocupaban la séptima parte restante, el Atlántico no podía ser tan grande después de todo. En realidad, su estudio de las obras de Ptolomeo y Marco Polo le había hecho llegar a la conclusión de que la tierra comprendida entre África occidental y Asia oriental se extendía hacia el este en una distancia superior a 280° de un total de 360° que comprendía la circunferencia de la Tierra. De esta suerte, razonaba, la distancia en dirección oeste desde África occidental hasta Asia oriental podía ser recorrida en un viaje de menos de 80° de longitud.

Sólo quedaba traducir esa cifra a millas. Aquí cometió un grave error. Ignorante de que la milla árabe es más larga que la europea, utilizó la cifra árabe de sesenta y dos millas y media por grado de longitud en el ecuador —en el ecuador hay en realidad sesenta y nueve millas europeas por grado de longitud—. Entonces, decidiendo que el primer viaje transatlántico convenía hacerlo en la latitud de las Canarias, donde un grado de longitud es más pequeño que en el ecuador, recortó aún más la cifra hasta cincuenta millas por grado de longitud. Multiplicando cincuenta millas por 80° de longitud, obtuvo el resultado de cuatro mil millas como medida de la distancia existente entre las Canarias y Asia Oriental.

Colón se mostraba un tanto impreciso sobre el destino último de su viaje, pues él, como la mayoría de la gente en la Europa del siglo XV, sólo tenía una vaga idea sobre la geografía del lejano Oriente. Describía, pues, su meta alternativamente como Catay (China), Cipango (Japón), India (las Indias) o el Imperio del Gran Khan. No obstante, sabía en líneas generales lo que quería, consiguiendo, gracias a sus dotes de comunicador verbilocuaz, que otros también se interesaran en el proyecto debido a sus magistrales pero enigmáticas exposiciones públicas.

El desdén portugués

Cristóbal Colón era un hombre apuesto, carismático y con un extraordinario don de gentes. Su apariencia física lo ayudaba, ya que poseía elevada estatura, rostro agraciado y cabellos rojizos, a lo que se sumaba su innegable elegancia y un gusto exquisito a la hora de elegir sus vestimentas.

No es de extrañar por tanto que muy pronto las jóvenes damas de la corte portuguesa se interesaran en conocer un poco más sobre aquel excéntrico navegante con ínfulas de conquistador en todos los sentidos. Con frecuencia visitaba uno de los conventos de Lisboa donde se reunían las damitas más distinguidas de la corte. Una de ellas, Felipa Moniz de Perestrelo, le concedió su amor y de paso el acceso directo al príncipe Juan, pieza indispensable para afrontar cualquier empresa en el futuro. Sobre los padres de Felipa ya hemos hablado en líneas anteriores, y acerca del inminente «rey perfecto» de Portugal cabe mencionar que si en principio se interesó por las historias del genovés, más tarde, una vez proclamado monarca, abandonó la atención hacia el navegante para centrarse más en el asesoramiento que le daban sus notables de confianza, y éstos aconsejaron al soberano no atender más narraciones fantásticas, para sí, en cambio, patrocinar asuntos promovidos por los grandes y exitosos navegantes lusos del momento, cuyos hechos eran más demostrables y beneficiosos que cualquier propuesta aportada por un «iluminado», como alguno calificó a Colón. Lo cierto es que el genovés intentó de forma infructuosa convencer al rey portugués durante siete años.

Ignoramos la manera en que expuso sus ideas; pero, como era dado al secreto por una parte y a la exageración por otra, razonablemente podemos suponer que las presentó con ciertas significativas omisiones y con adiciones fantasiosas. Sin duda que se reservó los que creía puntos principales en que se asentaba la evidencia de la nueva ruta marítima, temiendo que otros pudieran apropiarse de sus informes y arrebatarle así la gloria del descubrimiento. Y, con el fin de ganarse el apoyo de Juan, seguramente fantaseó sobre la fabulosa riqueza de Oriente y enfatizó las ventajas que a Portugal se le derivarían de usar la ruta que él sometía a estudio. El rey, sin embargo, no quedó convencido por los argumentos de Colón. Más aún, quedó boquiabierto de asombro por el alto precio que este marinero de fortuna fijó a sus servicios. Colón pedía nada menos que una ejecutoria de nobleza, el título de almirante, el virreinato de todas las tierras que descubriera y un diezmo del valor de todas las cosas provechosas que en ellas se encontraran.

No obstante, el rey Juan no rechazó de plano el proyecto hasta 1482, en que una asamblea de sabios lo declaró imposible. Desilusionado en Portugal, Colón decidió ofrecer sus ideas a otros monarcas. En 1485, ya viudo y padre de un hijo por quien velar llamado Diego, se dirigió a España, reino recién unido mediante la

fusión de Castilla y Aragón por el matrimonio de sus reyes Isabel y Fernando. En la recién nacida potencia encontró sus primeros amigos entre los cultos franciscanos de La Rábida. Precisamente dos de estos monjes, Antonio Marchena y Juan Pérez, fueron los primeros en avalar la hipótesis colombina abriéndole paso hasta nobles cercanos a los monarcas hispanos. Mientras esto ocurría don Cristóbal viajó por Andalucía y se enamoró de doña Beatriz Enríquez de Arana, hermosa mujer con la que tuvo a su segundo vástago, bautizado con el nombre de Hernando. En estos años Colón conoció a fondo los ambientes portuarios de Sevilla, Cádiz y Palos, creando amistad con algunos de los marinos que posteriormente le acompañarían en su decisiva singladura. Todos ellos quedaron impresionados por su visionario proyecto y lo presentaron a ciertos aristócratas que tenían acceso a los reyes. De esta forma tuvo Colón la segunda oportunidad de presentar sus teorías a la realeza. Una vez más expuso su gran plan, con misterio, reservas y pompa; de nuevo pidió por sus servicios el mismo precio exorbitante y se mantuvo pertinaz en su empeño, sin éxito alguno, durante seis años. A decir verdad, en 1488, pensó seriamente en volver con su idea a Portugal; pero, aunque el monarca luso manifestó su deseo de recibirle, aquél se abstuvo de comparecer, acaso por las noticias enviadas por su hermano Bartolomé, quien ofreció la empresa al rey de Inglaterra, Enrique VII, el cual, finalmente, tampoco quiso saber nada de la singular aventura.

Mecenazgo para una ilusión

En 1492 el largo batallar de Colón, súbita e inesperadamente, encontró su recompensa. En enero de ese año, las tropas de Fernando e Isabel conquistaron la ciudad de Granada, último reducto musulmán en la península Ibérica, con lo que se ponía fin a casi ocho siglos de guerra y devastación. Los reyes, eufóricos por esta victoria, decidieron patrocinar el proyecto de Colón y garantizar que tuviera barcos, hombres y abastecimientos. Incluso aceptaron —virtualmente sin reservas— sus desafortunadas condiciones. En abril se firmaron las Capitulaciones de Santa Fe, un contrato entre la corona y Cristóbal Colón por el cual los reyes se reservaban la titularidad de lo descubierto a cambio de su aportación económica a la empresa. Colón también salió muy beneficiado: al concederle el nombramiento de virrey perpetuo, gobernador de cualquier tierra que encontrara y almirante heredero de la Mar Océana, además de recibir un 10 por ciento de las ganancias del tráfico y el comercio.

Para finales de julio ya tenía armadas y abastecidas dos carabelas, la *Pinta* y la *Niña*, y una nao, la *Santa María*, alistados ochenta y nueve tripulantes de toda suerte y condición, incluidos algunos reos que, a cambio de libertad, eligieron participar en la magna empresa. Asimismo, una veintena de caballeros, funcionarios e hidalgos aceptaron gustosos formar parte de la aventura sirviendo a los reyes o a sus propios intereses. En total, más de un centenar de hombres integraron la primera expedición oficial europea que zarpó rumbo al Nuevo Mundo; aunque en esos días nadie podía imaginar que esto fuera así. El puerto elegido para la salida de las naves fue el de Palos (Huelva), menos importante que Cádiz o Sevilla, pero libre de una cuestión que no podemos pasar por alto: en ese tiempo miles de judíos estaban utilizando los principales puertos del sur peninsular para salir del país que les había expulsado, y el puerto onubense más alejado de las costas africanas, lugar de destino para los hebreos, se encontraba libre de estos forzosos tránsitos y más cercano, por añadidura, al primer objetivo de la navegación situado en las islas Canarias.

A principios de agosto de 1492, los tres buques a las órdenes del almirante Cristóbal Colón —como ahora se titulaba a sí mismo— estaban listos para zarpar. Su nave almirante, de la que era también capitán, era la *Santa María*, que medía treinta y cinco metros de eslora y dieciocho y medio de manga. Sus tres mástiles armaban velas cuadradas. La *Pinta*, más rápida pero menos de la mitad de larga que la capitana, llevaba aparejos parecidos. La tercera nave, la *Niña*, era aún más pequeña que la *Pinta* y convencionalmente armaba aparejo latino. El almirante estaba muy satisfecho con sus lugartenientes. Tanto Martín Alonso Pinzón —capitán de la *Pinta*— como su hermano Vicente —capitán de la *Niña*— eran marineros experimentados. Estos ilustres marinos habían aportado gran parte del

respaldo financiero para el viaje y estaban dispuestos a garantizar el éxito del mismo.

Al alba del viernes 3 de agosto de 1492, Colón dio la señal de zarpar y, con las velas hinchadas al viento, se hizo a la mar la pequeña flota. Cada una de las naves portaba cañones y llevaba en su almacén suministros para seis meses. A bordo había también pequeños artículos y fruslerías preparados para el intercambio comercial con las presuntas gentes bárbaras que se podrían encontrar en alguna isla a mitad de camino antes de llegar al esplendoroso Oriente. La corta travesía a las Canarias debía ser rutinaria y tranquila, pero no lo fue, pues la *Pinta* rompió dos veces el gobernalle, lo que originó enojosas demoras. Luego hubo tres días de calma chicha que mantuvo inmóviles a las tres naves. Cuando la flota llegó al puerto canario, tuvo que esperar un largo mes hasta que se completaron las reparaciones efectuadas en la *Pinta*. Colón, presa de la impaciencia, sólo encontró consuelo en el hecho de que la obligada demora permitió cambiar las velas latinas de la *Niña* por velas cuadradas, lo que aumentaría la velocidad.

Hasta el jueves 6 de septiembre las naves colombinas no pudieron proseguir viaje. Poco a poco «las Afortunadas» iban quedando atrás, mientras un extraño sentimiento de temor se adueñaba de los tripulantes embarcados en aquella incierta singladura. Y es que no faltaron rumores desde el principio sobre el propósito final de aquella insólita expedición tan alejada de convencionalismos. No en vano, iba a ser la primera vez que naves europeas transitaran el Atlántico con la única guía de un presunto visionario imbuido en sus propios pensamientos de grandeza. Aun así, continuaron surcando las aguas del archipiélago canario ofreciendo una mirada nostálgica hacia Hierro, la isla más occidental y último lugar de tierra firme que los marineros verían en varias semanas. No todos compartían la fe de Colón en el éxito del viaje. Su inquietud no tenía nada de sorprendente porque, aunque la mayoría de ellos estaban familiarizados con los métodos de la navegación en los que se orientaban por el sol, las estrellas y la brújula, pocos habían navegado tanto tiempo sin poder avistar tierra. Ahora, enfrentados con mares desconocidos y siniestros, no contaban con otra cosa que les ayudara a encontrar la ruta en el viaje de ida y de vuelta. Sólo Colón se mantenía firme en su creencia de que el viaje les llevaría sanos y salvos a su destino. Su fe en la empresa era inmovible como determinada su fuerza e inquebrantable su coraje.

La flota llevaba el rumbo latitud 28° norte. Colón había elegido este rumbo después de llegar a la conclusión, tras la lectura de un pasaje del libro de Marco Polo, de que siguiendo en esta latitud iría a dar directamente con Cipango (Japón), la gran isla que distaba dos mil cuatrocientos trece kilómetros de la costa de Catay (China). Así que el almirante y sus oficiales se aferraron con decisión a este rumbo. En la elección tuvieron mucha suerte, pues gracias a ello se mantuvo la flota en el cinturón de los vientos alisios, favorables a la navegación en esa

época del año y, a fin de evitar mayor temor entre la marinería, se ordenó navegar a todo trapo, día y noche, a lo largo de setecientas leguas, para luego hacerlo de sol a sol. En todo momento el genovés se mostró cauto y no realizó ningún tipo de promesas a sus hombres, dejando que la tripulación abrigara sus propias conjeturas sobre las decisiones adoptadas por su capitán. Colón acertó en sus cálculos de que al seguir tal estratagema mantendría la calma de la tripulación durante muchos días. Sin embargo, ¿qué ocurriría luego? Bien estaba llevar a su ánimo la convicción de que avistarían tierra al cabo de setecientas leguas, pero ¿qué iba a pasar si esto no se producía? Después de todo, Cipango estaba probablemente de las Canarias más de mil leguas y, aunque Colón esperaba dar antes con alguna isla, no estaba seguro de que se cumplieran sus previsiones y existía la estremecedora posibilidad de que la tripulación se amotinara. Para impedirlo, recurrió al ardid de llevar dos libros de navegación: uno, para sus propios cálculos, que registraba la distancia real cubierta cada día por la flota y, otro, accesible a la marinería, que daba una versión reducida de la distancia cubierta. Con esto el almirante abrigaba la ferviente esperanza de que, a la vista del segundo libro, sus hombres estuvieran esperando completar las primeras setecientas leguas cuando en realidad ya habían recorrido más de ochocientas. Entre tanto se presentó en el viaje otra fuente de inquietud. A lo largo de la costa atlántica de Europa la aguja de la brújula apuntaba siempre un poco al este del norte. Pero, a los cuatro días de desaparecer Hierro de la vista, Colón empezó a comprobar que dicha aguja apuntaba considerablemente al oeste del norte. Esta situación trascendió a los hombres, los cuales mostraron un evidente nerviosismo, pues por entonces la pequeña escuadra se encontraba en medio del Atlántico y a merced de evidentes peligros. Desde luego no era el mejor momento para toparse con el problema, hasta entonces desconocido, del magnetismo de la tierra. Colón, estremecido por el inesperado descubrimiento, aceptó que ya no podía confiar en su brújula y fió su suerte a la tradicional posición de la estrella Polar en el firmamento. De esa guisa los tres barcos y sus temerosos tripulantes llegaron a las aguas cubiertas de algas del mar de los Sargazos en la zona occidental del Atlántico; para entonces, el miedo y la desesperación habían hecho presa en casi todo el mundo. Los oficiales españoles comenzaron a murmurar que había llegado la hora de enfilear proa hacia casa, los convictos suspiraban por la seguridad del calabozo y los honrados marineros añoraban la monótona rutina del comercio en las aguas costeras. Para levantar sus desmayados espíritus, Colón les animó a mirar de cerca la maraña de algas que flotaba a su alrededor, asegurando que parecía verde hierba recién llegada de tierra. Los Pinzones fueron en efecto quienes, algún tiempo más tarde, llamaron la atención sobre la importancia que tenía el hecho de ver bandadas de aves y «chaparrones sin viento». Ambos fenómenos eran señales inequívocas de que la tierra no podía encontrarse lejos.

La tarde del 25 de septiembre, Martín Alonso Pinzón gritó desde el castillo de la *Pinta* que había avistado tierra. La flota cambió inmediatamente de rumbo y

puso proa en la dirección indicada. Pero la luz del siguiente amanecer sólo reveló un horizonte ininterrumpido de mar y cielo. El desengaño de la tripulación se tornó en ira contra su capitán y algunos empezaron a sugerir el amotinamiento. Los Pinzones, alarmados por el trance, defendieron ante Colón la decisión de colgar a los cabecillas. El almirante, en cambio, decidió pasar por alto la deslealtad de los conspiradores siempre que éstos accedieran a seguir navegando unos cuantos días más. Adivinando que no encontrarían piedad a manos de los Pinzones si se rebelaban contra Colón, los sediciosos aceptaron su ofrecimiento y la flota siguió adelante.

Tierra a la vista

El 7 de octubre, dejándose orientar por el vuelo de una bandada de aves, el almirante cambió el rumbo en dirección suroeste. Varios días más tarde empezaron a verse flotando en el agua ramas y cañas. La tierra no podía estar lejos. La noche del 11 de octubre, poco antes de la medianoche, Colón creyó haber visto brillar tenuemente en la distancia la luz de un fuego, aunque sólo hubo otra persona en la *Santa María* que afirmara haber distinguido también esa luz. A la mañana siguiente un cañonazo —señal convenida como aviso de haber visto tierra— tronó en la proa de la *Pinta*. Éste fue sin duda el momento supremo para Cristóbal Colón. Por fin, tras los días más angustiosos de su existencia, encontraba recompensa a sus esfuerzos y sueños. Lo que nunca sabría es que no había contactado con la buscada Asia, sino con un enorme y maravilloso Nuevo Mundo, y que además otro océano le separaba de las pretendidas tierras de Oriente. En realidad la expedición colombina había arribado a las costas de Guanahaní (San Salvador), en las Bahamas, sita a ochocientos cuatro kilómetros al suroeste de Florida.

En la mañana del 12 de octubre el ya proclamado almirante de la Mar Océana y sus hombres desembarcaron en la isla tomando posesión de ella en nombre de los reyes Isabel y Fernando. Miraban el acto con curiosidad los cobrizos habitantes de la isla, que se habían congregado para contemplar la llegada del hombre blanco. Colón no tardó en hacer amistad con ellos y hasta algún negocio, intercambiando artículos de poco valor por loros y pequeños ornamentos de oro.

Los siguientes días los españoles exploraron Guanahaní y otras islas de las Bahamas. En vano buscaron alguna mina de oro; sin embargo de inmediato se percataron que aquellos lugares estaban dotados de una inmensa riqueza natural de la que se podría obtener un inmejorable negocio. Los indígenas le dieron a entender que había otra isla muy grande (Cuba) al suroeste. Así que el 23 de octubre, después de escribir en su diario que «debe ser Cipango, a juzgar por lo que esta gente me dice de su tamaño y riqueza», se hizo a la mar llevándose siete indios en calidad de oportunos guías. Al cabo de una semana había llegado a Cuba e iniciado su exploración, constatando que la costa septentrional cubana era tan larga, que no se podía tratar de Cipango, sino del borde del mismísimo continente asiático. Quizá, incluso, se encontraba en los límites costeros del imperio del Gran Khan.

Lo cierto es que los expedicionarios quedaron complacidos por la belleza del país y el encanto de sus hombres y mujeres, con algunos hallazgos sorprendentes como los efectuados por Rodrigo de Jerez y Tuis de la Torre, los cuales vieron cómo los indios portaban extraños tizones humeantes en sus manos que se llevaban reiteradamente a la boca; fue la primera vez que los europeos vieron el tabaco.

A pesar de todo, Colón sentía verdadera necesidad de seguir adelante. Si ésta era en verdad la tierra de Catay, Cipango no podía hallarse muy lejos. Eso mismo debió de pensar Martín Pinzón, quien, en un gesto inesperado, tomó a sus hombres y a su carabela la *Pinta* y zarpó por su cuenta mientras Colón, que se encontraba cartografiando la costa norte de Cuba con la *Santa María* y la *Niña* no pudo seguir a su díscolo capitán a causa de los vientos contrarios que imperaban en la zona.

A principios de diciembre, no obstante, se las arregló para llegar a Haití, la gran isla situada al suroeste de San Salvador. La isla, que 'le pareció aún más placentera que Cuba, debía de ser sin duda Cipango, pues aquí abundaba el oro. Lo cierto es que los nativos no tenían el menor inconveniente en cambiar el precioso metal por las bagatelas que Colón portaba. Durante su estancia en Haití, tomó nota con deleite de los valles cultivados, los bosques de maderas preciosas y el espléndido clima. En reconocimiento al reino europeo que había patrocinado el viaje, bautizó a la isla con el nombre de La Española.

Sin embargo, un hecho nubló el feliz encuentro con este vergel, pues en la víspera de Navidad la *Santa María* se vino a pique sin motivos aparentes. Según parece, esa noche estaba tranquila y las aguas mansas, lo que facilitó una rebaja de la vigilancia en el buque encomendándole esa tarea a un muchacho inexperto que no supo o no pudo advertir que la fatalidad se adueñaba de la nao capitana hasta hundirla en las poco profundas aguas haitianas. A pesar de los denodados esfuerzos, los expedicionarios españoles no pudieron reflotar la nave, aunque consiguieron extraer de ella buena parte de su madera y bastimento, con lo que se empezó a construir un pequeño fortín al que Colón dio el nombre de Navidad en recuerdo del aciago día. Fue de facto el primer asentamiento español en la futura América y en él quedaron instalados treinta y nueve voluntarios que se presentaron como ocasionales colonos primigenios en aquella latitud.

Colón, por su parte, decidió no extender por más tiempo la empresa y con el resto de los tripulantes subió a bordo de la *Niña* para regresar a España dispuesto a recibir los honores y prebendas por su incalculable éxito. El 16 de enero de 1493, cuando se hizo a la mar, Colón no abrigaba el menor temor o escrúpulo sobre la suerte que pudieran correr los hombres que dejaba en la isla. Ésta era fértil y los indígenas se habían mostrado amistosos y serviciales. Mas, cuando volvió a Haití el año siguiente en su segundo viaje, descubrió horrorizado que todos y cada uno de los asentados habían perecido a manos de los nativos.

El 18 de enero de 1493, dos días después de zarpar para España, el almirante se dio de bruces con la *Pinta*. Tuvo una breve, aunque áspera, discusión con el fugitivo Martín Pinzón y dio la orden de que en adelante las dos naves navegaran juntas. El viaje de vuelta se hizo por latitud más septentrional que el viaje de ida y en las últimas etapas de la travesía las dos naves tropezaron con peor tiempo. Las carabelas hacían mucha agua y, cuando en el mes de febrero se abatió sobre

ellas una gran tormenta, apenas hubo hombre a bordo que no temiera por su vida. Pareció, pues, un milagro cuando, el 18 de febrero, avistaron Santa María, la isla más meridional de las Azores. Aquí echaron ancla las embarcaciones y Colón dio permiso a sus hombres para ir a tierra, buscar una iglesia y dar gracias a Dios por haberles salvado. Al gobernador portugués de la isla, sin embargo, no le hizo mucha gracia la presencia de dos navíos españoles en aguas portuguesas. Así que, por orden suya, los marineros que pretendían visitar un templo fueron a dar con sus huesos en la cárcel y no salieron de ella hasta después de varios días de negociación, en el transcurso de la cual Colón tuvo que presentar al gobernador los documentos de Fernando e Isabel que demostraban su condición de almirante y virrey.

Una furiosa tormenta se estaba incubando. Pero, a la vista del trato poco hospitalario que había dado el mandatario luso a sus hombres, Colón decidió levar anclas a toda prisa sin hacer caso del tiempo. Los vientos tenían tal violencia que, aun con los mástiles desnudos, las carabelas fueron empujadas hacia el este con peligrosa rapidez durante varios días. La tormenta separó las dos naves; la *Pinta* fue a recalar en Bayona (Galicia), donde Martín Pinzón, gravemente enfermo, solicitó audiencia con los Reyes Católicos a fin de dar cuenta sobre la buena nueva. Sin embargo, los soberanos hispanos denegaron la entrevista a la espera de noticias por parte del propio Colón. Éste, al mando de la *Niña*, se internó el 4 de marzo por la desembocadura del Tajo en la costa de Portugal hacia Lisboa, donde se le acercó un navío armado portugués cuyo capitán subió a bordo y pidió a Colón explicaciones sobre su presencia en aguas del país. El orgulloso almirante se negó a justificar su presencia ante un simple capitán de barco perteneciente a un reino que había rechazado despectivamente su gran proyecto. Se limitó a enseñar sus credenciales y luego despachó una carta al rey Juan con el relato de su viaje.

El soberano portugués, lamentando sin duda la ocasión que había perdido de patrocinar la gesta, aunque lleno de admiración por la bravura de aquel hombre, lo invitó a visitarlo en su corte. Aquí trataron al almirante con toda consideración y respeto, aunque no hay que olvidar que algunos nobles sugirieron al rey la posibilidad de asesinar al descubridor para apropiarse del protagonismo de aquella espectacular hazaña. Juan II desestimó esta villanía que, a buen seguro, le hubiera enemistado con sus poderosos vecinos y dejó marchar sin más al hombre más importante del momento.

Finalmente, el 15 de marzo de 1493 y con escasas horas de diferencia la *Pinta* y la *Niña* atracaban en medio de alegres vítores en el puerto de Palos. Tan sólo traían del arriesgado viaje unos cuantos animales exóticos, alguna pieza de oro y a siete asombrados indígenas como testigos de la gesta. Sin dilación, Colón solicitó el pertinente permiso de audiencia con Isabel y Fernando, que por entonces se encontraban en la ciudad de Barcelona. Los Reyes Católicos no permitieron al genovés que éste llegara a la capital condal a bordo de navío alguno, obligándole

a cruzar todo el territorio peninsular.

A finales de abril Cristóbal Colón se presentó ante los sonrientes monarcas que habían avalado su proyecto. Estos hicieron demostraciones de júbilo por el éxito del viaje y por las perspectivas que se abrían para el comercio con las Indias. En prueba de gratitud al valeroso almirante de la Mar Océana le recompensaron y honraron con generoso alarde. Y, como era lógico, se solicitó con premura la certificación papal sobre aquel deslumbrante evento. El documento vaticano fue sellado por el papa Alejandro VI, no sin alguna alteración, durante el mes de mayo y al poco se ordenó la preparación de una segunda expedición rumbo a las nuevas tierras.

El segundo viaje

Con evidente emoción todos los artífices del descubrimiento colombino se pusieron manos a la obra y, alentados por la celeridad impuesta desde la monarquía, se pertrecharon diecisiete buques con unos mil quinientos tripulantes, clérigos, soldados y colonos. Eran los elegidos para levantar los primeros asentamientos en el Nuevo Mundo. En este segundo periplo embarcaron personajes que luego dejarían su impronta en aquellos capítulos iniciales de la conquista: Juan de la Cosa, Ponce de León, Alonso de Ojeda, el médico Diego Álvarez Chanca, Michele de Cúneo o el propio progenitor del célebre fray Bartolomé de Las Casas. Juntos embarcaron en los navíos que zarparon desde los puertos de Cádiz y Sevilla.

La misión estaba marcada por dos directrices esenciales: evangelizar a los nativos considerados ahora nuevos súbditos de la corona española y crear los caminos necesarios para el comercio con las Indias. La flota zarpó el 25 de septiembre de 1493 con un Colón más que ilusionado por el futuro que se abría ante él. El 28 de noviembre los buques del segundo viaje recalaron ante los restos del fuerte Navidad; con evidente estremecimiento los expedicionarios contemplaron el desastre acontecido en el primer asentamiento hispano de las Indias occidentales. Según algunos testimonios recabados entre los indígenas, los blancos habían interferido cruelmente en la vida cotidiana de los nativos, y éstos, guiados al parecer por dos caciques llamados Guacanagarí y Canoabó, masacraron hasta el exterminio a la primera guarnición colombina. En su lugar se levantó la ciudad de Isabela, en homenaje a la reina católica, con un primer consejo de gobierno elegido por el propio Cristóbal Colón.

Sin embargo, no se tomaron por el momento represalias contra los indios y, en cambio, se optó por mantener la exploración de las diferentes islas de la zona en las que los cronistas se recrearon a gusto con la exuberancia del paisaje hallado. En los tres años que duró el segundo viaje colombino, además de crearse los primeros asentamientos colonos en La Española, se exploraron las Pequeñas Antillas, Cuba y Jamaica.

También surgieron las primeras disputas entre Colón y los enviados monárquicos y papales, los cuales mostraron de inmediato su preocupación por la forma desorganizada que el almirante tenía a la hora de dictar órdenes concretas que mejorasen el gobierno caótico de las nuevas tierras. Además, en este período, se realizó el envío de quinientos esclavos a la corte española, lo que levantó malestar y encendidas críticas hacia la actitud de Colón, quien ya por entonces soportaba numerosas enemistades en España, ya que, si bien nadie le negaba la gloria de su descubrimiento, la mayoría de notables e hispanos cercanos a los reyes sospechaban, y con fundamento, que al genovés los cargos otorgados le

venían muy grandes. Con lo que empezó a ser, casi de inmediato, un personaje ciertamente incómodo para todos menos para la reina Isabel, quien siempre mostró el más determinado apoyo hacia las acciones promovidas por su adelantado.

En el contexto internacional, Castilla y Aragón deseaban blindar con urgencia la posesión indiscutible de sus nuevas tierras, ya que veían en el vecino Portugal un enemigo más que real a sus aspiraciones colonizadoras en el flamante mundo descubierto, y es por lo que con premura se prepararon diferentes escenarios en los que las dos potencias intercambiaron opiniones, litigios y debates sobre quién estaba más autorizado para asumir protagonismo en aquella empresa. Como es lógico y siguiendo la tradición, se solicitó la mediación vaticana, hasta que por fin el 4 de junio de 1493 ambas partes aceptaron y ratificaron un tratado en la ciudad castellana de Tordesillas, por el cual se fijaban los ámbitos de actuación para las dos potencias con cuatro cláusulas concernientes a las latitudes americanas que reflejaban las direcciones a seguir desde entonces para Portugal y España:

En la primera cláusula se fijaba el meridiano de partición a trescientas setenta leguas al oeste de Cabo Verde. De esa forma el hemisferio occidental quedaría para Castilla y el oriental para Portugal. En la segunda se especificaba que ambas potencias se comprometían a no realizar exploraciones en el hemisferio atribuido al contrario y a ceder las tierras que involuntariamente encontrasen en el espacio ajeno.

En la tercera se acordó concretar un plazo de diez meses para trazar el meridiano; ambos países se comprometían a enviar dos o más carabelas con pilotos, astrónomos y marineros, los cuales se reunirían en Gran Canaria y de allí irían a Cabo Verde para establecer la distancia de las trescientas setenta leguas. Por último, en la cuarta cláusula se autorizaba a los súbditos castellanos a atravesar la zona lusitana en su marcha hacia el oeste, pero sin detenerse a explorar en ella. Además en este punto se hizo una excepción: como Colón se encontraba inmerso en los avatares de su segundo viaje, se estableció entonces que, si descubría tierras antes del 20 de junio y más allá de las doscientas cincuenta leguas, estas tierras serían para Castilla. La bula papal de demarcación concedida por el valenciano Alejandro VI quedaba modificada en favor de los portugueses, quienes, amparados en este último acuerdo, tomaron posesión años más tarde de Brasil. Que se fijasen trescientas setenta leguas obedece al deseo de dividir el Atlántico en dos partes iguales entre Cabo Verde y Haití. Los portugueses se reservaron en Tordesillas la ruta a Oriente por África y parte de Sudamericanos españoles quedaron apartados de Oriente y reducidos a sus Indias Occidentales.

El 10 de marzo de 1496, Cristóbal Colón se presentó ante los Reyes Católicos envuelto por la niebla de la duda sobre su díscolo comportamiento en las tierras

descubiertas. La sospecha acerca de su interesada actuación en los asuntos de Indias no soterró la admiración que aún seguía provocando por su hazaña, si bien el tercer viaje previsto se dilató mucho más de lo que el genovés hubiese pretendido. En este intervalo Colón preparó un mayorazgo en el que quedaron muy claras sus pretensiones sucesorias, las cuales pasaban primero por su hijo Diego y la descendencia de éste, en segundo término su segundo filogenético Hernando y sus descendientes, en tercer lugar su hermano Bartolomé e hijos y en último escalafón su hermano pequeño Diego y su linaje. Con esta decisión la familia Colón pretendía asegurar una permanencia casi perpetua en la historia de la futura América, aunque, las vicisitudes y conjuras políticas decidieron otra cosa bien distinta en lustros posteriores.

Los últimos viajes de Colón

El 30 de mayo de 1498 seis navíos bajo el mando de Cristóbal Colón zarparon de España rumbo a las Indias. En el viaje anterior ya se había trazado la ruta más corta a seguir hasta las latitudes americanas; sin embargo, las noticias sobre continuas sediciones de colonos en La Española y los rumores sobre la hostilidad caníbal de los indígenas no permitieron que se presentase una multitud de voluntarios como ocurrió en el segundo viaje, por lo que se debió recurrir al alistamiento de reos penitenciarios a cambio de libertad para redimir las culpas de éstos en el Nuevo Mundo. Los hombres que se enrolaron en esta misión provenían en un gran porcentaje de ambientes delictivos y no se consintió que se embarcasen penados con delitos de herejía, asesinato en primer grado, faltas de lesa majestad, traición, piromanía, falsificación o sodomía, intentando de ese modo que las primigenias colonias no se nutrieran con personajes de dudosa moral.

Con todo, la tercera escuadra colombina hinchó su velamen para navegar rauda hacia Canarias, donde se separó en dos grupos: uno comandado por don Pedro de Arana y otro por el propio Colón, quien llegó a recalar el 31 de julio en la isla de Trinidad, frente a la desembocadura del río Orinoco. En estas tierras el almirante se topó con indígenas más blancos que los caribeños, constatando que su cultura era bastante superior a la de los indios hallados hasta entonces. Colón siguió obstinado en pensar que aquello no era más que un accidente geográfico en medio de la dirección que le conduciría al ansiado continente asiático y no se preocupó de explorar más al norte, con lo que hubiese certificado oficialmente el descubrimiento de un nuevo continente. Sí, en cambio —tras perfilar algunas semanas la costa venezolana con bellos hallazgos tales como isla Margarita, cuyo nombre se puso en homenaje a la nuera de los Reyes Católicos—, acabó dirigiéndose a La Española, donde se le esperaba junto a los abastecimientos de los que era portador. Al llegar a Isabela sabía que lo descubierto en esta tercera singladura pertenecía a Tierra Firme y no a una simple isla, si bien nunca a lo largo de su vida pudo intuir que había descubierto una inmensa realidad continental. Mientras tanto sus hermanos Bartolomé y Diego gobernaban La Española con más o menos acierto, pues ya por entonces los primeros pobladores mostraban un vivo recelo hacia el dominio de los Colón. En ese tiempo se descubrió un buen número de minas de oro en el sur de la isla, lo que provocó el traslado de la capitalidad a la recién fundada ciudad de Santo Domingo por encontrarse más cerca de los yacimientos auríferos. El monopolio ejercido por los hermanos del almirante sobre el incipiente comercio del oro desató encendidas críticas entre los colonos, que, como es obvio, deseaban su parte del tesoro. Entre los desafectos surgió la figura de Francisco Roldan, hombre disoluto a quien Colón había nombrado alcalde y justicia mayor de La Española. Las pretensiones

de este personaje pasaban por hacerse con el control absoluto de la isla en detrimento de sus opositores colombinos. Mas, cuando don Cristóbal arribó a Santo Domingo en 1498, tras dos años de exploraciones, y se encontró con la sublevación en pleno apogeo, ni supo ni quiso enfrentarse al problema, concediendo al rebelde Roldan la reposición de sus cargos, así como tierras e indios a los españoles que habían secundado el motín. Este asunto trascendió a España, donde se empezó a ver con profunda preocupación el difícil transitar de los acontecimientos coloniales en Indias. Desde luego, la situación no invitaba al optimismo: cientos de españoles diseminados por La Española y enfrentados entre sí por culpa del mal gobierno protagonizado por Cristóbal Colón. Tanto malestar indiano originó que en la corte española se pergeñaran algunas soluciones que reorientasen el rumbo de aquella empresa. Los Colón no estaban desde luego dotados para el mando en una situación tan delicada como la que se presentaba en La Española y pensaron que la mano dura sería más aconsejable que cualquier actitud conciliadora con los rudos pobladores españoles. Éstos buscaban el mismo beneficio económico que sus autoridades y las disputas por acaparar tierras y riquezas eran constantes y sangrientas.

Al virrey Colón la situación se le escapó decididamente de las manos y solicitó a España un administrador cualificado que gestionase aquel maremágnum de confusión colonial. El elegido fue Francisco de Bobadilla, un alto funcionario proveniente de la orden de Calatrava cuya dureza a la hora de enjuiciar determinados asuntos le granjeó prestigio suficiente para ser enviado a La Española con el ánimo de sojuzgar a los colonos levantiscos. Mientras, dada la autoridad moral y legislativa que le otorgaron los reyes, no tuvo ningún impedimento en cubrir de grilletes a Cristóbal Colón y a su hermano Diego, enviándolos posteriormente de esa guisa a la península Ibérica con los cargos de corrupción y presunta traición a la corona. Bobadilla no permaneció mucho tiempo en Santo Domingo, pero sí lo suficiente para dejar claro que España no iba a pasar por alto cualquier intento de sedición o anarquía en aquel territorio alejado, pero desde entonces vital para la economía y grandeza del reino.

En diciembre de 1500, un angustiado Cristóbal Colón pudo al fin entrevistarse con los Reyes Católicos. En la reunión el almirante solicitó que se castigase a Bobadilla por la afrenta cometida con su persona y que se repusiesen sus privilegiados derechos sobre la nueva tierra descubierta. Aunque lo cierto es que los monarcas atendieron con cariño a su almirante, nadie discute que para entonces la cuestión americana ya se le había escapado de las manos a su descubridor oficial. Otros ilustres marinos viajaban constantemente a las costas vírgenes de Occidente utilizando rutas, mapas e indicaciones efectuadas en los primeros viajes colombinos. Rodrigo de Bastidas, Alonso de Ojeda o Vicente Yáñez Pinzón ya habían explorado la costa norte sudamericana; Corte Real había llegado a Terranova y Cabral constató la inmensidad brasileña. Todo aquello desautorizaba la primigenia idea colombina y nadie se atrevía a defender

públicamente que lo descubierto era sólo un sitio de paso hacia Asia, sino, más bien, un impresionante continente, como atestiguan los mapas elaborados por Juan de la Cosa gracias a los conocimientos adquiridos en dichas exploraciones. Por tanto, constituía un severo riesgo dejar en manos de la familia Colón tanta abundancia, y más tras haber constatado de forma reiterada las impericias en la gestión política y administrativa del clan genovés.

En 1501 se nombró a Nicolás de Ovando nuevo gobernador de La Española. La misión a cumplir por este dignatario era en apariencia sustituir a Bobadilla y normalizar de paso la difícil situación de la colonia. El propio almirante llegó a pensar que Ovando restituiría el patrimonio y poderes de los Colón. En cambio, nada de esto ocurrió por el momento, ya que de lo que realmente se trataba era de asegurar la titularidad española de la recién emprendida conquista americana, y este cacereño nacido en el pueblo de Brozas se presentaba como idóneo para tal propósito. En febrero de 1502 zarpó de Sanlúcar una gran escuadra integrada por treinta barcos y dos mil quinientos españoles de toda suerte y condición. En esta primera expedición netamente colonizadora, viajaban hombres de leyes, frailes, artesanos, albañiles, contadores, pastores, jueces, agricultores... oficios indispensables para asentar el embrión perfecto de sociedad que se anhelaba, amén de una nutrida fuerza militar que apoyase al extremeño en sus difíciles decisiones. En abril la flota recaló en Santo Domingo y Ovando tomó posesión de la casa en la que se encontraba instalado Bobadilla, ordenando a éste que regresase a España para, una vez allí, rendir cuentas sobre sus actuaciones.

Por desgracia, el barco que trasladó al de Calatrava se hundió a causa de un huracán, el mismo que destruyó las débiles edificaciones de adobe y paja levantadas en la capital, lo que provocó mortandad y desasosiego entre los pobladores. Esta catástrofe hizo entender al gobernador que el emplazamiento para la ciudad era erróneo. Durante días anduvo por la zona asesorándose con las opiniones de algunos constructores que le acompañaban. Finalmente, tras analizar la orografía, decidió que lo más conveniente era ubicar la ciudad de Santo Domingo en la margen opuesta del río Ozama, donde, por orden suya, se alzaron quince grandes casas de piedra y una fortaleza para defenderlas que aún hoy en día se conservan en la actual capital de República Dominicana.

No obstante, la situación a la que se enfrentaba era sumamente compleja, con cuatro asentamientos más o menos urbanos en los que unos cuatrocientos pobladores mantenían posturas diferenciadas a la hora de decidir cómo se debían conducir los asuntos políticos y sociales en aquella remota isla del planeta. Entre 1502 y 1503 Ovando se propuso pacificar La Española, acabar con las fuertes disensiones internas entre los españoles y sojuzgan de paso la belicosidad indígena encarnada en caciques como Cotubanamá o Anacaona, reina de Xaragua y Maguana, territorios independientes que no aceptaban el poder español. Según se cuenta, la soberana indígena se rodeó de trescientos caciques bajo su mando para entrevistarse con el gobernador español, a fin de evitar una

guerra generalizada entre blancos y cobrizos. Todo parecía desenvolverse por senderos de amabilidad y entendimiento, pero Ovando quedó advertido por algunos espías de que los nativos pretendían tenderle una emboscada, a lo que el gobernador respondió con un ataque preventivo que causó la muerte de setenta dignatarios indígenas en un episodio que encendió la llama de la leyenda negra española en América. No obstante, Ovando llevaba órdenes concretas de los Reyes Católicos para suprimir las encomiendas originales concedidas a los primeros terratenientes hispanos. En estas plantaciones los indígenas eran asignados a sus dueños europeos y trabajaban para ellos en régimen de absoluta esclavitud, lo que generaba, no sólo malestar entre los nativos, sino también una cotidiana mortandad dadas las abusivas condiciones laborales impuestas por los blancos. El gobernador intentó cambiar esta injusta situación con el ánimo de convertir a los indios en súbditos de la corona abonados a derechos y obligaciones tributarias. Pero la realidad existente, por duro que parezca, se impuso y, en diciembre de 1503, quedó autorizado a encomendar indios dada la evidente falta de mano de obra para trabajar, no sólo en los campos, sino en las minas; asunto que empeoró ostensiblemente la situación de los aborígenes, los cuales morían a cientos sin que nadie, al parecer, quisiera impedirlo. Por otra parte, Ovando hizo de La Española la base del gobierno y la colonización del Nuevo Mundo, con un sistema planificado. Envío nuevas expediciones hacia Tierra Firme, y fue poco a poco ampliando el universo caribeño. Aunque su dureza y defensa de intereses personales espurios no le salvaron de enfrentarse a un juicio de residencia, fue el primer gobernante que hizo valer la ley real e inició la estabilización de las colonias con método y racionalidad, dejando a un lado la improvisación y tratando de obtener el máximo resultado del territorio colonizado.

En estos años Cristóbal Colón tuvo la última oportunidad de regresar al lugar por él descubierto. Su cuarto y definitivo viaje le condujo a las Indias con la ilusión de encontrar al fin el tan ansiado paso hacia Oriente. Con este propósito abasteció cuatro naves, con las que se plantó ante Santo Domingo en el verano de 1502. Bien sabía que su acceso a la capital de La Española estaba terminantemente prohibido; sin embargo, el almirante argumentó que debía reparar algunas averías en sus navíos antes de proseguir camino.

De paso advirtió a Ovando de que un huracán avanzaba hacia la zona por lo que se debía impedir la salida de una numerosa escuadra cargada de riquezas para España. El gobernador desatendió la recomendación de Colón y las consecuencias no se hicieron esperar, pues, al poco, todos los navíos de la expedición se fueron a pique, pasto de los vientos huracanados. Con todo, don Cristóbal, aquejado de fuertes dolores artríticos y de una infección ocular, no quiso permanecer más con su flota anclada en Santo Domingo y zarpó rumbo a sus sueños exploratorios.

En este epílogo de los viajes colombinos, el máximo artífice del descubrimiento navegó por las costas de Honduras y Panamá, por lo que casi consiguió encontrar

el paso marítimo hasta el océano Pacífico. Más tarde sus barcos naufragaron de regreso a La Española, hundiéndose frente a las costas jamaicanas en junio de 1503. Colón solicitó el auxilio de Ovando, mas éste se desentendió de enviar cualquier ayuda al angustiado genovés, con lo que la expedición colombina quedó durante un año y cinco días a merced del infortunio y los motines. Y el poco más de un centenar de hombres supervivientes se dividió en dos grupos a causa de enfrentamientos internos y de diferentes opiniones sobre aquella empresa. Al fin, en junio de 1504 Ovando se compadeció del descubridor oficial de América y permitió que un barco pagado por leales al almirante fuese en ayuda de los náufragos.

En agosto, los restos del cuarto viaje colombino llegaban a La Española y al mes siguiente el glorioso genovés abandonó las latitudes americanas por última vez, recalando en España en noviembre justo unos días antes de la muerte de Isabel I de Castilla, la gran mecenas y amiga del hombre que tanto bien había traído a la corona española. Solo y casi sin amigos que le apoyasen en sus demandas, intentó en vano entrevistarse con el rey Fernando y a la espera de dicha audiencia falleció el 21 de mayo de 1506 en Valladolid, a la edad de cincuenta y cinco años. Atrás quedaban emociones, dudas, peligros y gloria, pero, sobre todo, el honor de haber sido el primero en descubrir un Nuevo Mundo para nuestra civilización.

Sin embargo, el cuerpo del almirante siguió viajando de Valladolid a Sevilla, de Sevilla a Cuba, de Cuba a Santo Domingo, ¿y de Santo Domingo a Sevilla? A ciencia cierta, no se sabe si sus restos descansan en la catedral hispalense o en su querido Santo Domingo. Hoy día los investigadores históricos y los expertos en ADN siguen cotejando diversas pruebas, si bien parece difícil que podamos alguna vez constatar el destino final de este loco soñador que inauguró uno de los capítulos más emotivos y fundamentales de toda la historia y que, para hacerse honor a sí mismo, siguió pensando, hasta el momento de su muerte, que había llegado a los añorados territorios orientales en lugar de imaginar que su espíritu indomable consiguió descubrir todo un Continente ante los ojos de sus coetáneos.

CAPÍTULO II

LOS QUE SIGUIERON ALMIRANTE DE LA MAR OCÉANA

Quiero dar cuenta a Vuestra Muy Real Alteza de las cosas y grandes secretos de maravillosas riquezas que en esta tierra ha, de que Nuestro. Señor a Vuestra Muy Real Alteza ha hecho Señor, y a mí me ha querido hacer sabedor y me las ha dejado descubrir que a otro ninguno y más, por lo cual yo le doy muchas gracias y loores todos los días del mundo y me tengo por el más bienaventurado hombre que nació,...

Carta de Vasco Núñez de Balboa a Fernando el Católico tras el descubrimiento del océano Pacífico.

Tras la muerte del almirante nadie discutía sobre la importancia de la nueva tierra descubierta en los que se comenzaban a asegurar sus primeros pasos conquistadores. Habían transcurrido catorce años desde aquel clamoroso grito: «¡Tierra a la vista!». Y ahora cientos de esperanzados colonizadores se desenvolvían por varios asentamientos implantados en las islas caribeñas. En el principal de ellos, La Española, Nicolás de Ovando, al considerar finalizada su misión a la muerte de la reina Católica, anhelaba regresar a España, pues tanta actividad gestora le había abocado a un cansancio crónico, por lo que deseaba volver a su tierra natal para descansar mientras esperaba nuevas órdenes de su rey. Ovando pidió encarecidamente en varias ocasiones retornar a la Península.

En cambio, en lugar de eso, fue confirmado en su puesto con absoluta decisión. Primero, por la regencia de Fernando II de Aragón, luego por Felipe I y Juana I y, tras la muerte del Hermoso, nuevamente por el rey católico, quien debió asumir los designios de Castilla. Las razones de su permanencia en un puesto que otros a buen seguro deseaban se debían a los inmejorables resultados de su labor. No en vano había conseguido el dominio total de La Española y se estaban explorando por orden suya las vecinas Puerto Rico y Cuba.

Además, la excelente administración de Ovando hizo de la colonia un próspero negocio cuya consecuencia más inmediata fue la fundación de quince villas y el asentamiento de cada vez más colonos ilusionados con la riqueza que podían obtener en aquel esfuerzo expansionista: Pero lo principal a subrayar en los méritos del gobernador fue, sin duda, que consiguió organizar un correcto flujo de oro, perlas y materias primas que suponían un importante ingreso para la corona, sin permitirse nepotismos de ninguna clase, lo que le granjeó al

extremeño diferentes enemigos que habían hecho de la corrupción su bandera. Estos mismos personajes consiguieron medrar hasta convertir la figura de Ovando en algo molesto para la corte. Y debido a esa circunstancia, no recibió los honores que merecía tras su llegada a España en 1509.

Agotado por tanto avatar, Ovando cedió el testigo del gobierno en América a Diego Colón, hijo mayor del almirante y emparentado con la influyente casa de Alba. Aquél dejó en esas tierras una eficaz tarea, realizada sin utilizar jamás su aventajada posición para el lucro personal. Según se cuenta, tuvo que pedir quinientos pesos de oro a crédito para poder regresar a la península Ibérica, donde falleció el 29 de mayo de 1511 mientras se preparaba para integrar una expedición punitiva contra la plaza africana de Oran. El propio fray Bartolomé de Las Casas reconoció que Nicolás de Ovando había sido un hombre fundamental en el reinado de los Reyes Católicos, y sobre él escribió: «Era varón prudentísimo, digno de gobernar hombres, pero no indios».

En este libro es obligado rendir homenaje a todos aquellos navegantes españoles y de otras procedencias que impulsaron el descubrimiento y conquista de un nuevo continente. En el caso hispano ya han surgido algunos nombres fundamentales en estas primeras páginas, a los que irán sumándose otros personajes relevantes en los capítulos iniciales de América. Como el lector puede entender, me veo obligado a seleccionar un ramillete de hombres decisivos, aunque quiero dejar claro que mi recuerdo y admiración alcanza a todos aquellos que intervinieron, desde el más humilde tripulante al más elevado capitán o adelantado. En aquellos años finales del siglo xv comenzaron a sellarse las primeras capitulaciones o contratos para la conquista de los nuevos territorios occidentales. Estos documentos acreditaban a su propietario para emprender empresas de aventura y exploración bajo tutela de la monarquía, concediendo al depositario, no sólo el aval real para su gesta, sino también las innegables ventajas del más que probable beneficio económico de la hazaña. Uno de los pioneros de la conquista fue Alonso de Ojeda.

Alonso de Ojeda, el terror de los indios

Este peculiar aventurero nació en Cuenca hacia 1466. Fue paje del duque de Medinaceli y siendo mozo hizo armas en la guerra de Granada, donde se distinguió por sus cualidades a la hora de asestar pequeños pero certeros golpes de mano al enemigo musulmán. Se puede decir que Ojeda se curtió en esta contienda como un auténtico guerrillero, lo que le serviría años más tarde en su peripecia americana. Al finalizar la guerra contra el reino nazarí de Granada, deambuló por buena parte de la geografía andaluza hasta radicarse en el gaditano Puerto de Santa María, donde trabó amistad con Juan Rodríguez Fonseca, un alto funcionario del Estado encargado de coordinar en Cádiz las salidas de las primeras flotas que zarpaban hacia las Indias. Gracias a ello pudo enrolarse en el segundo viaje de Cristóbal Colón, donde consiguió ser merecedor de la total confianza por parte del almirante, quien le comisionó para buscar la comarca del Cibao, en La Española, famosa entre los indios por su oro.

Poco después tuvo que socorrer el Fuerte de Santo Tomás, sitiado por el cacique isleño Caonabó, al que apresó mediante una treta que le catapultó a la fama. Según se cuenta, el pequeño conquense era simpático y de aspecto inofensivo, lo que le facilitó entrevistarse con el jefe indio. Éste, al parecer, sentía curiosidad por la sonoridad de los metales, asunto que no pasó desapercibido para el astuto Ojeda, quien, sin dilación, regaló al nativo una campana y unas extrañas pulseras que el guerrero no dudó en ponerse. Dichas pulseras resultaron ser unos grilletos carcelarios con los que el incauto aborigen quedó preso.

Además de estas habilidades también destacaba por su carácter excesivo y cruel, dejando para la historia negra de América la invención de las guazavaras o carnicerías de indios. Algunas crónicas aseguran que en La Española había derrotado y masacrado a diez mil nativos con sólo cincuenta hombres. Ojeda también fue el responsable del primer cargamento de oro indiano traído a la Península, con el que, precisamente, se hizo la custodia de la catedral de Toledo. Estos episodios le otorgaron gran popularidad a su regreso y, una vez en España, se asoció con los navegantes y cartógrafos Juan de la Cosa y Américo Vesputio para, tras recibir el oportuno permiso real, emprender en mayo de 1499 un viaje rumbo a las costas continentales de América. El objetivo de la expedición era explorar Paria, lugar situado en la región venezolana y por el que ya había transitado el almirante en su segunda singladura.

Según algunos cronistas, el propio Francisco Pizarro fue uno de los integrantes de esta expedición, la cual estuvo a punto de culminar en absoluto desastre, pues, a los rigores del viaje, se sumaron imprevistos que impidieron la obtención de beneficios económicos. Acompañado por Juan de la Cosa exploró la

isla Margarita, Curacao, Barbados, Trinidad, las Bocas del Orinoco y toda la costa venezolana hasta el cabo de Vela, ya en tierras de la actual Colombia, para arribar más tarde a La Española, en donde fue acogido con ciertos recelos, por lo que decidió retornar a España.

En 1501 se le concedió la gobernación de Paria y se asoció con Juan Vergara y García de Ocampo para organizar una nueva flota colonizadora. Sin embargo, los pleitos con sus nuevos socios arruinaron la empresa. En 1507, la Junta de Burgos decidió repartir para su conquista y colonización las costas del golfo de Darién (Colombia) entre Diego Nicuesa y Ojeda, asignándole a este último la región conocida como Nueva Andalucía, desde el golfo de Urabá hasta el cabo de la Vela, es decir, la parte septentrional de Colombia.

Así, en 1509, Alonso de Ojeda, esta vez indudablemente con Pizarro, embarcó hacia su jurisdicción. Una vez en tierra colombiana, cerca de la actual bahía de Cartagena, sufrieron diversos ataques indios que acabaron con la vida de setenta hombres, entre ellos su querido amigo Juan de la Cosa. Este hecho provocó un arranque de odio en el conquistador que, sin tregua, se entregó a una de sus terribles guazavaras con la consiguiente masacre de indígenas. Hostigados por el enemigo, los españoles fueron retrocediendo hasta recibir la inestimable ayuda de Nicuesa, quien les proporcionó los pertrechos necesarios para embarcarse y navegar hacia el golfo de Urabá, en cuya margen oriental levantaron un pequeño fortín bautizado como San Sebastián.

Ésta, que fue la primera fundación hispana en Tierra Firme, resultó ser un lugar muy inhóspito y los nativos, acaso advertidos por la forma de actuar de ciertos conquistadores, recibieron con una nube de flechas envenenadas la llegada de los blancos. En uno de los combates el propio Ojeda resultó herido en el muslo, lo que hizo temer por la vida del español. Aquí cuenta la historia que, en un alarde de valor, pidió que le cauterizaran la herida con un hierro candente, procedimiento que sin duda le salvó la vida.

La situación se volvió crítica: a lo infecto del lugar se unía la falta de víveres y los continuos ataques por parte de los indios. Todo hacía ver que aquellos hombres parapetados tras la empalizada del Fuerte de San Sebastián correrían idéntica suerte a la de los tripulantes colombinos que sucumbieron en 1493 en Fuerte Navidad. Empero, la providencia acudió en auxilio de los aventureros en forma de barco pirata, pues su capitán, llamado Bernardino de Talavera, está considerado por algunos especialistas como el primer pirata del Caribe. Ejerciendo como tal, merodeaba con fines aviesos las costas en las que podía toparse con navíos llenos de oro. En lugar de eso, se dio de bruces con la llamada angustiosa de los escasos españoles que aún se defendían en el enclave fortificado. Aceptó de buen grado que el malherido Ojeda subiera a bordo, ya que seguramente especuló con la posibilidad de obtener un apetecible rescate por la entrega del capitán español. Ojeda se despidió de sus hombres bajo promesa de regresar con

refuerzos y provisiones, y cedió el mando de la tropa al valeroso Francisco Pizarro, quien ya había dado evidentes muestras de liderazgo.

Durante el viaje de regreso fue hecho prisionero en una bodega y de esa guisa permaneció hasta que una tormenta hizo zozobrar la nave pirata, siendo muy pocos los supervivientes que pudieron ganar la costa cubana. Entre ellos el conquense, que una vez más había superado con éxito un capítulo peligroso, ya que fue rescatado por un barco del gobernador de Jamaica, Juan Esquivel, con el que pudo llegar a Santo Domingo. Acaso por ver la muerte tan de cerca llegó a prometer a los cielos su entrega a la órbita religiosa como agradecimiento de su salvación terrena y, por ello, seguramente, tomó los hábitos franciscanos, aferrado a lo que representaban. Falleció a principios de 1516 tras haber completado una vida digna de los mejores libros de aventuras.

Juan de la Cosa y Américo Vespucio, los cartógrafos de América

El prodigioso acontecer del descubrimiento colombino no hubiese sido lo mismo sin la incuestionable aportación de los cartógrafos que plasmaron en papel toda la certidumbre constatada en las diferentes rutas y exploraciones que se iban gestando. Gracias a estos hombres de proceder meticuloso, miles de estudiosos europeos pudieron comprobar ante sus ojos la nueva realidad que Colón habían puesto en sus manos. Los mapas iniciales de las Indias Occidentales no anunciaban, dada la escasa información, la magnitud de lo descubierto. No obstante, vaticinaban que aquella latitud recién oteada guardaba innumerables misterios y alegrías para los esforzados que se atreviesen a sondearla. Por esta razón, personajes como el cántabro Juan de la Cosa o el florentino Américo Vespucio se nos antojan dignos merecedores de nuestro elogio más encendido. De la Cosa nació en Santa María del Puerto, actual Santoña, hacia 1449. Desde joven sintió la vocación del mar insuflada por su linaje, el cual había sido marinero desde tiempos pretéritos. Con poca edad conoció las costas occidentales africanas y fue adquiriendo una enorme experiencia que le sirvió años más tarde para acreditarse ante los Reyes Católicos, de los que, según se dice, fue su espía en Lisboa con la misión de averiguar cuantas cosas pudiera saber sobre las actividades de los navegantes lusos. Más tarde regresó a España para formar parte de la primera expedición colombina y aportó a la empresa su magnífica nao llamada *La Gallega*, que posteriormente fue rebautizada con el nombre de *Santa María*. Precisamente, el almirante genovés, receloso de todos, imputó a De la Cosa el hundimiento premeditado de su nave capitana en Haití el 25 de diciembre de 1492, asunto este poco aclarado por la historia y del que el ilustre cartógrafo salió absuelto y recompensado por la pérdida gracias a la intervención de Isabel la Católica.

Sea como fuere, la enemistad proclamada entre los dos marinos quedó en agua de borrajas cuando el santones embarcó en el segundo viaje de Colón con el cargo de piloto mayor y la delicada misión de cartografiar las nuevas tierras que se fueran hallando. De ese modo, los mapas elaborados por Juan de la Cosa no sólo apoyaron el trabajo de Colón, sino que significaron mayor amplitud de miras para los futuros e inevitables viajes que se estaban preparando. Como ya hemos esbozado en líneas anteriores, su tercera navegación hacia las Indias la emprendió en compañía de Alonso de Ojeda. En esta singladura los españoles contactaron con la actual Guayana y la desembocadura del Amazonas. Después siguieron costeano hasta llegar al golfo de Maracaibo en Venezuela, y de allí a La Española para reparar las naves y aprovisionarse de víveres y agua.

Antes de regresar a la península Ibérica, recorrieron la costa norte de Cuba y

Juan de la Cosa pudo determinar la insularidad de la misma. A su vuelta a España, en 1500, editó su famoso Mapamundi, además de numerosas cartas náuticas que le darían fama y reconocimiento.

En 1504 se embarcó de nuevo junto al comerciante sevillano Rodrigo de Bastidas rumbo al golfo de Venezuela y las costas caribeñas de Panamá y Colombia. En 1507, la Casa de Contratación le encargó dirigir una escuadra de vigilancia frente a las costas de Cádiz para evitar la presencia de piratas que atacasen a las flotas que regresaban de Indias. Al año siguiente participó junto a Yáñez Pinzón, Díaz de Solís y Américo Vespucio, en la comisión que discutía el proyecto de una posible expedición a Asia por la ruta occidental, es decir, para buscar el paso desde América hasta la India. Tres veces más volvió a los mares y playas del Nuevo Mundo, hasta que en su séptimo viaje, en 1509, se encontró en Santo Domingo con su amigo Ojeda, quien le propuso explorar el interior de Tierra Firme, expedición que, como sabemos, fue fatal para el insigne marino ya que murió a causa de las flechas indígenas.

Por su parte, la peripecia del italiano Vespucio no fue menos luminosa, pues a él le cupo el honor de dar nombre a todo un continente. Nacido en Florencia en 1451, orientó desde niño su vocación hacia los conocimientos del mar, convirtiéndose en un eficaz cartógrafo al servicio de la poderosa casa Médicis, que le envió como agente a Sevilla en 1492, lugar en el que quedó impresionado por los ecos triunfales del primer viaje colombino. Más tarde, se asoció al comerciante y prestamista Juanoto Berardi y consiguió en 1495 el encargo de equipar las naves para el tercer viaje de Colón. En 1499 formó parte de la expedición encabezada por Ojeda y De la Cosa, y, al parecer, dos años más tarde ayudó con sus conocimientos a una flota portuguesa capitaneada por Gonzalo Coelho, que intentaba asegurar el incipiente dominio luso en Brasil.

En marzo de 1508, Fernando el Católico convocó a sus mejores navegantes en Burgos, dispuesto a perfilar el futuro *modus operandi* de España en la conquista y colonización del Nuevo Mundo. En la reunión, personajes insignes como Juan de la Cosa, Díaz de Solís, Yáñez Pinzón o el propio Vespucio discutieron largo y tendido sobre la forma de actuar en las tierras descubiertas, llegándose a conclusiones esenciales que marcarían el transcurso de los acontecimientos en América.

Por cierto, este nombre quedó unido de manera indisoluble al de Vespucio, pues en el cónclave burgalés el florentino fue designado piloto mayor de Indias, una especie de coordinador general encargado de recopilar cuantos datos geográficos, cartográficos o náuticos se tuviesen hasta la fecha, o se consiguieron a posteriori, sobre las Indias Occidentales. Para entonces, Vespucio ya era un reconocido cartógrafo por sus trabajos en las expediciones españolas y portuguesas. Su obra, recogida en las Cartas, y especialmente *Lettera di Américo Vespucci delle isole nuovamente ritrovate in quattro suoi viaggi*, era conocida en

Saint Dié (Francia), donde trabajaba un grupo de eruditos entre los que estaba Martin Waldseemüller, un amigo de Vesputio, quien adjuntó su carta a la *Cosmographiae Introductio* y propuso dar el nombre de América al nuevo continente. La idea fue popularmente aceptada por algunos notables extranjeros interesados en aquella magna empresa, pero no así por los españoles, que se resistieron al término América hasta el siglo XVIII, argumentando que era a todas luces injusto bautizar un continente con el nombre de alguien que no había contraído méritos suficientes para semejante dignidad. En verdad, hemos de decir que el propio Vesputio no llegó a fomentar en ninguna ocasión dicha propuesta, siendo más bien Waldseemüller quien asumió la iniciativa, con el beneplácito de aquella Europa expectante. En definitiva, desde 1507, año en el que este alemán habló por primera vez de América, así hemos conocido el Nuevo Mundo, sin que al propio afectado le llegase, según creo, a importar demasiado. Vesputio redactó su testamento en 1511 y falleció en febrero del año siguiente en Sevilla.

Rodrigo de Bastidas, el empresario que creyó en las Indias

En estos capítulos iniciales no podemos obviar la decisiva participación que tuvieron diferentes empresarios promotores del comercio y del asentamiento de colonos en las nuevas tierras. Acáso uno de los más influyentes de este periodo fue el sevillano Rodrigo de Bastidas. Nacido en 1475 en el hermoso barrio de Triana, llegó a ser uno de los primeros comerciantes interesados en las Indias. En 1500 solicitó y obtuvo capitulaciones para explorar y fundar en el Caribe, en virtud de las cuales, junto al marino y cosmógrafo Juan de la Cosa, armó dos navíos. Así se inauguraban los denominados viajes de «sociedades de armada», es decir, expediciones costeadas por empresarios o comerciantes que asumían los gastos, y las ganancias o pérdidas de las mismas.

Rodrigo de Bastidas, en su primer viaje, exploró la costa atlántica de Venezuela y Colombia, y descubrió la desembocadura del río Magdalena, el golfo de Urabá y el de Darién. De regreso a La Española, sus barcos naufragaron cerca de la costa, y él y sus hombres no tuvieron más remedio que llegar a pie hasta Santo Domingo. Pero, a pesar de la desgracia, los supervivientes pudieron salvar gran cantidad de oro, esmeraldas y perlas. Poco después, Bastidas y Juan de la Cosa se embarcaron en la infortunada flota de Francisco de Bodadilla, en 1502, la cual, presa de un huracán, fue a dar con sus restos al fondo del mar.

El sevillano sobrevivió, una vez más, a la catástrofe y en compañía del cartógrafo santanderino logró llegar a la península Ibérica para ser recibido en audiencia por la reina Isabel, quien por entonces mostraba una evidente preocupación por los desastrosos resultados que se acumulaban en sus posesiones de Occidente. A decir verdad, el carisma de Bastidas y los riquísimos presentes que éste entregó a los monarcas católicos elevaron la moral y el interés de la reina por América, retomándose con ilusión los abundantes proyectos que, ya por entonces, se querían llevar a cabo. Por ello, los descubrimientos del sevillano fueron capitales para devolver la confianza en encontrar riquezas en los territorios de ultramar.

En 1504, Bastidas era ya un próspero mercader caribeño. Establecido en La Española, se dedicó a invertir en ganado bovino y, asociado a Diego Colón, a importar esclavos indios capturados en las islas cercanas de las Lucayas (Bahamas). También entre 1519 y 1521 obtuvo magníficos beneficios con la extracción y el comercio de perlas. En 1521, el rico magnate ofreció a su viejo amigo Hernán Cortés tres barcos, hombres y dinero que sirvieron para concluir la conquista de Nueva España. Ese mismo año también obtuvo licencia para colonizar y explorar las costas de Tierra Firme, y poco después fue nombrado gobernador, trasladando colonos y estableciendo tratados de paz y comercio con

los indios. Además fundó en 1524 la ciudad de Santa Marta (Colombia) y, acaso intentando redimir su pasado esclavista, abolió con absoluta determinación el tráfico de seres humanos en toda su jurisdicción, lo que le reportó innumerables simpatías entre los nativos pero no, en cambio, entre los colonos, los cuales veían en esa medida una preocupante merma de sus beneficios económicos. Finalmente, los disidentes alimentaron una revuelta que acabó con un Rodrigo de Bastidas malherido y a merced de su suerte. Por desgracia, cuando se dirigía en 1527 a Santo Domingo para reponerse, una tormenta destrozó su barco cerca de Cuba, y así se perdió para siempre la pista de este pionero del comercio en las Indias occidentales. Un hijo suyo de idéntico nombre llegó a ser el primer obispo de Venezuela.

Juan Ponce de León, el hombre que quiso ser inmortal

La historia de la conquista española en las Indias es también la de unos hombres que encabezaron vanguardias con el riesgo de cobrar magros tesoros en compensación por los enérgicos esfuerzos de los que hacían gala aventurándose en empresas de difícil compromiso. Cuantos soldados, aventureros y caballeros se adentraron en la epopeya americana intentaron obtener ventajas no sólo honorables, sino también económicas. La búsqueda incesante del oro surtió de múltiples narraciones y leyendas a una España que transitaba, casi sin oposición, hacia la titulación imperial. Islas maravillosas, paisajes dignos del paraíso y riquezas, abundantes riquezas, para todos aquellos que asumieran protagonismo en las hazañas exploratorias más increíbles y peligrosas de la época. Ciudades enigmáticas de las que hablaban los indios y que parecían rebosar en el elemento aurífero. Demasiados rumores apetecibles para cualquier humano ávido de gloria y sensaciones fuertes. No es de extrañar, por tanto, que muchos eligieran la opción americana como campo de actuación para sus inquietas almas. Uno de ellos destacó sobremanera, su nombre era Juan Ponce de León. Nacido hacia 1460 en el vallisoletano pueblo de Santervás de Campos, pertenecía a una distinguida familia noble muy vinculada a la corona, por lo que siendo niño ofreció sus servicios como paje al rey Fernando II de Aragón. Más tarde tuvo oportunidad de demostrar su valía en batalla cuando participó en la guerra de Granada, contienda que resultó ser un auténtico semillero de grandes militares y emprendedores que nutrieron la empresa de Indias. Según parece, formó parte de la tripulación que tomó parte en el segundo viaje colombino. De ese modo se puede avalar el conocimiento demostrado por Ponce de León sobre Borinquen, su gran proeza y motivo por el que el castellano pasó a la historia.

Sea como fuere, lo realmente constatado es que este singular personaje acompañó a Nicolás de Ovando en su viaje de 1502 convirtiéndose en uno de sus mejores brazos armados, ya que su pericia bélica le situó al frente de las tropas que combatieron a los indios jiguaque, magníficos guerreros que no estaban dispuestos a someterse ante el invasor. Por ello declararon una guerra sin cuartel al incipiente gobierno extranjero de La Española. Durante meses los indios hostigaron con ferocidad a las escasas tropas dirigidas por Ponce de León, quien supo enfrentarse a tan hostil adversario sin dar jamás muestras de duda o cobardía.

Finalmente, las armas españolas y las tácticas de combate dieron la victoria a los blancos que diezmaron las filas nativas; masacre que convirtió al vallisoletano en una figura muy conocida entre los colonos. El éxito de la campaña y sus dotes para la estrategia le valieron algunas distinciones y el suficiente crédito ante la corte española. En 1508, el propio Ovando le concedió licencia para explorar

Borinquen y un mes más tarde zarpaba rumbo a la isla alabada por Colón, con tan sólo cuarenta y dos soldados y ocho marineros, grupo exiguo pero suficiente para levantar un primer asentamiento en aquel lugar denominado por ellos isla de San Juan, aunque más tarde sería bautizado como Puerto Rico. El reducido grupo de españoles fue recibido de forma amistosa por el cacique indígena Agueybana, quien habló a Ponce de León de grandes ríos cuajados de oro, justo lo que necesitaban oír los españoles, los cuales no tardaron ni un minuto en preparar todo lo necesario para la extracción del preciado metal.

El lugar elegido para la fundación del primer enclave español en Borinquen recibió por nombre Puerto Rico (actual Pueblo Viejo) y para mayor seguridad se levantó un fortín en el que quedaron alojados los expedicionarios con sus pertrechos. El propio Ponce de León utilizó su única nave disponible para regresar en ella cargado de oro, dispuesto a comunicar la buena nueva del descubrimiento a su jefe Ovando. Éste, complacido por el relato de su lugarteniente, le concedió en 1509 la facultad de regresar a Borinquen con muchos más colonos y abastecimientos, lo que supuso el arranque oficial de la presencia española en la exuberante isla caribeña. En 1510, con el título de teniente explorador y gobernador, trasladó un centenar de primigenios pobladores españoles e inició la explotación comercial de la isla encomendando indios a los terratenientes y obligando a los nativos a trabajar en penosas condiciones en los diversos yacimientos auríferos que se iban encontrando. Para entonces Ovando llevaba dos años fuera del gobierno de La Española y en su lugar habían designado a Diego Colón, el cual pretendía despojar a Ponce de León de sus prebendas en Puerto Rico. Sin embargo, su buena imagen unida a una leal actuación hacia la corona consiguieron ratificarle en el cargo alejando de él a sus enemigos más conspiradores. La situación en San Juan no se presentaba halagüeña: escasez de pobladores, indios sometidos al implacable rigor de las minas y explotaciones, enfermedades tropicales... todo ello enojó al otrora amigo Aguaybana quien, desencantado por la actuación de los extranjeros en su isla, optó por hacerles frente de la única manera que podía, esto es, acaudillando una rebelión indígena en toda regla que estuvo a punto de acabar con las aspiraciones españolas en Borinquen.

Por fortuna para los conquistadores, las dotes militares de Ponce de León y la eficaz puntería de sus soldados aplastaron, sin miramientos, no sólo esta primera revuelta, sino otra posterior, en 1511, y en la que la escasa guarnición española sumada a unas pocas decenas de pobladores pudieron contrarrestar los furibundos ataques indígenas hasta su total derrota ese mismo año. Al fin, la isla de San Juan quedó pacificada con lo que Ponce de León tuvo el tiempo necesario para que algunos indios amigos le pusieran en antecedentes sobre la asombrosa historia de Bimini: un vergel cuajado de manantiales de cuyas aguas, según las narraciones populares, se obtenía la eterna juventud. Este mito ilusionó de tal modo al veterano explorador que localizarlo se convirtió en una obsesión.

En marzo de 1512 abasteció tres naves y con ellas zarpó rumbo a los lugares de los que hablaban con tanta certeza los habitantes primigenios de Borinquen. Según éstos, Bimini se ubicaba al norte de la isla de Cuba y merodeando por esa zona Ponce de León y los suyos acabaron contactando con la península de la Florida tras haber explorado el archipiélago de las Bahamas. Aunque en este primer viaje los emocionados españoles no tuvieron ocasión de vislumbrar fuente salutífera alguna, generándose cierta frustración entre los exploradores, ese desasosiego no caló en el indomable Ponce de León, quien regresó a La Española con la intención de armar una nueva y más ambiciosa expedición, pues estaba convencido de que las leyendas indias tenían fundamento suficiente como para empeñarse en tamaña pretensión.

La burocracia y las disputas políticas obligaron a Ponce de León a embarcarse en 1515 hacia España para negociar con el Consejo de Indias capitulaciones y recabar los apoyos necesarios. Seis años después, nombrado adelantado y justicia mayor de la Florida, consiguió barcos y hombres para colonizar dicho enclave americano, si bien al poco de arribar a sus costas, el contingente español recibió un terrible ataque de los seminólas, indios del lugar que se desenvolvían como auténticos fantasmas en esas latitudes sembradas de manglares y caimanes. Durante días los fieros aborígenes diezmaron la tropa hasta que el propio Ponce de León cayó herido tras recibir una certera flecha. Su precaria situación obligó a que fuera evacuado a Cuba, donde falleció días después en la recién fundada ciudad de La Habana.

Sus restos mortales fueron llevados a su querido San Juan para ser enterrados en la capilla mayor de la iglesia de Santo Tomás. En 1913 fueron trasladados definitivamente a la catedral portorriqueña. A pesar de su evidente fracaso en la búsqueda de la fuente de la eterna juventud, otros españoles no se arredraron y mantuvieron intacto el deseo de encontrar el mítico manantial. Buscaron por todas las Antillas e incluso se puso el nombre de Bimini a uno de sus archipiélagos —sito a noventa y siete kilómetros al este de Miami—, sin que nadie pudiese probar jamás gota alguna de semejante elixir.

Las conquistas de Jamaica y Cuba

El asentamiento estable de los primeros colonos en La Española, permitió pensar en una razonable expansión por el mundo caribeño. Los antiguos moradores tainos y caribes se sometían o eran eliminados ante el avance imparable de los colonizadores. Ahora le llegaba el turno a Jamaica, casi al mismo tiempo que a Borinquen, mientras que en el horizonte quedaba pendiente la exploración y conquista de Cuba. Este afán expansionista tenía como fundamental propósito hacer de las islas antillanas una ideal plataforma de lanzamiento hacia la ya constatada Tierra Firme continental. El trasiego humano desde la península Ibérica era constante. Por entonces España contaba unos ocho millones de almas, muchas de las cuales soñaban con viajar para establecerse en las nuevas posesiones de ultramar, donde, a buen seguro, sus enflaquecidas bolsas se llenarían de maravedíes o acaso reluciente oro americano. Por tanto, tras abandonar definitivamente los lógicos temores iniciales, miles de pioneros surcaron las aguas atlánticas dispuestos a rehacer vida y hacienda en el Nuevo Mundo.

Como ya sabemos, en junio de 1508 Ponce de León recibió la misión de conquistar Borinquen, y pocas fechas más tarde, la corona confería a Diego de Nicuesa y Alonso de Ojeda la Tierra Firme, con Jamaica como base de apoyo para dicha empresa. Sin embargo, este asunto se vio con recelo por parte del nuevo gobernador de La Española, don Diego Colón, hijo del almirante y encendido defensor del virreinato familiar, por lo que se quejó a la corona, asumiendo personalmente la conquista jamaicana. El elegido para este objetivo fue Juan de Esquivel, un singular sevillano que acompañó a Cristóbal Colón en su segundo viaje, precisamente el mismo en el que se habían avistado por primera vez las costas jamaicanas en 1494. Tras recibir el encargo de don Diego, preparó, con más prisa que acierto, la expedición de conquista, pues Ojeda y Nicuesa se encontraban muy adelantados en su periplo. De ese modo, Esquivel apenas pudo reunir sesenta hombres, con los que zarpó rumbo a Jamaica dispuesto a la anexión de la isla. Dados los conocimientos adquiridos sobre el lugar gracias al anterior viaje colombino, recaló en el norte insular, donde fundó una cabeza de puente a la que llamó Sevilla la Nueva. Esquivel esperó el acostumbrado enfrentamiento con los indígenas, sin embargo, los nativos de la zona eran de talante pacífico y no se produjo refriega alguna, lo que permitió que los españoles comenzaran una rápida expansión por la isla repartiéndose a los indios y tratándolos con excesiva dureza en los trabajos campesinos y ganaderos, ya que Jamaica no tenía yacimientos mineros. Por desgracia, cientos de indios murieron víctimas de los trabajos forzados, otros tantos huyeron a las montañas y los más optaron por el suicidio ingiriendo jugo de yuca. Todo con tal de escapar de aquel infierno traído por los blancos barbudos. El propio Esquivel hizo méritos

suficientes para que Bartolomé de Las Casas dijera sobre él: «Fue el máximo eliminador de indios». A la fundación de Sevilla la Nueva se sumó la de Melilla —actual Port Santa María—. Desde las dos villas los pioneros se abrieron camino hacia el sur a lo largo de tres años en los que Esquivel levantó fundaciones, una fortaleza y, en su capítulo negro, intentó con sangre convertir y someter a los indígenas. A pesar de ello, informes contrarios sobre su actuación llegaron a España convirtiéndole en víctima de las pugnas entre partidarios del rey y de los Colón, por lo que fue convocado a un juicio de residencia, al que no pudo acudir pues falleció en 1513, sin llegar por tanto a rendir cuentas de su evidente abuso de poder en tierras jamaicanas. En 1514, Fernando el Católico acordaba con el vasco Francisco de Garay unas Capitulaciones por las que éste se transformaba en el primer representante real directo en Jamaica. Garay, compañero de Colón, partía como gobernador insular dispuesto a explotar a medias las ricas haciendas jamaicanas. Lo mismo que a Esquivel, se le apremió a desarrollar activamente la economía isleña con el fin de abastecer a los hombres que ya se movían en Tierra Firme. Definitivamente, con Garay, Jamaica adquirió su carácter de lanzadera hacia el continente. Quizá por estas circunstancias fueron llevados al sur los asentamientos norteños, pues desde esa costa eran más fáciles las navegaciones y constante la conexión. Asimismo, el flamante gobernador vasco quiso hacer una nueva repartición de indios, lo que fue casi imposible dada la esquilma provocada por Esquivel. Prosiguió la incorporación de las tierras a la economía española y vio alzarse las poblaciones de Santiago de la Vega (SpanishTown) y Oristán (Bluefields), en las costas sureñas. La isla, salvo las escabrosas montañas Azules y parte de la zona occidental, futuro refugio de piratas, estaba conquistada, y en ella se enclavaron los hatos y rancherías hispanos. No obstante, al no ofrecer el suelo insular ni aventuras bélicas ni atracciones mineras, el propio Francisco de Garay se vio impulsado por las noticias que llegaban de Nueva España a zarpar un buen día de 1519 hacia el Panuco. En realidad, no fue el único en buscar mejor fortuna en el continente, con lo que el eje histórico antillano fue sufriendo un tremendo desplazamiento hacia Occidente, a causa de la atracción continental en la que se veían involucradas cada vez más expediciones.

Por su parte, la isla de Cuba tampoco fue de gran interés para los primeros colonos, ni siquiera a principios del siglo XVI se había determinado su insularidad. Fue precisamente Fernando el Católico quien, en 1504, ordenó a Nicolás de Ovando que se explorase aquella latitud a la que Colón había dado el nombre de Juana. La voluntad real tardó algún tiempo en ser cumplida, pues los problemas en La Española no cesaban y el gobernador extremeño se debía multiplicar ante tanta adversidad. No obstante, los rumores sobre la grandeza natural y el abundante oro que se presumía en su seno terminaron por convencer a Ovando, quien organizó las primeras rutas cubanas con la intención de sembrar aquel territorio con primigenios pobladores. Para ello comisionó, en 1508, al hidalgo gallego Sebastián de Ocampo, que exploró todo el territorio cubano demostrando definitivamente su insularidad. Ocho meses tardó en su periplo

haciendo, escala en los puertos de Carenas (La Habana) y jagua (Cienfuegos). Es presumible aventurar que ya se habían realizado otros viajes á la isla, bien por causa de la captura de indios para las encomiendas o por puntuales supervivientes de naufragios de buques españoles que navegaban por esa zona cada vez más transitada. Diego Colón —sucesor de Ovando— recibió la misma orden real que su antecesor y al interés general por la conquista cubana sumó su propia visión de los hechos, y ésta pasaba por ampliar su legado familiar con la anexión de Cuba al virreinato de los Colón. Don Diego quiso tener las cosas bien atadas desde un principio y por ello eligió a su tío Bartolomé como teniente gobernador de Cuba. Aunque le duró poco la alegría, dado que el hermano de don Cristóbal fue llamado a España para dar cuenta de algunos asuntillos turbios de los que era principal protagonista. Le sucedió en el cargo don Diego Velázquez de Cuéllar, un orondo segoviano cuya máxima virtud era la diplomacia, ya que sabía en todo momento estar a bien con las diferentes facciones que pugnaban por el dominio de la economía indiana. Era un hombre agradable y de trato jovial con sus subordinados y con los indios, los cuales le llamaban de forma simpática: «jefe gordo». En verdad, Velázquez pretendía hacer de Cuba una entidad territorial diferenciada de La Española, aunque, como es obvio, no aclaró verbalmente estas pretensiones ante el hijo de Colón y se entregó por completo a los preparativos de la expedición conquistadora que se estaba abasteciendo en la dominicana ciudad de Salvatierra de la Sabana, villa sita en el suroeste de La Española y fundada por el propio Velázquez. Las noticias sobre la escuadra que se estaba pertrechando y sus objetivos corrieron raudas por la isla dominicana y, en pocas semanas, un sinfín de colonos descontentos con su forma de vida se habían alistado en la expedición. Aquí nos encontramos con algunos nombres de los que hablaremos profusamente en páginas posteriores: Hernán Cortés, Alvarado, Bernal Díaz, Ordás, Hernández de Córdoba, Grijalva...

A principios de 1511 la mesnada se embarcó en los navíos que, doblando el cabo Tiburón, fueron a dar a la región cubana de Maisí, cerca de Baracoa. Se supone que fue en el puerto de las Palmas, junto a la bahía de Guantánamo, donde se efectuó el desembarco. Allí vivía Hatuey, antiguo cacique dominicano de la región de Guahabá, que se opuso con las armas a la llegada de los hispanos. Sin embargo, los mal preparados tainos cubanos poco pudieron hacer ante las demoledoras cargas de caballería, las afiladas espadas o los atronadores arcabuces, con lo que la resistencia indígena fue doblegada en poco tiempo con cientos de muertos y huidos. El propio Hatuey acabó ejecutado en la hoguera por orden de Velázquez. De este modo concluyó la primera fase de la campaña llevada a cabo en una región montañosa y llena de ríos. La comarca de Baracoa, base de la conquista, estaba en paz. Velázquez, previa exploración, decidió fundar a principios de 1512 la villa de Nuestra Señora de la Asunción. Por entonces ya se llevaba a cabo la conquista de Jamaica por Juan de Esquivel y algunos de los partícipes en dicha acción se pasaron a Cuba dispuestos a ofrecer su experiencia militar. Fue el caso de Panfilo de Narváez, quien en compañía de treinta buenos

ballesteros castellanos apareció en el teatro de operaciones poniéndose al servicio de Velázquez.

La segunda etapa de la conquista tendió a dominar la actual provincia de Oriente. Las zonas de Mamaban y de Bayamo constituyeron los objetivos para los capitanes Francisco de Morales y el propio Narváez, que se emplearon con extrema dureza en los ataques contra los nativos. Tanta ofensiva bélica acabó con una espantada generalizada de los aborígenes, que abandonaron campos de cultivo y demás tierras fértiles, lo que desembocó en un serio problema, pues no había mano de obra suficiente para emprender una expansión razonable por la isla recién anexionada. En este capítulo Velázquez utilizó, una vez más, su innegable carisma y, con el asesoramiento de fray Bartolomé de Las Casas, consiguió captar la atención de los indios, a los que prometió trato justo en el trabajo y una digna vida asegurada por este modesto fraile, que daría mucho que hablar en los años iniciales de la peripecia española en Indias y que quedó como asesor de Narváez en la zona para mayor tranquilidad de todos. La pacificación lograda en Bayamo, con el consiguiente retorno de los naturales, y la eliminación de Francisco de Morales, el cual se había rebelado anteriormente contra su jefe por disparidad de criterios sobre cómo se debía llevar la conquista de Cuba, no garantizaron la tranquilidad en el ánimo general. Lo cierto es que había un enorme descontento contra Velázquez porque no efectuaba repartimientos. Y en consecuencia, algunos españoles redactaron un pliego de protestas que entregaron a Hernán Cortés para que lo presentara ante la recién creada Audiencia de Santo Domingo. Velázquez, enterado de la conspiración, pudo abortar el plan, aunque, eso sí, tuvo que repartir indios entre los terratenientes a fin de aplacar los encendidos ánimos que amenazaban la estabilidad cubana. Pero aún faltaba por ocupar la parte occidental de la isla. Velázquez ya contaba con asentamientos organizados, con el apaciguamiento de los descontentos y con una economía en funcionamiento apoyada en brazos indios. A finales de 1512 y principios de 1513, la situación era propicia para culminar la anexión total de Cuba. Tres direcciones eligió Velázquez en esta proyección final. Al centro iría el grueso de la tropa bajo el comando de Narváez; a la derecha, por mar, un grupo auxiliar; por la izquierda, y también por mar, navegaría el mismo Velázquez, atento a la columna central. Era una auténtica invasión de la parte occidental, arrancando de la oriental. Las tropas de Narváez estaban formadas por unos cien españoles y por cerca de mil indios jamaicanos, haitianos y cubanos. Le acompañaba Bartolomé de Las Casas. Por la región de Cueba avanzaron sobre Camagüey, castigando duramente a los indígenas en Caonao. El punto final del itinerario fue La Habana (Carenas), tras pasar por Sabaneque. Mientras Narváez alcanzaba Carenas, Velázquez llegaba a Cienfuegos. El bergantín que navegó por el norte, tocando en la costa y sometiendo a los caciques, también fondeó en Carenas. Velázquez ordenó entonces a Narváez que prosiguiese hasta Guaniguanico desde el valle de Trinidad, lugar del encuentro. Narváez volvió a Carenas, tomó hombres y navegó al extremo occidental, recorriendo la región

citada y la de Guanacahabiles.

A finales de 1514 se había completado la exploración total de la isla, y las fundaciones de Bayamo, Sancti Spíritus, Trinidad, Puerto Príncipe, La Habana, Baracoa y Santiago de Cuba se alzaban o se alzarían, y comenzaban a servir como centros aglutinantes de pobladores dispuestos a diseminarse por el fértil territorio antillano. Más tarde, Diego Velázquez solicitó ser adelantado del Yucatán, tras recibir excelentes noticias provenientes de Tierra Firme, gracias a las navegaciones de sus oficiales Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva. Pero, como ya veremos después, un tal Hernán Cortés se le anticipó en el proyecto de conquista sobre el gran imperio de los aztecas, moradores de la tierra bautizada por los españoles como Nueva España.

Mientras tanto, una miríada de navíos comenzaba a tocar las costas continentales con la intención de colonizar esa tierra a la vez que se buscaba el ansiado paso terrestre hacia Oriente.

Vasco Núñez de Balboa, el descubridor del océano Pacífico

La llegada a Tierra Firme de los conquistadores españoles tras su implantación en las Antillas, constituye el segundo gran hito después del propio descubrimiento a cargo del almirante Cristóbal Colón. Desde 1492 hasta principios de la centuria siguiente, numerosas expediciones habían vislumbrado las costas del continente americano. El principal objetivo de estos navíos, amén de la prospección comercial o la cartografía de las nuevas latitudes, consistía en localizar un paso hacia Oriente. Lo que se ignoraba, por el momento, es que lo descubierto era un inmenso continente y que al otro lado del mismo se encontraba un inabarcable océano. El primer español que constató esta realidad fue Vasco Núñez de Balboa. Nacido en Jerez de los Caballeros (Badajoz) en 1475, pertenecía a una familia noble empobrecida por los acontecimientos políticos de la época, lo cual no le impidió formar parte como paje del séquito personal de Pedro de Portocarrero, señor de Moguer y muy vinculado a los viajes colombinos, de los que el joven Núñez de Balboa quedó prendado por las emocionantes noticias que llegaban constantemente desde Indias.

Atraído por ese mundo fantástico del que hablaban los marineros que habían regresado del Caribe, se enroló en 1501 en la expedición de Rodrigo de Bastidas y Juan de la Cosa, que zarpó con el propósito de explorar las costas de las actuales Colombia y Panamá. Una vez en las Antillas se estableció en La Española, donde recibió un repartimiento y varios indios, con lo que se convirtió en un simple granjero. Pero su temperamento inquieto y ambicioso no casaba con la vida tranquila de colono. Asimismo, tampoco demostró unas grandes cualidades para los negocios y su hacienda no hacía más que acarrearle terribles pérdidas que no supo afrontar, por lo que a poco de su llegada a la isla era ya un hombre acosado por los acreedores. Cuando en 1509 se organizaron las dos grandes expediciones de Ojeda y Nicuesa para conquistar las costas de Veragua, Balboa no pudo unirse a la empresa a causa de sus numerosas deudas. Sin embargo, su determinación de encontrar una nueva y próspera vida le empujó a merodear los pequeños puertos dominicanos en los que recalaban los buques expedicionarios y en uno de ellos, cuyo capitán era el bachiller Martín Fernández de Enciso —socio de Ojeda—, se embarcó de forma clandestina dispuesto a vivir su mayor aventura.

El ocasional polizón pudo permanecer de esa guisa protegido en el interior de un tonel. Empero, a los pocos días de navegación, su camuflaje fue descubierto por los tripulantes, los cuales, una vez desvelado el suceso al bachiller, se dispusieron sin más preámbulos a organizar para Núñez de Balboa lo que las leyes del mar exigían en estos casos, y eso no era otra cosa, sino dejar al infortunado en una pequeña chalupa abandonado a su suerte en alta mar. No

obstante, el destino quiso acudir en salvación del pacense y éste, dado que era verbilocoaz, consiguió convencer a Enciso de que su vida era valiosísima para aquella expedición, y razón no le faltaba, pues conocía las costas por las que iba a transitar el navío español, un hecho que le aupaba de facto a la categoría de distinguido guía en aquella singladura.

El bachiller, previsor ante todo, decidió perdonar al intrépido polizón, dado que en aquellos tiempos lo que realmente escaseaba eran hombres capaces de espigar orografías en aquel maremágnun geográfico. No obstante, la diferencia de caracteres entre el capitán Enciso y Núñez de Balboa no tardaría en evidenciarse como ahora comprobaremos. La misión del bachiller consistía, principalmente, en reunirse con Ojeda y su flota. En lugar de eso se topó con un famélico grupo de supervivientes, capitanea dos por Francisco Pizarro, que deambulaban por las costas cercanas al golfo de Cartagena tras haber sufrido varios ataques de indios, tormentas y naufragios. Como ya hemos mencionado, el pequeño grupo esperaba anhelante el regreso de Ojeda, quien, malherido, había marchado a La Española.

Enciso no creyó la increíble narración ofrecida por Pizarro, tomándole por el cabecilla de un motín contra Ojeda. Así que, tras recoger la reducida partida de españoles y ponerles bajo custodia, enfiló la proa de sus naves hacia donde tenía pensado reunirse con su socio. El lugar señalado era un pequeño fortín construido meses antes por Ojeda y Pizarro y bautizado como San Sebastián de Uraba. En el reducto fortificado se instalaron los españoles a la espera de novedades.

Las adversidades comenzaron de inmediato a acumularse, lo que minó en demasía la moral expedicionaria. El inhóspito paraje, el empecinamiento de Enciso por esperar a Ojeda y las narraciones ofrecidas por Balboa —quien gracias a su participación en el viaje de Bastidas decía conocer una tierra de promisión, clima amable y abundantes minas de oro situada en la parte occidental del golfo— terminaron por desesperar a los integrantes de la partida. El problema principal para este desplazamiento propuesto por el extremeño radicaba en que dicha demarcación pertenecía al territorio asignado a Diego de Nicuesa, y Enciso, aparte de no fiarse mucho de Balboa, no estaba dispuesto a penetrar en esa jurisdicción. No obstante, la muerte de varios hombres enfermos y la escasez de provisiones disponibles despojaron al bachiller de cualquier signo de orgullo y, al fin, dio la orden de avanzar hacia el lugar señalado por Núñez de Balboa. Una vez allí descubrieron un pequeño puerto natural habitado por los indios del cacique Cemaco, con los que trabaron un fiero combate hasta conseguir desalojarles de su poblado, que fue ocupado con presteza por los soldados españoles. En ese mismo enclave fundaron en noviembre de 1510 la villa de Santa María de la Antigua del Darién. Enciso se autoproclamó alcalde mayor, dictando una suerte de normas que, a decir verdad, no gustaron entre sus hombres, pues quedó prohibido el comercio con oro, negándose, de paso, a repartir con ellos el botín capturado a los indígenas.

Ante el descontento de la hueste, Balboa se erigió en líder disidente y halló un resquicio legal para minar la autoridad de Enciso, que al encontrarse fuera de su jurisdicción no podía nombrarse a sí mismo alcalde. Conocedor de las leyes, el jerezano solicitó la creación de un cabildo electo para que los ciento ochenta españoles que se encontraban en la villa pudiesen decidir sobre quién debía gobernarles. Como el lector puede presumir, el elegido para ostentar el cargo de alcalde mayor fue Núñez de Balboa, quien así, de humilde polizón, pasó a ser el máximo representante de una ciudad en el Nuevo Mundo. Atrás quedaban las deudas agrícolas, y por delante grandes glorias pendientes de rúbrica.

Al finalizar la primavera de 1511 apareció por allí un desmejorado Nicuesa reivindicando su gobernación. Tras una refriega, los hombres de Nicuesa prefirieron rendirse y sobrevivir dejando que su jefe fuese embarcado en un pequeño navío con sus más fieles y con rumbo a La Española. Poco después, la extraña situación jurídica de Darién quedó aclarada cuando, desde La Española, el gobernador Diego Colón ratificó a Balboa como gobernador de aquellas tierras. A Enciso no le quedó más remedio que regresar a España y litigar en el Consejo de Indias contra su enemigo.

De cualquier forma, el lugar elegido para fundar Santa María no era precisamente el paraíso, así que pronto iniciaron la exploración de nuevos territorios. En una de sus expediciones debieron librar batalla con el cacique indio Careta, a quien Balboa derrotó con la misma estrategia que más tarde emplearían Hernán Cortés con los aztecas o Pizarro con los incas. En estas tácticas guerreras, las tropas españolas, siempre en inferioridad numérica, atacaban con todo su ímpetu y armamento el núcleo principal de los ejércitos nativos, arrebatándoles sus estandartes y apresando de paso a sus jefes, con lo que el grueso de la tropa aborígen se rendía sin presentar resistencia alguna y con escasas bajas en ambos contingentes. Balboa supo administrar muy bien sus victorias y, en el caso del cacique Careta, logró ganarse su amistad de tal modo que el indio le entregó como signo de afecto a su hija Anayansi —desde entonces fiel amante y compañera del español—. Además, el agradecido cacique le ofreció todos los indios que quisiera a cambio de ayuda militar para derrotar a su cacique rival, Ponga. También Careta le puso en contacto con otras tribus y jefes amigos que le permitieron seguir adentrándose en las tierras panameñas. Uno de estos caciques fue Comagre, quien, junto a su hijo Panquiaco, habló a los extremeños Balboa y Pizarro sobre la existencia de otro mar y de un imperio con tierras abundantes en oro más allá de las montañas, hacia el sur. Las narraciones indígenas parecían convincentes, tanto, que desde ese momento Núñez de Balboa centró su atención en el descubrimiento de ese mar que había obsesionado a Cristóbal Colón.

Poco a poco, la habilidad diplomática de Balboa y su capacidad para la relación con los nativos lograron incorporar nuevos territorios a la corona y ganarse la amistad de la mayoría de las tribus indígenas. Por otro lado, sabía que

Enciso, ya de vuelta en España, estaría intrigando en su contra, así que envió un barco cargado de oro y regalos para el rey Fernando y los miembros del Consejo de Indias a fin de reforzar las gestiones de su secretario Zamudo, embarcado meses antes para que explicase la situación de Darién.

Por desgracia, dicho barco lleno de tesoros fue hundido por un huracán. A pesar de todo, Balboa prosiguió con sus planes dispuesto a encontrar el mar de sus sueños. El 1 de septiembre de 1513 Vasco Núñez de Balboa se puso al frente de una columna conformada por ciento noventa españoles y unos ochocientos indios con los que se dirigió hacia el interior del actual territorio panameño.

La expedición recibió el valioso apoyo de tribus amigas y de los guías aportados por el cacique Careta. Fueron tres semanas de penosa marcha en las que los españoles llegaron a murmurar que aquel esfuerzo no merecía tantos azotes, pues, no sólo debían luchar contra las enfermedades que les diezaban, sino también con una geografía hostil en la que se avanzaba muy lentamente y a machetazos por las frondosas selvas que iban encontrando. En el camino se perdieron muchos hombres que acabaron engullidos por pantanos o caimanes, otros tantos perecieron por dolencias tropicales y el resto tuvo que soportar altísimas temperaturas mientras eran atacados por densos enjambres de mosquitos.

El único consuelo al que se pudo aferrar aquella angustiada hueste fue el proporcionado por diferentes tribus aliadas de la zona, las cuales socorrieron a los expedicionarios con alimentos e indicaciones certeras sobre el camino a seguir en aquel trasiego decisivo para la historia de América. Al fin la comitiva pudo llegar a las estribaciones de una montaña desde cuya cumbre decían los indios que se podía atisbar el azul de un inmenso mar.

El 25 de septiembre de 1513 Vasco Núñez de Balboa, escoltado por unos pocos hombres entre los que se encontraba Francisco Pizarro, subió a lo más alto del monte y desde allí oteó el horizonte comprobando por sí mismo que los indígenas tenían razón. Era la primera vez que un europeo certificaba la existencia de un océano al otro lado de la Tierra Firme descubierta años antes. Al poco Pizarro también pudo comprobar el maravilloso hallazgo y como él otros oficiales del pequeño contingente explorador. La calma de aquellas aguas inspiró a Balboa y bautizó ese mar con el nombre de Pacífico. Un día más tarde los blancos se bañaron en la playa más próxima festejando la gesta ante los asombrados indios, los cuales habían disfrutado de aquellos paisajes durante siglos sin darle mayor importancia.

El 29 de septiembre Vasco Núñez de Balboa, en compañía de veintiséis hombres, dio el nombre de San Miguel al golfo en el que se había celebrado el descubrimiento. Allí mismo, en un emotivo acto, tomó posesión del lugar en representación del rey católico Fernando, ceremonia que repitió justo un mes más tarde. En esas semanas los españoles anduvieron por la zona negociando con los

autóctonos, de los que obtuvieron abundante oro y grandes muestras de simpatía, debidas, en parte, a la eficaz gestión diplomática desplegada por Balboa, quien, por añadidura, se enteró a lo largo de interesantes veladas compartidas con los jefes nativos de la certeza de un imperio situado al sur, con el mayor cúmulo de riquezas que nadie pudiera imaginar.

Según parece, el cacique Turnaco informó a los españoles sobre la existencia de un país llamado Biru, en el cual las ciudades estaban construidas con grandes bloques de piedra y por el que pastaban extraños animales, de los que hizo dibujos para mejor comprensión; una de las figuras representadas mostraba una oveja lanuda con cabeza de camello, especie que más tarde sería conocida con el nombre de llama. Contento por la consumación de la gran hazaña de su vida, Balboa ordenó regresar a Santa María de la Antigua, ciudad en la que la gloriosa columna llegó el 19 de enero de 1514. Los descubridores fueron recibidos en olor de multitudes. No en vano aquel éxito protagonizado por ellos constituía el segundo gran hito en la historia de la conquista americana tras el propio descubrimiento colombino.

La imagen de Balboa ganó un prestigio con una intensidad suficiente como para borrar de un plumazo cualquier capítulo oscuro de su biografía. Los propios delegados reales, establecidos allí para vigilar de cerca las andanzas coloniales, sucumbieron ante el carisma del extremeño y redactaron informes favorables para su causa. De ese modo, uno de estos emisarios llamado Pedro de Arbolancha zarpó rumbo a España con el propósito de ofrecer valiosos detalles al rey sobre el descubrimiento del Pacífico, portando incluso algunas epístolas escritas por Balboa, así como un quinto de todos los tesoros recogidos por éste en su aventura. Por desgracia, para el descubridor, Arbolancha llegó tarde a la corte, pues, para entonces, ya se había fletado una gran escuadra colonial bajo el mando del insigne segoviano Pedrarias Dávila, quien había recibido el nombramiento de gobernador de Darién (Castilla del Oro), a excepción del territorio de Veragua, con la misión de iniciar una excelsa empresa colonizadora en Tierra Firme —como se denominaba al continente aún ignorado.

La flota compuesta por treinta navíos y más de dos mil personas con abundantes equipamientos, animales y semillas zarpó en abril de 1514. La importancia de esta singladura es vital para entender las futuras acciones de conquista que se iban a emprender a cargo de pasajeros tan ilustres como Diego de Almagro y Hernando Luque —que luego se convertirían en socios de Francisco Pizarro—, Hernando de Soto —descubridor del Mississippi—, Sebastián de Belalcázar —conquistador del reino de Quito—, Bernal Díaz del Castillo —soldado de Hernán Cortés y cronista de Nueva España—, Pascual de Andagoya —primer explorador al sur de Panamá—, fray Juan de Quevedo —primer obispo de Tierra Firme—, Francisco de Montejos —adelantado y conquistador del Yucatán—, Gonzalo Fernández de Oviedo —cronista general de las Indias— Y no menos decisivos fueron otros personajes anónimos, como los cincuenta magníficos

nadadores provenientes de la isla canaria de la Gomera que embarcaron dispuestos a recoger de las aguas caribeñas una inmensa fortuna en perlas. Junto a ellos una ilusionada mesnada integrada por cientos de campesinos, ganaderos, clérigos, soldados... los cuales confiaban su suerte a la hipotética brisa de riquezas que les estaba esperando en el Nuevo Mundo. El veterano funcionario, amén de dirigir aquella empresa, había recibido la orden de apresar a Balboa, dado que, hasta entonces, sobre el extremeño sólo había circulado en España la versión esgrimida por su antiguo enemigo el bachiller Enciso, el cual no reparó en gastos a la hora de vilipendiar a su compañero de viaje. Lo cierto es que cuando Dávila arribó a las costas panameñas en junio de 1514, la fama del descubridor del Pacífico había crecido como la espuma entre los colonos y Dávila tuvo que ejercer la opción de la prudencia sin atreverse a detenerle como rezaba en su encargo. Hizo bien, dado que desde España no tardaron en llegar las rectificaciones oportunas que protegieron a Balboa confirmándole moralmente como gobernador, aunque supeditado a las decisiones de Pedrarias. Con lo que se inició una relación personal más que difícil entre ambos personajes, pues por el momento nadie osaba discutir, dada su popularidad, cualquier iniciativa emprendida por el recién nombrado en junta del Consejo de Indias, adelantado de los mares del Sur.

Durante los tres años siguientes la política de Pedrarias Dávila, llamado por todos «Furor Domini», hacia Balboa fue implacable y singularmente tortuosa, ya que puso todos los obstáculos posibles con el propósito de impedir que el jerezano alcanzara mayores hazañas que las que ya había adquirido.

Tras aquel decorado colonial se escondían envidias, rencores y afán de lucro económico. Santa María de la Antigua era en realidad una modesta población que a la llegada de Dávila apenas contaba con unos cuatrocientos pobladores blancos y otros tantos indios y negros. Su entramado urbano mantenía las estructuras indígenas y, a duras penas, los colonos podían sobrevivir en un contexto geográfico aquejado por un sinfín de enfermedades —originadas en las ciénagas y portadas por los mosquitos— que diezmaban constantemente a la población. El propio contingente llegado de España bajo el mando del gobernador segoviano también cayó bajo las mismas plagas y, a los pocos meses de haberse establecido, los muertos superaban los setecientos. Desde luego no era el sueño ambicionado por aquellos pioneros, por lo que muchos se desentendieron de los cultivos o rebaños para entregarse a la aventura de negocios rápidos y de exploraciones exitosas, tal y como había marcado Núñez de Balboa, quien seguía empeñado en desentenderse del control desplegado por Dávila internándose en tierra ignota o llevando a cabo proyectos para trasladar navíos a la zona del Pacífico para cumplir felizmente con la conquista de aquel imperio sureño del que tanto se hablaba.

Balboa no olvidó sus dotes diplomáticas y buscó, con determinación, el apoyo de personas ilustres como el obispo Quevedo, al que asoció a su empresa de

conquista en los mares del Sur, o Isabel de Boadilla, esposa de Pedrarias, con la que trabó suficiente amistad como para disponer el matrimonio por poderes con María —primogénita del «Furor Domini»— que se hallaba en España sin saber muy bien lo que decidían sobre ella en América.

A pesar de estos esfuerzos, el prestigio de Balboa era demasiado grande y ensombrecía a Dávila y a sus acólitos, como el sevillano Gaspar de Espinosa, un personaje siniestro que se empleó con absoluta crueldad en diferentes ataques contra los poblados indígenas rebeldes a la causa del gobernador. No olvidemos que estos mismos indios habían negociado con Balboa su incorporación pacífica a la corona como iguales, trato que Espinosa desbarató desde su condición de alcalde mayor en Santa María de la Antigua. La situación era, en definitiva, demasiado compleja con un gobernador que no creía en ningún imperio situado al sur y sí, en cambio, en proyectar la conquista hacia las zonas de la actual Nicaragua, con la pretensión de crear una lujosa corte virreinal para su mayor gloria. Núñez de Balboa se desesperaba ante esa actitud y finalmente surgió la chispa que provocó el enfrentamiento. La verdad es que Dávila tenía prisa por limpiar de enemigos el paisaje panameño, pues muchos críticos con su gestión habían sembrado de dudas la corte española durante la regencia del cardenal Cisneros.

En ese periodo se envió a Panamá a un triunvirato compuesto por frailes Jerónimos dispuestos a esclarecer algunas situaciones turbias provocadas por el gobernador y sus leales. Por último, en 1518 se rompió la cuerda, a tal punto que fue elegido Lope de Sosa —gobernador de Canarias— como suplente de Dávila. La noticia llegó al istmo panameño como un huracán, y tanto Pedrarias como Balboa supieron que había llegado el momento decisivo para ambos. Si alguno de ellos conseguía concretar en poco tiempo una gesta conquistadora, a buen seguro que su imagen quedaría rehabilitada ante la corte española.

Núñez de Balboa se dispuso a zarpar desde la ciudad de Acia con los dos navíos que poseía, rumbo al sur. Entonces Dávila, percatado del hecho, se adelantó a los acontecimientos y a finales de 1518 Francisco Pizarro recibió la penosa orden de detener a su antiguo capitán bajo la acusación de traición a la corona, además de otras viejas cuitas como el caso Nicuesa, en el que se imputaba a Balboa el abandono y muerte del conquistador. El juicio al que se vio sometido el extremeño fue manipulado de forma vergonzosa con un Gaspar de Espinosa alzado en presidente de un tribunal por el que discurrieron diferentes testimonios corruptos. Núñez de Balboa y cuatro de sus oficiales intentaron apelar argumentando que el adelantado de los mares del Sur sólo podía ser juzgado ante el mismísimo rey Carlos I. La petición, obviamente, no fue atendida y Pedrarias ordenó a su esbirro Espinosa que prosiguiese con la pantomima. Finalmente, tras una semana de proceso, Vasco Núñez de Balboa y cuatro de sus oficiales fueron sentenciados a muerte, pena que se cumplió en la ciudad de Acia el 21 de enero de 1519. La cabeza de aquel que descubrió para España el océano

Pacífico fue clavada en una pica y expuesta al público como escarmiento para aquellos que quisiesen abrazar la traición o la sedición. Muchos lloraron tan irreparable pérdida, entre ellos la joven india Anayansi, que estuvo al lado de su amor hasta el último minuto. Son las paradojas de la historia que en ocasiones nos brinda capítulos ignominiosos que discurrieron en tierras de frontera y heroísmo, pero también de venganza e injusticia.

Por su parte el «Furor Domini» pudo al fin mantener su presencia en América, gracias a que el mencionado Lope de Sosa falleció nada más desembarcar en Panamá. Pedrarias prosiguió su actividad bélica contra los indios. En agosto de 1519 fundó en las costas del Pacífico Nuestra Señora de la Asunción de Panamá, ciudad que convirtió en nueva capital del territorio. Despachó diferentes expediciones al norte y al sur, asegurando de ese modo la consolidación colonial en los territorios de Honduras, Nicaragua y Panamá. Asimismo, bajo su mandato se trazó la ruta terrestre que unía el Atlántico y el Pacífico, hasta que, por fin, pudo ver cumplido su particular sueño de crear una corte renacentista en América, de la que por supuesto fueron excluidos todos aquellos por cuyas venas no circulase sangre aristócrata.

En 1527 protagonizó un nuevo litigio contra Diego López de Salcedo —gobernador de Honduras—. Ambos pugnaron por la anexión de Nicaragua llevando la lucha política casi a las armas. La situación de la zona era tan irrespirable que todos, incluida la corte española, temieron una hecatombe colonial. Al fin se otorgó a Pedro de los Ríos el gobierno en Castilla del Oro. Sin embargo, la última palabra del longevo Pedrarias no estaba dicha y consiguió convencer a De los Ríos de la conveniencia de tomar Nicaragua, asunto que enojó ostensiblemente a Salcedo, quien desató un infierno sobre colonos e indios cuyos ecos llegaron a la metrópoli, donde se designó un gobernador especial para Nicaragua llamado Gil González de Ávila. Éste falleció en España repentinamente y dejó el camino franco a Pedrarias ya que, dada la apremiante situación, el segoviano fue elegido gobernador una vez más para mayor disgusto de su enemigo Salcedo.

Allí en Nicaragua, decrépito y sumamente desprestigiado por sus atroces actuaciones, Pedrarias Dávila falleció cuatro años más tarde de muerte natural y con noventa años cumplidos. Algunos cronistas dijeron de él que el mejor recuerdo que Pedrarias Dávila había dejado en la tierra, al margen del terror infundido en los indios, era que sus capitanes se orinaban encima ante su presencia. Con esto está dicho todo acerca del carácter demostrado por el viejo funcionario real, el cual se nos antoja fiel representante del nuevo espíritu renacentista que va a posicionarse en América con el afán de desplegar un correcto gobierno de las posesiones, a semejanza de lo impuesto en los estados modernos europeos. Todo ello en contraposición a figuras como Vasco Núñez de Balboa, Francisco Pizarro o Hernán Cortés, últimos supervivientes del estilo que adornaba a los héroes medievales. Precisamente, la conquista de Nueva España,

protagonizada por Cortés, cuya vida estamos a punto de narrar, se nos antoja digna de las más relumbrantes epopeyas.

CAPÍTULO III

HERNÁN CORTÉS Y LA CONQUISTA DE NUEVA ESPAÑA

Creíamos ser aquél el último de nuestros días, según el mucho poder de los indios y la poca resistencia que en nosotros hallaban.

Comentario de Hernán Cortés tras los sucesos de «la noche triste».

En 1519 ya habían transcurrido veintisiete años desde que Colón pusiera pie en el Nuevo Mundo. En ese tiempo el trasiego de naves españolas hacia América era creciente y fluido, con miles de hispanos asentados en las primigenias ciudades coloniales esparcidas por Antillas y Tierra Firme. A las conquistas de La Española, Jamaica, Puerto Rico y Cuba, se sumaba la expansión continental por los territorios de Nueva Andalucía y Castilla del Oro. Asimismo, el descubrimiento del océano Pacífico a cargo de Núñez de Balboa invitaba a pensar en un gozoso porvenir para todos aquellos dispuestos a contraer responsabilidades en la magna empresa conquistadora. En dicho año Carlos I de España y V de Alemania se enseñoreaba de sus cuantiosas posesiones a uno y otro lado del océano Atlántico, por lo que no se dudaba sobre la realidad imperial española.

Pero, por si todo esto fuera poco, llegaba ahora el turno para una de las gestas más asombrosas de la historia: la conquista del inmenso imperio dominado por la cultura azteca. El artífice de semejante hazaña fue un extremeño muy dado a largos y convincentes discursos y a juergas interminables. Su nombre era Hernán Cortés.

Nacido en Medellín (Badajoz) en 1485, sus padres Martín Cortés Monroy y Catalina Pizarro Altamirano provenían de ascendencia noble, aunque no gozaban de saneados recursos económicos, si bien el hecho no impidió conceder a su prole algunos estudios. El joven Hernán se trasladó a Salamanca a fin de cursar en su Universidad la carrera legislativa; contaba catorce años y se intuía para él un futuro prometedor dadas sus aptitudes. En cambio, el muchacho mostró de inmediato su naturaleza inquieta y pronto chocó con la disciplina académica impartida en las aulas salmantinas, en las que permaneció apenas dos años, durante los cuales aprendió latín con resultados notables. En este tiempo estudiantil el futuro conquistador hizo alarde de sus inclinaciones hacia la holganza, amoríos, pendencies y juegos de cartas. Una vida disipada que, en todo caso, se presentaba incompatible con las estrictas normas universitarias, por lo

que se vio obligado a dejar los libros para incorporarse a un trabajo de escribano en Valladolid.

Cortés era alto y bien proporcionado, tenía además una fuerte personalidad que le hacía brillar en cualquier juerga juvenil o en la seducción de hermosas damiselas. Su deseo de vivir con plenitud cualquier acontecimiento vital contrastaba seriamente con su recién adquirido oficio de amanuense. En su leyenda biográfica aparece un presunto alistamiento en los tercios de Italia donde se curtiría como militar. Este detalle siempre fue desmentido por sus exégetas más rigurosos, quienes sí admiten que viajó a Valencia, donde sufrió algún accidente o herida mientras intentaba seducir a una jovencita.

Con más pena que gloria regresó en 1504 a su Medellín natal, y allí quedó fascinado por las maravillosas narraciones efectuadas por los extremeños que venían de América. Dichas noticias provocaban sueños de ambición en los aventureros españoles y Hernán no permaneció ajeno a nada de lo que proviniera del nuevo continente. De ese modo, el impetuoso joven suplicó a sus progenitores la concesión de licencia y dinero para realizar el viaje a las Indias. Petición a la que no se pudieron negar, dada la convincente locuacidad de su vástago, y reunieron los ahorros disponibles entregándoselos junto a su resignada bendición.

Ese mismo año Hernán Cortés tomaba un barco en Sanlúcar de Barrameda con destino a la isla de La Española. Atrás quedaban su primera etapa de infancia y adolescencia rebeldes, deudas de juego y promesas de amor incumplidas, por delante la tierra prometida donde volver a empezar.

La Española —nombre por el que se conocía a la actual isla de Santo Domingo— era en 1504 un lugar en permanente ebullición; a ella llegaban cientos de colonos españoles dispuestos a emprender una nueva vida a costa de quien fuera. En este caso los nativos caribeños, los cuales soportaban un forzoso sometimiento hacia los gobernantes coloniales.

Cortés se instaló en la isla bajo el amparo del ya mencionado gobernador don Nicolás de Ovando, pariente suyo que, con presteza, le buscó una colocación como escribano de la villa de Azua. El trabajo no disgustó al extremeño; sin embargo, él no había navegado tantas millas para acabar realizando la misma tarea que ya ejerciera en Valladolid y por ello dio rienda suelta a su espíritu libre que, sumado a su enorme poder de convicción sobre los demás, posibilitó que muy pronto se convirtiera en un personaje popular en la colonia. Se cuenta que utilizó sabiamente sus conocimientos de escribano para contentar a diferentes potentados con la realización de fantásticos textos memoriales. Estas gestiones administrativas le proveyeron de magros ingresos económicos que le permitieron prosperar como agricultor y ganadero. Poco a poco, la fortuna iba sonriendo al soñador español, que lo celebraba con sonoras juergas al calor de mujeres, dados y vino cuyos ecos recorrieron los extremos de La Española. Cortés poseía una

inusual fluidez verbal que, añadida a su aspecto sereno, le otorgaba un cierto ascendiente sobre aquellos colonizadores tan necesitados de líderes.

En 1511 partió junto a Diego Velázquez rumbo a la conquista de Cuba; ya por entonces La Española era demasiado pequeña para sus aspiraciones. Cuba representaba un paso más en su meteórica carrera hacia el triunfo y no le importó viajar como secretario personal de don Diego, quien, al poco de su establecimiento en la isla caribeña, confió algunas misiones a Cortés en todos los casos culminadas con éxito. Tanta eficacia gestora y diplomática sirvió para que el muchacho tomara un sitio de confianza junto al nuevo gobernador insular, llegando incluso a ostentar el cargo de alcalde en la ciudad de Santiago de Baracoa, flamante capital de Cuba. Mientras desempeñaba estas tareas oficiales no desestimó la posibilidad de seguir enriqueciendo su patrimonio y aceptó varias encomiendas que le permitieron prosperar gracias a yacimientos mineros, cultivos y cría de ganado caballar, bovino y lanar. La situación para el nuevo hacendado era inmejorable, pero aun así, algo en su interior le empujaba hacia ignotas aventuras. Pronto llegaría su auténtica oportunidad en los recientemente explorados territorios de Nueva España.

El sueño de México

El 8 de febrero de 1517 el gobernador Diego Velázquez dio licencia al capitán Francisco Fernández de Córdoba para que viajara en busca de esclavos a las Lucayas (Bahamas). En lugar de eso, un error de orientación provocó que las naves contactaran con la península del Yucatán.

Los expedicionarios creyeron que habían topado con una isla. Tras desembarcar en sus costas fueron recibidos por la hostilidad de algunas tribus que parecían más evolucionadas y agresivas que las caribeñas, por lo que después de ver diezmado su contingente, el jefe español optó por regresar a Cuba dispuesto a dar cuenta del intrigante hallazgo a Diego Velázquez, quien, emocionado por el relato de su capitán, dispuso el envío de una nueva flotilla en el transcurso del siguiente año.

Fernández de Córdoba había revelado en su informe la existencia de ciudades bien urbanizadas, con unos habitantes de cultura bastante superior a lo conocido en otras tribus; ponía en aviso de que se trataba de gentes arrogantes y belicosas y que la empresa de conquista no sería fácil. Mas las advertencias no disuadieron al ambicioso gobernador y, el 1 de mayo de 1518, zarpó una flota bajo el mando de Juan de Grijalva, quien costeó varias millas explorando el litoral mexicano.

En Yucatán —cuna de los mayas entonces dominados por los aztecas— la llegada de los navíos fue motivo de alarma y algunos emisarios se encaminaron raudos hacia la capital Tenochtitlán, ciudad situada a unos ciento ochenta kilómetros de los puntos visitados por las naves españolas. En ella gobernaba Moctezuma II —jefe del imperio azteca—, quien recibió con temor los dibujos efectuados por sus espías sobre la nunca vista imagen de los españoles y sus armas.

Cuentan las crónicas que los exploradores fueron descritos de esta manera:

En medio del agua vimos una casa por la que aparecieron hombres blancos, sus caras blancas, y sus manos lo mismo. Tienen largas y espesas barbas y sus trajes de todos los colores: blanco, amarillo, rojo, verde, azul y púrpura. Llevan sobre sus cabezas cubiertas redondas. Ponen una canoa bastante grande sobre el agua, algunos saltan a ella y pescan durante todo el día cerca de las rocas. Al anochecer vuelven a la casa en la cual todos se reúnen. Esto es todo lo que podemos decirnos acerca de lo que deseabais saber.

Grijalva había fondeado en Tabasco, lugar en el que no había encontrado tanta resistencia por parte india; lo que ignoraba por el momento es que su expedición abriría el camino definitivo para la conquista de un imperio y que las

circunstancias y las profecías acudirían en beneficio de los españoles para dicho empeño.

Entre los aztecas existían numerosas tradiciones ancestrales que les ponían en aviso sobre su futuro. La más arraigada de sus leyendas hablaba de Quetzalcóatl, deidad representada por una serpiente emplumada, alegoría de sabiduría suprema. Esta divinidad había visitado en tiempos pretéritos a los aztecas y entre ellos predicó una religión bondadosa que incitaba al ser humano a poner en práctica sus mejores virtudes. Según la leyenda, Quetzalcóatl era blanco, barbado y de gesto grave, y su origen se situaba en Oriente, más allá de las aguas oceánicas. Asumió el trono azteca pero pronto comprobó con tristeza que sus súbditos no obedecían sus postulados. La desidia y la desconfianza azteca empujaron al dios emplumado a un forzoso abandono de aquel territorio. Antes de partir por donde había venido pronunció ante los aztecas una última profecía: cuando llegara el año Ce Acatl, él regresaría para recuperar su trono. Curiosamente, el año anunciado coincidía con 1519, o, lo que es lo mismo, la presencia de Grijalva unos meses antes fue interpretada como embajadora de la llegada del mismísimo Quetzalcóatl. Los rostros blancos, las barbas crecidas, las armas de cuyas bocas manaba fuego, todo encajaba en las creencias aztecas. En efecto, no existía ninguna duda, el también conocido como «Dios del aire» regresaba para recuperar su poder.

Moctezuma, temeroso ante la reacción de su pueblo, quiso contactar con los españoles para cubrirlos de presentes, a la espera de un pacto que le permitiera seguir gobernando hasta el fin de sus días, sólo entonces Quetzalcóatl podría recuperar el poder. Sin embargo esta oferta no fue bien comprendida por los expedicionarios, quienes, invadidos por la fiebre del oro y porque desconocían las lenguas maya y náhuatl, no atendieron las peticiones aztecas y regresaron a Cuba con un excelente botín. Este magnífico resultado alentó aún más las intenciones de Diego Velázquez, quien, en alianza con Hernán Cortés, preparaba una espléndida flota de once navíos a los que estaban abasteciendo con toda la diligencia posible. Pero, en esos frenéticos meses, el recelo entre los otrora amigos había crecido y algunas desavenencias personales les enfrentaron a tal punto que el extremeño dio con sus huesos en la cárcel. No obstante, la fortuna de Cortés era necesaria para pertrechar la flota expedicionaria con garantías y Velázquez calmó su ira momentáneamente a la espera de una mejor oportunidad que le quitara de en medio a su molesto oponente.

El matrimonio en aquellos meses de Cortés con Catalina Juárez, hermana de la prometida de Velázquez, calmó momentáneamente las aguas. Sin embargo, una vez liberado de prisión el extremeño siguió fomentando su popularidad entre los colonos, convenciéndolos de que él era el auténtico protagonista de aquella empresa que estaba dispuesta a emprenderse. Velázquez ya no pudo más y desautorizó a Cortés cuantos preparativos estuviese realizando. Pero la orden llegó demasiado tarde, pues el futuro conquistador, ante el enfado del

gobernador, mandó ultimar detalles y con todo dispuesto se lanzó por su cuenta a la aventura.

El 18 de febrero de 1519 zarpaba la flota rebelde integrada por once naves con unos quinientos cincuenta hombres, dieciséis caballos y algunas piezas artilleras. A los pocos días los navíos recalaban en la isla de Cozumel, frente a las costas de Yucatán, donde recibieron la inesperada visita de Jerónimo de Aguílar, superviviente de un naufragio acontecido ocho años antes.

La alegría del encuentro se incrementó cuando el náufrago contó su fascinante historia, en la que relataba su aprendizaje del idioma maya mientras servía como esclavo de un cacique local; su conocimiento de la lengua autóctona resultaría fundamental para la futura gesta.

Tras abastecerse de agua y víveres los buques españoles zarparon rumbo al continente, el destino era Tabasco, lugar descubierto anteriormente por Grijalva y donde se presumía una presencia nativa amistosa. Sin embargo, sucedió todo lo contrario: una vez desembarcados los españoles comprobaron cómo doce mil indios tabasqueños se posicionaban ante ellos en formación de batalla. Cortés, sin arredrarse, ordenó atacar al contingente indígena. Así describió el choque el cronista Bernal Díaz del Castillo:

Recuerdo que cuando disparamos, los indios dieron grandes gritos y silbidos y lanzaron barro y polvo al aire, de forma que no viésemos el daño que les hicimos, y sonaron sus trompetas y tambores y silbaron... En ese momento vimos a nuestros hombres de a caballo y como la gran muchedumbre de indios nos atacaba furiosamente, ella no se dio cuenta inmediatamente de que aquellos se les venían encima por la espalda...Tan pronto como vimos los jinetes, caímos sobre los indios con tal energía que, atacando nosotros por un lado y los de a caballo por otro, pronto aquéllos dieron la espalda. Los indios creyeron que el caballo y el jinete eran un solo animal, porque nunca habían visto caballos hasta tal momento.

La eficacia demostrada por los hombres de Hernán Cortés ocasionó más de ochocientos muertos y la sumisión de los caciques mayas, quienes aceptaron sin condiciones la autoridad del emperador español y de la Virgen María. Además ofrecieron abundantes regalos de oro, plata y piedras preciosas, así como sabrosa comida y veinte mujeres, entre las que se encontraba Malinalli Tenépal, que en idioma náhuatl significaba «abanico de plumas blancas», una hermosa princesa azteca de diecisiete años que por diferentes circunstancias se había convertido en esclava de los mayas.

Malinalli —nombre que los españoles castellanizaron como Malinche— fue bautizada en compañía de otras jóvenes para que pudieran yacer con los soldados

españoles; el nombre que le tocó en suerte fue Marina, en recuerdo de la mártir gallega. En principio el seductor Cortés no se fijó en la muchacha, sino que se la entregó a Alonso Hernández Portocarrero, uno de sus capitanes, que sin remilgos la aceptó.

Más adelante se comprobó que Marina, dada su procedencia, hablaba perfectamente el náhuatl, lengua de los aztecas. Como el clérigo Jerónimo de Aguilar hacía lo propio con el maya, casi, sin querer, Hernán Cortés, se vio arropado por un magnífico equipo de traductores que, a la postre, serían esenciales en la conquista de Nueva España.

Tras vencer a los tabasqueños, el pequeño contingente español reembarcó para costear hasta la isla de San Juan de Ulúa, donde contactaron con los enviados de Moctezuma II. Una vez más el destino se puso del lado español pues Moctezuma no dudó un solo instante sobre la procedencia divina de aquellos desconocidos; para mayor confirmación, su llegada coincidía con las fechas establecidas por Quetzalcóatl en su profecía. Los mensajeros aztecas colmaron de regalos a los españoles, confiando en el efecto disuasorio que el oro y los finos presentes provocarían entre los blancos. Empero, lejos de aceptar el soborno real, Cortés animó a los suyos diciéndoles que eso no era nada más que una pequeña parte del inmenso tesoro que esperaba a todos aquellos que le siguieran en la aventura. El extremeño, convertido por azar en dios viviente, arengó a su entusiasmada tropa para que iniciara el avance conquistador de Nueva España. La suerte estaba echada para los mexicanos.

Así describió Hernán Cortés, en carta dirigida a Carlos I, la emoción de aquel momento único:

Yo quería seguir adelante y encontrarme con él donde quiera que estuviese para lograr atraerle a un reconocimiento del emperador y sumarle a sus señoríos, como antiguamente lo fueron los reyes de taifas moros.

Tras el encuentro con los embajadores aztecas, Hernán Cortés tuvo claro que la oportunidad de algo grande se presentaba ante él. La conquista de México daba sus primeros pasos, pero existían algunos problemas en las filas españolas, y es que Cortés no ignoraba que su acción podía ser considerada rebelde a la corona. A esto se añadía un fuerte recelo hacia la actuación que pudieran tener algunos personajes integrantes de la aventura a los que se les suponía cierta fidelidad a Velázquez, lo que constituiría un serio obstáculo en la buena marcha de la misión, dado que en aquellos momentos confusos nada se podía descartar, ni siquiera una deserción masiva de la irregular hueste. Por tanto, se debían tomar las decisiones más oportunas con el propósito de evitar malentendidos y, al respecto, vinieron muy bien los conocimientos legislativos adquiridos por el extremeño en su etapa salmantina.

A fin de evitar futuros litigios con el airado gobernador cubano por el control de aquella gesta, Cortés fundó la ciudad de Villa Rica de la Veracruz, en la cual, siguiendo las normas establecidas, se creó un cabildo con sus justos representantes. Éstos tuvieron que elegir un capitán de armas y el mejor candidato no era otro sino Hernán Cortés. De esta manera, el inteligente aventurero obtenía un nombramiento oficial que le permitiría asumir la campaña en representación del rey de España Carlos I, al que con presteza envió noticias de todo lo acontecido en la primera de sus cartas de relación.

Hernán Cortés, astuto como nadie, tuvo informado constantemente al monarca español sobre todos sus avances y éxitos. Esta hábil maniobra le equipara a Julio César, quien hiciera lo mismo en su campaña de las Galias. Los minuciosos detalles ofrecidos en sus amplias epístolas —se conservan cinco cartas de relación— abrieron el Nuevo Mundo a la percepción de los europeos cultos, que, ávidos de noticias sobre lo que estaba ocurriendo, tradujeron los escritos de Cortés en poco tiempo a varios idiomas, motivo por el cual esas narraciones cortesianas se convirtieron en un auténtico *best-seller* de la época, popularizando, aún más si cabe, la figura del extremeño.

Antes de dichos eventos literarios, sucedieron diferentes episodios que engrosaron la leyenda del bravo conquistador. Los informes antes mencionados fueron despachados en un buque que zarpó rumbo a la península Ibérica, mientras que los diez navíos restantes fueron hundidos después de trasladar a tierra todos los elementos útiles. Con esta orden, en apariencia incomprensible, Cortés disipó cualquier intención escapatoria de los leales a Velázquez, asegurando, de ese modo, que nadie se volvería atrás en la epopeya mexicana. Erróneamente se ha dicho que estas naves fueron incendiadas, pero no fue así, tan sólo se inutilizaron por las causas ya referidas.

En agosto de 1519 los recién establecidos españoles comenzaron a diseñar el definitivo asalto sobre Tenochtitlán, capital de la confederación azteca.

El imperio de Moctezuma

Los aztecas hicieron acto de presencia en los territorios mexicanos en torno al siglo x de nuestra era. Integrantes de las invasiones nahuas, provenían de los desérticos parajes de Utah, en los actuales Estados Unidos de América. Según sus leyendas religiosas, fueron guiados en su ruta hacia el sur por el dios Huitzilopochtli, fervoroso defensor de sacrificios humanos y de la expansión militar. Con su aliento divino, los aztecas fueron desde el siglo XIII invadiendo, de grado o por la fuerza, miles de hectáreas pertenecientes a pacíficas sociedades autóctonas civilizadas por los antiguos moradores toltecas. De esa forma, dominaron, gracias a la guerra o a las alianzas con otros pueblos, una extensión que llegaba hasta las costas del golfo, así como al istmo de Tehuantepec. Hacia el año 1325 y tras largos períodos de lucha, los aztecas fijaron su capital en Tenochtitlán (hoy México DF), una olvidada isla diminuta en el lago Texoco. Según la tradición, en este lugar los chamanes de la tribu observaron la señal que su dios Huitzilopochtli les había dicho que buscasen: un águila posada sobre un cactus, comiendo una serpiente. Esa característica imagen sigue siendo hoy la que ostenta México en sus emblemas nacionales. Cien años después, los aztecas habían conquistado grandes territorios que se extendían desde la costa del golfo de México hasta casi el Pacífico y, por el sur, hacia Guatemala. El fortalecimiento meteórico de esta cultura se puede comprender más fácilmente cuando se considera su capacidad aglutinadora de las ciudades residuales toltecas, con una asimilación de sus costumbres y otras facetas tradicionales bajo la ascendencia de sus dioses.

En algunos aspectos la civilización azteca nunca alcanzó la altura de la de los mayas. Su modo de escribir se acercaba más a una representación pictórica elemental que a una forma jeroglífica. Pero al igual que las civilizaciones maya y otras mexicanas, los aztecas tenían un gran sentido histórico y un arraigo de sus tradiciones de escritura pictórica. Su cronología, leyes, ritos y *ceremonias estaban registrados en obras pintadas. Estos libros estaban* constituidos esencialmente por listas de acontecimientos que servían como ayudas para memorizar los datos a los máximos dirigentes políticos y religiosos.

Muchos de los códices precolombinos fueron recogidos por Ramírez de Fuenleal, que hizo escribir con ellos la que se llamó *Historia de los aztecas por sus pinturas*.

Los aztecas destacaron, por mérito propio, en arte, ciencia, agricultura y arquitectura. Gracias a los cronistas españoles sabemos del asombroso esplendor de los templos y palacios, del floreciente estado de la agricultura y de la exquisitez de los monumentos, así como de las obras de arte ejecutadas por los habilidosos artesanos.

Los ejércitos méxicas establecieron un imperio que fue extendiéndose paulatinamente a lo largo de doscientos años, impuesto a través de la guerra con el objetivo primordial de fortalecer una disposición geográfica cuyo epicentro se encontraba en Tenochtitlán, ciudad inexpugnable gracias a estar rodeada por las aguas del lago en que se asentaba. El propio Hernán Cortés quedó fascinado ante la visión ofrecida por la plaza y escribió al emperador Carlos V que era «la ciudad más hermosa del mundo».

Hacia el año 1500, la capital azteca se había convertido en una gigantesca metrópoli de piedra por cuyas calles y casas transitaban alrededor de cien mil habitantes. Existían tres pasos o calzadas que unían la isla con tierra firme y el agua potable era conducida por acueductos de piedra desde los manantiales de Chapultepec —a unos cinco kilómetros de distancia—. La urbe desplegaba un brillante colorido: las villas de los nobles, los edificios de la administración y los templos estaban pintados bien de un blanco deslumbrante o de un rojo oscuro. Las casas tenían patios interiores con fuentes en el centro para aumentar el frescor. En el interior, colgaban cortinas desde los techos que eran de cedro y otras maderas preciosas. Los españoles, conmovidos por tanta belleza, la denominaron: «la Venecia del Nuevo Mundo», pues encontraron que sólo la referencia a la bella ciudad italiana era equiparable a lo que estaban viendo sus atónitos ojos. Tenochtitlán no sólo contaba con su lago color turquesa situado a una altura de más de dos mil metros sobre el nivel del mar, sino que además estaba rodeada de volcanes, coronados de nieve, que parecían custodiarla a distancia.

La ciudad tenía una extensión de unos treinta y cinco kilómetros cuadrados y se abastecía de los cultivos que se llevaban a cabo en islas flotantes (chinampas que se sustentaban en columnas apoyadas en el lecho lacustre). Estas balsas soportaban la tierra de cultivo y, con entramados de cañas y juncos que, andando el tiempo, echaban raíces en el suelo del lago, poco profundo, se iban convirtiendo en auténtica islas artificiales que aún hoy perduran. Algunas tenían cien metros de longitud, extensión suficiente que permitía el cultivo incluso de árboles frutales, así como de flores, muy apreciadas por los autóctonos. Los aztecas no conocían la rueda ni poseían animales de tiro, por lo que tenían que transportar las ingentes materias primas que surtían el imperio con la simple acción de porteadores muy avezados en la carga de fardos sobre sus espaldas. En la propia Tenochtitlán, una miríada de botes se ocupaba del trasiego de mercancías por los múltiples canales que unían las barriadas de la capital. A través de aquel laberinto, circulaban canoas cargadas de toda clase de productos con destino a la gran plaza de Tlatelolco, donde estaba el mercado, en el sector norte de la ciudad. Los españoles hablaron de esa plaza en la que diariamente se reunían más de sesenta mil almas para comprar y vender...y donde los mercados de sesenta ciudades ofrecían joyería de plata y oro, piedras preciosas, pieles de ciervo, jaguar, puma, alfarería, textiles, mosaicos preciosos hechos con plumas de

pájaros, miel, pescado, venados, pavos, perros gorditos sin pelo, tintes, tabaco, goma...

En 1502 Moctezuma II, de veintidós años de edad, subió al trono de la confederación azteca. La mayor parte de los once millones de seres que entonces habitaban México le ofrecieron sumisión religiosa. Su imperio, en realidad, no era más que una mal ligada federación de ciudades aglutinadas por el miedo común al emperador, que exigía tributos a cambio de la tutela de los dioses pero que, en contrapartida, poco más les ofrecía que su tolerancia, como garantía de vida. Algunas ciudades del antiguo México, tales como Tlaxcalal y Tarascan, nunca fueron conquistadas por los aztecas; en cambio otras menos poderosas, que se opusieron a las peticiones de los dominadores, fueron devastadas y sus hombres y mujeres convertidos en esclavos o sometidos al cruel castigo del sacrificio a los dioses, ya que el dios Huitzilopochtli siempre estaba sediento de sangre. Según se sabe, en el año 1487 no menos de ochenta mil guerreros y habitantes capturados de estados sometidos fueron sacrificados para conmemorar la apertura del gran templo.

Bajo el gobierno de Moctezuma el poder político estaba en manos de una clase dominante por nacimiento, pero que por su especial educación también constituía la capa intelectual. En la cima de la pirámide social se encontraba Moctezuma, el cual ejercía la suprema autoridad política y religiosa, como jefe máximo y gran sacerdote. Contrariamente a la creencia de los españoles, no era un gobernante hereditario sino un ser superior, elegido entre los que reunían las cualidades más excelentes, pero que podía ser depuesto si el grupo de grandes señores lo consideraba necesario. De ascendencia real, Moctezuma era ya bien conocido antes de su elección, tanto como miembro del ejército —en el que se distinguió— que como gran sacerdote. Las crónicas de sus contemporáneos le describieron como un hombre sabio, astrólogo, filósofo y adiestrado en las artes. Después de los sacerdotes y los nobles, seguían en importancia los burócratas, que se ocupaban de los asuntos administrativos del Estado, y los mercaderes, que viajaban a todos los rincones del imperio en busca de lo necesario. El comercio estaba muy desarrollado en la sociedad azteca. Los mercaderes, con frecuencia, combinaban sus propios negocios con la misión de embajadores, facilitando información al poder central sobre ciudades que podían ser objetivo de invasión o dominio. A continuación se hallaban los artesanos: escultores, joyeros, tejedores...A éstos seguían los obreros y los labradores que trabajaban la tierra (maceguals). Los esclavos —gentes capturadas en las batallas o personas vendidas por deudas u otras razones— formaban el último estrato en la sociedad azteca. Normalmente eran tratados con cierta consideración, obligados a una dependencia absoluta, sólo regulada por las cualidades éticas del señor. Sin embargo, el esclavo podía casarse libremente y su descendencia asumía automáticamente los plenos derechos del nacido libre.

En todos los estratos de la sociedad la familia y la comunidad eran la base

estructural y se regían por un código moral muy riguroso, pues los castigos eran implacables, aunque también se daba gran valor a la poesía y a las flores, con gran sentimiento de ternura. A pesar de su tranquilidad doméstica, el azteca siempre estaba sometido a la obligación de guerrear. Conflictos y revueltas fueron algo característico en los primeros dieciséis años del reinado de Moctezuma, ya que casi todas las provincias sometidas trataron, con más o menos acierto, de deshacerse del duro yugo azteca. Si bien, al emperador poco le preocupaban los asuntos de Estado, siendo cada vez más impopular entre los suyos, pues, al parecer, dedicaba más tiempo a sus menesteres religiosos, dado que él mismo llegó a creerse una semidivinidad. Incluso llevó esta creencia al terreno gastronómico haciendo que le sirvieran treinta platos o más diferentes realizados con pavo, codornices, venados, pichones y liebres. Una comida favorita para él era el pescado fresco, que se conseguía en la costa del Golfo, a unos cuatrocientos kilómetros de distancia, y que era traído por caminantes especiales, que tenían que atravesar las montañas. Hermosas jóvenes le llevaban vasijas con agua para que se lavase las manos entre plato y plato y le colocaban biombos de madera delante, a fin de ocultarle de la vista de los demás mortales mientras comía o bebía en sus cuencos de oro.

Un español, Cervantes de Salazar, dejó escrito:

Ante su propio pueblo, Moctezuma ostentaba una majestad imponente. Con la excepción de unos pocos grandes señores de sangre real, Moctezuma no permitía a nadie que le mirase la cara, o que llevase zapatos, o que se sentara en su presencia. Muy raramente abandonaba su cámara, a no ser para comer; recibía pocos visitantes y se ocupaba de sus negocios a través de los miembros de su consejo. Estos, incluso, se comunicaban con él a través de intermediarios. En cuanto a los sacrificios en el templo de Huitzilopochtli, donde hacía gala de gran devoción, su camino lo hacía por espacios a él reservados, y quedaba a cierta distancia de la jerarquía, sumiéndose en profunda meditación y sin hablar con nadie.

La religión era el eje supremo de la vida de los aztecas. Entendían el mundo como un ámbito plagado de fuerzas naturales hostiles, cuyo poder podría ser terrible si no se les aplacaba. Sequía, hambre, tormentas y terremotos eran hechos que se guardaban en la memoria colectiva. Las cuarenta divinidades o más que existían en el panteón azteca eran las que se ocupaban de que todos estos fenómenos no se repitiesen y a cambio exigían a los humanos un constante río de sangre y corazones, con los que el mundo sobrenatural mexicana se aplacaba momentáneamente. En este contexto religioso el Sol jugaba para los aztecas un papel fundamental. Cuando cada día el astro rey nacía esplendoroso, era el signo fehaciente de que todo iba bien. Cuando se iba a dormir guerreaba contra los elementos de la oscuridad antes de salir nuevamente. Si no ganaba la batalla,

supondría la destrucción no sólo de Tenochtitlán, sino también del mundo entero. Por ello los aztecas se empleaban con cuidado en la nutrición de la deidad suprema suministrándole corazones humanos, pues pensaban que en la sangre se encontraba el núcleo de la energía vital que precisaba el Sol para mantener su luminosa actividad. Los aztecas se creían un pueblo escogido con la misión de sustentar la vida en la Tierra. Por tanto, la guerra constituía un hecho inherente a su naturaleza, pues se concebía como sagrada al permitir la captura de enemigos destinados a los sacrificios rituales con los que se alimentaba la voracidad de los dioses. Aunque lo cierto es que además de paliar el hambre en el universo sobrenatural, los aztecas aprovecharon estas razias para su propia expansión política y territorial. En este régimen autoritario dominado por la religión, nunca podía existir la paz, pues con ella no habría guerreros ni prisioneros sacrificados, con lo que el Sol se enfurecería y provocaría la destrucción del mundo.

Los aztecas también adoraban a otro dios, Quetzalcóatl —de tez blanca y barba oscura—, una deidad que aborrecía el sacrificio humano y que transmitió a los pobladores mexicanos el conocimiento de la agricultura y el arte. Huitzilopochtli y Quetzalcóatl se encontraban perpetuamente inmersos en una lucha titánica de poder por la supremacía en el Universo. Según las tradiciones, Quetzalcóatl sufrió una traición por parte de su enemigo y fue expulsado hacia Oriente por el mar, jurando, eso sí, que volvería en el año Ce Acatl, para castigar a los impíos aztecas que le habían negado vasallaje. Años Ce Acatl fueron 1363, 1467 y 1519.

En 1518 tuvieron noticia de la aparición de naves extrañas (expedición de Grijalva) y en los años precedentes el supersticioso Moctezuma se había sentido inquieto por una serie de prodigios que sus sacerdotes, adivinos, magos y otros profetas tenían grandes dificultades en interpretar: en el templo de Huitzilopochtli se produjo un incendio; un hilo de fuego vertical apareció a medianoche; en el Oriente, durante meses, cometas enormes trazaron amenazantes estelas luminosas cruzando los cielos en pleno día; el lago rebasó sus orillas en medio de tormentas de olas, sin que soplara el viento; una mujer se lamentaba todas las noches, sin cesar, con lloros siniestros. Todos estos presagios auguraban, sin duda, una catástrofe y la situación empeoró cuando un día un mensajero llegó desalentado a presencia del emperador diciéndole que había visto: «torres o pequeñas montañas» que flotaban sobre las olas del mar, a cierta distancia de la costa del Golfo. Una segunda información aseguraba que de unas moles de madera habían bajado gentes extrañas: «de piel muy clara, mucho más clara que la nuestra; todos tienen barbas largas, y sus cabellos sólo llegan hasta sus orejas».

Apenas los mensajeros de Moctezuma habían cambiado sus saludos con los extranjeros que venían del Oriente, cuando estos últimos parecieron estar dispuestos a abandonar el territorio mexicano, pero con la promesa de volver al año siguiente, lo que sucedería ya en el año 1519, o sea, el año de Ce Acatl. El

enigma de los presagios estaba resuelto. Lo único que le quedaba por hacer al devoto Moctezuma era sentarse y dejar que la lucha de poder omnisciente se desarrollara ante sus ojos. Quetzalcóatl, fiel a su palabra, regresaba para juzgar a los aztecas y en esta ocasión contaba con la inestimable ayuda de un contingente compuesto por singulares personajes —blancos como él— y ávidos de gloria y riquezas.

Los españoles, sin pretenderlo, se convirtieron en árbitros de una situación a la que pensaban sacar el mejor partido. Por suerte, para ellos, pusieron pie en tierra vasalla de los aztecas. No es de extrañar, por tanto, que muchos caciques locales acudieran a Hernán Cortés para ofrecer tropas y equipo que participaran en esa particular guerra de liberación. Ésa fue sin duda la clave que permitió realizar la conquista de Nueva España con tan escaso margen de tiempo. Sin la ayuda de la enorme tropa auxiliar aportada por las tribus desafectas al gobierno de Moctezuma, nada hubiese sido posible.

Hacia Tenochtitlán

Mediado el verano de 1519, una heterogénea tropa compuesta por cuatrocientos españoles, dos mil indios aliados, quince caballos y algunos cañones partió rumbo a Tenochtitlán. En principio Cortés, conocedor de su poder militar, no pretendía un enfrentamiento generalizado con los aztecas. Sin embargo, contaba con una ventaja de la que no disponía su enemigo, y era la variada gama de armamento manejado por sus hombres: ballestas, arcabuces y falconetes suplirían con creces la falta evidente de efectivos contra las ondas, jabalinas y mazos de obsidiana que utilizaban los temibles guerreros aztecas y sus cuerpos de élite, con nombres poderosos como Águila o Jaguar.

En Veracruz se dejó una pequeña guarnición de retén. El pequeño ejército, a los pocos días de marcha, llegó a Cempoala, donde se aprovisionó recibiendo incluso el refuerzo de algunos guerreros y porteadores que se sumaron a la expedición. Tras conversar con los jefes de la zona, Cortés decidió atravesar el territorio dominado por Tlaxcala, ciudad que se mantenía libre de los aztecas pero siempre amenazada por éstos. Los tlaxcaltecas eran fieros combatientes que presentaron una tenaz oposición a las tropas españolas; aun así, las tácticas militares y la tenacidad del extremeño acabaron por doblegar el ánimo de los indios, quienes se ofrecieron finalmente como aliados contra los aztecas. El apoyo tlaxcalteca culminaba la política de alianzas emprendida por Hernán Cortés.

Entretanto, Moctezuma seguía sometiendo sus temores al consejo de sabios que le asesoraba; nada parecía detener el avance de los dioses blancos. ¿Qué hacer?

El gobernante azteca decidió, tras múltiples consultas, apostar por el doble juego de ofrecer amistad, mientras se preparaba para la guerra. Cortés, ajeno a esa estrategia, seguía avanzando.

Llegó a Cholula invitado por algunos emisarios de Moctezuma, los cuales le contaron que en el recinto existían enormes templos dedicados a Quetzalcóatl y que sería bueno que él, como dios viviente, contemplara sus representaciones pétreas.

Los indios aliados advirtieron que la visita a Cholula podía ser una encerrona preparada por Moctezuma, dado que se habían detectado algunas tropas aztecas en las cercanías de la sagrada ciudad. A pesar de eso, Hernán Cortés se internó con sus hombres en el recinto para comprobar por sí mismo la veracidad de las sospechas tlaxcaltecas. En efecto, una vez allí, los capitanes españoles percibieron extraños movimientos a cargo de los lugareños y, temiendo la traición, pasaron a cuchillo a todos los jefes, sacerdotes y guerreros de la plaza. El camino a Tenochtitlán quedaba libre de peligros, tan sólo restaban sesenta kilómetros por

cubrir.

Los expedicionarios, intuyendo que la empresa no sería fácil, comentaban entre nerviosos e impacientes lo que les podría ocurrir en su camino hacia la riqueza o la muerte. No olvidemos que la hueste de Cortés no era militar, sino aventurera. Los hombres que le acompañaban en su mayoría no pertenecían al ámbito castrense, más bien, formaban parte del linaje de los buscafortunas, es decir, gentes indisciplinadas pero dispuestas a todo con tal de engordar sus bolsas. Además no existían instrucciones claras sobre los propósitos de aquella hazaña, todo dependía del carisma y talento que Cortés tuviera al estimularlos o guiarlos en ese épico acontecimiento; por eso esta gesta es, si cabe, más sorprendente. Gentes de diversa procedencia: militares, clérigos, aventureros, nativos y cronistas, en pos de diferentes objetivos, unificados bajo la bandera personal de un extremeño soñador.

El 1 de noviembre de 1519 la expedición hispano-nativa salía de Cholula con destino a Tenochtitlán. A los quince kilómetros de marcha se toparon con la cadena montañosa dominada por los volcanes Popocatepetl (montaña humeante) e Ixtlacihuatl (mujer blanca). Los pasos a través de esta cordillera se elevaban a más de cinco mil metros de altura. El pequeño contingente, no sin dificultades, logró superarlos y tras el esfuerzo quedaron maravillados por la visión que se ofrecía ante ellos. Desde las alturas contemplaron treinta ciudades que salpicaban todas las direcciones posibles: en el centro la inmensa Tenochtitlán erigida sobre el lago Texcoco, con sus deslumbrantes blancos calados en casas, edificaciones y templos que contrastaban con los azules lacustres. La imagen era maravillosa, llegando a confundir a los atónitos españoles, quienes pensaron que todo era fruto de un espejismo.

Una vez repuestos, bajaron de las montañas para ser recibidos por el mismísimo Moctezuma, quien, avisado por sus espías, había dispuesto una calurosa bienvenida para los extranjeros. Tras conversar amistosamente con las oportunas traducciones de Malinche, el líder azteca invitó al español a entrar en su ciudad. Cortés dispuso a su tropa en cinco filas y ordenó el avance sobre Tenochtitlán con las banderas y estandartes desplegados. La comitiva se distribuyó en varias líneas que parsimoniosamente desfilaban al compás de vigorosos tambores. La vanguardia fue ocupada por Cortés y tres de sus lugartenientes, por detrás el resto de los jinetes con sus lanzas dispuestas, siguiendo a éstos los ballesteros con sus armas cargadas y los arcabuceros en idéntica situación. Cerraban el desfile los nativos aliados que portaban la impedimenta y arrastraban las piezas artilleras.

La imagen de aquel singular ejército sobrecogió a los mexicanos que no habían visto nada igual en su vida. Miles de ellos se aglutinaron en las calzadas por las que marchaba ese grupo de aventureros transformados ahora en dioses sobrenaturales. Muchos se arrodillaron ante los españoles, otros escaparon

temiendo cualquier reacción inusitada de aquellos desconocidos. Finalmente, Cortés y los suyos se alojaron en el centro de la ciudad, distribuidos en palacios contiguos. Era el 7 de noviembre de 1519 y España ya estaba instalada en el corazón del imperio azteca.

A las pocas horas de su llegada algunas patrullas inspeccionaron los alrededores de su nueva morada. Con horror descubrieron el templo de Huitzilopochtli, lugar sagrado destinado a los sacrificios humanos. En su interior se contabilizaban miles de cráneos, testigos mudos de las sanguinarias costumbres aztecas. Cortés, preocupado por el macabro hallazgo, se reunió con sus capitanes para valorar la situación. En ese momento de incertidumbre no había que descartar nada, ni siquiera ser víctimas de esas horribles costumbres. En consecuencia, se decidió para mayor seguridad de los españoles el apresamiento de Moctezuma a fin de mantener el control de sus súbditos.

El extremeño, en compañía de treinta hombres y de Malinche, se internó en el palacio real de Moctezuma. Éste, sorprendido por lo que estaba ocurriendo, pidió explicaciones por lo que entendía como una agresión a su imagen divina. En lugar de eso, los oficiales hispanos le conminaron a un sometimiento inmediato al cual tuvo que ceder resignado pensando que ése era un mal menor ante el enojo que mostraban los dioses blancos. Con más prisa que pausa, Cortés y el preso se parapetaron en su reducto palaciego.

Para entonces, las noticias sobre la llegada de un nuevo contingente expedicionario a las costas mexicanas provocaban toda suerte de comentarios hostiles hacia los invasores, ya que los nuevos visitantes aseguraban que los que les habían precedido, no eran dioses, sino un grupo de bandoleros desalmados. Por otra parte, la guarnición dejada en Veracruz había sido masacrada por los indios, con lo que caía el mito sobre la inmortalidad de los barbudos blancos. Con estos datos la situación de los españoles acuartelados en Tenochtitlán se tornó francamente difícil. ¿Quiénes serían esos nuevos blancos de los que hablaban los aztecas? Evidentemente la cuestión era fácil de resolver. El gobernador de Cuba, Diego Velázquez, no se había quedado con los brazos cruzados y, tan pronto como pudo, organizó una flota para perseguir y detener al rebelde. En 1520, dieciocho buques con unos mil hombres, decenas de caballos y una fuerte dotación artillera arribaban a las costas mexicanas. El propósito era dismantelar la operación de Cortés, devolviendo el protagonismo de aquel episodio al primero que lo ideó, es decir, a Diego Velázquez. El responsable de la expedición punitiva era Panfilo de Narváez, hombre presuntuoso y optimista que pensaba, sin recato, en salir triunfante de aquella misión.

En junio de 1520 las previsiones de don Panfilo se vinieron abajo cuando de improviso apareció Cortés con un reducido grupo de combatientes, los cuales, en una magistral operación de comandos, tomaron la pirámide en la que se refugiaba el jefe español, al que propinaron un golpe que le hizo perder un ojo, tras lo cual

Panfilo se rindió y con él toda su tropa, que gustosamente se pasó al bando de Cortés. Con los inesperados refuerzos el extremeño regresó a Tenochtitlán donde se encontró con una situación insostenible para sus intereses.

Al salir de la ciudad había dejado un grupo de soldados bajo el mando del capitán Pedro de Alvarado, quien con casi cien hombres debía resistir cualquier revuelta azteca contra ellos. Empero, Alvarado, sometido a la presión del momento, cometió la torpeza de confundir una fiesta tradicional con un intento de ataque sobre el palacio ocupado por las tropas hispanas. Era costumbre entre los aztecas reunirse cada mes para homenajear a sus dioses mostrando el poder de sus armas, además de lucir sus mejores galas. En las celebraciones siempre se efectuaba algún sacrificio humano y, Alvarado, intuyendo erróneamente que él podría ser forzoso protagonista de algún ritual de sangre, ordenó lanzar un ataque en toda regla contra los aztecas reunidos en la fiesta. El resultado fue centenares de nobles y sus familias muertos por el plomo y el acero de los españoles.

Culminada esta tragedia y con la ciudad envuelta por los deseos de venganza, apareció Cortés con su flamante ejército y no sin apuros logró llegar hasta las posiciones defendidas por la tropa de Alvarado. La tensión se mascaba en el ambiente, dejando ver que muy pronto los aztecas se rebelarían contra ellos y, en ese caso, poco se podría hacer dada la superioridad numérica de los nativos. Cortés utilizó entonces un último recurso, obligando a Moctezuma a salir a una balconada de palacio para intentar aplacar el ánimo de sus gobernados. Sin embargo, éstos habían decidido otra cosa, y apedrearon hasta la muerte a ese jefe tan nefasto que había permitido tanta desgracia ocasionada por aquellos dioses fingidos.

La situación tras el magnicidio se volvió insostenible para los españoles acuartelados en Tenochtitlán, por lo que Cortés ordenó una discreta retirada a fin de evitar una más que segura tragedia. Corría el 30 de junio de 1520 y, a la madrugada siguiente, los españoles iban a conocer, muy a su pesar, la amargura de la derrota.

«La noche triste» y la victoria de Otumba

Hernán Cortés había dispuesto todo para una retirada honrosa de la ciudad. Sus indicaciones eran claras: cada hombre debía coger el peso del que fuese capaz manteniendo la disciplina en todo momento, a fin de facilitar una huida silenciosa bajo la protección de la oscuridad nocturna. Sin embargo, los soldados, dominados por la ambición y el miedo a morir, ocuparon sacos y correajes con lo rapiñado durante semanas, dejando incluso las armas abandonadas por acaparar más riquezas. El grupo se preparó para su salida de Tenochtitlán, pero la suerte que había acompañado a Cortés en su periplo le fue esquiva en esta ocasión, pues pronto los aztecas se percataron de lo que estaba sucediendo y con gritos de alarma avisaron al resto de un ejército furioso y ávido de venganza. Les dirigía Cuidahuac, nuevo jefe guerrero de los aztecas.

La fiereza con la que fueron atacados los españoles y sus aliados indios se resume en las escalofriantes cifras de bajas, con más de seiscientos muertos en las filas hispanas junto a varios miles de tlaxcaltecas. El propio Hernán Cortés recibió varias heridas, aun así, la mitad de los efectivos se pudo salvar gracias a la disciplina mantenida por la vanguardia de la expedición, aunque en la retaguardia fueron capturados más de cien españoles y sacrificados ritualmente al día siguiente. El 1 de julio de 1520 pasaría a la historia como «La noche triste».

Los supervivientes recibieron toda suerte de ataques en días sucesivos, hasta que, finalmente, Hernán Cortés decidió clavar su bandera en un lugar llamado Otumba; allí se iba a decidir el futuro de la conquista mexicana. Los españoles contaban con unos cuatrocientos efectivos apoyados por los valiosos tlaxcaltecas; frente a ellos treinta mil aztecas con la flor y nata de su nobleza y su nuevo caudillo Cuidahuac. El 7 de julio de 1520 las dos formaciones entraron en contacto conscientes de lo que se estaba jugando en tan decisivo momento. En medio de la ferocidad del combate Cortés y su caballería arremetieron contra el reducto donde se encontraban los estandartes aztecas. Durante unos minutos angustiosos los soldados españoles se abrieron paso a mandoble limpio y, fruto de esa bravura, consiguieron obtener las codiciadas telas. En ese momento cesó el ardor combativo de los mexicanos iniciándose una desorganizada retirada por creer que el enemigo les había conquistado el espíritu que dominaba la batalla, representado en sus símbolos de guerra.

Otumba supuso el punto de inflexión en la epopeya de México. Tras la victoria insospechada de los españoles sus aliados tlaxcaltecas les ofrecieron cuantiosos refuerzos para reemprender las acciones sistemáticas sobre Tenochtitlán. Pero en esta ocasión Cortés quiso preparar con todo detenimiento la toma de la capital azteca, pues aquella empresa ya no se trataba de una ensoñadora expedición de aventureros, sino un reto militar para conquistar nuevos territorios que dieran

esplendor al reinado de Carlos I. De ese modo el singular extremeño asumía su lugar en la historia sin rehusar el compromiso de someter a un imperio que no estaba dispuesto a capitular sin combatir.

Durante días el ejército aliado se preparó a conciencia para la inminente ofensiva sobre Tenochtitlán: se repararon las armas de fuego, se afilaron las espadas y se limpiaron caballerías y armaduras. Cuando todo estuvo listo se dio la orden de iniciar la marcha con destino a la hermosa ciudad del lago y, una vez allí, Cortés mandó construir bergantines capaces de repeler cualquier agresión que viniera desde las canoas que custodiaban las diferentes calzadas y puentes que rodeaban la plaza.

El asedio se prolongó más de ochenta días y, como se podía presumir, en este tiempo los bravos aztecas resistieron con heroísmo todas las acometidas de aquel invasor que, no sólo atacaba con acero y fuego, sino también con terribles virus que los diezmaban. En efecto, sin pretenderlo, los españoles habían traído gripe, viruela y otras enfermedades víricas contra las que los nativos americanos no estaban inmunizados, por lo que una simple gripe común se convertía en un arma biológica de destrucción masiva. En el asedio a Tenochtitlán murieron miles de aztecas, la mayoría por viruela, el resto de hambre o en combate; además los españoles cortaron el suministro de agua potable a la ciudad, con lo que la catástrofe se acentuó.

La orgullosa capital azteca quedó en una absoluta ruina, incluso Cuidahuac murió a causa de la viruela. Tomó el testigo Cuauhtemoc, un joven de veintidós años, sobrino de Moctezuma, que poco pudo hacer para evitar el desastre; aun así, luchó arduamente hasta el final pero fue capturado cuando huía para organizar la resistencia. Cortés fue implacable con el último jefe azteca, y lo mandó ejecutar sin contemplaciones; con la muerte de Cuauhtemoc se agotaba la estirpe real de los aztecas, dando paso al dominio pleno por parte de los españoles. Con presteza, los vencedores comenzaron a reconstruir Tenochtitlán. Una de las primeras acciones arquitectónicas se centró en levantar una catedral sobre los cimientos del gran templo dedicado a los sacrificios humanos. La victoria sobre el pueblo azteca se consideró una enorme proeza que pronto fue recompensada en España por el rey Carlos I, quien reconoció la hazaña de Cortés asegurándole su gobierno en México, región que desde ahora se llamaría Nueva España. En 1523 se dio por concluida la campaña de conquista sobre el imperio azteca con el sojuzgamiento de los últimos focos rebeldes. En tan sólo dos años se había completado una de las epopeyas más impresionantes de la historia.

Exploración y amargura

En los años que siguieron a la toma de Tenochtitlán, Hernán Cortés se tuvo que enfrentar a diversas situaciones de importancia diversa. Por un lado, consolidó los territorios recién tomados e importó de España colonos, ganado y semillas, mientras que por otro organizaba nuevas expediciones más allá de sus dominios. En ese sentido, envió a Occidente a sus capitanes Juan Álvarez Chico, Alonso de Ávalos y Gonzalo de Sandoval, a la vez que despachaba hacia el país de los zapotecas a su leal Pedro de Alvarado con propósitos de conquista.

Alvarado había nacido en Badajoz en 1486, en el seno de una familia de hidalgos empobrecidos; su padre pertenecía a la orden de Santiago, algo que el joven Pedro siempre llevó a gala.

Siendo poco más que un adolescente marchó a Sevilla, donde ganó fama de valiente alocado por sus exhibiciones de funámbulo. En 1510 viajó a La Española con ansias de aventura y un año más tarde participaba bajo las órdenes de Diego Velázquez en la conquista de Cuba, donde recibió una capitania por sus eficaces servicios. Cuentan las crónicas que, envalentonado por el cargo y gallardo y orgulloso por carácter, se paseaba vestido con la capa de la orden de Santiago de su padre. En 1518 se unió a la expedición de Juan de Grijalva al mando de una carabela. De aquella incursión por Yucatán y México dejó su nombre a un río y fue el primero en regresar a Cuba repleto de tesoros.

En 1519 Hernán Cortés le dio el mando de las naves que saldrían un poco más tarde que las suyas, uniéndose todas en la isla Cozumel. Por la bravura demostrada en las batallas de Tabasco y Centia, Cortés le nombró su más directo lugarteniente. Como ya sabemos Alvarado fue protagonista de los sucesos que desembocaron en «La noche triste», pero, su inmovible lealtad a Cortés le procuró grandes beneficios, como la mayor encomienda recibida por capitán alguno en los nuevos territorios sometidos a la corona española.

Durante ese tiempo disfrutó del amor de Luisa de Tlaxcala, hija de un cacique de la región, con quien tuvo dos hijos. Las noticias de fabulosas riquezas al sur de México hicieron que Cortés nombrase a Alvarado teniente de gobernador de esos territorios enviándolo para su exploración y conquista. Penetró en Guatemala, donde libró duros combates con los indios quichés, zutujiles y panatacat. En julio de 1524 fundó la villa de Santiago de los Caballeros y siguió internándose en el interior de América Central. En apenas ocho meses había casi dominado parte del actual territorio de El Salvador y sus tribus, a las que sometió con una mezcla de diplomacia política, talento militar y crueldad extrema. En agosto de 1524 hubo de enfrentarse a la rebelión de los hasta entonces aliados indios cakchiqueles. Poco después, hostigado por nuevas rebeliones indígenas y requerido por Cortés, volvió a México, olvidando momentáneamente Guatemala y El Salvador, en donde

toda su obra conquistadora sería casi destruida. En 1527 regresó a España para ser agasajado en la corte, concediéndosele el título de gobernador y capitán general de la provincia de Guatemala, cuya jurisdicción abarcaba Chiapas, Guatemala y El Salvador.

A punto de embarcarse de nuevo hacia las Indias se casó con Francisca de la Cueva, quien a duras penas resistió la travesía, y murió a los pocos días de llegar a Veracruz. Pero antes de ocupar su cargo, debió afrontar un juicio de residencia del que salió airoso, a pesar de los innumerables enemigos que su carácter y riqueza le granjeaban. En 1534, desde Guatemala organizó una flota de once barcos y más de seiscientos hombres con la intención de tomar Quito y apoderarse del norte de Perú. Enterado de ello Francisco Pizarro, envió contra él a sus dos mejores lugartenientes: Benalcázar y Almagro. Si bien antes de batallar por un territorio que no les pertenecería nunca, Almagro y Alvarado, hábiles y experimentados militares, llegaron a un acuerdo pacífico que les beneficiaba a ambos: por una elevada suma de dinero, Alvarado vendía la mayor parte de su ejército a Almagro y se retiraba a sus territorios centroamericanos. De nuevo en Guatemala, se centró en el gobierno y expansión de sus territorios, organizando expediciones a Honduras, donde fundó las villas de San Pedro de Sula y Gracias a Dios.

Inquieto y ambicioso, Alvarado volvió a España en 1537 para que le confirmasen como gobernador de Guatemala por siete años más y para solicitar licencia de exploración de las costas occidentales de México y las islas Molucas. Ese mismo año se casó con su cuñada Beatriz de la Cueva y embarcó hacia Guatemala.

En 1540, cuando estaba finalizando los preparativos para la expedición a las Molucas, el gobernador de Guadalajara, Cristóbal Oñate, le pidió ayuda para sofocar una sublevación de los indios palisqueños. Alvarado acudió en su auxilio, pero al retirarse con su tropa, tras la batalla de Nochistlán, cayó con su caballo por un talud de tierra y quedó malherido. Se le trasladó a Guadalajara sin que se pudiera hacer nada por él, y murió el 4 de junio de 1541. Alvarado queda para la historia de América como el primer gobernador de las actuales Guatemala y El Salvador.

Cortés decidió algo parecido para otro de sus capitanes, don Cristóbal de Olid, a quien le encomendó la misión de conquistar Honduras, expedición que llegó a buen término, aunque Olid no era Alvarado y se rebeló desatendiendo cualquier autoridad de Cortés.

El extremeño, siempre terco, encabezó una expedición punitiva contra el sublevado. Sin embargo, poco se pudo hacer dado que a su llegada el sedicioso Olid ya había fallecido. Eran tiempos duros para todos, las fatigas, enfermedades y combates no permitían largas vidas a los pioneros del Nuevo Mundo. Muchos no resistieron las penalidades y murieron al poco de poner pie en la presunta tierra

prometida.

Los nativos soportaron con estoicismo todo el mal que venía desde Oriente; Quetzalcóatl no había sido para ellos tan beneficioso y pacífico como anunciaban las profecías. No obstante, la gesta de Cortés alimentó la esperanza de miles de europeos muy necesitados de sueños alentadores. Sus exploraciones permitieron un mejor conocimiento de la geografía americana. Las diferentes expediciones dirigidas por él hacia la baja California constituyeron un notable avance que tendría magnífica repercusión años después. Empero, Cortés había realizado todo esto por su cuenta y riesgo, contraviniendo a la autoridad oficial, y por muchos bienes que el extremeño se empeñó en enviar a España, el rey Carlos I no podía consentir que un aventurero obtuviera cargos gubernativos en los territorios recién conquistados.

Pronto se enviaron a Nueva España algunos comisionados y visitantes que ajustaron cuentas con Hernán Cortés, el cual no comprendía cómo su rey le privaba de los honores que con tanta sangre había ganado. En 1528 las disputas con Antonio de Mendoza, primer virrey de México, le empujaron a viajar a España, buscando justicia en la corte de Carlos I. Al llegar fue recibido en Toledo como un héroe, incluso el propio monarca le concedió el título de marqués del Valle de Oaxaca, la posesión de algunas villas y el nombramiento de capitán general de Nueva España. Pero sólo eso, ya que Cortés no podía servir de ejemplo para otros aventureros dispuestos a iniciar diferentes guerras por su cuenta.

Triste y resignado, el extremeño regresó a Nueva España sin poderes gubernativos Viudo como era, debido a la extraña muerte de su primera mujer CataJina *Juárez*, creó una nueva *familia* con la noble Juana de Zúñiga, con la que tuvo cuatro hijos: Martín, María, Catalina y Juana. Se sabe que mantuvo relaciones amorosas con muchas mujeres, madres de innumerables vástagos ilegítimos, aunque él sólo admitió la existencia de unos pocos; por ejemplo, Martín —el hijo que tuvo con Malinche y que fue reconocido años más tarde de su nacimiento—, Luis —nacido de su unión con *Antonia Hermosillo*— y *Leonor* —fruto de *la pasión* entre Cortés y una noble nativa llamada Isabel de Moctezuma.

En 1540, el cansado aventurero regresó definitivamente a España con la esperanza de que el rey le repusiera sus pretendidos privilegios en los territorios de Nueva España. El emperador hizo caso omiso de las reclamaciones y ni siquiera el hecho de que Cortés le acompañara en su fracasada expedición contra Argel le pudo convencer de lo contrario. Hastiado, viejo y casi olvidado por todos, Hernán Cortés firmó su testamento el 12 de octubre de 1547. Aún encontró fuerzas para intentar regresar a su querido

México, pero cuando realizaba los preparativos en Cascilleja de la Cuesta —localidad cercana a Sevilla—, la muerte se hizo cargo de su enfermo cuerpo; corría el 2 de diciembre de 1547. Sus restos fueron enviados a Nueva España, donde recibieron sepultura.

Héroe para unos, asesino para otros, aventurero, explorador, comerciante y soñador. Hernán Cortés fue, como otros tantos, hijo de su tiempo; nadie puede hoy día juzgar lo que se hizo en siglos pretéritos. Si Cortés hubiese sido inglés o francés, en la actualidad seguramente hablaríamos de un gran hombre que movió con su ilusión un mundo desconocido y que lo hizo visible gracias al entusiasmo de su espíritu.

CAPÍTULO IV

LA VUELTA AL MUNDO DE MAGALLANES Y ELCANO

El miércoles 28 de noviembre de 1520 desembocamos del estrecho para entrar en el Gran Mar, al que enseguida llamamos Mar Pacífico, en el cual navegamos durante tres meses y veinte días sin probar ningún alimento fresco.

Del diario de Antonio Pigafetta, cronista del primer viaje alrededor del mundo, la expedición Magallanes-Elcano.

Durante el recién estrenado siglo XVI, España tomó la delantera a Portugal en su expansión por el mundo conocido. En los sucesivos reinados de Fernando el Católico, Juana I de Castilla y Carlos I, a los que hay que sumar la magnífica regencia del cardenal Cisneros, ocurrieron hechos fundamentales que concedieron al flamante imperio español vitola de universal. Los protagonistas de estos significativos capítulos no fueron sólo monarcas intuitivos y de mente abierta, sino también exploradores dispuestos a dejarse la vida si era necesario en la consumación de heroicas gestas que llenaron de gloria los cielos enseñoreados por las banderas hispanas.

En este periodo Portugal tuvo que resignarse, primero con la fuga del almirante Cristóbal Colón, quien ofreció a los lusos sin resultado el mecenazgo del descubrimiento americano. Después llegó la firma del Tratado de Tordesillas, que limitó los movimientos en el Nuevo Mundo de los habitantes del país vecino, a pesar de la gran conquista brasileña. Y, finalmente, soportaron la marcha a España de uno de sus mejores marinos, el cual, tras ser ninguneado por el rey Manuel I de Portugal, buscó fortuna en la corte española, obteniendo un resultado que asombró a Europa: nada menos que la primera singladura alrededor del planeta Tierra. El nombre de tal singular aventurero era Fernando Magallanes y, a pesar de no poder culminar personalmente su hazaña, un español, natural de Guetaria, llamado Juan Sebastián Elcano, supo terminar con éxito la azarosa travesía.

Todo esto ocurrió mientras Hernán Cortés llevaba a cabo la conquista de México. Por tanto, en un periodo de tan sólo tres años, España certificaba su dignidad imperial con una expansión territorial sin precedentes y el prestigio de haber completado la primera vuelta al mundo. Bueno será que, después de haber conocido la aventura de Cortés, demos un repaso al gran hito de Magallanes y

Elcano.

Fernando Magallanes nació en 1480 en Sabrosa, un lugar próximo a Oporto (Portugal). Pertenecía a una familia de la pequeña nobleza, lo que le permitió entrar como paje a edad temprana en la corte de Juan II. A los quince años pasó, como militar, a las órdenes del sucesor de Juan, Manuel I. Durante los años siguientes prestó servicio en muchas de las más importantes expediciones portuguesas a Oriente y poco a poco fue ascendiendo de categoría. En 1505 partió a la India con la gran armada de Francisco de Almeida y fue herido en la batalla de Cannanore. Enviado a Sofala, en la costa africana, contribuyó a fundar el primer fuerte portugués en esa latitud. Regresó a la India y en 1509 tomó parte en una batalla naval contra una flota musulmana en aguas de Díu. Más tarde, ese mismo año, se integró en la escuadra que hizo la primera visita portuguesa a Malasia y que terminó en auténtico desastre. Cuando los expedicionarios arribaron a la costa malaya, fueron recibidos de forma engañosa por el sultán, que preparó una treta para desarmar a los visitantes. El ardid consistió en el envío de una comitiva a las naves portuguesas, con guerreros disfrazados de mercaderes, mientras invitaba a sus presuntos huéspedes a desembarcar sin temor para recoger víveres y regalos. De pronto sonó una señal y los desprevenidos portugueses fueron atacados simultáneamente por mar y tierra.

En esta peligrosa situación, Magallanes se distinguió por su serenidad y bravura. Aun antes de que atacaran los malayos, entró en sospechas del peligro y pudo advertir a su capitán a tiempo de salvar su vida y las de su tripulación. Un cronista refiere también que Magallanes salvó a otro hombre, Francisco Serráo, quien figuraba en el grupo de los que habían saltado a tierra. Cuando empezó el ataque, Magallanes, según se dice, remó hasta tierra y rescató a quien se transformaría, desde entonces, en su más fiel amigo.

Después de sobrevivir a esta aventura, Magallanes embarcó en 1510 con destino a Portugal, pero frente a las islas de Laccadive, al oeste de Calicut, el navío que le transportaba embarrancó, sufriendo terribles destrozos y con un único bote de salvamento para los numerosos tripulantes que habían quedado indemnes. Pronto surgieron los problemas, pues la oficialidad del barco decidió utilizar la pequeña chalupa para ponerse a salvo con cuantos marineros cupieran en ella, advirtiéndole a los demás que no se preocupasen, dado que, una vez en la India, mandarían a rescatarles. Este argumento no debió de resultar muy convincente para los que se iban a quedar en calidad de náufragos y no faltaron voces que invitaron al motín, por lo que el propio Magallanes, a fin de controlar la situación, decidió quedarse voluntariamente con ellos; gesto valiente que consiguió evitar un más que probable derramamiento de sangre. El episodio acabó bien y todos los tripulantes fueron reembarcados hacia la India, lugar donde Magallanes fue ascendido a capitán como recompensa de sus servicios.

Al año siguiente volvió a distinguirse en la conquista portuguesa de Malaca a

las órdenes de Alfonso de Albuquerque. Luego tomó parte en la primera expedición portuguesa a las Molucas, a finales de 1511. En esta expedición iba también su amigo Francisco Serráo. Pero después de que los barcos hubieran llenado las bodegas de clavo en la diminuta isla de Banda, naufragó la nave de Serráo. Éste, afortunadamente, fue rescatado por unos isleños, que lo llevaron a la isla de Témate.

Cuando en viajes posteriores llegaron los portugueses a esta isla, Serráo prefirió seguir en ella. Por mediación de los mercaderes portugueses comenzó a enviar cartas a su amigo Magallanes describiéndole las riquezas de las islas y urgiéndole a hacer un viaje a ellas. Dichas epístolas desempeñarían un papel fundamental en la decisión que tomó Magallanes de buscar un paso que, por el oeste, condujera a Oriente.

Mientras tanto, en lo que a su situación militar se refiere, ocurrió un incidente por el que no se le auguraron buenas perspectivas. En 1510, Albuquerque convocó a todos sus capitanes para consultarles si juzgaban conveniente atacar el rico puerto indio de Goa o bien si consideraban que esa acción se debía retrasar para el año siguiente. El notable portugués esperaba que todos se pronunciarían por un ataque inmediato y, en efecto, la mayoría lo hizo, pero no así Magallanes, que expresó la urgencia de conceder un descanso a las exhaustas tripulaciones antes de acometer campaña tan ardua. Algunos historiadores sospechan que, a cuenta de este suceso, Albuquerque envió al rey Manuel un informe desfavorable sobre su capitán. Tal vez tengan razón, pues, cuando Magallanes regresó a Portugal en 1512, encontró, para su sorpresa, que había perdido el favor del monarca luso, el cual manifestó su desagrado al no aumentar la pensión que Magallanes, al igual que todos los miembros de la nobleza portuguesa, recibían regularmente de la corona. Este hecho supuso un terrible agravio para el navegante, pues era costumbre reconocer por parte de la corona los méritos de sus hombres ilustres aumentando el patrimonio personal de los mismos. Por lo que Magallanes, a pesar de su evidente valía acreditada en varias expediciones y combates, quedaba a ojos de todos sus iguales gravemente desprestigiado.

Un año después y empobrecido por los acontecimientos, se alistó como voluntario en el servicio activo de las armas. Por entonces se preparaba un ataque fulminante sobre Marruecos y Magallanes se vio involucrado en esa expedición como simple responsable de la intendencia. Una vez que la flota lusa llegó a costas norteafricanas se produjeron diversos combates en los que resultó herido en una pierna a causa de un lanzazo enemigo, hecho que le acarreó una permanente cojera. Pero esto no fue lo peor de su infortunio, ya que desaparecieron algunas de las provisiones de las que estaba encargado, lo que hizo que le acusaran de malversación. Enojado por el infundio, no quiso esperar a que la ley siguiera su curso y regresó por su cuenta a Portugal, dispuesto a defender su inocencia ante el rey. Pero éste no quiso recibirle, puesto que, a

pesar de su fama, no dejaba de ser un mero desertor, y por ello Magallanes fue obligado a retornar a Marruecos para recibir allí el dictado de la justicia. El juicio eximió a Magallanes de toda sospecha, lo que para él siguió siendo insuficiente, dado que su honor se encontraba absolutamente mancillado por tanta falta de reconocimiento a su labor.

Una vez más acudió Magallanes al rey y esta vez presentó tres solicitudes. En primer lugar pidió un aumento de la pensión como prueba de la real estima, a lo que el soberano se negó en redondo. En segundo término solicitó que se le asignara una misión en la que pudiera ganarse el respeto y la confianza de su señor. Éste contestó con una nueva negativa. Finalmente, desconsolado por tanta desidia, preguntó si podía ofrecer sus servicios a otro monarca. A lo que Manuel I, llamado El Afortunado, espetó: «Haced como os plazca».

Dolorido y molesto por el desinterés del monarca, Magallanes comenzó a pergeñar proyectos en su mente tratando de ver una forma de alcanzar los honores que hasta ahora se le habían escapado de las manos. Comenzó por entonces a realizar visitas a la real biblioteca portuguesa, en la que se guardaban mapas y cartas de los últimos descubrimientos, a la vez que mantenía frecuentes conversaciones con Ruy Faleiro, un insigne cartógrafo que creía firmemente en la existencia de un estrecho entre el Atlántico y el Pacífico en algún punto próximo a la latitud 40° S (unos centenares de millas al sur del estuario del río de la Plata).

Magallanes volvió a leer las cartas que le había enviado su amigo Francisco Serráo en las que le invitaba a visitar las Molucas. Poco a poco fue urdiendo un audaz esquema que, muy pronto, le otorgaría la fama que ansiaba. Su plan consistía en encontrar el estrecho del que hablaba Faleiro navegando hacia el oeste en busca de las islas de las Especias. El reto era muy arriesgado y algunos exploradores como Juan de Solís, en 1516, habían fallecido en el empeño.

Nadie sabía si las islas de las Especias se encontraban en aquella parte del mundo a la que Portugal tenía derecho o bien en aquella otra sobre la que recaían los derechos de España. El Tratado de Tordesillas había dividido el mundo por igual entre Portugal y España. Por tanto, en algún punto situado 180° al este de la línea de Tordesillas, debían terminar los privilegios de Portugal y empezar los de España. Pero, por causa de la dificultad que existía para determinar la longitud, no se sabía con precisión dónde se encontraban las Molucas con relación a este punto. ¿Pudiera ser que las islas más ricas de Oriente escaparan en efecto a los derechos de territorialidad portugueses? Si así fuera, razonaba Magallanes, España tendría todo el permiso para explotar las islas de las Especias. Aunque antes tendría que encontrar, para alcanzarlas, una nueva ruta, pues sólo a riesgo de una guerra podían atravesar las naves españolas el océano Índico controlado por los portugueses. Esto es lo que le indujo a buscar el estrecho de que Faleiro le hablaba. Una vez conseguido el paso de ese estrecho, un barco no tenía más que cruzar el Pacífico en dirección noroeste para llegar a las Molucas.

En el otoño de 1517, Magallanes abandonó su país natal, acompañado de varios expertos pilotos portugueses, para presentar su proyecto al rey Carlos I de España. Fue recibido por el regente Cisneros en ausencia del joven monarca, quien escuchó más tarde el proyecto con entusiasmo. No en vano, Magallanes afirmaba de forma tajante y acaso enigmática, que él conocía el pretendido paso por el sur del continente americano, el mismo que le conduciría a las ambicionadas islas de las Especias. Tal rotundidad debemos atribuirla a que es probable que el navegante viera algún mapa clarificador como el de Martín de Bohemia, donde se apuntaba erróneamente la desembocadura del río de la Plata como paso marítimo que conectaba el Atlántico con el Pacífico. El 22 de marzo de 1518 la corona española redactó un documento oficial por el que se nombraba a Magallanes capitán general de la proyectada expedición. Además se le prometía la entrega de barcos, le hacía gobernador de todas las tierras que descubriera y le confería poder de vida y muerte sobre todos los que montaran en sus naves.

Rumbo a las Molucas

Fernando de Magallanes comenzó a efectuar aprestos en Sevilla, ciudad muy querida por él, pues en la capital hispalense se había casado en 1517 con la dama Beatriz de Barbosa. Allí también se encontró con Juan Sebastián Elcano, un marino vasco de raza que pronto mostró su determinación en aquella empresa tan digna de gloria. Magallanes recibió, en cumplimiento de la promesa real, cinco naos algo vetustas y desvencijadas, a lo que no dio la más mínima importancia, concediendo de inmediato el visto bueno para la flota que se estaba pertrechando a toda prisa. Finalmente, las reparaciones y abastecimientos se completaron y Magallanes pudo pasar revista a su escuadra, integrada por: la *San Antonio* de ciento veinte toneladas, la *Trinidad* de ciento diez —nave almirante—, la *Concepción* de noventa, la *Victoria* de ochenta y cinco y la *Santiago* de setenta y cinco. En ellas se alojaron doscientos setenta hombres entre los que destacaban el propio Elcano —contramestre de la *Concepción*— y Juan de Cartagena, una especie de delegado regio con los mismos poderes que Magallanes. En esta singular armada se distribuyeron víveres para dos años: azúcar, vinagre, ajos, pasas, higos, almendras, miel, alcaparras, sal, arroz, carne de membrillo, harina, vino, mostaza... También se incluyeron veintiún mil trescientas ochenta libras de galletas, doscientos barriles de anchoas y siete vacas para la obtención de leche fresca, si bien en aquella época aún se desconocían los beneficiosos efectos de los cítricos a la hora de combatir el escorbuto, por lo que no se subieron a bordo naranjas ni limones, asunto que pasaría factura posteriormente a los tripulantes de la expedición de Magallanes. El equipamiento de los buques disponía de piezas artilleras en la previsión de ser utilizadas, no sólo como orientación para las naves, sino también como medio de defensa ante posibles ataques.

Con todo aquella flota, tripulada en esencia por una mayoría de oficiales, pilotos y marinos españoles a los que se sumaban un grupo de portugueses y algunos de diferentes nacionalidades, era mucho mejor de lo que Magallanes había aspirado en un principio. El rey Manuel I de Portugal se enteró, como es obvio, de lo que se estaba preparando en la ciudad del Guadalquivir y no tardó en intentar obstaculizar la empresa de su rebelde súbdito. Para ello se sirvió de Sebastián Álvarez, cónsul portugués en Sevilla y hombre astuto, capaz de sembrar la discordia donde antes crecía la absoluta confianza. La primera maniobra consistió en preguntar al rey Carlos si era verdad que retenía en España contra su voluntad a Magallanes y varios otros marineros portugueses. Asimismo el diplomático insinuó que, si había detenido a Magallanes, había hecho una buena cosa, pues un hombre que era desleal a su propia patria no tardaría en serlo con el país que le acogiera. Las siniestras aseveraciones del cónsul lograron su efecto, ya que el soberano español comenzó a tratar a Magallanes con cautela, restringiéndole el número de marineros portugueses que podía reclutar y

nombrando a varios altos oficiales españoles para que le tuvieran sometido a estrecha vigilancia durante el viaje.

Con Magallanes, el sibilino difamador utilizó, sin embargo, una táctica diferente. Primero le urgió a salvar su honor mediante el regreso a Portugal, donde podía contar con el perdón del rey, a lo que el bravo navegante le replicó que prefería guardar fidelidad al rey Carlos. Viendo que esta estrategia no funcionaba, optó por la ironía, deseándole buena suerte y añadiendo que a buen seguro la necesitaría, pues el rey Carlos, insinuó, sospecharía sin duda de su lealtad y le rodearía de agentes que usurparían su autoridad con el menor pretexto. Sin perder la sonrisa, el cónsul portugués siguió mortificando a su enemigo con diferentes comentarios sobre los cinco barcos en que se proponía hacerse a la mar, pues, en su opinión, estaban tan decrepitos que él no se arriesgaría a hacer un viaje en ellos ni siquiera a Canarias. Magallanes no mostró ni un ápice de preocupación ante las palabras de Álvarez y despachó al cónsul con viento fresco, aunque sí conservó en su interior la sospecha de que pudieran usurparle su autoridad. En verdad, tal era el temor que tenía a un motín durante el viaje que no permitió nunca que nadie discutiera sus órdenes. De esta forma precipitó la rebeldía que se dio posteriormente en su tripulación. A pesar de las maquinaciones de Álvarez continuaron los preparativos del viaje.

El 10 de agosto de 1519 las cinco naos salieron de Sevilla rumbo a Sanlúcar de Barrameda, donde se incorporaron los capitanes de la expedición. El 20 de septiembre se dio la orden de zarpar rumbo a las Canarias, donde se realizó una parada técnica para reponer equipos, agua y carbón.

Uno de los miembros de la tripulación era un italiano llamado Antonio Pigafetta, que más tarde escribió una detallada narración del viaje. Al parecer, este cronista sentía admiración y respeto por Magallanes del que llegó a escribir: «El capitán-general era hombre discreto y virtuoso...y no empezó su viaje sin establecer primero ciertas buenas y saludables ordenanzas».

Estas «ordenanzas» eran las siguientes: la nave almirante *Trinidad* debía abrir siempre marcha, mientras que las otras naves habían de seguirla a conveniente distancia, manteniendo siempre atenta vigilancia a la espera de señales procedentes del capitán general respecto a dar vela o amainarla, cambiar de rumbo... De noche debían hacerse en cada barco tres guardias y mantenerse la misma vigilancia de las señales que pudieran transmitirse de la nave almirante mediante destellos de linternas. El italiano expone por qué Magallanes, que nunca había cruzado el Atlántico, se empeñaba en llevar la cabecera a pesar de que algunos de los capitanes españoles tenían más experiencia: «Nunca explicó con claridad el viaje que iba a hacer por miedo de que sus hombres, asustados o temerosos, se negaran a acompañarle en tan largo viaje». Los oficiales españoles tuvieron que sentir que Magallanes no les diera su confianza, pues según reflejó Pigafetta, «los capitanes de los otros barcos no le querían. De esto no sé la razón,

si no es la de ser él portugués, mientras que los otros eran españoles o castellanos».

Las primeras señales de que algo no iba bien se produjeron durante la travesía a Sudamérica, que duró diez semanas. En vez de tomar rumbo suroeste para cruzar el Atlántico, Magallanes costeó África hasta Sierra Leona antes de torcer al oeste. Esto no sólo alargó la distancia, sino que, por pura mala suerte, llevó la flota a una zona de condiciones climatológicas excepcionalmente adversas. Un día, el capitán de la *San Antonio* preguntó a Magallanes por qué seguían rumbo tan extraño, a lo que Magallanes, oliéndose un intento de motín, replicó que nadie podía discutir sus decisiones. Pocos días más tarde, convocó a todos los capitanes a bordo de la *Trinidad* para celebrar una reunión. De nuevo el responsable de la *San Antonio* hizo la misma pregunta y como Magallanes se negó altivamente a dar respuesta, el capitán declaró que él no estaba dispuesto a prestar incondicional obediencia a órdenes sin aclarar por el jefe de la flota. Esto enfureció a Magallanes, quien mandó arrestar al capitán dándole a otro oficial el mando de su nave. El incidente no pasó a mayores y la escuadra prosiguió la navegación.

Los barcos surcaban ahora las aguas del Atlántico sur y Pigafetta registró con asombro el espectáculo de tiburones de terribles dientes, que devoraban hombres, muertos o vivos, y el fenómeno eléctrico conocido como fuego de San Telmo, que aparecía en forma de llamas en torno al palo mayor de la *Trinidad* durante las tormentas tropicales. El 15 de diciembre, la flota llegó a la bahía de Río de Janeiro, que caía en territorio de dominio portugués, aunque los lusos no habían establecido todavía allí una colonia, por lo que no había peligro de fondear en el puerto. Después de su largo viaje, Magallanes concedió a sus hombres dos semanas de descanso, que éstos aprovecharon para descansar y divertirse un poco. Además encontraron a los nativos muy amables y deseosos de hacer comercio de trueque. Pigafetta escribió que por un aparejo de pesca daban cinco o seis aves de corral y por un espejo una cantidad suficiente de pescado para que comieran diez hombres.

El día de Navidad continuaban los barcos fondeados en la bahía y Magallanes ya sabía que, cuanto más al sur navegaran, menos horas de luz solar tendrían cada día, por lo que ansioso de no perder más tiempo, dio la orden de hacerse a la vela el 26 de diciembre. Después de dos semanas, los cinco barcos llegaron al cabo de Santa María, en la costa sureste del actual Uruguay. Doblaron el cabo en medio de una tormenta y se encontraron en la relativa calma del estuario del río de la Plata.

Los siguientes veintitrés días debieron de ser amargamente descorazonadores para Magallanes. Remontando el estuario rumbo oeste, la flota buscó sin descanso —pero sin éxito— un paso hacia el Pacífico. A buen seguro que el verdadero estrecho no podía estar muy lejos. Magallanes decidió seguir adelante

mientras la estación no estuviera muy avanzada. La flota siguió navegando hacia el sur, por tanto, siempre al acecho de un entrante que pudiera resultar el estrecho que buscaban.

A finales de febrero, un poco más al sur de la latitud 40° S, advirtieron que la costa doblaba bruscamente hacia el oeste. Allí se encontraría tal vez el estrecho. Pero no, simplemente habían entrado en el golfo de San Matías, a un cuarto de camino en la costa de la actual Argentina. Con inflexible tenacidad continuó la flota costearo en dirección sur durante más de un mes, mientras los días se hacían cada vez más cortos, la tierra que veían cada vez más desnuda y la temperatura cada vez más fría.

Según iba pasando el mes de marzo, aun los optimistas no tenían más remedio que admitir que el invierno se estaba echando encima y todavía no se veía asomo de estrecho alguno, por lo que continuar la búsqueda significaba enfrentarse al empeoramiento de las condiciones climatológicas. El 31 de marzo, cerca de la latitud 50° S, los cinco barcos entraron en un puerto abrigado, puerto San Julián, y en contra de sus verdaderos deseos, Magallanes decidió pasar allí el invierno. Como la costa era árida e inhóspita, hubo que racionar los alimentos para hacer que duraran, pero el capitán general no vio otra alternativa que la de esperar hasta que volviera el buen tiempo.

Por su parte, los capitanes españoles ya habían renunciado a toda esperanza de llegar a las Molucas, mientras que la tripulación ardía en deseos de regresar sin más a la patria. Pero el inmovible Magallanes no quería bajo ningún concepto perder aquella oportunidad única, por lo que jamás se planteó la posibilidad de regresar a España con el traje del fracaso. Así que, a pesar de la oposición de la gente a su proyecto, empezó a hacer los preparativos para invernar en puerto San Julián, lo que desembocó en el inevitable motín de las tripulaciones. Pigafetta señala como inductor del mismo a Juan de Cartagena, jefe de la flota, con la complicidad de muchos de los primeros oficiales, quienes «... conspiraban alevosamente contra el capitán-general, al que se proponían dar muerte». Magallanes se enteró de la sedición a tiempo y acabó con ella de una manera tan súbita como terrible: «Cartagena... fue dejado con un sacerdote... en ese país llamado Patagonia» y los otros cabecillas de la conspiración fueron ejecutados y descuartizados.

No obstante, a juzgar por las normas a la sazón imperantes, Magallanes no fue duro en demasía. Gran parte de la tripulación se había visto implicada en el motín y Magallanes sólo castigó a unos pocos perdonando al resto. Así pues, los marineros decidieron al fin acatar la autoridad de Magallanes y durante casi cinco meses, en los que algunos perecieron de frío, la expedición permaneció en puerto San Julián. Lo único que rompía de vez en cuando la tediosa monotonía eran las visitas ocasionales que les hacían los indígenas de la región, a los que, por razón de su gigantesca estatura, los españoles dieron el nombre de

«patagones», lo que significa «grandes pies».

De finales de junio en adelante, las noches empezaron a hacerse cada vez más cortas y poco a poco, según el sol del mediodía subía más alto, fue remitiendo el frío. Magallanes, deseoso de zarpar, despachó a la nao *Santiago* hacia el sur con la orden de buscar el estrecho y volver con las nuevas. Pasaban los días y el barco no regresaba. Finalmente, tras algunas jornadas carentes de sosiego, los centinelas vieron cómo dos hombres exhaustos avanzaban por la orilla hacia ellos; eran tripulantes de la malograda *Santiago*. Un repentino golpe de viento había hecho naufragar a la nave cerca de río de Santa Cruz, a unas setenta millas costa abajo. No era posible reparar el barco y estos supervivientes habían sido enviados por tierra en busca de socorro para la tripulación embarrancada. El rescate de los hombres del *Santiago* llevó tiempo. Hasta finales de agosto no pudo la flota zarpar de puerto San Julián y hasta mediados de octubre no pudieron dejar atrás el río de Santa Cruz.

Tan sólo tres días más tarde llegaron al cabo Vírgenes, donde se abría hacia el oeste lo que parecía ser un estrecho. Este resultó, en efecto, el paso a cuya busca había salido Magallanes tantos meses atrás. Por ignorancia había perdido un invierno entero a sólo trescientas millas del estrecho. La mala suerte iba a seguir acompañándoles. Este estrecho, entre el continente y Tierra del Fuego, la gran isla que corre al sur del mismo, se parecía a uno de esos fiordos noruegos flanqueados de montañas. En la maraña de vueltas y revueltas, se dividía a menudo en dos canales, de los que uno corría hacia el norte y otro hacia el sur. Empezaban a escasear las provisiones y Magallanes no podía perder todo el tiempo de la flota en la tarea de explorar cada uno de los canales. Llegó un momento, por tanto, en que decidió dividir la escuadra en dos: las naos *Trinidad* y *Victoria* seguirían un canal, mientras que la *San Antonio* y la *Concepción* seguirían otro.

Unos días más tarde se acercó a toda prisa la *Concepción* a la *Trinidad* y la *Victoria* con la buena noticia de que el canal que había seguido llevaba casi con seguridad al Pacífico. Pero la *San Antonio* había desaparecido. ¿Dónde estaba? Los temores de Magallanes se confirmaron. En efecto, el barco había desertado y navegaba capitaneado por el piloto Esteban Gómez hacia España a todo trapo, con un informe peyorativo sobre la conducta de Magallanes, que, según alegaba la tripulación, había provocado un motín justificado. Este mismo buque protagonizó meses antes en una exploración el descubrimiento de las islas Malvinas a las que el capitán Alvaro de Mesquita bautizó como archipiélago de San Sansón, si bien en cartografías posteriores se perdió el San. Pero, lejos de lo que la *San Antonio* y sus tripulantes pudieran contar en España, Magallanes enfiló proa hacia la gloria.

Por fin el 28 de noviembre de 1520 los tres barcos que quedaban dejaron atrás lo que se llamaría en el futuro estrecho de Magallanes, para adentrarse en

la inmensidad del Pacífico. Al hacerlo, los tres barcos dispararon salvas y el capitán general lloró de alegría. Magallanes había encontrado el paso que por el oeste llevaba a Oriente. Cuanto quedaba ahora era seguir en dirección noroeste sin perder rumbo hasta llegar a las Molucas. No pensaba en lo inmensamente larga que iba a ser la travesía. Durante casi dos meses navegaron sin avistar tierra. Las provisiones menguaban paulatinamente hasta convertirse en nada, la poca agua disponible se transformó en pútrida y los hombres se vieron abocados a comer cuanto caía en sus manos: cuero, galletas corruptas, serrín y hasta ratas; pero incluso los roedores, ahora manjares, escaseaban tanto que se subastaban al mejor postor. El escorbuto empezó a hacer estragos y murieron muchos hombres. Finalmente, el 24 de enero de 1521, divisaron una isla, a la que Magallanes puso el nombre de San Pablo. Pero, al encontrarla estéril y deshabitada, la flota no tuvo más remedio que seguir adelante.

Una segunda isla, que avistaron el 3 de febrero, estaba también desnuda. Luego, tras la lenta agonía de un mes, la escuadra llegó a unas islas habitadas cerca de Guam —unas mil setecientas millas al noreste de las Molucas—. Aquí echaron anclas las maltrechas naves y aunque los nativos se mostraron en principio amables, no tardaron en robar a los españoles cuanto pudieron. El hecho provocó que Magallanes bautizara aquellas islas como de los Ladrones. En venganza por la pérdida de sus cosas, los hambrientos marineros se abalanzaron sobre las chozas indígenas y arramblaron con cuantos alimentos pudieron. El 9 de marzo, recobrada en parte la salud de sus hombres, Magallanes se hizo a la vela una vez más rumbo oeste y llegó a la isla de Samar, en las Filipinas. Aquí dio a la tripulación otro descanso de dos semanas antes de ponerse a comerciar y predicar el cristianismo en las islas próximas. A primeros de abril llegaban a Filipinas, donde, después de negociar con los indígenas, convirtió al jefezuelo local al cristianismo, prometiéndole que si tenía enemigos, él, los aplastaría. El hombre contestó que, efectivamente, los tenía en la cercana isla de Mactán. Magallanes, fiel a su palabra, partió con un destacamento de hombres para darles batalla. El encuentro que tuvo lugar entre los europeos y los isleños de Mactán fue una lucha en la que se servían de flechas, lucha en la que el propio Magallanes perdió la vida. Este episodio está narrado por Pigafetta, que lo describe como sigue:

Llegamos a Mactán tres horas antes del alba. El capitán no quería que se luchase en aquel momento, pero envió un mensaje a los nativos... a fin de que, si obedecían al rey de España, reconocían al rey cristiano (el de la isla de Cebú) como su soberano y nos pagaban un tributo, él sería su amigo; pero si querían que fuese de otra forma ellos verían cómo herían nuestras lanzas. Ellos replicaron que si nosotros tenemos lanzas, también ellos las tenían de caña de bambú, así como dardos endurecidos al fuego. (Nos pidieron) no les atacásemos inmediatamente, sino que esperáramos hasta la mañana. Esto lo dijeron para que fuésemos nosotros quienes fuéramos a buscarles, porque habían hecho algunos fosos entre

las casas y así caeríamos en ellos. Cuando llegó la mañana, cuarenta y nueve de los nuestros saltaron al agua cubiertos hasta la cintura, y fueron nadando por ella a lo largo de más de dos disparos de ballesta antes de alcanzar la orilla. Los botes no se podían acercar más dado que había rocas debajo del agua. Los otros once hombres quedaron guardando los botes. Cuando llegamos a tierra los hombres de ellos formaban tres divisiones, sumando más de tres mil quinientos. Cuando nos vieron cargaron sobre nosotros, con tremendos gritos, dos divisiones en nuestros flancos y la otra contra nuestro frente. Cuando vio esto el capitán, nos formó en dos divisiones, y así comenzamos a luchar... Cuando disparábamos nuestros mosquetones, los nativos se movían de aquí para allá sin estar un momento quietos, y se cubrían con sus escudos. Tiraban muchas flechas y lanzaban tantos dardos de bambú (algunos de ellos con punta de hierro) contra nuestro capitán-general, además de dardos afilados y endurecidos al fuego, así como piedras y barro y apenas podíamos defendernos...

Fue tanta la carga que efectuaron sobre nosotros que hirieron al capitán en una pierna, la derecha, con una flecha envenenada. Debido a ello él ordenó que nos retirásemos ordenadamente, pero los hombres empezaron a huir, excepto seis u ocho de nosotros que quedamos con el capitán. Los morteros, que estaban emplazados en los botes, no podían ayudarnos dado que estaban ya demasiado lejos; así continuamos la retirada en una distancia como el disparo de una ballesta desde la orilla, siempre luchando con el agua hasta las rodillas. Los nativos continuaron persiguiéndonos y, recogiendo la misma lanza cuatro o seis veces seguidas, nos la volvían a arrojar una y otra vez. Cuando reconocieron quién era nuestro capitán fueron tantos los que se abalanzaron sobre él que le arrebataron el casco de la cabeza en dos ocasiones, pero él siempre siguió resistiendo con firmeza como un buen caballero, acompañado de otros varios. Así seguimos luchando por más de una hora, negándonos a retirarnos un paso más. Un indio lanzó una lanza de bambú a la cara del capitán, pero éste mató a aquél en el acto con su lanza, dejándola clavada en el cuerpo del indio. A renglón seguido quiso desenvainar su espada, pero solamente pudo hacerlo en la mitad de su recorrido porque acababa de quedar herido con otra lanza de bambú en el brazo. Cuando vieron esto los nativos, todos se abalanzaron sobre él. Uno le hirió en la pierna izquierda con un machete grande, parecido a una cimitarra, aunque más ancho. Ello hizo que el capitán cayera de bruces y los nativos sobre él con lanzas de hierro y de bambú, así como con machetes, así que acabaron dando muerte a nuestro espejo, nuestra luz, nuestra fuerza y nuestro verdadero guía. Mientras lo estaban hiriendo, varias veces se volvió para ver si ya estábamos todos en los botes. Por ello, y viéndolo ya muerto, y estando también nosotros heridos, nos retiramos hasta los botes como pudimos, ya que los botes habían empezado a alejarse. El rey cristiano pudo habernos ayudado, pero nuestro capitán le había ordenado antes de que desembarcáramos que no se moviera de su balanghai sino que observara cómo luchábamos... De no haber sido por este desgraciado capitán, ninguno de nosotros se hubiese salvado en los botes, porque mientras estaba luchando, los demás pudieron irse retirando hasta los mismos.

Yo espero... que la fama de tan noble capitán no quedará borrada en nuestros días. Entre las muchas virtudes que poseía, el capitán era más constante que ningún otro hombre lo fuera en las mayores adversidades. Sufrió el hambre con más hombría que los demás y entendió las cartas marinas y supo de navegación más que nadie en el mundo. Y que esto era verdad se veía con toda claridad, porque ningún otro tuvo tanto talento natural, ni tuvo la valentía, como el capitán la tuvo, de circunnavegar el mundo, cosa que él estuvo a punto de conseguirlo.

Fernando Magallanes murió el 27 de abril de 1521, se hallaba entonces a menos de mil millas al noroeste de las Molucas. Si hubiera vivido para recorrer mil quinientas millas más al oeste, habría llegado a Malaya (donde había estado unos doce años antes), con lo que se hubiera convertido en el primer hombre que circunnavegara el globo. Estando así las cosas, esa distinción recaería sobre uno de los asiáticos que acompañaban a la expedición como intérprete. El fracaso de los españoles en su intento de aplastar a los hombres de Mactán les desacreditó a los ojos de los isleños filipinos. El jefezuelo de Cebú recién convertido invitó a tierra a varios de los principales oficiales de la flota y con la mayor tranquilidad les hizo dar muerte. Los desvalidos supervivientes de la expedición se hicieron entonces a la mar y, después de obtener provisiones en algunas islas próximas, pusieron proa a las Molucas. Pero de los doscientos setenta hombres que componían la expedición no quedaban ahora más que ciento quince. En resumen, no había suficiente número de gente para tripular tres naves. Así que decidieron dar fuego a la *Concepción*, el menos marinero de los tres barcos. ¿Quién asumiría ahora el mando en aquella dramática empresa?

Finalmente, a primeros de noviembre de 1521, las dos naves restantes se dirigieron a Témate y Tidor, las ricas islas de las Especias a las que Francisco Serráo —ya fallecido— había animado a Magallanes a que acudiera. Aquí, los exhaustos hombres de la *Trinidad* y la *Victoria* fueron recibidos con espléndida hospitalidad: descansaron, compraron suministros y cargaron especias. Sin embargo, cuando llegó el momento de zarpar, advirtieron que la *Trinidad* se encontraba en tan lamentable estado que no podía hacerse a la vela. Las reparaciones necesarias llevarían meses y se acordó que la *Victoria*, sin más demora, saliera sola. Su capitán, que había llegado a ocupar ese puesto a la muerte de otros oficiales, era en ese momento Juan Sebastián Elcano.

La consumación de una proeza

El ilustre marino al que le cupo el honor de completar la primera circunnavegación por el globo terráqueo nació en 1476 en la hermosa localidad guipuzcoana de Guetaria. Su familia provenía de una antiquísima tradición marinera que el joven Elcano dignificó aún más si cabe, gracias a su magnífica proeza. Sus comienzos en la mar se inscriben dentro de capítulos dedicados a las artes de pesca. Desde 1509 prestó servicio de armas en diversas campañas mediterráneas bajo mandos tan insignes como el cardenal Cisneros o Gonzalo Fernández de Córdoba —el Gran Capitán—. Durante las campañas de Oran y Trípoli fue capitán de su propio navío al servicio de la corona española, pero ésta, en aquellos tiempos, tenía sus arcas prácticamente esquiladas y, por este motivo, tardaba mucho tiempo en pagar los servicios prestados por los buques que la servían. En esa situación quedó Elcano, quien, para poder afrontar la creciente deuda contraída con su tripulación, se vio obligado a pedir un préstamo a unos mercaderes que traficaban bajo la jurisdicción del duque de Saboya, entregando como garantía la propiedad de su barco. Cuando cumplieron los plazos el navegante vasco no había recibido el dinero prometido por la corona y no tuvo más remedio que desprenderse de su nave. Este asunto lo llevó a sufrir la cárcel, pues la ley prohibía tajantemente la entrega de buques a potencias extranjeras. Y, por injusto que pueda parecer, Elcano fue acusado de traición a los suyos, aunque el monarca Carlos I, enterado de la historia, amnistió al bravo navegante permitiéndole seguir con su carrera de marino.

En 1519, como ya sabemos, se encontraba en Sevilla, donde conoció a Magallanes y se alistó en la flota que se preparaba para viajar a las Molucas. Fue uno de los muchos oficiales españoles que se amotinaron ante las decisiones aparentemente equívocas del portugués, si bien logró evitar el castigo que se aplicó a los cabecillas de la revuelta. Más tarde, tras la muerte de Magallanes, el destino quiso que fuera Elcano y no otro el que asumiera la digna misión de conducir la nao *Victoria* hasta España. El guipuzcoano bien pudiera haber recorrido a la inversa la ruta de Magallanes, pero, a esas alturas, la menguada tripulación no quería, ni por ensalmo, someterse a otra travesía por el Pacífico, a un nuevo paso del estrecho de Magallanes y a otro, más que posible, invierno en Patagonia.

Tras meditar sobre la situación optó, con acierto, por navegar en dirección oeste, cruzar el estrecho de Malaca, surcar el océano Indico, doblar el cabo de Buena Esperanza y enfilarse proa hacia el norte hasta llegar a España. El único obstáculo residía en los diferentes puertos y barcos portugueses con los que se podría encontrar, pero los riesgos implicados en la navegación hacia el oeste parecían infinitamente menores que los que suponían navegar con rumbo este.

Sorteando, pues, toda ruta trillada, la nao *Victoria* inició la travesía de la segunda mitad del globo.

Según iban avanzando hacia el oeste, disminuían las provisiones de alimentos y agua, con lo que los hombres empezaron a morir de hambre, fatiga y escorbuto. A mediados de mayo de 1522, en medio de una tormenta que destrozó uno de sus mástiles, la *Victoria* dobló el cabo de Buena Esperanza y a primeros de julio llegaba a las islas de Cabo Verde. El archipiélago estaba bajo dominio portugués y hacer escala en dichas posesiones constituía un serio peligro para la empresa; no olvidemos que el rey luso Manuel I no quería bajo ningún concepto que la expedición emprendida por Magallanes culminara en éxito.

No obstante, Elcano estaba obligado por las circunstancias a una forzosa escala, pues debía abastecerse de comida y agua. Aquí entró en juego la astucia del marino español, el cual consiguió hacer creer a las autoridades locales que su barco regresaba del Nuevo Mundo. Los portugueses, que no abrigaban la menor sospecha de la verdad, dieron al capitán vasco lo que necesitaba e hicieron así posible la terminación de un viaje que habían tratado de impedir a toda costa. El sábado 6 de septiembre de 1522, la maltrecha *Victoria* llegó por fin al puerto de Sanlúcar de Barrameda con su preciosa carga de especias y su tripulación exhausta. Dos días después, tras remontar el Guadalquivir, recalaba en el puerto de Sevilla.

De aquel cascarón semihundido por mil averías y grietas desembarcaron dieciocho hombres famélicos y enfermos, pero orgullosos por la hazaña que habían protagonizado. Con devoción se postraron ante la imagen de la Virgen y le dieron gracias por haberlos librado de la muerte. Eran héroes que, sin pretenderlo, habían certificado la esfericidad del planeta en el que moraban y de paso su singular travesía también había constatado la certeza de que Cristóbal Colón descubrió el cuarto continente de la Tierra. Por fin el sueño albergado por el genovés treinta años antes se confirmaba: era posible viajar a Asia por la ruta occidental. Con ello se cerraba un capítulo fundamental en la era de las exploraciones. Elcano y los tripulantes de la *Victoria* navegaron en total catorce mil cuatrocientas leguas (setenta y nueve mil quinientos kilómetros). En el camino quedaron cuatro navíos y doscientos treinta y cuatro hombres y, aunque parezca inverosímil, en las bodegas del buque se encontraban intactas veinticinco toneladas de especias cuyo valor permitió sufragar todos los gastos de la expedición.

El rey Carlos I recibió a los supervivientes en Valladolid y concedió a Elcano una renta anual vitalicia de quinientos ducados en oro y un escudo de armas, cuya cimera era un globo terráqueo con la leyenda *Primus circumdedisti me* (El primero en rodearme). Además nombró al guipuzcoano comisionado real en la juntas de Badajoz y Yelbes, convocadas con el objeto de resolver los litigios entre España y Portugal sobre la posesión de las Molucas.

Después de llegar a Oriente navegando hacia Occidente, aquellos marineros habían vuelto al punto del que partieran. El coste resultó altísimo, pero se había demostrado que el empeño era factible. Aunque murió antes de que llegara a ultimarse el primer viaje alrededor del mundo, a Magallanes corresponde en realidad la gloria de la histórica gesta, pues fue él, en verdad, quien la hizo posible. Pero aún transcurrirían algunos años antes de que el mundo honrara al ilustre portugués por el notabilísimo viaje que le había supuesto la propia vida. Tengamos en cuenta que cuando la *Victoria* llegó a Sevilla en 1522, los oficiales amotinados del *San Agustín* ya habían regresado hacía tiempo con los nefastos informes sobre su capitán general y Juan Sebastián Elcano, que se había visto implicado en el frustrado motín de puerto San Julián, se sintió obligado a dar por buena la narración de sus rebeldes compañeros. Con lo que el éxito del viaje quedó momentáneamente soterrado.

Entre tanto, la primera circunnavegación del globo trajo interesantes consecuencias para la ciencia. Según la tripulación del *Victoria* y el libro de navegación de la nave, la fecha de su regreso fue el sábado 6 de septiembre. Sin embargo, según todos los calendarios de tierra, fue el domingo 7 de septiembre. La razón de esta aparente inconsistencia, por supuesto, residía en el hecho de que la *Victoria* había cruzado lo que hoy se llama Línea Internacional del Cambio de Fecha. Pero, hasta aquel momento, a nadie pudo ocurrírsele que hubiera tenido que establecerse semejante línea.

Por extraño que parezca, el viaje no produjo resultados inmediatos para la navegación. En 1519, cuando zarpó la flota, las posesiones americanas de España no parecían tener gran valor en comparación con la posibilidad de una ruta que por el oeste llevara hasta las islas de las Especias. Pero para cuando regresó la *Victoria*, ya había completado Cortés la conquista de México y el oro mexicano había empezado a viajar incontenible hacia España. Esta afortunada ventura provocó que decreciera el interés del rey Carlos I por las especias o por la fundación de un imperio oriental. En cualquier caso, por fin llegó a determinarse que las Molucas pertenecían al dominio jurisdiccional de Portugal y no de España, por lo que la ruta occidental de Magallanes que llevaba a las islas de las Especias no volvió a utilizarse durante muchos años.

No obstante, la primera vuelta al mundo marcó un hito en la culminación de un asombroso período de exploraciones. En 1418, cuando el príncipe Enrique el Navegante fundó su Escuela de Navegación cerca de Sagres, los marineros europeos sólo tenían noticia de las costas de Europa y del Mediterráneo. Ahora, poco más de cien años más tarde, se habían familiarizado con toda la costa africana y casi toda la costa meridional de Asia, así como con gran parte de la costa oriental de ese continente y muchas de sus islas adyacentes. En líneas generales habían cartografiado la mayor parte de la costa atlántica de las dos Américas e incluso habían explorado grandes zonas de la costa americana del Pacífico. En un siglo se habían dado pasos gigantescos en el descubrimiento y

exploración del mundo más allá de las costas europeas. Pero este descubrimiento y esta exploración se habían limitado fundamentalmente al litoral de los grandes continentes. En el Nuevo Mundo ningún europeo, excepto Cortés y sus soldados, había penetrado gran cosa tierra adentro. En Asia, las actividades de los mercaderes, misioneros y colonos portugueses se habían circunscrito a las zonas fácilmente accesibles desde los puertos fortificados. La mayor parte del profundo interior de África iba a seguir constituyendo un misterio para los hombres blancos durante más de tres siglos. Australia, Nueva Zelanda y la Antártida eran todavía desconocidas.

Así, cuando el viaje del *Victoria* puso término a la primera gran fase de los descubrimientos y exploraciones, el mundo seguía conteniendo tantas zonas ignoradas como conocidas. Lo cierto es que las audaces hazañas de hombres como Colón, Balboa, Vasco de Gama y Magallanes no hicieron más que excitar el hambre exploratoria de la humanidad. Y el hecho de que fueran surgiendo cada vez más aventureros que abandonaban sus tierras natales para lanzarse a la exploración de las tierras desconocidas vino a demostrar que no había hecho más que empezar «la gran era de los descubrimientos».

En cuanto a Juan Sebastián Elcano, diremos que, apenas tres años después de su llegada a España, la corona quiso consolidar los descubrimientos de Magallanes, por lo que ordenó una nueva expedición al mando del capitán general fray García Jofre de Loaysa, quien pidió expresamente que fuera Elcano su piloto mayor y guía. El 24 de julio de 1525, zarpaba desde La Coruña una escuadra integrada por siete naves hacia al estrecho de Magallanes. Junto a Elcano iba un joven cosmógrafo llamado Andrés Urdaneta, formado a la sombra del guipuzcoano y que pasaría a la historia como uno de los más hábiles navegantes españoles, a la altura de su maestro. Una vez alcanzaron la costa sur de la actual Argentina, los vientos y las tempestades lanzaron su castigo habitual en la zona, dispersando los barcos. Las cinco primeras naves guiadas por Elcano alcanzaron la embocadura del estrecho, mientras la capitana y otra más se retrasaron. En enero de 1526 los buques pudieron al fin reagruparse hasta que una nueva tormenta los volvió a dispersar definitivamente. Los barcos de Loaysa y Elcano encontraron refugio en la entrada del río Santa Cruz, en la Patagonia argentina. Allí pasaron unos meses recuperando el ánimo y las embarcaciones hasta que en mayo intentaron de nuevo, esta vez con éxito, atravesar el estrecho. Pero las calamidades no abandonaron a la expedición, pues la falta de agua y los vientos huracanados fueron diezmando a los supervivientes al tiempo que retrasaban o variaban el rumbo de las naves. Así, el 30 de julio de 1526, moría el capitán general Loaysa, tras ceder el mando a un tuberculoso Elcano que, cinco días después, el 4 de agosto, fallecería en alta mar. Tenía cincuenta años de edad y méritos más que suficientes para engrosar la lista de personajes ilustres que dieron esplendor a España.

CAPÍTULO V

FRANCISCO PIZARRO, LA CONQUISTA DEL PERÚ

Amigos y compañeros: de aquí para el norte —hacia Panamá— hay hambre, desnudez, tormentas de agua, pobreza y muerte; hacia el sur hay riquezas, donde está el Perú. Que cada cual elija lo que más conviene a un castellano bravo;

en cuanto a mí, voy hacia el sur.

Francisco Pizarro, en la isla del Gallo, septiembre de 1527.

Tan sólo le siguieron trece hombres.

En el imaginario colectivo creado durante el siglo XVI, a propósito de las inmensas riquezas que a buen seguro se encontraban en el Nuevo Mundo, Perú ocupaba un lugar primordial para todos aquellos que quisiesen cambiar su miserable existencia por otra llena de aventuras y opulencia. Cuando Núñez de Balboa descubrió el océano Pacífico tuvo noticias de un rico imperio situado al sur. De inmediato, cientos de buscafortunas y otros tantos exploradores comenzaron a tejer sueños sobre el nuevo escenario que se les ofrecía. El gobernador de Castilla del Oro —Pedrarias Dávila— fue de los primeros en alegrarse con la noticia y mandó trasladar la capital de su gobernación a Panamá, en 1519, para utilizarla como centro de proyección hacia la inminente conquista. De la plaza salió Pascual de Andagoya, quien en 1522 se hizo a la mar rumbo al sur, aunque esta expedición fracasó, fruto de la pésima suerte o de la propia ignorancia en cuanto a las directrices que se debían trazar para la exploración.

Por Gaspar de Morales y Francisco de Becerra se sabía de la existencia de una región situada hacia el levante de Panamá y cuando Andagoya contactó con el cacique de Chicama que era aliado de los españoles, éste se quejó de los ataques que sufría de los caciques de la provincia del *Pirú*, región inmediata a Panamá, en el golfo de San Miguel. Andagoya pidió ayuda a Pedrarias, se dirigió al *Pirú* e hizo devolver al cacique de esta región lo que le había robado al de Chicama. Desde entonces, el nombre del *Pirú* —región o río— se aplicó a toda la región desconocida, situada al sur de Panamá, hacia el Levante, en la Mar del Sur. Andagoya recorrió entonces un sector de la costa, hoy colombiano, hasta un lugar llamado San Juan, logrando sojuzgar a siete caciques, entre ellos al que ejercía de rey de los demás. Estos indígenas se dedicaban a la mercadería y a la navegación y el adelantado español pretendió que le dieran noticias exactas del

imperio de los Incas y, más en concreto, de su capital Cuzco.

Esto Pizarro sólo lo supo en su tercer viaje, cuando llegó a Tumbes. Es decir, Andagoya recabó datos fidedignos sobre el imperio que se situaba hacia el sur, pero cuando se encontraba inspeccionando algunos puntos de la costa tuvo la mala suerte de que su canoa volcase, quedando tullido y sin poder montar a caballo. De vuelta a Panamá, declinó la invitación efectuada por Pedrarias de dirigir la empresa de Levante, y se dedicó, como buen cronista que era, a escribir una relación sobre los sucesos de Pedrarias y sus propias exploraciones: por ello pasó a la historia como el primer cronista etnógrafo del descubrimiento peruano.

Pedrarias no desistió en su empeño y organizó otra expedición que no llegó a salir debido a la muerte del jefe de la misma, Juan de Basurto. Fue entonces cuando surgió la figura del veterano capitán Francisco Pizarro, llamado por Pedrarias «mi Teniente de Levante».

Este extremeño universal nació en Trujillo (Cáceres) en 1478. Fue hijo ilegítimo de la unión habida entre Gonzalo Pizarro —hidalgo militar al servicio de los Reyes Católicos— y Francisca González —hija de labradores y criada de las monjas trujilianas de San Francisco el Real—. Siendo un adolescente abandonó su pueblo camino de Sevilla, donde se alistó en el ejército del Gran Capitán para la campaña de Italia. De regreso a España, algunas fuentes lo sitúan como marinero en el viaje de Alonso de Ojeda y Juan de la Cosa a Tierra Firme, en 1499; incluso otros aseguran que fue tripulante en el último viaje de Colón en 1502. Lo que está probado documentalmente es que Pizarro viajó como servidor de Nicolás de Ovando a La Española, pisando por primera vez tierra americana el 15 de abril de 1502.

En los siguientes ocho años su experiencia militar le hizo destacar en las sucesivas campañas libradas contra los indios, lo que le granjeó una inmejorable fama de buen soldado y el dominio de una magnífica encomienda. En 1509 Alonso de Ojeda le ofreció un cargo relevante en su viaje a Tierra Firme y, un año más tarde, asumió el mando del Fuerte de San Sebastián (golfo de Urabá). También asistió a la fundación de Santa María de la Antigua en Darién. Entre los años 1509 y 1522, el capitán Pizarro militó bajo diversos caudillos: Ojeda, Enciso, Balboa, Morales, Pedrarias..., aprendiendo el arte de la guerra indiana. Hizo una incursión al templo indio de Dabaibe, cruzó el istmo junto a Núñez de Balboa, regresó con Morales de la isla de las Perlas y, como ya sabemos, fue quien detuvo al descubridor del Pacífico por orden del gobernador Pedrarias.

Tras esta dilatada peripecia, Pizarro se asentó cómodamente en Panamá para disfrutar de una próspera vida gracias a sus negocios. Nada hacía pensar que a sus cuarenta y cuatro años algo le incitaría a remover su inquieta alma aventurera. Sin embargo, su pasión conquistadora se despertó una vez más cuando Andagoya llegó con noticias que confirmaban, en parte, las informaciones logradas por Núñez de Balboa y él mismo en su trato con los indios ribereños del

Pacífico. Pizarro, movido por un invisible aunque frenético resorte, buscó socios para lo que él consideró la magna empresa de su vida. En este trance rubricó una fructífera alianza con dos amigos suyos, Diego de Almagro y el clérigo Hernando Luque, quien mantenía una gran relación con Gaspar de Espinosa, hombre que concedería recursos económicos para el viaje que estaba a punto de emprenderse. Por el convenio establecido, Pizarro dirigiría las huestes, Almagro procuraría pertrechos y el cura aportaría los imprescindibles fondos económicos.

Obtenido el oportuno permiso del gobernador Pedrarias, Pizarro salió de Panamá en 1524 en un barco con poco más de cien hombres, mientras Almagro se quedaba en la ciudad pertrechando otro buque con la intención de seguir a su socio posteriormente. El extremeño fijó su primer objetivo en el puerto de Pinas, justo en el límite meridional marcado por el viaje de Andagoya. Por entonces era estación lluviosa y con vientos contrarios.

Pizarro y sus hombres tuvieron que deambular por territorios de inhóspitos y malsanos manglares, lo que provocó que treinta hombres murieran víctimas de enfermedades. Finalmente, la columna pudo llegar a un puerto al que llamaron Del Hambre y, tras una breve escala, prosiguieron ruta hacia Pueblo Quemado, donde, dadas las circunstancias adversas de la región explorada y las pésimas condiciones en las que se encontraban los hombres, Pizarro optó por regresar a Panamá.

Por su parte Almagro, que ya había salido de Panamá con su navío, se cruzó con los expedicionarios que regresaban, sin que ambos barcos se divisasen, retornando al poco sin mayores noticias. Con esto se daba por concluida la primera expedición de Pizarro al Perú. Los avances no habían sido muy esperanzadores, sin embargo los socios no cejaron en el empeño de continuar alimentando sus ilusiones y el 10 de marzo de 1526 formalizaron notarialmente su sociedad con el ánimo de volver al imperio del Sol.

Los Trece de la Fama

El presunto fracaso de Pizarro y los suyos, puso en alerta al gobernador Pedrarias, quien por entonces estaba a la tarea de castigar a su capitán Francisco Hernández de Córdoba, quien se había rebelado. Fue entonces cuando el sacerdote Luque movió toda su influencia en la corte colonial consiguiendo, tras eficaces gestiones diplomáticas, que el gobernador concediera de nuevo permiso para la empresa llamada de Levante, mientras el propio Pedrarias, una vez desvinculado de sus compromisos en el sur, dirigía sus ambiciones hacia la conquista de Centroamérica. Por tanto, en 1526 los tres socios volvían a tener las manos libres para acometer un segundo viaje.

El 10 de marzo de dicho año salieron de Panamá dos navíos con ciento sesenta hombres y cinco caballos. En esta ocasión Pizarro tuvo la suerte de contar con los servicios de Bartolomé Ruiz, un diestro piloto náutico que inmediatamente enfiló proa hacia el oeste, evitando las corrientes y vientos contrarios que habrían dificultado la singladura, como lo hicieron en el primer viaje. Asimismo se evitó la hostil zona de los manglares y la flotilla echó anclas sin mayor dificultad en la desembocadura del río San Juan (actual Colombia). Allí constataron la existencia de algunos poblados con valiosos tesoros, aunque escasos. Almagro fue enviado entonces a Panamá con muestras de lo recogido, para que pudiera volver con más hombres y medios, mientras que por su parte Pizarro exploraba zonas del interior en busca de oro y noticias.

También se ordenó al piloto Bartolomé Ruiz que navegara más al sur, con el propósito de obtener información acerca de las geografías y gentes que allí se encontrasen.

En este periplo el marino exploró la isla del Gallo y comprobó, tras superar la línea del Ecuador, que conforme avanzaba más hacia el sur existían grandes signos de civilización. Había poblaciones, campos regados, gentes vestidas con ropas de algodón perfectamente tejidas y casas construidas con ladrillos de adobe. Su reconocimiento culminó cuando encontró, cerca de la costa, una balsa muy grande. Los indios que la ocupaban llevaban adornos de plata muy llamativos y estaban vestidos con ropajes bien confeccionados. Era la primera vez que se establecía contacto con una civilización superior. Dos de los indios que iban en la balsa le hablaron de la ciudad costera de Tumbes —propiedad de los incas—, que poseía edificios impresionantes y un templo, al parecer, importante. Éstas eran las noticias que había estado esperando Pizarro, quien, por cierto, llegó a plantearse el abandono de la empresa, pues su grupo mermó ostensiblemente por causa de las enfermedades y de los ataques indígenas, pero la llegada de Ruiz con las buenas nuevas mitigó el desánimo del extremeño, a lo que se sumó el regreso de Almagro con oportunos refuerzos y víveres, por lo que se decidió continuar con

la expedición. Sin embargo, el entusiasmo fue cediendo paso a la desesperación y, a medida que la flotilla se adentraba en las latitudes descritas por Ruiz, los alimentos comenzaron a escasear. Era como tener el paraíso al alcance de la mano, pero sin poder disfrutar de él, pues para entonces la aventura había llegado al límite de sus posibilidades.

Almagro sugirió la idea de regresar a Panamá una vez más, portando objetos de oro y plata a fin de estimular la recluta de más hombres y tener tiempo de cargar alimentos suficientes para proseguir con la empresa. Pizarro, acuciado por los estragos de la hambruna entre su tropa, aceptó la sugerencia del manchego dejándolo marchar, mientras él mismo se parapetaba en la isla del Gallo, frente a las costas ecuatorianas, con el propósito de evitar los furibundos ataques de los indios que tantas bajas les estaban ocasionando. Cuando Almagro recaló en Panamá supo que Pedrarias había sido sustituido por otro gobernador, Pedro de los Ríos, quien no tenía interés alguno en estas expediciones a lo largo de la costa de América del Sur, pues creía que todas ellas terminarían en fracaso y con la muerte de cientos de hombres muy necesarios para la expansión colonial por Centroamérica. En consecuencia, tras escuchar la disertación de Almagro, el flamante mandatario despachó dos barcos bajo el mando de Juan Tafur hacia la isla del Gallo, con la orden de hacer regresar al grupo dirigido por Pizarro. A estas alturas estaba claro que las máximas autoridades de la colonia española no deseaban arriesgar más vidas en lo que ellos entendían como alocadas e inútiles aventuras.

En septiembre de 1527 los navíos llegaron a la isla en la que se encontraban los desesperados expedicionarios. No obstante, el llamamiento de Tafur no encontró el eco deseado y Pizarro, enojado por la orden del nuevo gobernador, protagonizó una escena desde entonces inmemorial. Con gesto sereno desenvainó su espada y con ella trazó una línea en la arena de la playa que iba de Oriente a Occidente. Tras esto lanzó a sus hombres una proclama con objeto de hacerles tomar una decisión. Seguramente la elección más importante de sus vidas:

Amigos y compañeros: de aquí para el norte —hacia Panamá— hay hambre, desnudez, tormentas de agua, pobreza y muerte; hacia el sur hay riquezas, donde está el Perú. Que cada cual elija lo que más conviene a un castellano bravo; en cuanto a mí, voy hacia el sur.

Dicho esto, cruzó la línea trazada. Tan sólo lo siguieron trece españoles, desde entonces conocidos como «los Trece de la Fama».

Las naves se volvieron dejando al pequeño grupo en la isla estéril, de la que pasaron a otra (Gorrona). No obstante, Almagro no abandonó a su amigo y se las ingenió para convencer a De los Ríos de que no dejase solo al terco y duro conquistador, argumentándole que Pizarro y sus hombres no hacían sino cumplir

con su deber para con España y su rey. El gobernador cedió y dio permiso a Almagro para que se uniese nuevamente a Pizarro, si bien insistió en que deberían volver en el espacio de seis meses. El extremeño tuvo que esperar mucho tiempo para ver nuevamente las velas de Almagro. Reunida por fin toda la hueste, siguieron la costa hacia el sur y después de recorrer trescientas cincuenta millas al sur del Ecuador, entraron en el golfo de Guayaquil y desembarcaron en la ciudad de Tumbes. Allí vieron los españoles unas edificaciones grandes y muy bien construidas. Las gentes se movían afanosamente e iban finamente vestidas. Aquello, sin duda, era el centro más civilizado que habían conocido los blancos desde su llegada, hacía casi veinte años.

Pero lo que hizo latir con más fuerza el corazón de los conquistadores fue la constatación de inmensas riquezas dispersas por una vasta extensión territorial. Después de continuar todavía más al sur, hasta lo que hoy es Trujillo, en el actual Perú, Pizarro volvió a Panamá para tratar de montar la expedición con los respaldos necesarios. En la capital colonial se les había dado por muertos, ya que habían transcurrido dieciocho meses desde el suceso de la isla del Gallo.

De los Ríos, a quien no impresionaron ni los tesoros ni las historias acerca de un imperio andino, no quiso autorizar la conquista, por lo que Pizarro decidió viajar a España, con el fin de gestionar con la corona la capitulación correspondiente. Le acompañaron en este trayecto diferentes muestras representativas de aquel imperio que pretendía conquistar: indios —en especial uno, al que bautizó con el nombre de Felipillo y que le serviría de traductor en la empresa futura—, llamas y otros animales, hermosos tejidos y oro suficiente para alentar el inicio de cualquier aventura por arriesgada que fuera.

Tras veinte años de ausencia Pizarro se presentó en España envuelto por la leyenda de su valor. El rey Carlos I lo recibió con honores en Toledo y escuchó complacido las coloristas narraciones del extremeño. Era un momento dulce para la corona pues, para entonces, se había derrotado en Pavía al enemigo francés y el joven monarca preparaba su acceso al trono imperial. Además Hernán Cortés había culminado la conquista de México entregando una inmensa posesión al flamante imperio español. Por tanto, Carlos I concedió sin ambages la capitulación requerida por Pizarro, quien prometía una gesta idéntica o superior a la de Cortés, a cambio de un riesgo mínimo. El 26 de julio de 1529 Isabel de Portugal —esposa de Carlos I— firmaba por delegación de éste la autorización real para la conquista de Perú, que ahora pasaría a denominarse Nueva Castilla. Había llegado la hora decisiva en la vida de Francisco Pizarro. Era el momento de entrar en la historia.

El imperio del Sol

Las capitulaciones facultaron a Pizarro para seguir descubriendo y poblando, en el plazo máximo de un año, hasta el límite del valle de Chíncha (en la actual provincia homónima, perteneciente al departamento peruano de Ica). También se le concedieron los nombramientos de gobernador, capitán general y alguacil mayor, y su propio escudo de armas, en el que ya aparecían elementos alusivos al Perú, como la representación simbólica de la ciudad de Tumbes y varias balsas peruanas. Los Trece de la Fama, hasta entonces un heterogéneo grupo de desharrapados aventureros, quedaron elevados oficialmente a hidalgos. A su socio Diego de Almagro se le dio la tenencia de la fortaleza que hubiere Tumbes, con una renta anual de trescientos mil maravedíes, algo menos de la mitad delo asignado a Pizarro, y le otorgaron el privilegio de *hijodalgo*; obtuvo asimismo la legitimación de su hijo Diego, habido con una india de Panamá. Para el fraile Hernando Luque se solicitó el obispado de Tumbes y se le nombró protector general de los indios. También había deberes para los conquistadores en la Capitulación. Pizarro se comprometía a organizar las huestes y a llevar religiosos. En los días que estuvo por la corte el capitán Pizarro se tropezó con el ya famoso Hernán Cortés, con quien cambió impresiones, extrayendo sabios consejos que luego le fueron muy útiles. El capitán, ya transformado en gobernador, realizó una visita a Trujillo, su pueblo natal, donde convenció a varios paisanos para que le acompañasen, incluidos sus hermanos Hernando, Gonzalo, Juan y Francisco Martín de Alcántara. Sólo el primero es hijo legítimo; los otros dos eran hermanos de padre, y el último, sólo de madre. De Trujillo pasó a Sevilla y de ésta, a Panamá.

Cuando Almagro se enteró de lo capitulado mostró un inevitable desagrado, pues se consideró, a todas luces, relegado en las prerrogativas concedidas. Pizarro, para contentarle, se comprometió a pedir para su compañero el nombramiento de adelantado. Quizá esta rivalidad entre ambos hubiera desaparecido con el tiempo, pero las diferencias que pronto nacieron entre Almagro y Hernando Pizarro —hombre de fuerte temperamento— no facilitaron las cosas. En todo caso, lo que estaba por llegar era tan maravilloso que las discrepancias se minimizaron en pos del objetivo común.

En enero de 1531 la tercera expedición de Pizarro estaba lista para emprender la marcha hacia el imperio del Sol. Contaba con tres navíos, poco más de ciento ochenta soldados, tres frailes y treinta y siete caballos. En la tríada de clérigos se encontraba fray Vicente Valverde, un sacerdote muy dispuesto que iba a desempeñar un importante papel en los próximos acontecimientos. Después de trece días de navegación desembarcaron en la bahía de San Maleo, un grado al norte de la línea ecuatorial.

Los jinetes prosiguieron la marcha por tierra aproximándose a la bahía de Coaque (costa de las Esmeraldas), donde obtuvieron un rico botín. Con el tesoro rapiñado Pizarro remitió dos barcos a Panamá con orden de reclutar más gente. Pero, a pesar de estos éxitos iniciales, la expedición pronto se las tuvo que ver con un clima muy adverso, en el que la lluvia no cesaba, provocando un escenario insalubre en el que muchos hombres sufrieron una epidemia de pústulas bermejas (verrugas enormes) que los diezmo. A esto hay que añadir el constante merodeo de animales salvajes que les atacaban con ferocidad amparados por la noche. De esa guisa permanecieron seis meses a la espera de refuerzos y comida. Al fin el aliviador socorro llegó y los hombres pudieron disfrutar con ricas viandas como cecina, queso, tocino y vino, aceptando de buen grado la incorporación de nuevos voluntarios que se sumaron a la empresa del Perú, como Sebastián de Belalcázar y el soldado-cronista Miguel de Estete.

Con estos contingentes frescos se reemprendió la marcha hacia el sur en un avance combinado por tierra y mar. Fue un penoso trasiego en el que los expedicionarios estuvieron a punto de sucumbir por la sed, a pesar de que en aquellos días llegó algún apoyo más desde Panamá, como el buque capitaneado por Hernando de Soto, en el que se encontraba Juana Hernández, la primera española que participó en la conquista peruana. El destino era Tumbes, la ciudad conocida por Pizarro unos años antes. En ese periodo la plaza había sido saqueada y expoliados todos sus tesoros. Tras contemplar las ruinas, los españoles sufrieron una gran desilusión, paliada, en parte, cuando algunos supervivientes indígenas les contaron el verdadero motivo de tanta desolación y éste no era otro sino que en los últimos años se había desatado con virulencia una guerra civil en el imperio inca, que les había dividido en dos facciones: los que seguían a Huáscar, que dominaba el Cuzco, y los que seguían a Atahualpa, en la sierra del Norte. Inmediatamente se dio cuenta Pizarro de que ese imperio así desgarrado podía facilitar su designio, pues encontraría aliados. La suerte para los incas estaba echada.

Los Incas

Muy lejos, al sur de Panamá, incrustado en las montañas de los Andes —la imponente columna vertebral de América del Sur—, el imperio de los incas se extendía a lo largo de más de cuatro mil kilómetros desde el norte del país quiteño hasta la parte norte de Chile. Los incas, al igual que los aztecas, no eran autóctonos de la región. Antes de empezar sus conquistas, vivían en las vertientes andinas del área selvática del Amazonas, al este del Cuzco, y, al penetrar en esos nuevos territorios, encontraron civilizaciones que habían florecido durante cientos de años con anterioridad a su llegada.

Entre los extremos terribles de frío y calor, selvas, desiertos y laderas en precipicio, los incas instalaron sus moradas en lugares que solamente a costa del ingenio y de la habilidad de sus gentes pudieron convertirse en habitables. Una complicada red de canales de riego llevó el agua a regiones áridas y desoladas a muchos kilómetros de distancia. Un sistema de terrazas sobre las laderas en pendiente hizo posible el cultivo agrícola. Los animales domésticos de la antigua América pacían en las mesetas altas de los Andes. Rebaños de llamas así como de alpacas facilitaban sus lanas, que, con la carne, eran su única utilidad, pues no servían para el transporte.

Se hicieron caminos para que se desplazaran sus ejércitos, que no tenían carretas ya que desconocían la rueda. La naturaleza compensaba todos estos trabajos con las cosechas de maíz, yuca y patata en un escenario seco de cielos azules. También brindó imponentes barreras naturales que les permitieron vivir libres de invasiones, excepto por el lado amazónico, que guarnecieron con imponentes fortalezas, como las que jalonan el valle de Urubamba.

Los pueblos anteriores a los incas (cultura Chavin) posiblemente vivieron en el Perú desde mil quinientos años antes de Jesucristo. Hacia el año cuatrocientos de nuestra era, sus habitantes eran probablemente pastores de llamas y cultivadores de patatas en las elevadas llanuras inhóspitas, pues los más desarrollados (chimúes, mochicas y nazcas) vivieron en la costa. Los wari —predecesores de los incas en las regiones altas— fueron sustituidos por la nueva dominación de guerreros.

No obstante, existe una leyenda popular inca que presenta un cuadro más alegre de su origen. La leyenda dice que había cuatro hermanos y cuatro hermanas —los hijos del Dios Sol— que surgieron de una cueva situada a treinta kilómetros al sureste de Cuzco. Las gentes de las cuevas vecinas les acompañaban. Se trataba de los incas. Guiados por Manco Capac, uno de los cuatro hermanos, el grupo partió en busca de tierras mejores. Iban armados con la vara divina de oro, la cual, hincada en tierra fértil, se hundiría mucho para indicar el lugar en el que habría de construirse una ciudad nueva. Su viaje fue

una primera expansión y los tres hermanos del guía fueron distribuidos convenientemente en una u otra dirección. De esta forma quedó solamente uno de los hijos de Dios-Sol como primer gobernante inca. Al objeto de conservar la pureza de su descendencia divina, se casó con su hermana mayor, Mama Oullo Huaca. Este matrimonio incestuoso estableció un precedente que iba a pervivir a todo lo largo de la dinastía incaica. El emperador, así como los nobles, eran polígamos. Sin embargo, su «coya» (esposa oficial) generalmente era una hermana, y el sucesor en el trono tenía que ser un varón nacido de esta unión.

El pequeño grupo se instaló en el valle de Cuzco, a cuatro mil metros sobre el nivel del mar aproximadamente. Dado que se encuentra en la latitud de los trópicos, el valle gozaba de un clima bonancible a pesar de su altura, con suelo fértil, abundancia de bosques y verdes prados regados por el río Huatanay. Hacia el siglo x de nuestra era fue fundada Cuzco, la gran capital de los incas. Pero como su fértil valle estaba ocupado por la etnia hualla, la recepción efectuada por éstos a los incas no resultó menos hostil que la que se brindó a los apatridas aztecas cuando entraron en el civilizado valle de México. Manco Capac dirigió el trazado de la ciudad de piedra, en sustitución de las casas pajizas anteriores. Durante los doscientos años que siguieron, las energías de los incas se emplearon en combatir a sus vecinos.

En 1438, Pachacuti (maestro absoluto) accedió como noveno emperador de la dinastía inca. En el transcurso de los cincuenta y cinco años siguientes, Pachacuti (1438-1471) y su hijo, Topa Inca (1471-1493), conquistaron todo Perú y parte de Ecuador, Bolivia y Chile. Pachacuti fue algo más que un mero conquistador: durante su reinado fundó un vasto imperio sobre unas estructuras de sometimiento religioso. Las ciudades que habían sido tomadas por conquista se organizaron según los modelos incas y fueron administradas por una jerarquía de funcionarios —los orejones—, responsables ante el inca del Cuzco. Todos los cargos de importancia estaban en manos de incas, y otros cargos menores —como, por ejemplo, los gobiernos de una región— quedaron reservados a incas de sangre real.

En poco más de cincuenta años, al menos cuatro millones de personas se habían conglomerado gracias al esfuerzo de Pachacuti y de Topa Inca. En realidad este imperio precolombino se formó gracias a la imposición, en muchas ocasiones sangrienta, de una dominación absoluta sobre los pueblos sometidos, sepultando sus costumbres, idiomas y religiones ancestrales. Cuzco llegó a tener una población superior a los cien mil habitantes, constituyendo el núcleo sagrado del imperio. La característica principal de la ciudad era su plaza central, de la que partían calles estrechas. La plaza estaba rodeada por el palacio del emperador, los edificios principales de la nobleza y el complejo del templo. Los muros de muchas edificaciones principales estaban adornados con láminas de plata, los tejados bardados de las áreas vecinas estaban entrelazados con espigas de metal que captaban los rayos de la mañana cuando el sol salía por encima de las

cumbres de las montañas circundantes. El Templo del Sol, cubierto de oro, dominaba la plaza de la ciudad, subrayando su importancia como centro religioso del imperio.

Pachacuti no era solamente la cabeza del Estado, sino que, como emperador inca descendiente directo del Dios Sol, era reconocido por el pueblo como deidad viviente. Cualquier deseo suyo era ley. Hasta los nobles de más categoría se presentaban ante él únicamente después de haber dado muestras de gran humildad, con la cabeza inclinada y llevando a su espalda el «hato» simbólico del obrero.

Los mayas y los aztecas alcanzaron un alto nivel intelectual. Los incas, por el contrario, preferían construir casas, palacios, ciudades, caminos, puentes, canales de riego y terrazas para la agricultura. Y si bien la religión formaba parte de su vida diaria, no la controlaba. Por ejemplo, los rituales de sacrificios humanos que con tanta insistencia practicaban los aztecas, los incas ni siquiera los consideraban por pensar que una vida humana era mucho más útil construyendo casas que alimentando a los dioses. No hay duda de que los incas fueron maestros en la construcción del Nuevo Mundo. Fue característica de sus edificaciones una sencillez maciza pero dotada de maravillosas proporciones. El único adorno exterior era el revestimiento circunstancial, por lo que el conjunto resultaba monótono y pesado. Sus arquitectos ideaban construcciones cuyos muros, en lugar de ser verticales, se inclinaban hacia su interior. Las superficies planas se rompían en aberturas ligeramente trapezoidales y con nichos que se estrechaban en su parte superior. La firme unión de los bloques gigantesco producía un efecto de gran contraste entre luz y sombra, lo cual se conseguía por las líneas de las juntas de unión y la masa especial empleada. Este resultado era no solamente decorativo, sino hábil y práctico. No en vano dichas estructuras han soportado durante siglos el implacable azote de los terremotos, muy frecuentes en la zona.

Pachacuti encomendó a su hijo Topa Inca todo lo relativo a las campañas guerreras, mientras él se dedicó los últimos años de su vida a velar por el buen estado de la monumentalidad de su reino. Si Pachacuti fue constructor, su hijo y sucesor en el trono, Topa Inca, ensanchó los límites del imperio. En su avance hacia el norte a las tierras altas de Cuzco a Ecuador, derrotó al poderoso reino de Quito, con el único y momentáneo obstáculo de la tribu chimú, etnia ubicada en el norte de Perú y a la que no pudo vencer hasta bien avanzado el tiempo.

El modelo inca de conquista comenzó a tener unas características propias. En primer lugar, cuando se preveía que ciertos territorios podían ser beneficiosos al imperio, se iniciaba la captación con un acercamiento diplomático. Si las conversaciones o la presencia de la amenaza guerrera de gran superioridad no bastaban para persuadir, comenzaban las hostilidades. Por lo general, las fuerzas contrarias quedaban deshechas, y las tropas incas se acuartelaban en el

territorio recién asimilado. Inmediatamente tras la victoria, llegaban los equipos que trasladaban a otras tierras a la mayoría de los vencidos, imponiéndose al resto la obligación de aprender la lengua quechua —idioma oficial de los incas—. Si el pueblo conquistado aceptaba las reglas, se le concedía la facultad de conservar algunos de sus jefes, aunque siempre bajo la supervisión de los invasores en todos los asuntos económicos y religiosos. Pero, si mantenían la rebeldía, se deportaba a toda la tribu a un territorio más seguro, dando paso a otros pueblos aliados, que ocupaban el lugar.

Acaso el principal éxito que impulsó a los incas por buena parte del sur de América fue la creación de un prodigioso sistema de comunicaciones, basado en una vasta red de caminos rápidos, que permitieron una celeridad extrema en sus operaciones militares. Conforme fue creciendo la extensión del imperio, se hizo cada vez más importante el poder desplegar con la máxima urgencia grandes contingentes de ejército. De ese modo pudieron cruzar el desierto, los ríos, las alturas andinas superiores a tres mil metros. En definitiva, miles de kilómetros de caminos y calzadas, entre las que sobresalía el llamado Camino del Inca, que cubría más de cuatro mil quinientos kilómetros a lo largo de la cadena de montañas, en dirección sur, o el camino del desierto costero, paralelo a las montañas, que tenía una longitud similar al anterior. Estas dos grandes vías estaban enlazadas por numerosos caminos laterales. Se construyeron puentes, suspendidos de cuerdas o apoyados en pontones (botes de quilla plana), por encima de marismas, precipicios y otros obstáculos. Los puentes más famosos tenían una luz de cincuenta metros en las gargantas del río Apurímac. Colgando de cuerdas de suspensión tan gruesas como el cuerpo de una persona, este puente permaneció en uso desde el tiempo de su construcción por los incas, hacia el 1350, hasta el año 1880.

A lo largo de estas rutas principales, y a intervalos de veinte a treinta kilómetros, según el terreno, existían los *tampus* o *tambos* de descanso. Estas zonas proporcionaban una inestimable ayuda logística en los desplazamientos de los ejércitos expedicionarios, pues en ellas se almacenaban armas y alimentos —principalmente llama desecada y patatas deshidratadas—. Cada cinco kilómetros se relevaban los correos al servicio del aparato de dominio. Estos enlaces, en cualquier terreno, llegaban a completar casi dos kilómetros en poco más de diez minutos. Era, en todo caso, un bien entrenado sistema de relevos humanos que podían cubrir unos doscientos setenta y cinco kilómetros al día.

Al carecer de escritura, los incas se transmitían los datos de forma oral, y este sistema se reforzaba gracias al quipu, un método consistente en una cuerda principal de la cual colgaban varios cordones más pequeños, a veces de colores diferentes. La posición de los nudos hechos en los cordones indicaba el número de un determinado objeto, basado en el sistema decimal. Los cordones significaban diferentes artículos, incluso la forma en que estaba retorcido el hilo o cómo estaba hecho el nudotenia su interpretación especial. Se decía por algunos que con este

procedimiento se podían incluso comunicar ideas abstractas. Existían lectores jurados de quipu —los mejores de entre éstos necesitaban toda una vida para familiarizarse con la técnica— que podían catalogar todo el inventario de una provincia, desde la última cabeza de llama hasta la última medida de maíz. Estos archivos de datos los utilizaban los quipus en sus recitados de la historia inca, versión oficial que camufló la existencia de las primeras culturas en el Perú.

En 1493, cuando Huayna Capac sucedió a su padre, Topa Inca, su trono gobernaba vastos dominios poblados por una sociedad intensamente agrícola. En el estrato más bajo se encontraban los granjeros, que constituían el mayor grupo de población. Su vida estaba organizada, desde el nacimiento hasta la muerte, por medio de una serie de supervisores que controlaban familia, pueblo, tribu, provincia, región y nación. El peruano fue el granjero más ingenioso y científico del mundo antiguo. Empleó muchos métodos, tales como el cultivo en las montañas valiéndose de terrazas, irrigación y abonos, transformando en fértiles terrenos situados a imponentes alturas. En las altiplanicies se dedicó a la cría de ganado, como la llama y la alpaca. Allí donde no se podían cultivar cosechas de maíz y otras similares, debido a la excesiva altitud del terreno, se sembraron patatas, quinoa (cereal) y otros vegetales. Algunas plantas con propiedades medicinales, como la quinina y la cocaína, que hoy en día se emplean como medicamentos, también tuvieron su origen en Perú. La tierra era propiedad del Estado, pero se arrendaba a los particulares bajo forma de préstamo, según fuesen las necesidades de cada uno. Todo ciudadano estaba obligado a entregar un tercio de sus cosechas al Inca, otro tercio al estamento religioso, quedando el tercio restante para sus propias necesidades. Asimismo, existía una especie de justicia social que se ocupaba de alimentar a niños, ancianos y enfermos y que cubría además todas sus necesidades esenciales. En el Estado inca la propiedad privada no existía y el robo era un crimen que se castigaba con la pena de muerte. La implicación del individuo sometido al dominio religioso era, en su conjunto, algo que estaba en la esencia de la vida inca. La distancia que había entre la gente privilegiada y la común era muy grande, aunque, como ya hemos dicho, nadie pasaba hambre en un reino en el que todos estaban obligados a formar parte de la fuerza militar cuando fuese necesario.

En 1525 los incas se encontraron con el primer hombre blanco, hecho que aconteció cuando los indios chiriguano atacaron a una avanzadilla inca situada en el sur. El ataque chiriguano estaba dirigido por Alejo García, un español que había naufragado en la costa de Brasil: García murió antes de que pudiese transmitir a otros europeos las noticias que tenía sobre el fabuloso imperio. Dos años más tarde, un Huayna Capac enfermo quedó ciertamente preocupado por las nuevas que recibió sobre el avistamiento de hombres blancos que navegaban frente a la costa de Tumbes, una ciudad en la parte norte de su reino. Pero tales seres se marcharon del lugar sin que se le diera mayor importancia al suceso. Y es que, aunque parezca mentira, ninguna noticia había llegado al Perú acerca de

las actuaciones de los españoles en los países más al norte, a pesar de que Colón había alcanzado el Nuevo Mundo en 1492, es decir, treinta y cinco años atrás.

El emperador Huayna Capac sentía una gran inclinación hacia el norte de sus dominios, donde se asentaba la capital, Quito; incluso se llegó a casar con una princesa del anterior reino que gobernara aquella extensión. Finalmente, decidió romper la tradición y dejó cuatro quintos de su inmenso e incontrolado imperio al príncipe Huáscar, su heredero legítimo, hijo de su esposa principal (su hermana). El resto del imperio norteño lo cedió al príncipe Atahualpa, hijo habido con la princesa de Quito. Con esta inesperada decisión se produjo un cisma de imprevisibles consecuencias, pues se transgredió la norma inviolable que regía la sucesión divina del Inca.

No es de extrañar, por tanto, que, tras su muerte en 1527, estallara una guerra civil entre los dos hermanastros, los cuales ambicionaban *el dominio total del imperio inca*. Esta contienda fratricida se extendió hasta 1532. Atahualpa, asistido por el ejército de Huayna Capac, y con los generales a su favor, derrotó a Huáscar antes de ser herido en una pierna y retirarse a Cajamarca, un *balneario de aguas sulfurosas en las altiplanicies peruanas* centrales, mientras su hermano se mantenía en Cuzco. Fue entonces cuando llegaron noticias a Atahualpa sobre la presencia de hombres blancos en sus dominios. Era la expedición del extremeño Francisco Pizarro, que avanzaba sin oposición por el Tahuantinsuyo, nombre por el que los incas conocían su imperio. Habían llegado momento y lugar para el choque entre dos culturas, tal y como había ocurrido años antes en los territorios de Nueva España. ¿Sería capaz aquel puñado de hombres —menos de doscientos españoles y sin ayuda indígena— de someter al imperio más poderoso de América?

El Tahuantinsuyo

El imperio de los incas, con capital en Cuzco, nunca tuvo un nombre determinado. Tahuantinsuyo no significó jamás «los cuatro estados unidos», ni «unión de las cuatro regiones». Porque la voz *suyo* no equivale a región o estado, sino a «surcos»; los cuatro *suyos* son los cuatro puntos cardinales. Esto significaba Tahuantinsuyo o el Mundo, del cual el Inca se consideraba señor desde su capital, Cuzco, centro del mundo.

Este magno imperio, como el lector puede suponer, no cayó por el vigoroso esfuerzo de unas decenas de soldados españoles que disparaban sus arcabuces o esgrimían sus espadas, más bien debemos decir que el derrumbe de los incas se encuentra en causas más profundas que ya venimos apuntando y que se deben enmarcar en diferentes procesos de crisis sociales que acabaron, una vez decapitada la casta dominante, con toda la estructura de un imperio cimentado sobre pies de barro. Tengamos en cuenta que los incas se extendieron rápidamente en zonas a las que jamás llegaron a dominar por completo, por lo que innumerables tribus, aunque en principio conquistadas, no tardaron en zafarse del poder invasor una vez éste se vio inmerso en la grave crisis política que desembocó en el conflicto civil.

A esto debemos añadir la debilidad manifiesta de las castas gobernantes en el momento en que llegó Pizarro. Por un lado, los orejones, grandes militares cuyas filas habían sido diezmadas en la guerra y que terminaron por desmembrarse al no contar con un liderazgo claro que les dirigiese en la lucha contra el invasor blanco. Por otro, una suerte de nobles abandonados a la molición, con el único objetivo de seguir exprimiendo a las oprimidas clases obreras. En consecuencia, el astuto Pizarro, percatado de estas circunstancias, no tuvo más que abonar el campo de la discordia entre sus enemigos para recoger en tiempo récord el fruto de la victoria.

Después de cinco meses en San Miguel, y sin esperar los auxilios que debía traer Almagro, salió Pizarro hacia Cajamarca el 24 de septiembre de 1532. Dejó en la plaza una pequeña guarnición, que debía servirle como base de aprovisionamiento, enlace con Panamá y refugio en caso de peligro. El reducido ejército del extremeño con el que pretendía conquistar el imperio más grande de América constaba de cien infantes y setenta y siete de caballería, con los que avanzó hacia el núcleo de los incas. En vanguardia se situaron cuarenta jinetes dirigidos por Hernando de Soto, con la misión de ser la patrulla de exploración que sirviera de constantes noticias al resto del grupo. Tras un incidente en la localidad de Caxas en el que los hombres de Soto trabaron ayuntamiento carnal forzoso con las denominadas Vírgenes del Sol, la expedición española llegó al fin a las inmediaciones de Caja-marca, lugar en el que se encontraba descansando

Atahualpa. Como si fuese un fiel reflejo de la aventura de Hernán Cortés, durante días los emisarios de uno y otro bando intercambiaron mensajes de amistad y buenos propósitos, con regalos que iban y venían para alborozo de los destinatarios. A nadie se le escapa que estas tretas fingidas no engañaron ni a los españoles ni a los autóctonos, pues unos y otros pensaban en liquidar a su oponente.

Al cabo de un tiempo Atahualpa tomó la iniciativa y envió a Pizarro unas aves degolladas y cubiertas de lana. El mensaje era claro: si los españoles no abandonaban la zona, correrían la misma suerte que las volátiles, si bien, a instancias de sus asesores, no ordenó de momento ningún ataque masivo sobre los blancos, más movido por la curiosidad hacia ellos que por otra cosa. Esto fue a la postre lo que le perdió, pues permitió a su enemigo acercarse al epicentro de su poder lo suficiente como para asestarle un golpe definitivo.

El plan de Pizarro consistía en caer sobre el Cápac-Inca, personificación de todo el imperio y única manera de anular a los cuarenta mil guerreros que lo rodeaban. Atahualpa, por su parte, pensaba dejarles entrar por los pasos de la sierra para prenderlos y sacrificarlos. Pero el intento le salió torcido, como luego él mismo comentó riendo. La marcha quijotesca de la tropa, interrumpida en las cercanías de Cajamarca, continuó. Y un viernes por la tarde, 15 de noviembre de 1532, las huestes españolas entraban en Cajamarca escuálidas y fatigadas, en medio de un silencio cargado de hostilidad y presagios funestos.

Sin pérdida de tiempo, Pizarro adelantó a Hernando de Soto hasta el real de Atahualpa, situado a una legua de la ciudad. Más tarde le siguió Hernando Pizarro con otra hueste. Los dos capitanes se entrevistaron con Atahualpa sin mayores resultados, aunque De Soto protagonizó una escena ante los indígenas realizando cabriolas con su caballo y acercando el equino hasta escasos centímetros de Atahualpa, lo que provocó que muchos hombres de su guardia retrocedieran sobrecogidos por el miedo, ya que era la primera vez que contemplaban un animal de estas características. El emperador no se inmutó ante la exhibición ecuestre, pero sí en cambio ordenó ejecutar a todos aquellos que mostraron temor ante las brillantes maniobras del español.

En cualquier caso, a estas alturas ya se intuía que el enfrentamiento era algo inevitable. En el campamento de Pizarro se celebró un consejo de guerra para estudiar la estrategia a desarrollar en días sucesivos. Las conclusiones a las que se llegaron fueron rotundas. Los españoles no se moverían del lugar por muy siniestras que fuesen las intenciones del emperador inca, por lo que se diseñó la siguiente táctica: cuando Atahualpa entrara en la plaza de Cajamarca, sería recibido por Pizarro vestido de gala y con toda ceremonia. Ya entre los españoles, se le rogaría que ordenara a sus tropas que efectuaran la retirada para evitar la lucha y, previendo una posible resistencia del preboste indígena, se repartió la hueste de modo que ocho hombres de a pie se situaran en cada una de las diez

bocacalles que daban a la plaza principal de Cajamarca. Asimismo tres escuadrones de caballería, bajo los mandos de Hernando Pizarro, Hernando de Soto y Belalcázar, quedarían dispuestos para efectuar una hipotética incursión en la ciudad si fuese necesario.

El propio Pizarro, con veinticuatro hombres escogidos, se situó en la fortaleza de la ciudad, mientras el artillero Pedro de Candía quedaba al frente de los falconetes. De esa guisa quedó la tropa española a expensas de los mensajes que pudieran enviar los nativos. Al fin Atahualpa se pronunció, anunciando para el día siguiente su llegada a Cajamarca escoltado por una comitiva armada, al igual que los españoles habían ido armados a su palacio.

Aquella noche los españoles poco pudieron dormir viendo cómo las antorchas de miles de guerreros se acercaban hasta sus bastiones sin que pudiesen hacer nada por evitarlo. Al mediodía siguiente, Atahualpa se acercó con parsimonia a la ciudad, llevado por sus nobles en una litera de oro. Sus servidores iban barriendo el suelo por donde tenía que pasar. El emperador acudía a ver a Pizarro, a quien quiso también impresionar con el despliegue de sus hombres y la solemnidad de su marcha. El extremeño estaba preocupado por la inmensa fuerza de Atahualpa —según había sido informado, contaba con unos cuarenta mil guerreros—, pero, por otra parte, iba a tener a éste al alcance de su espada, así que decidió esperar. Los soldados estaban prestos a resolver cualquier contingencia desde las posiciones tomadas previamente en la ciudad, mientras Candía, con la pequeña pieza artillera, se colocaba en lo alto, para efectuar un disparo en caso necesario. Ésa era la señal convenida que haría salir a los españoles escondidos en las edificaciones que rodeaban la plaza, para lanzarse inmediatamente sobre quienes estuviesen cercanos al emperador. Se eligieron veinte hombres con la misión de apresar al Inca sin causarle daño alguno y con la pretensión de hacer huir a su guardia personal, integrada por unos cuatro mil efectivos. Este plan parecía descabellado, pero la convicción de Pizarro y los suyos era tal que nadie osó discutir las órdenes.

El 16 de noviembre de 1532 se produjo la acompasada y solemne entrada de Atahualpa en Cajamarca, aunque la comitiva inca quedó sorprendida al no ver más que al modesto padre Valverde, quien, con dos acompañantes, les esperaban en medio de la plaza principal para leerles el «requerimiento», documento en el que se daba cuenta de la dominación que el Papa estableció sobre las Indias. Éste era el instrumento jurídico que pedía el reconocimiento a los reyes de España y la libre predicación del Evangelio. Pero Atahualpa, como es lógico, no entendió nada y, al demandar al sacerdote el libro que tenía —los Evangelios—, lo arrojó al suelo despectivamente, lo que alarmó al religioso e hizo que Candía diera la señal de alarma. De inmediato, el plan de Pizarro se activó y soldados y jinetes cargaron sobre el séquito del Inca, abriéndose paso a mandobles y disparos sobre los indios. Así, mientras unos murieron por el ataque repentino, otros se aplastaron en la huida. La violenta refriega concluyó en apenas treinta minutos.

Atahualpa fue hecho prisionero y su guardia personal había sido muerta o dispersada. Uno de los que tomó parte en la batalla comentó posteriormente: «Como los indios estaban descuidados, fueron derrotados sin que ningún cristiano hubiese corrido peligro». La otrora orgullosa procesión real, adornada con oro, joyas y plumas, quedó reducida a un revoltijo de cuerpos cubiertos de sangre. No obstante, el emperador, ahora bajo guardia española, quedó autorizado a rodearse de su corte. Pero Atahualpa cometió la imprudencia de enviar algunos mensajes secretos con el propósito de asesinar a su hermanastro Huáscar, a fin de evitar la proclamación de éste como nuevo emperador. Asimismo, ordenó al resto de sus tropas que rodeasen Cajamarca para liberarle, mientras tanto, él ganaría tiempo prometiendo a Pizarro cubrir de oro la estancia en la que se encontraba prisionero a cambio de su puesta en libertad. El extremeño accedió permitiendo que los súbditos del Inca acarreasen tesoros hasta Cajamarca con el propósito de cumplir la magnífica promesa del mandatario real.

En febrero de 1533, cuando Almagro llegó a Cajamarca con muchos refuerzos, ya Atahualpa llevaba tres meses prisionero. El emperador inca había cumplido su compromiso en el trato: la habitación se había llenado con un tesoro de oro que se puede estimar en seis millones de euros. En esas fechas creció el temor sobre un presunto ataque de los ejércitos incas, pues llegaban noticias acerca de una posible reorganización de dichas tropas en el sur del imperio. Ante estos rumores los españoles solicitaron a su jefe que ejecutara al emperador, ya que así terminaría la amenaza de la rebelión. Hernando de Soto y el propio hermano de Pizarro protestaron contra dicha solución tan flagrantemente deshonorosa.

Conforme fueron pasando los días, la tensión creció y muchos hombres deslumbrados con las riquezas acumuladas no se resignaban a perder la oportunidad de hacerse con una parte del botín, que perderían si el ataque de los ejércitos incas se producía. Pizarro quiso saber de primera mano lo que realmente estaba ocurriendo y, con tal motivo, despachó al capitán De Soto hacia el Cuzco para averiguar la verdad. Sin embargo, esta medida no causó el efecto deseado y tanto oficiales como soldados siguieron pidiendo a Pizarro la ejecución de Atahualpa, a fin de acabar con su amenaza. Ante esta insistencia el extremeño accedió a que se celebrase un juicio. El jefe inca fue en él acusado de haber hecho asesinar a su hermano Huáscar y de «traición», al tratar de reclutar fuerzas para dar muerte a los españoles. Por mucho que Atahualpa negara estas acusaciones, otras nuevas se le plantearon, tales como incesto (el matrimonio legal, reconocido, con su hermana), usurpación del trono inca y cualquier otra cosa que a los fiscales se les antojara.

La corte de justicia se reunió el 29 de agosto de 1533 y encontró culpable de todos los cargos al atónito Atahualpa, quien fue sentenciado a la pena de ser quemado en la hoguera, cual hereje de una religión que nunca llegó a conocer. Aunque, justo antes de la ejecución, la sentencia fue conmutada por la de muerte a garrote. Supongo que Pizarro debió de entender que era una forma de morir

más digna para un emperador.

Tras la ejecución de Atahualpa, cuatrocientos ochenta españoles emprendieron marcha hacia Cuzco, fundaron de paso villas como Jauja y coronaron a emperadores como Manco Inca, quien se sumó a la expedición que entró en la capital el 15 de noviembre de 1533. La magnífica urbe inca fue convertida, por refundación en marzo de 1534, en ciudad española, con cabildo propio y regidores. Los templos fueron transformados en iglesias, aunque se toleró el culto tradicional. En algunos edificios los españoles encontraron chapas de plata de siete metros de longitud. Sin embargo, a pesar de la libertad de culto, las momias sagradas de los primeros emperadores incas desaparecieron por ocultación de los sacerdotes.

Los españoles, desde luego, no se encontraban por el momento en situación de reestructurar aquel inabarcable imperio precolombino y se ocuparon, eso sí, de localizar cuantos tesoros pudieron ante los asombrados ojos de los autóctonos. Se creó así una situación anómala, pues con el dominio español subsistió el régimen incaico, hasta el extremo de que Manco —el nuevo dirigente inca— llegó a reclamar a Pizarro su plena competencia, al ver que el conquistador renunciaba a instalarse en el Cuzco para dirigirse hacia la llanura costera. Pero, mientras Pauto Inca, gran sacerdote, trataba de reconstruir la plataforma religiosa tradicional, al amparo del respeto que se le tenía, los españoles se dedicaban a cuestiones más crematísticas. Sólo se puede entender el apabullante éxito español por la arraigada obediencia que los antiguos peruanos tenían a toda autoridad que ostentase poder, pues, de otra forma, sería inexplicable la aceptación de aquellos escasos conquistadores en tan inmenso territorio.

Lo cierto es que tras la caída de la cabeza visible, el mundo inca sufrió un terrible cataclismo social. Por ejemplo, sus obras de ingeniería, tales como los canales de riego que habían hecho fértiles las comarcas semiestériles de la costa, se vieron muy dañadas por el abandono que la lucha provocó. Las gentes, acostumbradas al acatamiento de antiguas leyes, no sabían bien a quién obedecer ni qué trabajos específicos realizar, con lo que una cierta anarquía comenzó a sembrar los campos y estructuras sociales del otrora poderoso y bien organizado imperio.

Pizarro tomó la decisión de trasladar la capital de su conquista a la costa pensando en el futuro comercio con la metrópoli, y para ello fundó el 18 de enero de 1535 «la ciudad de los Reyes», si bien se respetó el uso del nombre original, Lima, adquirido por estar al borde del río Rimac. La plaza se convertiría en sede del gobierno español en el ámbito del Pacífico de América del Sur durante más de doscientos años, hasta la creación de los virreinos de Nueva Granada y del Plata. Pizarro, con su característico talante, cambió la espada por los instrumentos de un artesano e inició la planificación y la construcción de su capital, trabajando incluso manualmente en las obras que se repartían por la

flamante urbe.

Hernando, el hermano más temperamental de Pizarro, viajó a España con un quinto del tesoro (cien mil pesos de oro y cinco mil marcos de plata) incautado en Cajamarca. Una vez en la península Ibérica fue recibido por un sonriente emperador Carlos I, quien en la ciudad de Calatayud concedió toda suerte de honores y prebendas a los expedicionarios que habían anexionado el mundo inca a la corona imperial española. El propio Hernando recibió los hábitos de la prestigiosa orden de Santiago y permiso para armar una escuadra que viajase al Perú dispuesta a reforzar los cimientos del poder colonial. Asimismo en esta reunión se autorizó a Francisco Pizarro para ampliar su jurisdicción gubernativa unas setenta leguas más al sur de los límites territoriales ya establecidos.

Pero en aquel rincón de América recién conquistado por los españoles y que suponía la mayor extensión territorial jamás incorporada a reino alguno, comenzó a sembrarse la discordia entre los protagonistas de tan singular gesta. Por un lado, Pizarro pretendía seguir proyectando su larga sombra por cada vez más y más latitudes. Por otro, su antiguo socio Diego de Almagro, ahora gobernador de Cuzco, no se encontraba muy feliz con las tareas para él asignadas y se sabía devaluado a pesar del reciente nombramiento que se le había concedido como adelantado de Nueva Toledo, nombre designado por entonces para las tierras del actual Chile. El veterano extremeño recelaba de su presunto aliado manchego y de las tretas que éste pudiera armar para incrementar su poder en la zona. En consecuencia decidió enviar a dos de sus hermanos —Juan y Gonzalo— a Cuzco con el ánimo de incorporarlos al Cabildo de la ciudad y así, de paso, controlar de cerca los movimientos de Almagro. Como es obvio, don Diego rechazó esta decisión y encarceló a los Pizarro a la espera de una reunión con su viejo amigo. Al fin ambos se entrevistaron en Cuzco en el año 1537. Los dos conquistadores se conocían demasiado bien, se puede decir que eran casi almas gemelas unidas por la misma pretensión de gloria. Los dos provenían de ámbitos familiares difíciles, pues tanto uno como otro tenían un origen bastardo, los dos eran valientes y habían arriesgado bolsa y vida con la intención de saber qué había más allá de lo conocido. Y en aquel momento había que decidir dónde se fijaban sus fronteras personales. Almagro contaba no sólo con un fuerte prestigio personal, sino también con un contingente fresco de soldados que, como ya hemos referido en páginas anteriores, había adquirido a Pedro de Alvarado, quien en su expedición a Quito sopesó adecuadamente la oferta económica efectuada por Almagro, cediendo a éste hombres y bagajes que ahora se encontraban acuartelados en Cuzco, ávidos de fortuna y aventuras. Esta tropa, a decir verdad, presionó lo suficiente a su nuevo jefe para que entendiera que una nueva hazaña se precisaba con urgencia. Por esto y por otros factores, Almagro decidió aceptar la empresa hacia el sur que Pizarro le proponía. En realidad, las noticias sobre Chile no paraban de llegar a oídos de Almagro desde los tiempos de la conquista peruana, incluso antes, pues diversas expediciones, verbigracia la de Magallanes-

Elcano, ya habían contactado con las costas chilenas, si bien nunca se profundizó de una manera adecuada en estas tierras sobre las que las gentes hablaban auténticas maravillas. Por tanto Almagro decidió asumir su papel en la historia y con la esperanza de obtener una gobernación propia similar a la de Pizarro, emprendió con su hueste la ruta del sur. Existían dos vías que por entonces se podían seguir: había un camino por el Alto Perú y el noroeste argentino que llevaba a Chile a través de la cordillera andina, y otro, junto a la costa, por Arequipa, Tarapacá y Copiapó. Almagro escogió el primero, y dejó en Cuzco a sus principales colaboradores preparando una expedición marítima —Ruy Díaz—, una expedición terrestre que iría tras la suya —Juan de Herrada—, y otra expedición terrestre por el camino de la costa —Rodrigo de Benavides—. El 3 de julio de 1535 el adelantado de Nueva Toledo abandonó Cuzco y se internó por las tierras de su gobernación. Lo acompañaban una tropa de veteranos que se habían curtido junto a Pizarro y Alvarado en diversas situaciones de riesgo, así como algunos indios que pudieran ayudar como guías y traductores.

La expedición bordeó el lago Titicaca, atravesando el Collao, y transitando por el sur de la actual Bolivia hasta entrar en enero de 1536 en Chile por Tupiza. Del noroeste argentino —Jujuy— se lanzaron sobre la costa hasta arribar a Copiapó. El paso de los Andes fue desastroso: decenas de caballos perecieron helados, gran número de esclavos negros y sirvientes indios sucumbieron, y el bagaje se perdió en su totalidad.

De los españoles, debieron de llegar a Copiapó, en abril de 1536, unos doscientos cuarenta. Tras algunas refriegas con los caciques locales, recibieron la oportuna ayuda del *San Pedro*, buque llegado desde el Perú y que les suministró equipo suficiente para proseguir con el tumultuoso viaje. La expedición se las tuvo que ver no sólo con los indios hostiles, sino también con las adversidades climáticas: lluvias incesantes, tormentas de nieve, calor sofocante...

Al cabo de varios meses de singular marcha los expedicionarios pudieron al fin entrar en el valle del Aconcagua, donde fueron bien recibidos por los autóctonos. Sin embargo, algunos nativos integrantes de la columna decidieron desertar, entre ellos el intérprete Felipillo, que tan buenos servicios había prestado años antes a Pizarro. El peruano intentó levantar a las tribus locales contra los invasores, aunque éstas no quisieron iniciar ataque alguno sobre los extranjeros y Felipillo acabó siendo capturado y ejecutado por orden de Almagro. Los españoles libraron en este tiempo una batalla frente a los indios araucanos que sería la primera de otras muchas en años sucesivos.

Mientras, Almagro no terminaba de encontrar el imperio que presuponía, las tierras vírgenes exploradas por él no albergaban signos de culturas riquísimas o de colmados yacimientos minerales, y a ello se añadió la llegada de algunas noticias que aseguraban para el manchego el gobierno pleno en grandes zonas del

Perú. Si además tenemos en cuenta que, a esas alturas, don Diego padecía con extrema dureza los efectos de una terrible enfermedad venérea, podemos entender al sumar todos los factores la decisión de regresar a casa sin más, pues en Chile poco había de conseguirse que se pudiera comparar con lo que esperaba en Cuzco.

El regreso no fue tan patético como la ida, pues en la marcha inicial la muerte, la enfermedad y el hambre habían acompañado no sólo al grupo principal sino también a las diferentes columnas de refuerzo que con horror comprobaron cómo, en los pasos andinos, los cadáveres de sus compañeros y de los caballos que se habían perdido en las primeras rutas permanecían congelados y abiertos por los grupos que habían acudido en su ayuda, los cuales, tras padecer las mismas calamidades que ellos, habían tenido que recurrir al consumo de aquella carne helada, pero al fin y al cabo nutritiva. No pocos episodios de pelea entre los hombres hambrientos se dieron por conseguir alguna tajada de los equinos muertos. En definitiva, una expedición sin resultado aparente y que acabó con las aspiraciones de explorador de Almagro, quien ahora se mostraba más determinado que nunca en rivalizar con Pizarro por el poder en Perú.

Almagro eligió retornar a Cuzco siguiendo la línea costera, atravesando el desierto de Atacama, objetivo que se cumplió sin apenas incidentes. En la ciudad de Arequipa los supervivientes se repusieron durante dieciocho días y, una vez preparados, se dirigieron a Cuzco, ciudad que, para su sorpresa, llevaba siendo asediada casi un año por miles de indios sublevados contra los españoles por Manco Inca. Tras algunos combates sangrientos los nativos fueron diseminados y la revuelta quedó momentáneamente sofocada. Almagro, con sus hombres, entró en Cuzco y apresó a Hernando Pizarro, quien había soportado el sitio de la ciudad. Con este gesto el manchego reivindicó su poder. Todo estaba dispuesto para la primera guerra civil librada entre españoles en América.

Guerras civiles en Perú

Las llamadas guerras civiles peruanas deterioraron ostensiblemente la imagen de la familia Pizarro. Se extendieron a lo largo de quince años con diferentes capítulos teñidos por la ambición de poseer una riquísima tierra que se había conquistado sin apenas esfuerzo bélico por parte de los españoles. Estos hechos obstaculizaron la transculturación peruana perdiéndose así la oportunidad de un mejor entendimiento entre los dos mundos.

El origen de este episodio, sin duda, lo encontramos en la fuerte disputa personal habida entre Diego de Almagro y Francisco Pizarro. En 1537, ambos conquistadores pugnaban sin tapujos por el poder en Perú; ni siquiera los levantamientos indígenas consiguieron unirles ante una causa común. Almagro rompió hostilidades sintiéndose gravemente perjudicado por lo que él entendió manipulaciones de los Pizarro en la corte española. Durante meses los intentos de negociación acabaron en cauce estéril y finalmente, el 26 de abril de 1538, almagristas y pizarristas se vieron las caras en Las Salinas, un lugar situado al sur de Cuzco. El choque acabó en severa derrota de los almagristas y con su líder preso por Hernando Pizarro, quien lo mandó ejecutar, con el consentimiento de su hermano, tres meses más tarde. Con esto, terminó de germinar la flor de la discordia entre las dos facciones rivales, dando paso a un interminable litigio que acarreó consecuencias nefastas para ambos bandos.

En 1539 Francisco Pizarro fue distinguido con un título nobiliario, el de marqués de la Conquista; era el segundo que se concedía en América, tras el marquesado de Oaxaca recibido por Hernán Cortés. Con este gesto la corona española reconocía a sus dos mejores hombres en la conquista del Nuevo Mundo. No en vano habían anexionado para el imperio español una inmensidad territorial jamás concebida por reino alguno. Alcanzada una paz precaria entre españoles, el gobernador se instaló en Cuzco, desde donde intentó negociar con Manco Inca una paz honrosa. Pero los rebeldes habían formado su propio reino al abrigo de las montañas de Vilcabamba y no estaban dispuestos a entregarse.

Pizarro sofocó personalmente varias sublevaciones nativas en los alrededores del lago Titicaca y en la región de Charcas. Para ampliar la conquista por el norte, envió a su hermano Gonzalo a Quito con el objetivo de buscar el país de la canela, mientras Hernando se embarcaba hacia España para negociar con el emperador los límites definitivos de su gobierno y explicar la muerte del adelantado Almagro. En 1540 el veterano extremeño se hallaba de nuevo en Lima. Anciano y muy cansado de guerras, tan sólo deseaba poner orden en su enorme gobernación. Pero Diego de Almagro, el Mozo, hijo mestizo de su antiguo socio, junto a los capitanes fieles a su padre, se habían conjurado para la venganza. Así fue como el domingo 26 de junio de 1541, tras el almuerzo, los almagristas asaltaron el

palacio de gobierno y asesinaron a Francisco Pizarro, quien tras recibir dieciséis estocadas trazó con su propia sangre una cruz en el suelo y, exclamando «Jesús!», falleció. De ese modo murió el hombre que más territorio conquistase en América, el soldado que más tierras diese a la corona española.

Más tarde su cuerpo fue enterrado definitivamente bajo el altar mayor de la catedral de Lima. En 1983 el arqueólogo peruano Hugo Ludeña descubrió sus restos, que ahora están depositados en una urna dentro del mismo recinto limeño.

Las guerras del Perú continuaron para desasosiego de todos. Ésta es su relación sintetizada por no ser motivo fundamental de este libro:

1. Guerra de Chupas (1541-1542) entre el hijo de Almagro y el nuevo gobernador del Perú, Vaca de Castro. 2. Rebelión de Gonzalo Pizarro (1544-1548) contra la promulgación de las Leyes Nuevas. Esta rebelión, con derivaciones, comprende cuatro momentos: a) Guerra de Quito (1544-1546), entre el primer virrey del Perú, Núñez de Vela, y Gonzalo Pizarro. Muere el virrey en Añaquito. b) Guerra de Huarina (1546-1547), entre Gonzalo Pizarro y el conquistador Diego Centeno, que se le ha rebelado, c) Guerra de Jaquijahuana (1547-1548), entre Gonzalo Pizarro y Pedro de La Gasea, que llega con plenos poderes como pacificador real. Gonzalo es derrotado y muerto. 3. Insurrección de Hernández Girón (1553-1554) contra la Audiencia de Lima.

Al final, la autoridad se impuso y, sobre la base socioeconómica cimentada por los primeros conquistadores, comenzó a funcionar el virreinato del Perú.

CAPÍTULO VI

EL DORADO, LA CONQUISTA DEL TERCER IMPERIO

Por las grandes noticias que en Quito y fuera del yo tuve...; que confirmaban ser la provincia de la Canela y Laguna del Dorado tierra muy poblada y muy rica..., me determiné de ir a conquistar y descubrir porque me certificaron que destas provincias se habrían grandes tesoros de donde Vuestra Majestad fuese servido y socorrido para los grandes gastos que cada día a Vuestra Majestad se le ofrecen en sus reinos.

Carta de Gonzalo Pizarro al emperador Carlos I, antes de iniciar su expedición en busca de El Dorado.

Mientras se mantenía en Perú la pugna por el poder entre los seguidores de Pizarro y los partidarios de Almagro, otros españoles buscaban con ansia nuevas fuentes de oro y riqueza. En ese tiempo se multiplicaron los rumores acerca de riquísimos reinos misteriosos situados en el interior de las actuales Colombia y Venezuela. La más tentadora de las leyendas que surgieron fue sin duda la de «El Dorado»: un legendario monarca del que se decía que cubría su cuerpo con polvo de oro cada mañana para quitárselo en una laguna sagrada cuando anochecía. Asimismo se daba idéntico nombre al supuesto reino del que era cabeza visible y situado en algún lugar de la intrincada Amazonia. Precisamente, los exploradores que buscaron El Dorado navegaron por primera vez el río Amazonas, descubriendo la parte noroeste de América del Sur. Si bien, muchos pagaron con sus vidas esta increíble fiebre del oro que se adueñó de sus mentes y corazones.

Francisco de Orellana, el descubridor del Amazonas

A lo largo de las páginas que integran esta obra hemos comprobado cómo la región extremeña surtió a América con no pocos descubridores y conquistadores. El mismo clan de los Pizarro constituye el máximo exponente de esta conexión extremeño-americana. Como sabemos, Francisco Pizarro reclutó en su natal Trujillo a cuantos quisieron acompañarle en su arriesgada aventura, incluidos hermanos y parientes. Entre estos últimos destacó sobremanera la figura de un joven llamado a ser el descubridor del majestuoso río Amazonas.

Orellana también nació en Trujillo (Cáceres), en 1511. Desconocemos con exactitud cuándo viajó al Nuevo Mundo, aunque debió de ser muy pronto, pues queda constancia de su presencia en las campañas de Nicaragua en 1527, cuando tan sólo contaba dieciséis años de edad. Después se le pudo ver participando en las expediciones de Pedro Alvarado, así como en algún viaje marítimo por las costas de México y Panamá que buscaba el anhelado paso entre los dos océanos. En 1533 se trasladó a Perú para alistarse en las huestes de su primo Pizarro y junto a él libró algunas batallas, como la de Puerto Viejo, donde en marzo de dicho año perdió un ojo tras la refriega con los indios. En la recién fundada villa se instaló como colono y de esa guisa permanecía cuando la sublevación de Manco Inca puso en peligro todo el trabajo conquistador realizado por los españoles, con las ciudades de Cuzco y Lima asediadas por miles de indios. Con presteza, el impetuoso Orellana reclutó una mesnada de pioneros y compró cuantos caballos pudo para ir en socorro de los sitiados.

Una vez en la antigua capital inca y superada la amenaza indígena, se vio envuelto en la guerra civil entre almagristas y pizarristas, tomando partido por estos últimos, a los que le unían no sólo lazos de sangre sino también de lealtad. En 1538 tomó parte en la batalla de Las Salinas y tras la victoria Francisco Pizarro distribuyó entre sus mejores capitanes enormes y ricos repartimientos. A Orellana le tocó el de Culata (actual Ecuador), con la misión de fundar una villa, orden que cumplió levantando de la ruina Santiago de Guayaquil. Con ello, San Francisco de Quito pudo gozar de una salida al mar.

Pero, la futura capital ecuatoriana fue abandonada por Sebastián de Belalcázar y dispuesto a ocupar su lugar llegó a la zona Gonzalo Pizarro, el cual tenía además la misión concreta de localizar el país de la Canela y de paso El Dorado. En ambos casos los españoles se fiaron de las abundantes narraciones autóctonas sobre lugares colmados de especias y de oro, lo que provocó cierta ansiedad entre los conquistadores que deseaban apropiarse del presunto botín y de la gloria que eso supondría ante los suyos. En 1540 el más pendenciero de los Pizarro llegó a la zona dispuesto a organizar la gran empresa de su vida. Enterado Orellana, acudió a Quito y ofreció sus servicios, acaso un tanto aburrido de la

vida granjera. En febrero de 1541, ya tenían reclutados doscientos veinte españoles y más de cuatro mil indios, además poseían grandes reservas de víveres pjaras de cerdos y rebaños de llamas, así como bestias de tiro y cientos de perros que les acompañarían en tan exigente reto.

Un mes más tarde decidieron dar inicio a la aventura distribuyéndose en dos columnas que avanzaron desde puntos distintos. Pizarro como jefe de la expedición por las llanuras andinas, mientras Orellana, convertido en su teniente general, marchó por la selva. La ruta no se vio libre de penalidades y, a medida que los expedicionarios se adentraban por la singular orografía, las adversidades se cebaron en ellos. La columna de Pizarro se vio obligada a vadear caudalosos ríos, mientras atravesaban selvas frondosas o ascendían montañas donde el frío resultaba insoportable. Por ejemplo, en los páramos helados de Atinsana y Papallacta sucumbieron congelados no menos de cien nativos. También los víveres empezaron a escasear y sólo a fuerza de tesón y machetazos pudieron al fin llegar al valle de Zumaco, donde se les unió Orellana con veintitrés hombres. En aquel lugar decidieron fijar un campamento base desde el que partió Pizarro rumbo a Oriente, ya que se presumía que allí estaba ubicado el famoso país de la Canela. Pero, después de sesenta días de caminata, tan sólo se pudo constatar la existencia de unos pocos árboles de canela muy desperdigados, con lo que la desilusión hizo mella entre los conquistadores, que regresaron sin tesoro alguno a Zumaco. Allí esperaba impaciente Orellana, pues, para entonces, la intendencia estaba a punto de agotarse. Los indios porteadores habían desaparecido en su casi totalidad, bien por muerte, bien por deserción. De igual modo, muchos españoles murieron en el empeño, los cerdos escaparon incontrolados, llamas y caballos no soportaron los rigores del viaje y, para mayor drama, tampoco se habían obtenido las riquezas esperadas. ¿Qué se podía hacer?

Los dos conquistadores se reunieron para dilucidar la mejor solución ante semejante encrucijada. Finalmente siguió pesando el afán de protagonizar descubrimientos asombrosos y, con tal motivo, las cabezas rectoras de aquella empresa optaron por seguir adelante. En un lugar fluvial próximo bautizado como Ávila del Barco, se realizaron los preparativos necesarios para la construcción de un bergantín. Una vez concluidos los trabajos y fletada con éxito la nave, los expedicionarios navegaron por el río Cosanga y por el Coca hasta llegar al Ñapo. Por su orilla izquierda desembocaba el Aguarico y por la derecha, mucho más abajo, el Curaray. Aquí fue donde el grupo decidió separarse dada la angustiosa situación de verse sin nada que llevarse a la boca. No obstante, algunos indígenas les aseguraron que al sur se encontraba un país lleno de riquezas y manjares, justo lo que los famélicos españoles deseaban escuchar, por lo que Pizarro comisionó a Orellana y a un puñado de soldados para ir a buscar alimentos a ese lugar del que hablaban los indios. A estas alturas ya habían transcurrido diez meses desde que salieron de Quito. En el bergantín almacenaron los objetos más pesados, ropas y valijas de los expedicionarios, así como los hombres enfermos y

unas pocas provisiones. En total sesenta, más que hombres, supervivientes, entre los que se encontraban dos frailes, de los que precisamente uno de ellos, Gaspar de Carvajal, dejaría testimonio escrito de tan penoso avatar. Orellana al despedirse de Pizarro le dijo de forma muy sentida que si el barco tardaba en regresar no tuviera el mínimo inconveniente en darles por perdidos poniéndose a su vez a salvo sin remordimientos. Esto aconteció en diciembre de 1541.

El bergantín zarpó hacia los parajes indicados por los nativos, sin embargo, tras varios días de navegación no habían encontrado nada en absoluto, ni siquiera un humilde poblado que les pudiera abastecer de comida. En realidad, ignoraban hacia dónde se dirigían, aunque ya intuían que el regreso sería imposible, por lo que decidieron analizar la precaria situación en la que se jugaban nada menos que sus propias vidas. Finalmente se decidió por consenso seguir adelante. Pasaron más jornadas, los tripulantes llegaron a comer cualquier cosa, incluido el cuero de sus cinturones o zapatos. La hambruna era tan grave que hasta los sacerdotes ofrecieron la escasa harina que les quedaba para confeccionar hostias sagradas, lo que apenas pudo paliar el delicado trance.

Finalmente ocurrió un milagro: era el 1 de enero de 1542 y en dicha fecha los aventureros creyeron escuchar un sonido que se les antojó celestial. En efecto, primero débilmente y más tarde claro y rotundo llegó hasta ellos el sonido de unos tambores tribales. Aquello suponía sin duda su salvación; dos días más tarde los esqueléticos españoles contactaban con el poblado de Apaña. En él pudieron saciar el hambre y descansar.

Una vez repuestos Orellana tomó posesión de aquellas tierras en nombre del gobernador Gonzalo Pizarro y se aprestó para recopilar provisiones, pues no olvidaba la misión fundamental de su viaje, y ésta consistía en ir a socorrer a su jefe y proseguir juntos la ruta prevista. Empero, sus hombres parecieron opinar una cosa bien distinta, pues una vez llegados allí deseaban continuar hacia el imaginario país del que se referían tantas bondades. Orellana, confuso ante la actitud de sus subordinados, se mostró dubitativo durante un tiempo, pero, finalmente, entendió que el regreso podía suponer un hecho tan lamentable como la ida y que quizá no tuvieran tanta suerte como hasta ese momento. Esta decisión del conquistador extremeño ha pasado a la historia como «la traición de Orellana», si bien en mi modesta opinión cualquier opción elegida en aquel momento desesperado debe obtener nuestra comprensión.

En consecuencia, Orellana amenazado por el presunto motín de sus hombres, dio su visto bueno a reemprender la marcha; para entonces quedaban cuarenta y ocho supervivientes y un bergantín en pésimo estado, por lo que se construyó en cuarenta y un días un segundo navío en el que se repartieron cargas y tripulantes. Los buques fueron bautizados con los nombres de *San Pedro* y *Victoria* y con ellos los expedicionarios se echaron al río rumbo a lo desconocido. El 12 febrero de 1542 los navíos entraron en el Amazonas y surcaron sus aguas

durante semanas, enfrentándose a los múltiples peligros con los que se iban encontrando. Los indios amenazaban constantemente y cada territorio dominado por tal o cual cacique los recibía con suma hostilidad. Era frecuente ver nativos gritándoles desde las orillas o desde canoas que se acercaban para lanzar las temibles flechas envenenadas que tantos muertos causaron en la tripulación española.

En mayo los expedicionarios se encontraban otra vez sin víveres, por lo que se vieron obligados a perpetrar un ataque contra el poblado dirigido por el cacique Machifaro. Tras una cruel refriega los europeos consiguieron fruta y unas enormes tortugas que, no sin dificultad, subieron a bordo de los bergantines. Con estos alimentos pudieron aguantar algún tiempo más, en el que sostuvieron luchas terribles con tribus como los paguanas o los omaguas. Finalmente el sábado 3 de junio de 1542 Orellana y los suyos percibieron como una fuerza extraña les impelía hacia un lugar concreto, habían contactado con el poderoso río Negro. Cinco días más tarde pudieron descansar dejando atrás la desembocadura del Madeira en el Amazonas y, poco después, la del Tapajoz.

Pero se reanudaron los ataques indios y esta vez con absoluta virulencia pues eran muy agresivos y numerosos. Las flechas envenenadas surcaron los aires para clavarse en la madera de los bergantines o en los cuerpos de los aventureros. Los españoles se percataron de que entre los atacantes se encontraban también mujeres guerreras, que les disparaban flechas con gran precisión: serían las posteriormente bautizadas como «amazonas». Según algunos investigadores, darán nombre al río explorado por Francisco de Orellana; si bien otros sospechan que el nombre podría provenir de la palabra india *amassona*, que significa «barco hundido». En todo caso, los cronistas españoles identificaron a estas mujeres con las famosas luchadoras griegas y de ahí el nombre por el que conocemos este abrumador río que fluye en su mayor parte por Brasil y que figura como el mayor del mundo en términos de captación de agua, número de afluentes y volumen de agua descargada. Con sus seis mil doscientos setenta y cinco kilómetros de longitud, es el segundo cauce fluvial más largo del planeta, después del Nilo. Asimismo los cientos de afluentes que nutren al Amazonas recogen las aguas de una cuenca de más de seis millones de kilómetros cuadrados, la mitad de Brasil y el resto repartido entre Perú, Ecuador, Bolivia y Venezuela. Se estima que el Amazonas descarga entre treinta y cuatro y ciento veintiún millones de litros de agua por segundo y deposita, diariamente, unos tres millones de toneladas de sedimentos cerca de su desembocadura. Los aportes anuales del río suman una quinta parte de toda el agua dulce que desemboca en los océanos del planeta. La cantidad de agua y de sedimentos aportados es tan enorme que la salinidad y el color del océano Atlántico se ven alterados hasta una distancia de unos trescientos veinte kilómetros desde la boca del río. Como es obvio, Orellana desconocía estos datos, incluso ignoraba que había sido el primer europeo en transitar por las aguas de este prodigio de la naturaleza.

Al fin los bergantines recibieron las primeras señales de las mareas atlánticas, justo en el momento en el que un exhausto Gonzalo Pizarro entraba en Quito al mando de ochenta cadavéricos soldados. Orellana, ajeno a esto, se internó el 24 de agosto de 1542 en el océano Atlántico con sus cascarones.

Durante días se mantuvieron a merced del clima; no poseían anclas, brújulas, cartas náuticas, ni pilotos que pudiesen guiarles a buen puerto. Una tormenta separó a los dos barcos y cada uno temió por la suerte del otro. Pero el dios de la aventura se apiadó de estos valerosos hombres y obró el milagro de su salvación conduciéndoles a los territorios de Nueva Cádiz (actual Venezuela), donde se reunieron el 11 de septiembre de 1542.

Concluida la proeza que suponía haber sido el primer hombre que cruzó el continente americano navegando por el Amazonas, Francisco de Orellana viajó a España para reivindicar su gloria y de paso justificarse por haber abandonado a su jefe en una situación límite. Su narración convenció al Consejo de Indias, que no sólo le absolvió de su presunto delito, sino que le concedió el título de adelantado de Nueva Andalucía, nombre designado para las latitudes exploradas por el extremeño.

Así, en mayo de 1545, el flamante gobernador salió de Sanlúcar al mando de una gran flota, dispuesto a tomar posesión de su cargo. Lo acompañaba su mujer, doña Ana de Ayala, y muchos colonos dispuestos a radicarse en aquella tierra de promisión. Orellana tenía intención de hacer el camino inverso, consistente en penetrar por la desembocadura del Amazonas y remontar el río. Pero la empresa fracasó, nadie sobrevivió y las riberas salvajes del río se fueron tragando poco a poco a los expedicionarios. Enfermo, perdido y viudo, Orellana murió en el interior del Amazonas en noviembre de 1546: tenía tan sólo treinta y cinco años de edad, aunque su brillante expediente explorador le supuso un lugar de honor en la epopeya americana.

A decir verdad, el testimonio y valía de tantos esforzados abrieron rutas hasta entonces insospechadas y el majestuoso río americano, cuyas aguas navegó Orellana, se convirtió en frontera misteriosa de algo ignoto pero que los más arriesgados intuían lo suficientemente valioso como para dejarse en el empeño vidas y patrimonio. Acaso una de las más singulares gestas de las que se dieron en estos lares fue la protagonizada por Gonzalo Jiménez de Quesada, artífice de una hazaña propia de Cortés o Pizarro, nada menos que la conquista del Tercer Imperio americano.

Gonzalo Jiménez de Quesada, la búsqueda del Reino del Oro

La empresa encabezada por este conquistador quedó oscurecida por los siglos, debido, en buena parte, a que dadas las circunstancias, no brilló ni quedó ensalzada como bien hubiera merecido en aquella época tan confusa. No obstante, hoy en día nadie discute que fue un logro digno de recibir grandes reconocimientos y que el papel desempeñado por este soñador supuso un innegable aporte de grandeza al luminoso imperio español.

Jiménez de Quesada nació en Córdoba en 1509 y siendo muy joven se trasladó a Granada, donde su padre trabajaba como juez impartiendo justicia entre los moriscos. Más tarde fortaleció su adolescencia sirviendo en los ejércitos españoles que luchaban por Europa. Aunque, finalmente, se decantó por la vocación jurídica y completó sus estudios de Leyes en Salamanca, para acabar nuevamente en Granada, donde ejerció su oficio hasta que en 1535 fue nombrado justicia mayor de la expedición capitaneada por Pedro Fernández de Lugo, quien se aprestaba a viajar hacia la colombiana ciudad de Santa Marta, con el cargo de gobernador. En noviembre de ese mismo año una flota compuesta por dieciocho naves con mil quinientos soldados, colonos y tripulantes zarpaba de Canarias con la pretensión de asegurar aún más el dominio español en aquel territorio denominado Nueva Granada. La escuadra arribó a las costas colombianas un par de meses más tarde, encontrándose un panorama desolador entre los pobladores, dado que estaban diezmados por las enfermedades y sin dirigentes que tuviesen ideas claras sobre cómo afrontar el terrible desasosiego que se había instalado en los moradores. Fernández de Lugo trajo, no sólo esperanza, sino también la serenidad suficiente para proseguir la colonización por aquellos territorios tan bellos como hostiles para los pioneros.

A las pocas semanas de su llegada se impuso la necesidad de avanzar por el cercano río Magdalena hacia las zonas donde se presumía la existencia de grandes y fértiles reinos llenos de oro y abundantes materias primas. Era el sueño por el que tantos españoles habían surcado las aguas atlánticas y, en aquellos años donde todo estaba pendiente de ser conquistado o explorado, el hábil gobernador no quiso atar en corto a los impetuosos aventureros que exigían expediciones rumbo al oropel. El propio Jiménez de Quesada animó a su jefe para que éste le concediera el mando de una columna que viajase al interior, precisamente donde los astutos indios les aseguraban la existencia de la justificación a su locura.

El 5 de abril de 1536 Quesada, en compañía de unos setecientos cincuenta hombres, partió de Santa Marta en busca de su particular El Dorado. El cauce del Magdalena le indicó la ruta a seguir y por ella avanzó con la ayuda de algunos

bergantines, mientras que el grueso de su tropa caminaba por las riberas del imponente río americano. Las dificultades de la singladura fueron tan extremas como penosas: intentos de motín, clima adverso, hundimiento de casi todos los barcos excepto dos. En definitiva, circunstancias que invitaban sin demora al abandono de la empresa.

Fue aquí, sin embargo, cuando afloró el genio de Quesada y sus dotes para el mando en situaciones apuradas, y a pesar de haber perdido cientos de efectivos, el capitán español enardeció el ánimo de la columna con las acostumbradas promesas de riqueza una vez que culminara con éxito aquella misión casi suicida. Los expedicionarios prosiguieron la travesía de forma muy lenta, dado que la espesura ofrecida por la selva impedía un buen ritmo de marcha. Para mayor calamidad, los abastecimientos que debían llegar desde Santa Marta no afluyeron de la manera esperada, pues la zozobra de casi todas las naves enviadas por Fernández de Lugo tan sólo permitió que dos bergantines se unieran a otros tantos supervivientes, lo que se tradujo en una evidente escasez de pertrechos y víveres para un ejército cada vez menos numeroso, compuesto por hombres famélicos, puesto que, a los pocos meses de iniciada la aventura, tan sólo quedaban unos doscientos efectivos de la orgullosa comitiva que había salido de Santa Marta.

Finalmente, sin abandonar el Magdalena, Jiménez de Quesada se encontró con indicios de una cultura aborígen muy superior a las hasta ese momento conocidas. Se trataba de los chibchas, indios que vivían en las altas mesetas de los Andes colombianos centrales. Los chibchas tenían una civilización avanzada, con templos de piedra, estatuas y una metalurgia del oro muy refinada, aunque a cierta distancia de los mayas, aztecas e incas. Trabajaban el oro, extraían esmeraldas, fabricaban objetos de loza, cestería y tejían paños ligeros. El suyo iba a ser el último reino de gran riqueza descubierto por los españoles en América del Sur.

A principios de 1537, Quesada y los suyos avanzaban sobre las tierras altas pobladas por chibchas, que se encontraban por entonces divididos en cinco estados principales: Guanenla, al norte, en la meseta de Jerida, con un soberano llamado de igual modo; Sogamoso, en Iraca, cuyo jefe era el Sogamuxi; al este, Tundama, regido por un rey del mismo nombre. En el centro, Tunja, gobernado por el Zaque, cuyo poder llegaba hasta Vélez y Jamondoco; y Bogotá, poblado por los bogotaes, y regido por el Zipa, quien residía unas veces en Bacatá (Bogotá) y otras en Funzha (Muequetá). Este último era, sin lugar a dudas, el más poderoso de los chibchas, pues controlaba las dos quintas partes de la actual Colombia y ambicionaba anexionarse los otros estados que, por otra parte, estaban inmersos en pleno feudalismo y se debatían en luchas intestinas.

En aquel momento crucial, Quesada intuyó con certitud que había llegado su gran oportunidad y, al igual que Cortés o Pizarro, renunció al cargo de

adelantado pidiendo a sus hombres que eligieran un capitán general, distinción que obviamente recayó en él mismo, lo que le concedía de facto independencia con respecto a la gobernación de Santa Marta. Quesada sospechó con fundamento que las disensiones indígenas le podrían beneficiar en su arriesgado empeño, aunque, a decir verdad, el estado de su tropa era más que lamentable. Por entonces, apenas le quedaban en pie ciento sesenta y seis hombres con armas absolutamente deterioradas a causa de la herrumbre y del excesivo uso.

En consecuencia, el desarbolado ejército tuvo que asumir el empleo de las tradicionales armas indígenas y con ellas lanzarse a una conquista homologa, en la práctica, a la de sus antecesores Cortés y Pizarro. Durante dos años los españoles avanzaron por las mesetas colombianas recibiendo los terribles ataques lanzados por las tribus autóctonas. En ese tiempo fundaron ciudades como Vélez (enero de 1537) y dieron nombre a hermosos y fértiles valles como el de los Alcaceres. Acaso, en este periodo la principal oposición nativa fue la del Zipa Tisquesusa, un poderoso cacique dispuesto a resistir a ultranza ante la invasión extranjera. Durante meses, españoles e indios protagonizaron diferentes combates en los que el elemento nativo ofrendó, muy a su pesar, grandes ríos de sangre.

Al fin los núcleos de resistencia aborígen fueron vencidos por los españoles y los grandes caciques locales tuvieron que pagar incluso con la muerte la costosa presencia extranjera en sus tierras. Tras su apabullante victoria, Quesada sólo quería viajar a España, dispuesto a reclamar el honor de su triunfo ante las Cortes de Indias. Empero, algo le hizo contenerse por el momento, y es que tuvo noticias sobre la marcha de dos columnas hacia sus recién adquiridas posesiones. En una de ellas venía Sebastián de Belalcázar, el fundador de Quito, quien, advertido de las riquezas colombianas, quería tomar su parte en el festín.

En el segundo contingente se encontraba Nicolás Federmann, un hombre de negocios alemán metido a conquistador por mor de los acontecimientos y que llegaba desde los territorios venezolanos. La situación de Federmann era precaria hasta el más absoluto patetismo. Sus hombres, agotados y hambrientos, más parecían un grupo de mendigos que otra cosa, mientras que la tropa de Belalcázar, hombre curtido y avezado en cuestiones expedicionarias, exhibía un mejor aspecto.

Sea como fuere, Quesada desconfió de los dos visitantes y decidió pactar con ellos por cualquier eventualidad que pudiese surgir. Para mayor constatación de la presencia española en la futura Colombia, se fundó Santa Fe de Bogotá, el 6 de agosto de 1538. Según se cuenta, los testigos principales del nacimiento de la villa fueron estos tres capitanes, aunque en recientes investigaciones históricas se advierte que la inscripción jurídica de la villa se realizó el 27 de abril de 1539, con la única presencia de Quesada y Federmann, a los que más tarde se unió Belalcázar.

Estaba claro que los caudillos españoles pretendían la misma gloria en aquella empresa, por lo que Quesada, auténtico artífice de la conquista, enarboló una vez más sus dotes diplomáticas para llegar al mejor acuerdo posible entre aquellas huestes dispuestas a todo, y después de interminables conversaciones, pudieron rubricar una suerte de resoluciones que se aceptaron con mayor o menor agrado. Los acuerdos pasaban por que ninguno de los tres capitanes se alzara como jefe de los demás; asimismo los tres marcharían a España a dirimir el problema, mientras que en Santa Fe se quedaría como máximo responsable Hernando Pérez, el hermanastro de Quesada.

Elegido el Cabildo, y habiendo repartido las encomiendas siguiendo la división chibcha de provincias y cacicazgos, el 12 de mayo de 1539 partieron de Santa Fe los tres capitanes, los oficiales reales y treinta soldados, río Magdalena abajo. El 5 de junio entraron en Cartagena de Indias, y el 8 de julio se embarcaron para España, llegando en noviembre a Sanlúcar de Barrameda.

En 1541 el propio Hernando iniciaría por su cuenta una alucinada búsqueda de El Dorado que, por supuesto, no culminó en éxito y en cambio derivó en una absoluta catástrofe. Posteriormente llegó como gobernador Alonso Luis Fernández de Lugo, hijo del fallecido Pedro Fernández de Lugo, que entró en la población de Vélez en 1542 con el ánimo no sólo de poblar, sino también de obtener la máxima riqueza en aquella tierra de promisión. Era hombre soberbio y arbitrario, y estos feroces defectos fueron los que descargó sobre los Quesada para expulsarlos de Nueva Granada.

En 1544 Fernández de Lugo quedaba fuera de juego y su puesto era asumido de forma interina por Pedro de Ursúa, a instancias del visitador real Miguel Díaz de Armendáriz, el mismo que al fin ocupó definitivamente la gobernación de Nueva Granada dos años más tarde. Armendáriz publicó solemnemente las *Leyes Nuevas* y despachó varias expediciones a la Sierra Nevada del Norte, lugar en el que se presumían, a tenor de las informaciones indias, grandes riquezas.

En la zona habitaban los indios chirateros y los españoles realizaron fundaciones como la villa de Pamplona, plaza en la que se instaló Pedro de Ursúa tras combatir con éxito la resistencia de los naturales. En 1549 el territorio ya gozaba de un tejido social lo suficientemente consistente para crear Audiencia propia, asunto que se concretó ese mismo año en Santa Fe.

Pero ¿qué había pasado mientras tanto con Gonzalo Jiménez de Quesada y sus forzosos socios? Como ya sabemos, viajó en compañía de Federmann y Belalcázar a la corte española dispuesto a reivindicar su papel en la conquista de Nueva Granada. En noviembre de 1539 se presentaron los litigantes ante la Asamblea, pero para entonces ya había sido elegido como gobernador Alonso Luis Fernández de Lugo, por lo que Quesada y los otros quedaron de un plumazo al margen de cualquier petición. En ocasiones, la vida es tremendamente injusta y en esta oportunidad, en verdad, lo fue, pues a nadie más que a Quesada le cupo

el mérito de aquella hazaña que en principio le negaron.

En cuanto a Nicolás Federmann, quien también deseaba ser partícipe en el descubrimiento de El Dorado, diremos que no tuvo mucha suerte, pues una vez en la Península tuvo que pelear judicialmente con los Welser, poderosa familia que había financiado el viaje del alemán en 1535 y que ahora le pedía cuentas por la falta de resultados. Federmann dio con sus huesos en la cárcel de Valladolid, donde falleció en 1542.

Por su parte Belalcázar tuvo mejor fortuna y obtuvo el cargo de adelantado y gobernador en Popayán, dados los evidentes méritos contraídos en años anteriores. No olvidemos que este célebre conquistador también buscó El¹ Dorado en 1536 en una expedición durante la cual fundó las ciudades de Cali y Popayán (situadas ambas en la actual Colombia). Regresó a las Indias en 1540 con su flamante nombramiento y restableció el orden en su territorio: mandó apresar a Pascual de Andagoya, que se había autoproclamado gobernador de Cali, y a Aldana, que había hecho lo mismo en Popayán. En 1542 pasó al Perú para socorrer al gobernador de ese territorio, Cristóbal Vaca de Castro. Tres años más tarde intervino con una dotación de cuatrocientos hombres al lado del primer virrey del Perú, Blasco Núñez Vela, para imponer la autoridad de éste contra las pretensiones de Gonzalo Pizarro.

Belalcázar luchó en enero de 1546 contra el hermano de Pizarro en la batalla de Iñaquito, en la que resultó herido y cayó prisionero. Puesto en libertad, volvió a su gobernación y tuvo que enfrentarse a Jorge Robledo, antiguo teniente suyo, que pretendía la posesión de las tierras conquistadas en Antioquia (en la zona noroccidental de la actual Colombia). Vencido Robledo, Belalcázar le condenó a muerte. Poco después recibió una requisitoria que solicitaba su propio procesamiento al acusarle tanto de los abusos cometidos por sus subordinados como de la muerte de Robledo. Cuando en 1551 preparaba el viaje a España para defenderse, le sorprendió la muerte en Cartagena de Indias.

En cuanto a Jiménez de Quesada, diremos que, hastiado de tanta burocracia, se dedicó a viajar como renacentista por el viejo continente. Fueron nueve años en los que dilapidó su fortuna hasta las últimas monedas. Una vez de regreso a España, volvió a sentir la llamada de América debido, en buena parte, a las incesantes historias que circulaban en la península Ibérica sobre El Dorado que él tanto había conocido. Eran tiempos de fiebre aurífera, lo que provocaba un constante goteo migratorio hacia América, y Quesada no quiso perder ocasión de volver a exigir sus derechos sobre Nueva Granada, aunque lo cierto es que el Consejo de Indias permaneció inflexible ante las demandas del veterano conquistador, recordándole de paso el capítulo poco honorable acerca del trato injusto sufrido por el Zipa Tisquesusa e implicando directamente al cordobés en la muerte del jefe indígena. A estas alturas, el desolado Quesada no disfrutaba de ningún reconocimiento oficial por su gesta. En la propia Nueva Granada se le

había abierto años antes un juicio de residencia y ahora en España se le imponía una severa multa por sus actuaciones en América, así como la orden de no acercarse a las Indias durante un año. No obstante, el andaluz era de natural testarudo y decidió, sin poco más que perder, perseverar en el empeño de regresar a la tierra por él conquistada, para en ella recibir las distinciones que sin duda le pertenecían. Y a fe que lo consiguió, pues con el tiempo le reconocieron su valía otorgándole el cargo honorífico de mariscal en Nueva Granada con el privilegio de regidor perpetuo en Santa Fe de Bogotá. A esto se añadía una discreta asignación anual de cinco mil ducados. El conjunto de cargos rehabilitaba al viejo aventurero y le devolvía a su teatro de operaciones, lugar en el que hizo acto de presencia cuando corría el año de 1561, justo en el momento en el que un alucinado puso en peligro la estabilidad de Nueva Granada.

El loco Aguirre

La crónica que rodeó a la interminable búsqueda de El Dorado estuvo jalonada por episodios dignos del más vivido surrealismo. Como ya hemos dicho, decenas de expediciones fueron engullidas por la espesura selvática, a ambos márgenes del río Amazonas, y miles de hombres sucumbieron sin ni siquiera atisbar vestigio alguno de aquel reino cubierto por las brumas de las leyendas del oro.

Acaso, el episodio más singular lo protagonizó el desvarío de una mente distorsionada y teñida de pinceladas propias de una psicopatología. Lope de Aguirre nació en Oñate (Guipúzcoa) en 1516, si bien algunos investigadores creen que el año de su nacimiento pudo ser 1511. A edad temprana viajó a Sevilla dispuesto a embarcarse en cualquier flota que zarpase rumbo a las Indias. En 1534 se encontraba en Cartagena de Indias (Colombia) como soldado raso al servicio de la corona.

Cuatro años después participó en las guerras civiles peruanas en el ejército del oidor Vaca de Castro, que combatía a las fuerzas almagristas. Asimismo, luchó en los ejércitos reales de los virreyes Blasco Núñez de Vela y Pedro la Gasea hasta terminar con la sublevación de Gonzalo Pizarro. Estuvo involucrado en el oscuro asesinato del corregidor de Charcas (1553), por lo que fue condenado a muerte, aunque finalmente resultó indultado.

En 1559 se unió a la expedición que el virrey Andrés Hurtado de Mendoza había organizado con el propósito fundamental de localizar el mítico El Dorado. Y además tenía otra finalidad secundaria, no menos importante, pues pretendía con esta misión desembarazarse de sus capitanes más molestos, temidos y crueles. La columna a cuyo mando se encontraba Pedro de Ursúa debía remontar el río Marañón, por lo que el famoso viaje fue conocido posteriormente con el nombre de los «marañones». Ursúa mostró de inmediato una acusada indolencia por los avatares de la aventura, más bien, lo que le preocupaba obsesivamente era su bella amante Inés de Atienza, que le acompañaba en la arriesgada empresa. Pronto las disidencias anidaron en aquella funesta comitiva y se proclamaron algunos intentos de motín siempre bajo las intrigas de Aguirre. En el periplo se hundieron algunas balsas, se ajustició a diversos cabecillas de los descontentos, con lo que el clima de terror se extendió augurando un trágico final.

El 1 de enero de 1561 Pedro de Ursúa fue asesinado por los seguidores de Aguirre; éste, en un arrebatado de soberbia, se proclamó capitán de la expedición concediéndose el título de «maestro de campo», y así, aunque no había pasado de sargento en el escalafón, se convertía en oficial de altísima graduación para dirigir una hueste de locos y asustados hacia el propio infierno.

En aquella farsa gestada por el vasco, no faltaron actores que realzasen la comedia. Uno de ellos, el capitán Fernando de Guzmán, fue elegido rey títere de los marañones, aunque el honor del cargo le duró poco, pues semanas más tarde fue asesinado por el propio Aguirre. De igual modo se ejecutó miserablemente a Inés de Atienza y a cuantos se le iba antojando a este asesino en serie. Su enajenación le hizo además escribir cartas al rey Felipe II con el tratamiento de iguales, dado que para entonces Aguirre ya se creía rey independiente de España en el Nuevo Mundo, con la ambición de tomar por las armas el Perú y cuantos territorios se le opusiesen.

La expedición navegó durante meses por el río Amazonas, sembrando de guerra y destrucción sus riberas, hasta que por fin desembocó en aguas atlánticas —allí donde los bergantines, como sus movimientos, se limitaban—, lo que provocó el abandono a su suerte de ciento setenta indios que integraban las tripulaciones de las naves marañonas. El 20 de julio de 1561 Aguirre y los suyos desembarcaron en la isla Margarita (hoy perteneciente a Venezuela), donde una vez más sembraron el terror y dejaron tras de sí más de cincuenta muertos entre los lugareños.

A esas alturas, las noticias de los sublevados ya habían llegado a diferentes puntos de la costa colombiana y a las Antillas, por lo que las autoridades se dispusieron a contrarrestar los desmanes del desquiciado caudillo y enviaron navíos y tropas a su encuentro. El mismo Jiménez de Quesada, recién llegado a Nueva Granada, preparó un contingente militar para enfrentarse a los marañones, pero, finalmente, no fue preciso el enfrentamiento pues los escasos leales que quedaban en torno al sargento con ínfulas de rey desertaron con la prisa de los que se lleva el diablo.

Solo y absolutamente enajenado, Aguirre se vio ante sus enemigos con la única compañía de su hija mestiza Elvira, a la que cosió a puñaladas el 27 de octubre de 1561 para, según él, evitar «que sirviera de colchón a bellacos». Dos arcabuzazos acabaron con la vida de este siniestro personaje fruto de aquellos tiempos febriles y avariciosos. Su cuerpo fue desmembrado y exhibido, mientras que su cabeza fue enjaulada para ser enviada a Tocuyo, ciudad donde quedó expuesta a los curiosos. Más tarde Lope de Aguirre fue juzgado post mortem bajo las acusaciones de rebeldía y amotinamiento. Una vez disuelto el problema generado por «el loco del Amazonas», la tranquilidad regresó a las colonias de Nueva Granada.

El mariscal que quiso ser marqués

En esta década de los sesenta del siglo XVI, Jiménez de Quesada mantuvo intactos sus sueños de grandeza a pesar del evidente aislamiento social al que era sometido por parte de los prebostes colombianos. Aun así, el veterano conquistador suspiraba por la obtención del tercer marquesado concedido en Indias, y lo cierto es que tenía argumentos de sobra para reivindicar dicho título. Hernán Cortés había sido marqués de Oaxaca gracias a la conquista de Nueva España, Francisco Pizarro fue marqués de la Conquista por la anexión del imperio inca. ¿Por qué no podía él ser noble? ¿Acaso no había conquistado el tercer imperio de América?

El mito de El Dorado flotaba en el ambiente de Bogotá tan fresco como cuando se conoció años antes, y muchos de aquellos pioneros desprovistos de fortuna se aglutinaron en torno al mariscal dispuestos a emprender bajo su mando nuevas aventuras que los condujeran al Reino del Oro. En 1569 se dieron las circunstancias precisas para que Quesada consiguiera una capitulación en la Audiencia de Bogotá y al fin pudo armar una expedición con el propósito de alcanzar la zona donde presuntamente se mantenía virgen el ámbito de sus anhelos. Si se culminaba con éxito esta aventura, las autoridades habían prometido en las capitulaciones que el camino del viejo andaluz hacia el marquesado quedaría franco, y no sólo eso sino que también sería hereditario para su descendencia.

La columna organizada por el mariscal era de cierta importancia para la época. En ella se integraban trescientos jinetes, mil infantes y mil quinientos indios porteadores a los que acompañaban grandes rebaños de ganado, muías y bastimentos suficientes para varios meses de expedición. En febrero de 1569 partieron de Santa Fe rumbo a El Dorado; lo que ignoraban por entonces es que aquella misión se prolongaría tres años y que acabaría en absoluto fracaso.

En este tiempo las marchas fueron muy exigentes por territorios hostiles y cuajados de trampas naturales. Inviernos duros, climatologías extremas y el ataque incesante de tribus muy belicosas que vendían caro cada metro ganado por unos españoles en cuyas filas se incubaban, no sólo la sedición, sino también las fiebres, el hambre y la desolación, pues el mítico Reino del Oro no aparecía nunca en el horizonte. Los porteadores morían o escapaban, los soldados caían al suelo víctimas del agotamiento extremo, las provisiones se agotaron y, como hemos dicho, al cabo de tres penosos años Quesada abandonó su entusiasmo inicial para dar la orden de regreso sin nada en las bolsas.

La entrada de los expedicionarios en Bogotá fue lamentable. De los mil trescientos hombres blancos quedaban tan sólo sesenta y cuatro; más grave aún fue el regreso de los indios porteadores, dado que de los mil quinientos que

partieron regresaron únicamente cuatro. Asimismo, de los mil cien caballos y muías utilizados en la empresa sobrevivieron dieciocho. Todo ello supuso para el mariscal un rotundo golpe, no sólo a su imagen y pretensiones aristocráticas, sino también a sus arcas, pues de ellas desembolsó los doscientos mil pesos de oro que había costado aquella alocada aventura.

Cansado por el trajín de una emocionante vida, el anciano Quesada se retiró a su casona de Suesca para dedicar los últimos años de su existencia a la literatura. Y, en ese sentido, cabe comentar que dejó escritas algunas obras como las hoy perdidas *Antijovio* y *Sermones*, así como otras en las que relató su peripecia conquistadora en Nueva Granada (*Ratos de Suesca* y *Epitome de la conquista del Nuevo Reino de Granada*).

A pesar de todo, Jiménez de Quesada siguió preparándose para el reto de descubrir El Dorado, pero enfermó de lepra, lo que le obligó a un forzoso retiro en la ciudad de Mariquita, donde falleció en 1579, a los setenta años de edad. Sus restos mortales reposan en la actualidad en la catedral de Santa Fe de Bogotá.

Antonio de la Hoz Berrio, el fin del sueño

Tras la muerte de Quesada los rumores sobre el mítico Reino del Oro siguieron alimentando la esperanza de un sinfín de emprendedores fascinados por el supuesto tesoro indio. Uno de ellos, Antonio de la Hoz Berrio, fue el siguiente en incorporarse a la lista de buscadores. Nacido en 1520, orientó su vocación hacia la carrera de las armas y como soldado participó en diferentes campañas acreditando su valor en Siena, Flandes, Alemania y en el Mediterráneo.

Por sus méritos se le concedió la gobernación en España de las Alpujarras y cuando pensaba en disfrutar de un apacible retiro, pues ya había cumplido sesenta años de edad, le llegó la gran oportunidad de su vida con el fallecimiento de Gonzalo Jiménez de Quesada. Berrio estaba casado con una sobrina del mariscal andaluz, única heredera de sus bienes y títulos. Ello llevaba implícito que si, como hemos referido, algún heredero de Quesada descubría El Dorado, podía asumir, según lo dispuesto con la corona, el tercer marquesado de América, acuerdo que envalentonó al veterano militar.

Antonio de la Hoz Berrio marchó así, gozoso, a las Indias en 1580, con una gobernación que dirigir y con derecho a conquistar los territorios comprendidos entre los ríos Amazonas y Orinoco. Nada más arribar a América, Berrio se empleó a fondo en la difícil tarea de encontrar El Dorado y no cesó de pertrechar expediciones rumbo al enigmático reino amazónico. En total realizó tres viajes en busca de El Dorado, y un cuarto en el que no participó directamente.

El primero, en 1580, se prolongó diecisiete meses y sólo le sirvió para establecer contacto con algunas tribus del Orinoco. El siguiente constituyó una locura que duró más de dos años en la selva amazónica, donde recibió informaciones contradictorias de los indios sobre minas fabulosas, reinos y ciudades doradas, sin ningún fundamento.

En 1587, un español llamado Juan Martínez salió vacilante de las junglas de Guayana, hoy Venezuela, medio muerto por la fiebre. Deliró acerca de una increíble aventura ante los soldados que encontró. Martínez afirmaba que diez años antes, en el curso de una expedición militar española de exploración, había sido capturado por un grupo de indios. Le habían llevado a una ciudad fabulosa que él llamó Manoa. Dijo que se trataba de una capital perdida de los incas, la ciudad de El Dorado, el Reino del Oro. Dentro de los muros de la ciudad, afirmaba, había templos, aceras de oro y jardines llenos de relucientes helechos y hierbas, todo ello delicadamente elaborado con el precioso metal. El español refirió cómo el rey y sus cortesanos se untaban con aceite y polvo de oro antes de asistir a los tribunales. Martínez dijo que al fin había sido liberado por sus captores y dejado en la jungla con los ojos vendados. Le habían cargado de regalos de oro. Pero, afirmaba, más tarde había sido atracado por otros indios, éstos hostiles. Le

habían robado todo excepto algunos dijes. Ello explicaba por qué, cuando volvió al campamento, tenía pocas pruebas de su asombrosa aventura.

Sea como fuere, esta narración sirvió de acicate para los creyentes en la leyenda y más si éstos deambulaban por las ciudades europeas sin mayor patrimonio que lo puesto y poco más, con lo que miles de buscavidas hicieron cola en los puertos de Europa, dispuestos a jugarse la vida con tal de acercarse a las increíbles fortunas de las que tanto se hablaba en cortes, plazas y tabernas del viejo continente.

Berrio, que se encontraba a la vanguardia de los soñadores, obviamente no quiso desaprovechar esa posición de ventaja y se aprestó a organizar una nueva expedición. Así llegó su tercer viaje, que se inició en 1590. En esta ocasión reclutó a ciento veinte hombres con los que descendió el Orinoco, la mitad de ellos en canoas y la otra mitad por tierra, acompañados de doscientos caballos.

Durante un año trataron de encontrar un paso por las montañas, mas la estación de las lluvias los retuvo en las anegadas orillas del Orinoco. Luego, la peste y las deserciones diezmaron a sus hombres. Harto de abandonos y para acabar con cualquier posibilidad de vuelta atrás, mandó matar a todos los caballos y esa carne sirvió de alimento a los supervivientes.

Días más tarde, unos indios caribes les indicaron de forma engañosa un camino seguro hasta El Dorado. Pero, tras dieciocho meses de calamidades, Berrio decidió abandonar el río y salir a mar abierta, para lo que necesitó la ayuda de un cacique indio, pues andaban perdidos en las intrincadas Bocas del Orinoco. Sólo habían sobrevivido cincuenta expedicionarios, treinta y cinco de ellos en pésimo estado de salud, aunque Berrio no se desalentó y buscó refugio en la isla Margarita, donde comenzó los preparativos para una nueva expedición.

Con el propósito de buscar refuerzos, envió a su hijo mayor Fernando a la ciudad de Caracas. Sin embargo, éste, angustiado con la idea de volver a la selva, tardó ocho años en regresar. Varado como un viejo barco, abandonado por su hijo y por el gobernador de Margarita, Berrio seguía soñando con su marquesado y la ciudad de oro de los indios.

Mientras, las noticias del fracasado periplo se extendieron por Nueva Granada con un halo de hazaña mítica, en donde el episodio de la muerte de los caballos y los rumores sobre la existencia de El Dorado despertaron el interés de un rico español afincado en Caracas, Domingo de Vera. Como poseído por un impulso febril, en 1592, Vera alistó treinta y seis soldados y se presentó en Margarita ofreciendo sus servicios a Berrio.

La locura mancomunada de los dos puso en marcha una nueva expedición. El viejo conquistador nombró maestro de campo a Domingo de Vera y le ordenó tomar Trinidad, en nombre del gobernador Antonio de Berrio, como base de la futura conquista de El Dorado. Allí fundó la ciudad de San José de Oruña, primer

asentamiento colonial estable en la isla, de la que fue gobernador de facto hasta su muerte, en 1597. Mientras reclutaban más hombres, Vera se internó por el Orinoco con una pequeña avanzadilla de treinta y cinco hombres. Regresó un mes más tarde con la tropa diezmada, pero con la ansiada noticia de haber encontrado El Dorado; como prueba irrefutable del hecho traía una buena cantidad de oro. Aquello provocó el delirio y las nuevas sobre el presunto hallazgo de la mítica ciudad dieron lugar a un alborozo generalizado en las colonias. Como es obvio, el escaso oro recogido por Vera pasó en pocas semanas por mor de los rumores a ser un inmenso tesoro.

Por su parte, Berrio escribió al rey Felipe II transmitiéndole la sensacional noticia y considerándose ya el tercer marqués del Nuevo Mundo. Aunque la realidad era otra bien distinta y nadie quiso perderse el inminente reparto del botín. El gobernador de Cumaná reclamó su jurisdicción sobre Trinidad y, de igual modo, el gobernador de Caracas se negó a dar más hombres a Berrio, enviando él mismo su propia expedición.

Las fábulas sobre el oro también habían llegado a Inglaterra y varios corsarios británicos comenzaron a preparar sus incursiones sobre Trinidad, entre ellos el caballero Walter Raleigh, un antiguo amante de la reina Isabel I que había perdido su favor a causa de ciertas intrigas, motivo por el cual no dudó en convertirse en corsario con el ánimo de apropiarse de aquella fortuna para servírsela en bandeja a su soberana.

Vera, en cambio, había viajado a España para capitular con el rey y reclutar más soldados. En 1594, Raleigh se cruzaba con su compatriota Dudley cerca de Trinidad; el segundo se marchó tras una semana de exploración inútil y poco entusiasta, pero el primero, en cambio, venía dispuesto a todo. Tras un par de celadas a las embajadas de Berrio se presentó en San José, incendió la ciudad y detuvo al gobernador español. Raleigh se internó por el Orinoco y buscó durante una semana lo que los españoles llevaban anhelando un siglo, mas sólo halló una vieja mina de oro de los indios y varias tribus con cuyos caciques entabló amistad. Fue entonces cuando decidió concluir su aventura y regresó a Inglaterra, liberando previamente a su ilustre rehén español.

La historia del corsario inglés acrecentó la fama de Berrio y de El Dorado. En España, Domingo de Vera hizo muy bien su trabajo de propaganda presentando a su jefe como un héroe, lo que terminó por interesar al propio rey Felipe II, quien aportó setenta mil ducados para una nueva expedición.

En la Pascua de 1595 se concentraban en el golfo de Paria, frente a Trinidad, veintiocho barcos con más de mil quinientos hombres. No obstante, en Trinidad no existían condiciones favorables para alojar tantas tropas, pues San José no sobrepasaba las veinte casas de paja y adobe, y Puerto España era un mísero enclave de pescadores con apenas sitio para el desembarco. Por añadidura, escaseaban las provisiones y los españoles hambrientos arrasaron los poblados

indios, que a su vez se vengaron emboscando a cuantas patrullas de reconocimiento se internaban por el Orinoco. En estas escaramuzas sucumbieron no menos de cuatrocientos soldados, lo que mermó ostensiblemente el potencial de la empresa. Al resto del contingente no le fue mucho mejor, ya que fueron pasto de rebeliones, deserciones, enfermedades, disputas internas... Todo había sido desmesurado, y un enfermo Berrio fallecería enajenado un año después de haber visto la llegada de otros tantos que, como él, ambicionaban cubrir sus cuerpos con un oro fantasmagórico.

Meses más tarde apareció en Trinidad el desaparecido Fernando —el hijo del conquistador—, quien reclamó los derechos de su progenitor. Si bien este huidizo personaje pronto olvidó El Dorado y se dedicó a la plantación de tabaco en la isla, haciendo asimismo contrabando con ingleses y holandeses. Los largos informes escritos por Antonio de la Hoz Berrio y Domingo Vera al rey y al Consejo de Indias quedaron archivados tras la muerte de ambos. Trescientos años después serían desempolvados por los historiadores, desvelando así una de las aventuras más descabelladas y singulares del Nuevo Mundo. En la actualidad los jóvenes tacharían este suceso relacionado con la búsqueda de El Dorado como una divertida leyenda urbana para comentar en los foros de internet. Pero, en aquellos tiempos, miles de seres humanos fueron capaces de morir con tal de aferrarse al espejismo que podría dignificar sus depauperadas existencias.

CAPÍTULO VII

LA EXPLORACIÓN DE LOS LÍMITES

E digo que no hallo gente que por tan áspera tierra, grandes montañas, desiertos e ríos no caudalosos, pudiesen andar como los españoles sin tener ayuda de sus mayores, ni mas de la virtud de sus personas y el ser de su antigüedad; ellos, en tiempo de setenta años, han superado y descubierto otro mundo mayor que el que teníamos noticia, sin llevar carros de vituallas, ni gran recuaje de bagaje, ni tiendas para se recostar, ni más que una espada e una rodela, e una pequeña talega que llevaban debajo, en que era llevado por ellos su comida, e así se metían a descubrir lo que no sabían ni habían visto.

Palabras de Cieza de León, soldado y cronista de la conquista de América.

Al cabo de cuarenta años del descubrimiento oficial de América, los asentamientos de colonos españoles se distribuían de forma más o menos razonable por millones de kilómetros cuadrados, tanto en las ínsulas antillanas como en la vasta Tierra Firme. Miles de europeos viajaban al Nuevo Mundo ilusionados ante las perspectivas que se abrían ante ellos. El incipiente comercio comenzaba a inundar los mercados del viejo continente con alimentos y materias primas hasta entonces desconocidos y que mejoraron ostensiblemente la calidad de vida de sus poblaciones. América se transformó en un sueño tangible y una oportunidad única para escapar de situaciones poco o nada deseables. El imperio español aumentaba su gloria gracias a los pactos de Estado y a las batallas ganadas ante sus enemigos ancestrales. El emperador Carlos era el hombre más importante e influyente de su tiempo y los invictos Tercios se paseaban por media Europa sin oposición aparente. Mientras tanto, las riquezas llegadas de las nuevas posesiones ultramarinas fortalecían el Estado español asegurándole un destino envidiable.

Sin embargo, la expansión debía proseguir por el Nuevo Mundo. Al norte de México se ofrecían innumerables posibilidades para el flujo constante de pioneros, soldados, exploradores, busca-fortunas... Por su parte al sur de Nueva España se recogían magníficos frutos en Centroamérica, donde se consolidaba el dominio español en territorios como Guatemala, Honduras, Panamá, Nicaragua o El Salvador, mientras que la gesta de Pizarro engrandecía al imperio español con la inmensidad representada por el mundo inca.

No obstante, a pesar de estos innegables éxitos y avances, aún restaban grandes zonas pendientes de su exploración y conquista, y no pocos adelantados

dispuestos a consumir tal propósito. Era momento, pues, para que diferentes expediciones hispanas se adentrasen por los territorios todavía extraños al conocimiento de la época. Las futuras hazañas, en ese sentido, se iban a dar en el cono sur de América, mientras que los mayores trasiegos tendrían como escenario la inmensidad que representaba el sur de los actuales Estados Unidos de América.

Pedro de Valdivia, la conquista de Chile

Algunas localidades extremeñas se disputan el honor de haber acogido el nacimiento de este ilustre conquistador: Villanueva de la Serena y Zalamea de la Serena o Castuera (Badajoz). En todo caso este pacense universal vino al mundo en 1497, en el seno de una familia hidalga, como en tantos casos venida a menos, lo que no le privó de una correcta instrucción académica. Más tarde se alistó en el ejército y como soldado participó en las campañas italianas y en la victoria española sobre los franceses en Pavía, hecho acontecido en 1525.

Una vez licenciado de sus obligaciones castrenses, regresó a España con el propósito de fundar una familia y para ello se casó con doña Marina Ortiz de Gaete, y fijaron su hogar en la extremeña Castuera. A mediados de 1534, angustiado por la urgencia de acrecentar su patrimonio familiar, se embarcó en la expedición de Jerónimo de Ortal y Jerónimo de Alderete con destino a Paria (Venezuela).

A los dos años se sumó a la columna enviada a Perú por Alonso de Fuenmayor, presidente de la Audiencia de La Española, con la intención de ayudar a sofocar la rebelión del indio Manco Inca. Valdivia se distinguió en este conflicto por su bravura peleando junto al gobernador Francisco Pizarro para romper el cerco sobre Lima. Estos méritos militares le elevaron hasta la distinción de maestro de campo, elegido por su jefe para afrontar la batalla de Las Salinas, punto culminante de la primera guerra civil española en América y que acabó, como ya sabemos, en desastre para los almagristas. En meses sucesivos siempre se mantuvo al lado de Pizarro, participando en las campañas de conquista y colonización de Collao y las Charcas del alto Perú. El gobernador extremeño lo quiso premiar por su fidelidad en tan duros episodios y, con tal motivo, le concedió una magnífica encomienda en Bolivia, así como la titularidad de una mina de plata en Porco.

Bien pudiera parecer que con estas prebendas cualquiera se contentaría, pero el espíritu de Valdivia quiso experimentar el placer de protagonizar su propia acción conquistadora y, en ese sentido, solicitó a Pizarro, en 1539, la posibilidad de iniciar una expedición hacia Chile, tierra que no contaba con buena fama después de la fracasada aventura de Almagro. Aunque el flamante marqués de la Conquista intentó convencerle de lo contrario, él se obstinó en el empeño e invirtió todos sus bienes en la organización de aquella difícil misión. Los preparativos estuvieron cuajados de inconvenientes, y muy pocos, a esa alturas, deseaban sumarse a una marcha tachada de imposible y sin beneficios aparentes que engordasen las bolsas de los voluntarios. Los hombres eran por entonces muy escasos en Perú y, por añadidura, existían razonables dudas sobre la legitimidad de la empresa, pues en aquel tiempo, Pedro Sancho de Hoz, antiguo hombre de

confianza de Pizarro, llegó de España con capitulaciones selladas por el mismísimo emperador en las que se le facultaba para ser conquistador de las tierras chilenas. La discusión sobre quién debía ser artífice de la hazaña quedó aplacada cuando Pizarro sugirió que ambos adelantados uniesen sus fuerzas. La idea fue aceptada y, de ese modo, se dispuso que Valdivia saliese primero por la ruta terrestre y que Sancho de Hoz le siguiese cuatro meses más tarde por mar con dos buques cargados de pertrechos y provisiones.

A finales del mes de enero de 1540 partió Valdivia de Cuzco con tan sólo ocho soldados, un ayudante quinceañero, la buena compañía de su amante Inés Suárez y mil indios porteadores. A fin de evitar los Andes, la expedición se dirigió a Arequipa y desde allí se internó hacia el sur. Al llegar a Tarapacá, justo en las puertas del desierto de Atacama, Valdivia decidió esperar los refuerzos de Sancho de Hoz, quien no hizo acto de presencia, para desesperación del grupo, pues sin esos víveres sería imposible acometer el trasiego por una de las zonas más secas del mundo.

Sí, en cambio, llegó una inesperada ayuda encarnada en decenas de españoles, los cuales, tras fracasar en otras empresas exploratorias y enterados de la expedición a Chile, decidieron probar fortuna. Entre ellos estaban antiguos compañeros de Valdivia y experimentados conquistadores como Jerónimo de Alderete, Francisco de Villagra, Juan Jufre y Johan Bohon. Poco a poco los grupúsculos se fueron reuniendo hasta completar una recluta de ciento cincuenta y cuatro hombres curtidos y predispuestos para los rigores del camino.

Valdivia, orgulloso por la actitud de sus nuevos soldados y abastecido con intendencia autóctona, decidió internarse en Atacama. La marcha resultó agotadora, pues la dureza del desierto impuso su ley. Finalmente, el adelantado decidió parar casi dos meses con la intención de descansar. En ese tiempo no dejó de enviar patrullas de reconocimiento hacia el sur, mientras recibía complacido la llegada de su antiguo compañero Francisco de Aguirre, quien se incorporó al grupo con veinte soldados más. Asimismo, por fin llegó el esperado Sancho de Hoz, aunque éste no traía ningún tipo de refuerzo y sí, más bien, la intención de asesinar a Valdivia para asumir el mando de la empresa. Por fortuna para el extremeño, la conspiración se desbarató en un par de ocasiones y el insidioso terminó por aceptar ser uno más de la columna renunciando a sus derechos, so pena de ser pasado a cuchillo.

A mediados de agosto el grupo reemprendió la marcha guiado por el fraile Antonio Rondón, que ya acompañase a Almagro por aquellas latitudes, y gracias a sus oportunas indicaciones geográficas llegaron al fértil y hermoso valle de Copiapó, que Valdivia bautizó con el nombre de valle de la Posesión, llamando al resto del territorio Nueva Extremadura. Fue aquí donde la expedición sufrió un primer ataque de los indios y las primeras bajas mortales, hecho que no les impidió proseguir camino hasta alcanzar la ciudad de Coquimbo y poco después el

bello valle de Mapocho, donde el 24 de febrero de 1541 Valdivia fundó la primera ciudad hispana en Chile, Santiago de la Nueva Extremadura. Para entonces ya habían desertado cuatrocientos porteadores y los ataques indios eran constantes, azuzados por el cacique Michimalongo, un bravo guerrero que entendió de inmediato que los intrusos no venían precisamente de visita turística.

La fundación de Santiago permitía una pequeña base para sostener la conquista. Además, al elegirse su Cabildo, y éste ratificar a Valdivia como gobernador, se ponían firmes bases jurídicas para las acciones futuras, sin subordinarse totalmente a los azarosos acontecimientos políticos de Lima. En efecto, en Perú la historia se precipitaba con el inicio de una segunda guerra civil. Empero, la dependencia de Perú era total, pues se necesitaban más hombres, víveres y equipos, y éstos sólo podían venir del norte. Por ello Valdivia ordenó la construcción de un bergantín que mantuviese la comunicación por mar con Lima. Pero el creciente rechazo indígena a los invasores complicó las cosas hasta tal punto que el pequeño campamento de Santiago fue arrasado la noche del 11 de septiembre de 1541.

Por su parte, Sancho de Hoz volvió a conspirar por intermedio de sus seguidores. La respuesta de Valdivia fue enérgica, con un sangriento ataque sobre los indios y el ahorcamiento de los sediciosos internos. Todos estos acontecimientos retrasaron notablemente la conquista chilena y obligaron a Valdivia a enviar a su lugarteniente Alonso Monroy a Perú en busca de refuerzos. Para entonces Valdivia ya había sido elegido gobernador de Nueva Extremadura (Chile) por los suyos, un nombramiento necesario dadas las noticias que llegaron del Perú sobre el asesinato de Pizarro. Ahora, el flamante mandatario asumía su lugar en la historia y se desmarcaba de los acontecimientos peruanos instaurando la gobernación con autonomía del Perú.

A mediados de 1543, con la llegada de unos pocos refuerzos enviados por Monroy, Valdivia envió un destacamento al mando de Bohon a fundar la ciudad de La Serena, en el valle de Coquimbo. Al invierno siguiente arribó el providencial barco de Juan Bautista Pastene, con más pertrechos y provisiones, lo que permitió explorar la costa sur hasta la isla de Chiloé. Al mismo tiempo, Francisco de Villagrán comandó una expedición terrestre hacia el sur. Por su parte, los indios continuaban guerreando y cuanto más se internaban los españoles hacia el sur, más hostiles se mostraban los nativos.

Así Valdivia, en septiembre de 1545, despachó de nuevo a Perú al fiel Monroy para que gestionase nuevos contingentes de refuerzo. Durante el año 1546, las cosas empeoraron: la expedición al sur fue rechazada en el límite natural del río Bío-Bío y en Perú reinaba la confusión tras el asesinato del virrey Núñez de Vela. Valdivia no ignoraba que su gobernación dependía de la estabilidad política en Lima y decidió en consecuencia ofrecer sus servicios al recién llegado Pedro de la Gasea, virrey interino. Pero se necesitaba dinero para acudir a Lima y, una vez

allí, poder reclutar los hombres necesarios que reforzasen la empresa chilena. En consecuencia, maquinó un plan para obtener recursos económicos reuniendo en una gran fiesta a todos los conquistadores que deseaban abandonar Chile —la mayoría— para huir de los indios y de la precaria situación colonial. El astuto Valdivia se mostró más simpático y conciliador que nunca, invitándoles a embarcar sus riquezas mientras les esperaba para una copiosa cena de despedida. En un momento de la velada Valdivia pidió disculpas y se ausentó. Lo que nadie en el banquete pudo sospechar es que el gobernador salió a toda prisa rumbo a la nao llena de riquezas y en ella embarcó zarpando hacia el norte, mientras los incautos se quedaban solos y sin dinero.

Una vez en Perú mostró su absoluta lealtad a los intereses reales y con su espada sirvió a La Gasea, contribuyendo decisivamente a la derrota de Gonzalo Pizarro en la batalla de Jaquijahuana, en 1548. El virrey lo recompensó ratificándolo en los cargos de gobernador y capitán general de Chile. Pero antes de embarcar tuvo que rendir cuentas a la justicia por su «robo» a los conquistadores chilenos, el ajusticiamiento de Pedro Sancho de Hoz y algunos asuntos económicos, hasta un total de cincuenta y siete cargos de los que, como el lector puede suponer, salió, dado su prestigio, absuelto, pues durante el juicio, su conducta quedó justificada, logrando demostrar que había ordenado a sus lugartenientes que saldasen la deuda con los colonos robados.

En lo personal, el virrey y sacerdote La Gasea le recomendó que como gobernador debía llevar una vida pública intachable, por lo que debía reunirse con su mujer (abandonada en España) y separarse de su amante Inés Suárez. Con estas premisas y libre de todo mal, Pedro de Valdivia regresó a Chile dispuesto a extender sus ya impresionantes dominios. En Santiago, un accidente de caballo lo mantuvo convaleciente durante meses, tiempo que aprovechó para enviar una expedición marítima de reconocimiento al mando de Antonio de Ulloa.

A principios de 1550 inició sus campañas de conquista por el sur. Cruzó el río Bío-Bío, derrotó a los nativos en Andalién, fundó la ciudad de Concepción y se internó en el hostil territorio mapuche, donde fundó las villas de La Imperial (abril de 1552), Valdivia y Villarrica. Una vez de regreso a Santiago destacó a Francisco de Aguirre a la región de Tucumán. En 1553 retornó al sur a batallar contra los mapuches y fundar el fuerte Arauco, con el fin de asegurar las comunicaciones entre Concepción y La Imperial. Poco después levantó nuevos bastiones en Tucapel y Purén, como resguardo para los colonos de la recién fundada villa de Los Confines (actual Angol).

En diciembre de 1553, los mapuches se alzaron bajo el mando de Lautaro —antiguo paje de Valdivia y astuto guerrero—, que supo aglutinar voluntades de los suyos con el objetivo común de derrotar a los españoles. Los combates resultaron feroces y algunas fortificaciones hispanas, como el fuerte Tucapel, fueron reducidas a la ruina.

Valdivia, instalado en Concepción, decidió ir en persona a combatir a los indios concentrados en los restos del fortín. El 25 de diciembre, él y otros cincuenta hombres fueron atacados por los mapuches, que poco a poco fueron masacrando al grupo. En mitad del combate, un certero golpe de macana acabó con la vida del conquistador, al cual le siguieron en suerte los últimos supervivientes de la columna. El desastre corrió como la pólvora por todo Chile.

Los sucesores de Valdivia no pudieron asumir mando alguno por diferentes circunstancias y, finalmente, la jurisdicción chilena recayó bajo el gobierno del virreinato del Perú, asumido en la figura de Andrés Hurtado de Mendoza, quien delegó en su hijo García la gobernación de la tierra conquistada por el célebre extremeño.

Lejos quedaban así trece años de expansión española por Chile, que habían sido iniciados por ciento cincuenta hombres y que en el transcurso de ese tiempo habían visto incrementado su número hasta los dos mil cuatrocientos. De ellos, unos quinientos fallecieron en combate y otros tantos se marcharon sin mayor fortuna acumulada. Con estos escasos efectivos se consiguió explorar una tierra enorme, poblándose regiones hasta Chiloé, Cuyo y Tucumán. Se llegó al estrecho de Magallanes, se fundaron quince ciudades y se reconstruyeron las plazas arrasadas por las rebeliones indias.

Asimismo se implantó un primigenio tejido económico y social con el desarrollo tanto de la agricultura como de la ganadería. Se crearon astilleros en Concón y Maule, fábricas textiles en Santiago y Rancagua, e incluso un ingenio azucarero en Aconcagua. Los colonos chilenos iniciaron el comercio con Panamá y echaron raíces en su tierra de acogida, trayendo a sus mujeres de España o uniéndose a indias autóctonas en un ejercicio claro de mestizaje.

Hacia 1565 los albores de la conquista chilena habían dado paso a una integración absoluta en la vida de la corona española, con unos mil quinientos pobladores en constante aumento. Pero, mientras tanto, ¿qué había ocurrido en las tierras de la costa atlántica?

Los trasiegos hacia Cíbola

Una de las historias más asombrosas de la presencia española en el Nuevo Mundo seguramente sea la de un astuto andaluz llamado Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Su asombrosa peripecia ofrece dos tramos bien diferenciados, uno al norte cuando formaba parte de la fracasada expedición de Panfilo de Narváez a la Florida, en 1527, y otra al sur, una vez que fue nombrado adelantado de La Plata en 1540. En ambos casos su firme personalidad le aventuró no pocas emociones mientras sorteaba peligros indígenas, orográficos y los procurados por sus propios paisanos.

Alvar Núñez nació en la gaditana Jerez de la Frontera hacia 1507. Sus padres eran Francisco de Vera y Teresa Cabeza de Vaca, formando parte de un clan con amplia tradición castrense, ejemplo de ello fue la participación del abuelo paterno Pedro de Vera en la conquista de Canarias. Siendo muy joven eligió la carrera de las armas y se fogueó en Italia y en las guerras comuneras, donde tuvo parte activa en la toma del Alcázar de Sevilla, lo que le promovió al cargo de alférez.

En 1526 y enterado de la expedición que Panfilo de Narváez estaba organizando para ir a la península de la Florida, solicitó permiso para incorporarse a la flota, acaso imbuido por el espíritu que dominaba aquellos años de conquista y expansión imperial. Dicha licencia se le concedió y un ilusionado Alvar ocupó su sitio como tesorero en una de las cinco naves pertrechadas y dispuestas para zarpar rumbo a la colonización del lugar en el que años antes había fallecido su descubridor Ponce de León.

En la escuadra que salió en 1527 viajaban seiscientas personas, incluida la tropa, los pioneros y hasta diez mujeres casadas. Como era previsible, Narváez no tuvo fortuna alguna en su viaje, dado que este hombre ha pasado a la historia no precisamente por sus hazañas, sino más bien por sus desgracias. Ya vimos en el capítulo de Nueva España cómo intentó en vano sojuzgar el ánimo de Hernán Cortés con un ejército muy superior al de su oponente, sin resultado alguno y perdiendo incluso un ojo.

Había llegado el momento de resarcirse de tanta calamidad. Pero tampoco hubo suerte. Las tempestades se cebaron con sus barcos y provocaron la muerte de sesenta tripulantes, motivo por el cual se vieron obligados a echar anclas en la isla de La Española, donde ciento cuarenta descontentos desertaron a las primeras de cambio.

A finales de marzo de 1528 los cinco buques pudieron proseguir viaje hasta las costas de la Florida. Finalmente el 14 de abril, Jueves Santo por más señas, recalaron en una pequeña bahía habitada por los indios calusas: se trataba de los mismos que habían cosido a flechas a Ponce de León unos años antes. La célebre

hostilidad de los nativos no aconsejaba quedarse mucho por allí y la flota siguió navegando hacia el norte, donde se toparon con un lugar más bonancible al que bautizaron como bahía de la Cruz (actual bahía de Tampa).

Allí fueron bien recibidos por la tribu de los timucuas, nativos más amistosos que enseñaron a los españoles su modo tradicional de vida, sus cultivos y sus pequeños ornamentos de oro. Craso error por su parte, ya que esto último desató la acostumbrada codicia europea y pronto los aborígenes se vieron incomodados por el creciente abuso de los expedicionarios. Una vez más la astucia de los autóctonos interpretó a la perfección la avaricia que se veía en los ojos de los conquistadores y en consecuencia inventaron una historia que satisfizo plenamente la ambición de Narváez. Los indios contaron a don Panfilo que más al norte, en las montañas de los Apalaches, existían siete ciudades cuyos muros y tejados se encontraban revestidos de magnífico oro. Aquí tenemos un caso homólogo al que se produjo con las leyendas de El Dorado y de la ciudad de los Césares.

Unos avispados que, haciendo uso de una invención fabulosa, se desembarazaron momentáneamente de la presión ejercida por los invasores blancos y los despacharon así rumbo a remotos lugares de los que probablemente nunca regresarían. Pero, a pesar de todo, Narváez confió en lo que le contaban los salvajes y preparó raudo una expedición rumbo a la riqueza de Cíbola, pues así denominaron a este presunto reino cuajado de oro.

El 1 de mayo de 1528 los españoles, en número de trescientos, avanzaron con destino enigmático. En su camino sufrieron toda suerte de penalidades: apenas llevaban para su manutención unas escasas raciones de bizcocho y tocino, por lo que de inmediato comenzó la hambruna.

Tras cincuenta y seis días de marcha agotadora contactaron con un poblado en los Apalaches, pero en lugar de oro lo que encontraron fue un abundante grupo de mujeres, ancianos y niños en chozas de adobe y paja en las que se almacenaba la cosecha de maíz de esa temporada. ¿Dónde estaban los hombres? Como el lector puede intuir, los guerreros de la tribu estaban advertidos de la llegada extranjera y salieron dispuestos a tender cuantas emboscadas fuese preciso a los blancos barbados.

Durante veinticinco días Narváez y los suyos se tuvieron que enfrentar a las flechas indias hasta que, exhaustos por la hostilidad autóctona, el capitán español ordenó retroceder hasta el mar y sin tesoro alguno en sus bolsas. Para entonces quedaban doscientos cincuenta y seis efectivos en la columna expedicionaria. Una vez en la costa los españoles construyeron cinco botes tan precarios como inestables y en ellos se subieron dispuestos a salvarse de aquella zozobra. Durante días costearon, sufriendo vendavales y hambre; el mismo Narváez desapareció en medio de la noche tras recibir un fuerte golpe de viento. De esta dramática forma, poco a poco el número de viajeros fue menguando hasta

quedar reducidos a tan sólo quince hombres, entre los que se encontraba Alvar Núñez.

Al fin pudieron desembarcar pero pronto se vieron rodeados por indígenas que los capturaron. La travesía había sido ciertamente lamentable, Cabeza de Vaca no daba crédito a lo acontecido, sin saber sobre la suerte de tantos y tantos compañeros perdidos en aquella latitud tan funesta.

Lo cierto es que los náufragos se encontraban en la isla de Malhado, frente al actual Texas. Y, a pesar de algunos intentos de fuga, el hambre, las enfermedades y las pésimas circunstancias acabaron diezmando a los supervivientes hasta reducirlos a un exiguo grupo de cuatro, compuesto por el propio Alvar Núñez, los capitanes Alonso del Castillo y Andrés Dorantes, y el criado negro de este último, llamado Estebanico. Los españoles permanecieron durante casi siete años esclavizados por los indios carancaguas y por los coahuiltecas que vivían a uno y otro lado del río Grande.

Cabeza de Vaca en este tiempo aprendió las costumbres nativas, sus ritos y su forma de comunicarse con los dioses, y llegó a convertirse en un auténtico chamán de la tribu, además muy valorado, pues los indios creían que tenía en sus manos y en su boca el poder de la curación.

En el verano de 1535 los cuatro aventureros escaparon de sus captores y juntos vadearon el río Grande para iniciar un sorprendente periplo que les condujo por los actuales estados mexicanos de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila y Chihuahua. Guiados por indios amigos y venerados como curanderos por una multitud, se dirigieron a Poniente, hacia el Pacífico, por tierras del estado de Sonora, para bajar a Nueva Galicia, donde el gobernador estaba fundando asentamientos.

En abril de 1536 lograron contactar con algunos jinetes españoles que patrullaban la zona a pocas leguas de San Miguel de Culiacán (Sinaloa-México). Su increíble relato dejó atónito al gobernador de Nueva Galicia, Nuño Beltrán de Guzmán. No en vano, aquellos seres que parecían ermitaños salidos de una prehistórica cueva, habían recorrido casi dieciocho mil kilómetros, atravesando tierras hostiles y cuajadas de indios enemigos; solo su habilidad y picaresca les había librado de una muerte segura. Aquello parecía, más que una gesta, un asombroso milagro. Y para mayor emoción su testimonio sobre las ciudades del oro que habían buscado con Narváez se sumó a otras narraciones extraordinarias como las de fray Marcos de Niza, con lo que el mito de Cíbola resurgió con una impresionante fuerza que motivó la organización de nuevas expediciones rumbo a este particular El Dorado norteamericano.

La fallida expedición de Narváez dio paso a la famosísima de Hernando de Soto, un curtido conquistador que había acreditado su prestigio en Centroamérica y Perú tomando el testigo en la exploración norteamericana con un punto culminante en mayo de 1541, gracias al descubrimiento del majestuoso

río Mississippi. Precisamente, el bravo extremeño fue sepultado en sus aguas tras fallecer un año más tarde, después de haber explorado buena parte de los actuales estados de Florida, Georgia, Alabama, Arkansas, Tennessee..., lo que constituyó una de las mayores proezas de la época.

A decir verdad, el mito sobre las siete ciudades de Cibola instigó uno de los mayores periplos viajeros de todos los tiempos, en el que los españoles se afanaban en ser los primeros en descubrir el supuesto vergel aurífero. Precisamente, uno de los compañeros de Cabeza de Vaca, el llamado negro Estebanico, fue sin duda uno de los mayores promotores en la construcción de esta leyenda. Sus alucinadas exposiciones se sumaron a las del fraile Marcos de Niza, quien también creía firmemente en la existencia de Cibola. Tanto rumor provocó al fin que el virrey de Nueva España, Antonio Mendoza, se decidiera personalmente a sufragar con setenta mil pesos de oro la organización de una nueva aventura que localizase la ubicación exacta de las ciudades del oro.

Para esta ocasión encomendó a uno de sus mejores hombres, llamado Francisco Vázquez de Coronado culminación exitosa de la difícil empresa. Este salmantino había nacido en 1510 y con veinticinco años de edad viajó a Nueva España como parte del séquito personal del propio Mendoza. Una vez en América se casó con la hija del tesorero real, la hermosa Beatriz Estrada, y gracias a su gran confianza con el virrey pudo sustituir a Beltrán de Guzmán en la gobernación de Nueva Galicia.

En abril de 1540 asumió la vanguardia de una magnífica hueste conformada por setenta jinetes, trescientos infantes y ochocientos indios porteadores. Todos ellos abastecidos con enorme intendencia, más de mil caballos y abundantes piaras de cerdos. Como guía de la columna actuó el clérigo francés Marcos de Niza, el mismo que anteriormente había acompañado al negro Estebanico en una exploración en la que el africano resultó muerto y descuartizado por los indios zuñis. Aquéllos eran los habitantes de la inhóspita región por la que se adentraron Coronado y los suyos durante más de dos meses, en los que no se constató ciudad alguna y sí diferentes aldeas de barro y paja con indios en precaria situación.

Finalmente, las indicaciones del fraile galo condujeron a los españoles al presunto lugar donde se levantaba Cibola. A decir verdad, la decepción de Coronado fue tan inmensa como el enojo mostrado hacia el alucinado fraile, pues en aquel enclave no se encontró más que un villorrio de escasas chozas en las que malvivían un puñado de indios zuñis. La desesperación de los hombres de Coronado casi acabó con Niza, quien regresó a México poco después, medio muerto de hambre y ofuscado por los insultos de los soldados. A pesar del evidente fracaso, Coronado ordenó proseguir con la expedición, llegando al poblado de Abiquiú, donde los zuñis ofrecieron una férrea resistencia armada, lo que hizo sospechar a los españoles que los nativos defendían algunos tesoros,

aunque tras el asalto comprobaron que los nativos no guardaban riqueza alguna.

El capitán español decidió entonces establecer allí su base de operaciones y despachó varios destacamentos a explorar los alrededores que confirmaron al poco la pobreza de la región y la inexistencia de imperios o ciudades de oro. Sin embargo, algunos indios les hablaron de la presencia cercana de un gran río y Coronado envió una patrulla bajo el mando del capitán García López de Cárdenas, el cual confirmó la existencia de «un barranco tan acantilado de peñas que apenas podían ver el cauce fluvial»: habían hallado el Gran Cañón del río Colorado. Un nuevo hito para la exploración española de América.

En septiembre, Coronado condujo a sus tropas hacia el enclave indio de Acoma, y de allí pasaron al fértil y hermoso valle de Tiguex, regado por el río Grande, donde decidió invernar. El frío, el hambre y las continuas batallas con los indios aumentaron el sufrimiento de la desmoralizada hueste. En abril de 1541, los españoles reanudaron la marcha, atravesaron las llanuras de Arkansas y penetraron en el sur de Nebraska sin encontrar ningún objetivo digno de mérito, salvo la primera visión que los blancos tuvieron de las grandes manadas de bisontes que recorrían las praderas norteamericanas.

A esas alturas y sin ciudades de oro descubiertas ni botín alguno en sus alforjas, los expedicionarios se veían acuciados por las penurias, hambrunas y enfermedades, por lo que Coronado decidió regresar al valle de Tiguex para una nueva internada. En la primavera de 1543 el tenaz salmantino sufrió un aparatoso accidente ecuestre que le ocasionó una grave herida en la cabeza, motivo al parecer de un supuesto trastorno que se prolongó en exceso, y por lo que sus oficiales tomaron la decisión de regresar al punto de partida.

La expedición retornó a Nueva España con más pena que gloria, no se había encontrado Cibola, los pesos del virrey se habían esfumado y el descubrimiento del Gran Cañón del Colorado no se valoró como era debido, por lo que el recibimiento en México fue muy frío. Un año más tarde Coronado fue destituido de su cargo de gobernador de Nueva Galicia, dándole a cambio un puesto sin importancia en el Ayuntamiento de la ciudad de México. Empero, sus extravagancias provocaron una nueva sustitución y a finales de 1545 el célebre explorador se retiró a sus ricas encomiendas de Nueva Galicia, donde murió el 22 de septiembre de 1554.

El relato de sus exploraciones, de gran valor por la incomparable descripción del suroeste de Estados Unidos antes de su conquista por los europeos, se publicó en el decimocuarto informe del Departamento de Etnología de Estados Unidos en 1896. En 1952 se inauguró un monumento en memoria de la expedición de Coronado cerca de Bisbee, en Arizona.

Alvar Núñez Cabeza de Vaca, gobernador del Río de la Plata

Retomando la historia de Cabeza de Vaca diremos que, tras su aventura en Norteamérica, regresó a España en 1537 dispuesto a solicitar la concesión de capitulaciones para nuevos retos en América, y tuvo suerte, pues el Consejo de Indias, ante el caos administrativo del que se tenía noticia en el Río de la Plata, le nombró gobernador de la región. A finales de 1540 zarpó de Cádiz con una importante flota para organizar y colonizar definitivamente la provincia del Plata. Los vientos y las tormentas hicieron que la maltrecha escuadra tuviera que refugiarse en el sur de Brasil, así que Alvar Núñez decidió dividir el grupo en dos: una expedición terrestre con el grueso de los colonos y el ganado dirigida por él mismo, y otra marítima con los bastimentos más pesados.

Las excelentes dotes de vaquero de Cabeza de Vaca lograron lo que parecía casi imposible: atravesó el territorio guaraní —al tiempo que era el primer europeo en contemplar las maravillosas cataratas de Iguazú— y llegó a la ciudad de Asunción en marzo de 1542, con escasas pérdidas de hombres y ganado. De hecho este gaditano andariego había abierto una nueva vía de comunicación que pronto iba a tener suma importancia, pues gracias a él se asentaron las bases de la futura y fabulosa cabaña ganadera de los países bañados por el Río de la Plata.

Aunque lo cierto es que en la futura capital de Paraguay no fue muy bien recibido por el antiguo preboste Martínez de Irala y el grupo de encomenderos y funcionarios reales que controlaban el poder. Alvar, ajeno a cualquier conspiración, comenzó por colonizar y poblar las tierras adscritas a su gobernación, suspendiendo las expediciones a la mítica sierra de la Plata que tanto obsesionaban a Irala. Se enfrentó a los indios guaraníes y a los indios chiquitos que le causaron diversos estragos. Su intento de poner orden de forma autoritaria en el corrupto maremágnum administrativo acabó con la paciencia de sus enemigos, los cuales tejieron una conjura encarnada en la figura del veedor real Alonso de Cabrera, hombre de paja de Martínez de Irala, y que consiguió mediante malas artes destituir y apresar al gobernador.

Tras casi un año de cárcel, Alvar Núñez fue enviado a España en 1545 cubierto de cadenas. El Consejo de Indias lo enjuició y durante varios años se estuvo debatiendo sobre el futuro del insólito aventurero que acabó siendo político. Finalmente se le sentenció al destierro en la norteafricana plaza de Oran, aunque la pena no llegó a cumplirse en sus términos, pues el bravo andaluz recibió el indulto por parte de la corona, si bien nunca llegó a ver rehabilitada su imagen social y lo único que pudo obtener por su valía fue un cargo como juez del Tribunal Supremo en Sevilla.

En 1555 publicó en Valladolid *Naufragios*, una obra en la que quedó reflejada su particular odisea americana. En el libro, al margen de su valor literario como relato de aventuras, se compendian interesantes descripciones etnográficas sobre los pueblos nativos del norte de México y el sur de los actuales Estados Unidos. Sobre su muerte mucho se ha elucubrado, algunos aseguran que aconteció en Sevilla en 1560, aunque el inca Garcilaso de la Vega dejó escrito que el óbito del singular explorador se dio en Valladolid entre los años 1556 y 1559. Sea como fuere, Alvar Núñez Cabeza de Vaca representa a la perfección el paradigma del caballero español con ansia de aventuras, riquezas y emociones, un fiel reflejo de la época que le tocó vivir.

El fin de la expansión colonial

Desde los primeros años del siglo XVI diferentes navegantes embarcados en otras tantas expediciones fueron arribando a las latitudes australes atlánticas del continente americano. El primero de ellos fue el piloto sevillano Juan Díaz de Solís, un experimentado cartógrafo que había sido socio de Vicente y Martín Yáñez Pinzón en algunos viajes, como los que se dirigieron a Veragua o al golfo de México en 1506. Asimismo, trazó una ruta en 1508 que lo condujo desde el Caribe hasta las costas brasileñas, llegando hasta los 40° de latitud Sur, aunque no llegó a divisar la desembocadura del Río de la Plata.

Su reconocimiento social aumentó en 1512 al ser nombrado piloto mayor de España, sustituyendo en el cargo al ilustre Américo Vespucio. Ese mismo año obtuvo capitulaciones que le concedían permiso para explorar el sur del continente americano. La expedición zarpó de Sanlúcar el 8 de octubre de 1515 con tres buques y sesenta tripulantes. El 20 de enero de 1516, las naves entraban en el estuario del río Solís: era el primer español en reconocer el río al que bautizó con su nombre y que luego sería denominado Río de la Plata. El lugar donde desembarcaron, llamado Puerto de la Candelaria, sería el mismo sitio elegido en 1724 para fundar la ciudad de Montevideo. La flotilla continuó reconociendo la ribera norte del río hasta que en uno de los desembarcos efectuados por los españoles los indios charrúas atacaron a Solís y a sus hombres y les dieron muerte.

Entre las numerosas anotaciones y mapas dejados por el célebre piloto se encontraban algunas cartas náuticas que posteriormente resultaron de gran utilidad para Magallanes en su viaje alrededor del mundo. Fue aquí donde se recogieron las primeras historias sobre la mítica ciudad de los Césares, pues los escasos supervivientes del grupo dirigido por Solís relataron con cierta vehemencia que los indios les habían hablado de un imperio lleno de oro y plata que estaba regido por un mandatario blanco.

Estas fábulas provocaron, al igual que sucedió con las leyendas de El Dorado y Cíbola, una verdadera expectación en la península Ibérica por las inmensas riquezas que los que se arriesgasen en la empresa pudieran obtener como premio. Uno de ellos fue Sebastián Caboto, hijo del veneciano Juan Caboto, el mismo que sirviera a los intereses británicos con el descubrimiento y exploración de las costas norteamericanas mientras buscaba el anhelado paso septentrional hacia las Indias Orientales.

Su vástago entró en cambio al servicio de España en 1512, contratado por el rey Fernando el Católico para desempeñar diversos cargos en calidad de cartógrafo y miembro del Consejo de Indias, trabajo que le reportó una excelente imagen profesional en la corte española, por lo que seis años más tarde fue

nombrado piloto mayor del reino. En 1526, el monarca Carlos I le encomendó la difícil misión de auxiliar a los náufragos de Magallanes y de paso encontrar la ruta hacia el Pacífico, lo que contrarrestaría el avance portugués en aquella coordenada geográfica. Empero, los barcos de Caboto sólo alcanzaron el estuario del Plata, en la futura Argentina, donde permanecieron anclados tres años.

Allí, atraído por las fabulosas historias sobre la ciudad de los Césares, que le contase un tal Melchor Ramírez, superviviente de la expedición de Solís, se asoció al conquistador Diego García de Moguer y juntos buscaron la asombrosa ciudad. Durante años organizó y dirigió él mismo diversas expediciones en busca del fabuloso tesoro. Sin embargo, nunca logró obtener los resultados pretendidos y tan sólo uno de los grupos enviados al interior llegó con noticias esperanzadoras.

Fue la columna capitaneada por Francisco César la que, tras explorar durante tres meses la sierra de la Plata y Charcas, regresó con catorce hombres anunciando que habían localizado un lugar, al que también se llamó Trapalanda, en el que se encontraban minas y recursos suficientes para levantar un imperio. Esta buena nueva dio nombre definitivo al mito y desde entonces la ciudad de los Césares, llamada así por la comitiva que acompañó a don Francisco, mantuvo vivo el ánimo de cuantos adelantados se acercaban dispuestos a integrar la galería de los descubridores más famosos.

Al fin se dio el visto bueno en España para la colonización del territorio más austral situado en los confines del imperio. El 24 de agosto de 1535, el adelantado Pedro de Mendoza zarpaba de Sanlúcar al frente de trece buques llenos de pioneros y soldados; a éstos se unieron otros tres en las islas Canarias. El propósito de la flota colonizadora era buscar un lugar idóneo en el estuario de la Plata donde levantar un asentamiento que luego sirviera como punto de proyección para el avance hacia el interior.

Tras varias semanas de singladura la escuadra llegó a su lugar de destino, se adentró por el estuario rioplatense y eligió al fin un sitio donde atracar los buques. La zona seleccionada fue bautizada como Riachuelo de los navíos. Junto a este puerto natural se instaló un campamento para dos mil soldados y colonos que a primeros de febrero de 1536 se transformaría en la ciudad de Santa María del Buen Ayre.

Los expedicionarios mantuvieron en principio unas relaciones cordiales con el elemento nativo, sin embargo la amistad se trunció cuando los indios entendieron que los españoles estaban yendo demasiado lejos en sus actuaciones, pues cada vez exigían más y más tierras, arrebatando sin miramientos a los autóctonos la posesión de sus feudos ancestrales. La guerra estalló y los españoles se vieron de inmediato copados por miles de indígenas guaraníes y charrúas hostiles.

El 15 de junio de 1536 se libró cerca del río Matanzas la batalla de Corpus Christi, uno de los combates más terribles de toda la conquista americana y que acabó con la derrota y masacre de muchos blancos, incluido Diego de Mendoza,

hermano del primer adelantado del Plata. Las noticias sobre la victoria indígena no tardaron en llegar a la incipiente Buenos Aires y pronto la plaza quedó sitiada por miles de enfurecidos indios, los cuales lanzaban un ataque tras otro contra las débiles empalizadas que protegían el enclave. Mendoza había asegurado las defensas y resistió a ultranza las embestidas enemigas. Sin embargo, no contaba con víveres suficientes para un asedio tan prolongado como se estaba produciendo, y, poco a poco, la hambruna se adueñó de los angustiados colonos, que empezaron por comer cuero y ratas, para terminar en la más absoluta antropofagia, alimentándose con la carne de los muertos en combate y de los ahorcados por intento de sedición.

Para fortuna de los escasos españoles que quedaban, la falta de intendencia también se adueñó del campo indígena y el cerco a Buenos Aires se levantó a la vez que llegaban víveres suministrados por la columna del capitán Juan de Ayolas, uno de los lugartenientes de Mendoza que había salido semanas antes a la búsqueda de víveres.

Don Pedro se sintió morir por causa de la sífilis que acarreaba desde tiempo atrás, y quiso como última voluntad dar el postrer suspiro en su querida España; para ello armó una carabela en la que embarcó con ese propósito, aunque no pudo cumplir su sueño ya que murió durante la travesía. Su cuerpo fue sepultado en el mar el 24 de junio de 1537.

En Buenos Aires quedó como gobernador Ruiz Galán, mientras que su fiel Juan de Ayolas recibía el cargo de teniente gobernador. Ambos se dedicaron desde entonces y en compañía de otros capitanes, como Martínez de Irala y Juan Salazar de Espinosa, a la búsqueda del imperio dominado por el Rey Blanco.

En estos trasiegos los españoles realizaron fundaciones como la del fortín de la Asunción el 15 de agosto de 1537, semilla de la futura capital paraguaya. Pronto comenzaron las disputas entre los militares españoles por quién debía asumir la gobernación de aquellas tierras, aunque la situación quedó clarificada tras la llegada del veedor real Alonso de Cabrera, quien portaba en su bagaje la Real Cédula de 1537 que autorizaba a los pobladores a elegir gobernador mientras la corona decidía. Reunidos en Asunción, se determinó que Domingo Martínez de Irala asumiera el cargo de gobernación, al ser hombre de confianza de Ayolas y Mendoza. Mientras que Cabrera aconsejó, dada su precariedad, el despoblamiento de Buenos Aires, a fin de agrupar los escasos colonos en un asentamiento más fuerte y seguro como era Asunción. Por añadidura esta villa se encontraba más cerca de la sierra donde se presumía la ubicación del Reino del Oro. En noviembre de 1539 Irala constató la muerte de Ayolas en una celada indígena.

Los supervivientes bonaerenses llegaron a Asunción y se pudo establecer un censo de unos seiscientos españoles. Eran los restos de los más de dos mil cuatrocientos que habían llegado a esa región dispuestos a levantar los primeros

núcleos coloniales en el estuario del Plata.

Más tarde llegaron las noticias sobre el inminente arribo del nuevo adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, lo que desató una enorme tensión en las filas leales a Martínez de Irala, como ya hemos contado en páginas anteriores. Tras despachar al autor de *Naufragios* hacia la península Ibérica, Irala prosiguió con su búsqueda de la mítica ciudad de los Césares, pero esta ambición no la pudo culminar con éxito, pues en una expedición de 1548 constató, al llegar a la ansiada sierra platense, que los españoles asentados en Perú se le habían adelantado unos años.

Con desilusión regresó al Paraguay, donde siguió organizando los poblamientos y exploraciones. En 1555 recibió por fin el reconocimiento de la metrópoli con su nombramiento de gobernador general. Un año después falleció en Asunción víctima de apendicitis aguda. Domingo Martínez de Irala es posiblemente el último representante de la casta conquistadora, ya que después de él dejó de hablarse de conquista para hacerlo de colonias y fijación, en definitiva, al territorio en el que se habían asentado miles de pioneros españoles junto a la diversidad autóctona de las Indias.

En aquel tiempo los pobladores ya no pensaban en anexionarse territorio, toda la geografía americana había sido prácticamente explorada, salvo algunas excepciones. Se trazaban entramados urbanos, se levantaban catedrales, universidades, palacios y casas. Los cultivos se extendían por miles de hectáreas y una sociedad criolla emergente negociaba con Europa gracias a sus abundantes materias primas. Los yacimientos mineros proporcionaban al imperio español sustento necesario para acometer diferentes empresas bélicas y los barcos primigenios que abrieron las rutas hacia las Indias dejaban sus vetustas formas para dar paso a los nuevos y magníficos galeones.

Evidentemente, todo había cambiado tras casi setenta años de presencia española en América, pero aún quedaba un puntal por asentar en las Indias y ése se encontraba precisamente en el territorio más austral del continente. Ahora se precisaba que Buenos Aires se convirtiese en esa capital fuerte que pudiese mirar a España con la intención de mejorar las magníficas posibilidades de negocio que se estaban brindando en el cono sur americano. Era el momento para que un nuevo adelantado pusiera la guinda a la conquista española de América.

Juan de Garay, el último adelantado

Este personaje fundamental para la naciente Argentina nació en Orduña (Vizcaya) en 1528, si bien otros historiadores piensan que vino al mundo en el valle de Losa (Burgos). Con apenas catorce años de edad, se embarcó junto a su tío Juan Ortiz de Zarate —futuro adelantado del Río de la Plata— hacia Perú, en la armada del virrey Blasco Núñez de Vela. Participó en varias expediciones en la zona oriental de los Andes y, tras los diversos litigios por el control de la zona, se unió a Nuño de Chaves, junto a quien fundó Santa Cruz de la Sierra (Bolivia), ciudad en la que fue encomendero y regidor. En 1568 se estableció en La Asunción, donde fue nombrado alguacil mayor. Allí se le encargó buscar una salida al mar que facilitase el comercio no sólo a los habitantes de las riberas del Paraná, sino también a los pobladores del Alto Perú, de Chile y del noroeste de Argentina. Durante la expedición, el 15 de noviembre de 1573 fundó la ciudad argentina de Santa Fe.

Regresó a Asunción en 1576 convertido en teniente gobernador y capitán general de las provincias del Plata, nombramiento otorgado por el oidor de la Audiencia de Chuquisaca (Bolivia), Juan de Torre de Vera, casado con Juana, la hija del difunto Ortiz de Zarate y, por tanto, heredero del título de adelantado del Río de la Plata.

Sin embargo, el virrey del Perú, Francisco de Toledo, de quien dependía la provincia platense, nunca reconoció dichos cargos, pues el matrimonio de Juana Ortiz de Zarate con Juan de Torre de Vera no fue de su conveniencia, ya que él abrigaba otros planes. Mientras, la distancia geográfica hizo que nadie se entrometiera en el quehacer de Garay, quien a la postre actuó como un auténtico gobernador. En 1578 se le encomendó la repoblación de Buenos Aires, ciudad desierta tras el abandono ordenado por Martínez de Irala y que ahora se consideraba un emplazamiento fundamental para las comunicaciones marítimas con España.

Con cierto retraso, pues Garay tampoco desatendió sus obligaciones en Santa Fe y Asunción, organizó dos grupos expedicionarios, uno de ellos acarreando gran cantidad de ganado. El 29 de mayo de 1580, Garay encontró el emplazamiento ideal para refundar la ciudad en un promontorio un poco más al norte del lugar escogido por Pedro de Mendoza, siendo bautizada como ciudad de la Santísima Trinidad y puerto de Buenos Aires. El censo original de la población contaba sesenta y cuatro habitantes, de ellos diez españoles y el resto autóctonos. Garay fue designado gobernador del Río de la Plata, dedicándose desde entonces a trazar las líneas urbanísticas de la villa repoblada. Asimismo, realizó el reparto de encomiendas e inició obras para acondicionar el puerto, acciones que en definitiva sentaron las bases para el gran desarrollo comercial y humano de la capital

argentina.

Esta prosperidad creciente no pasó desapercibida para las flotillas corsarias —principalmente inglesas— que se habían constituido en el nuevo peligro que se cernía sobre las florecientes colonias españolas en América y, a tal fin, Garay empleó su tiempo en fortificar las defensas bonaerenses. Una vez superados todos los obstáculos Garay preparó la exploración de las tierras sureñas, sin dejar de pensar en que algún día encontraría la huidiza ciudad de los Césares: el último sueño, el último anhelo que aún restaba en el universo conquistador de América. Sin embargo, tras dos años de infructuosa búsqueda Juan de Garay sucumbió en un viaje a Santa Fe, víctima de un combate contra los indios, junto al lago San Pedro, cerca de las ruinas de Sancti Spíritus, el antiguo fuerte levantado por Sebastián Caboto.

Con él quedaba rubricado casi un siglo de presencia española en el Nuevo Mundo, tiempo en el que miles de hombres dejaron sus vidas en uno de los mayores empeños que viera la historia. La conquista daba paso a la colonización. Millones de kilómetros cuadrados de un paraíso perdido hasta 1492 habían sido explorados por los españoles y otros europeos. Aún quedaban por delante varias proezas dignas de ser contadas, enfrentamientos entre blancos y autóctonos, expansión por el norte del continente, sangre, mucha sangre derramada, pero también entendimiento, mestizaje y cultura que unieron dos mundos llamados a caminar juntos.

España permanecería más de cuatro siglos en América transmitiendo, al igual que hiciera Roma, sentimientos de civilización y urbanidad en los que todos se pudieron entender gracias al uso de una lengua común. Aquel impulso inicial abierto por Cristóbal Colón dio paso a millones de almas que buscaron en la fértil realidad americana consumir sueños de grandeza mediante descubrimientos, exploraciones y conquistas. Mientras los nativos, auténticos propietarios de la tierra, sufrían las injustas inclemencias de unos invasores extranjeros dispuestos a que nadie les arrebatase tan singular oportunidad de volver a empezar en un Nuevo Mundo.

APÉNDICE

LA CONQUISTA ESPIRITUAL DE AMÉRICA

Desde los primeros viajes colombinos existió por parte de la corona española el evidente afán de trasladar el espíritu de la reconquista peninsular a las nuevas tierras descubiertas más allá del Atlántico. La evangelización de América fue una de las constantes que impregnaron una de las mayores hazañas de la historia y, en consecuencia, cientos de sacerdotes, frailes y obispos acompañaron con sus cruces y textos sagrados a las espadas empuñadas por descubridores y conquistadores de las Indias Occidentales.

En efecto, España se abrió paso en el nuevo continente, no sólo con las armas, sino también con los aires religiosos emanados desde la península Ibérica y que pretendían convertir a la fe católica a millones de indios pobladores del Nuevo Mundo. Como es obvio, el choque cultural perjudicó a los autóctonos, aunque las autoridades eclesiásticas trataron desde el principio de salvaguardar la identidad primigenia de los nativos. Acaso el máximo representante de esa intención fue fray Bartolomé de Las Casas quien nació en Sevilla no en 1474, como se creyó a lo largo de mucho tiempo, sino diez años después, tal y como consta en la única declaración que sobre su edad nos dejó el propio interesado. Sus padres fueron Isabel de Sosa y Pedro de Las Casas, un mercader oriundo de Tarifa (Cádiz) y, según se cree, perteneciente a una familia judeo-conversa. El joven Bartolomé se desplazó a Granada, a principios del año 1500, para participar en las milicias sevillanas en el sofocamiento de la rebelión de los moriscos.

Se ha especulado mucho acerca de sus estudios y, en ese sentido, no consta que acudiera a ninguna universidad ni que poseyera el título de licenciado, siendo lo más probable que estudiara latín y humanidades en la escuela catedralicia de la capital hispalense. A principios de 1502, se embarcó, acompañando a su padre y a su tío, en la flota de Nicolás de Ovando, flamante gobernador de La Española. En dicho año parece que todavía no era clérigo, y sus intereses eran más económicos que religiosos, pues el muchacho actuó como un colono más, siendo minero y encomendero en Santo Domingo, además de colaborador en las guerras de Jaraguá y del Higüey. Asimismo, tuvo hacienda e indios en las orillas del río Janique.

En 1507, regresó al Viejo Mundo y marchó a Roma, donde recibió, ahora sí, las órdenes sacerdotales, aunque hasta 1510 no celebró su primera misa, que tuvo como escenario el poblado de Concepción de la Vega, en la actual República Dominicana. En la primavera de 1512, tras vender su hacienda, se unió a la conquista de Cuba, como capellán de la hueste, y recibió una buena encomienda

que atendió hasta 1514, momento en el cual sufrió su primera conversión, renunciando a los indios de su repartimiento por razones de conciencia, dado que, ya por entonces, estaba convencido de que debía «procurar el remedio de estas gentes divinalmente ordenado». No en vano, se sentía predestinado para esta misión.

De regreso a Santo Domingo, estableció contacto con los dominicos, y fray Pedro de Córdoba decidió enviar a Bartolomé, junto con Antonio de Montesinos, a España para denunciar los abusos que se daban en las encomiendas. Las Casas y Montesinos pudieron entrevistarse el 23 de diciembre de 1515 con Fernando el Católico, ya muy enfermo. También hablaron con el obispo Rodríguez de Fonseca que no les concedió mayor atención. Mejor suerte tuvieron al dirigirse al cardenal Jiménez de Cisneros y a Adriano de Utrecht, el futuro papa Adriano VI, con los que discutieron algunas soluciones, como enviar a Santo Domingo a tres frailes Jerónimos en calidad de gobernadores, asesorados por Las Casas, quien fue además nombrado «protector universal de todos los indios que allí moraban».

De regreso a La Española, en 1517, los Jerónimos entraron pronto en conflicto con los dominicos, motivo que obligó a fray Bartolomé a retornar a España. El 19 de mayo de 1520 obtuvo en La Coruña una capitulación para llevar a cabo un proyecto de colonización pacífica en la costa de Paria, actual Venezuela.

A principios de 1521 emprendió viaje con algunos colonos hacia San Juan de Puerto Rico. Su idea era establecer en Paria a los pioneros y propiciar de manera pacífica el acercamiento a los indios. Éstos conservarían su libertad a cambio de escuchar la predicación del Evangelio, sin mediar violencia ni obligación alguna, aceptando de grado la autoridad del rey de España. Sin embargo, este empeño fracasó y en 1521 tuvo que regresar a La Española.

Un año después, decidió ingresar en la orden de Predicadores, donde vivió su segunda conversión. La vida conventual le proporcionó tiempo para el estudio y la escritura de sus primeras obras, hasta que, en 1526, abandonó su convento dominico para establecer otro en Puerto Plata. En este tiempo ya había redactado algunos memoriales en los que se reflejaban dolorosas denuncias por el trato que recibían los indios a cargo de sus dueños blancos. A partir de 1531 comenzó a predicar en Puerto Plata contra los colonos españoles, los cuales consiguieron que sus superiores lo trasladaran a Santo Domingo, donde logró en 1533 la rendición del cacique Enriquillo, sublevado catorce años antes. A finales de 1534, fray Bartolomé y otros tres dominicos viajaron al Perú dispuestos a trabajar en defensa de los indios y fortalecer de paso las actividades de su orden, pero una serie de dificultades les impidieron llegar a su destino, quedándose durante un tiempo en Panamá, Nicaragua y México.

De allí fray Bartolomé pasó a Guatemala, lugar en el que residió poco menos de dos años y donde escribió otra de sus obras más importantes, la conocida en español como *Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera*

religión. En ese largo tratado la tesis central era que la única forma de promover la conversión de cualquier ser humano no era otra que la vía de la persuasión y jamás valiéndose de las armas o de cualquier otra forma de violencia. Proceder así sería una actuación «temeraria, injusta, inicua y tiránica».

Más convencido que nunca, se preparó para poner en práctica sus ideas, eligiendo para ello la zona de Tezulutlán, considerada hasta entonces como tierra de guerra en Guatemala. La entrada en la que se llamaría la Vera Paz implicaba para los conquistadores la prohibición expresa de internarse por aquel territorio virgen, ya que allí se efectuaba la conversión de los indígenas en los únicos términos posibles para atraer a todos los pueblos a la verdadera religión, por medio del diálogo y la persuasión.

En 1538 el padre Las Casas y su secretario el padre Rodrigo de Ladrada viajaron a México para participar en el capítulo de la orden dominica. Concluido éste, ambos se embarcaron con rumbo a España. Allí, a principios de 1540, Las Casas consiguió que se expidieran varias reales cédulas protectoras de los trabajos de su misión en Tezulutlán.

Por ese tiempo escribió su célebre *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, así como la obra que se conoce como *Los dieciséis remedios para la reformación de las Indias*. Residiendo en Valladolid, se entrevistó con el monarca Carlos I, el cual escuchó con suma atención las demandas del dominico, por lo que convocó de inmediato las famosas Juntas de Valladolid, en las que fray Bartolomé, según se dice, presentó su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* y los ya mencionados *Dieciséis remedios*. Consecuencia de lo que allí se discutió fue la promulgación, el 20 de noviembre del 1542, de las fundamentales *Leyes Nuevas*. En ellas se prohibía la esclavitud de los indios, se ordenaba además que todos quedaran libres de los encomenderos y fueran puestos bajo la protección directa de la corona. Por añadidura se dispuso que, en lo concerniente a la penetración en tierras hasta entonces no exploradas, debían participar siempre dos religiosos que actuaran como supervisores de que los contactos con los indios se llevaran a cabo en forma pacífica, dando lugar al diálogo que propiciara su conversión. En definitiva, un abrumador éxito para los postulados defendidos por Las Casas.

Al año siguiente, en marzo de 1543, el emperador presentó a fray Bartolomé ante el Papa como candidato idóneo al obispado de Chiapas. Disposición complementaria fue la de incluir dentro de los límites de su diócesis la región de Tezulutlán, donde se desarrollaba el proyecto de asimilación pacífica concebida por el dominico.

Consagrado obispo en la capilla del convento de San Pablo en Sevilla, se embarcó en julio de 1544 con rumbo a La Española, desde donde se dirigió a su diócesis en una travesía que lo llevó a desembarcar en Campeche. Establecido ya en Ciudad Real de Chiapas, quiso estar informado desde un principio sobre la

conducta de sus feligreses con los indígenas. Redactó entonces los doce puntos de su *Confesionario*, que publicaría más tarde con el título de *Avisos y reglas de confesores*. Al percatarse de la preocupante situación que se vivía en Chiapas, dispuso que ningún sacerdote pudiese absolver a quienes tuvieran indios esclavos, lo que provocó reacciones muy adversas. Finalmente, un enojado Las Casas excomulgó a los encomenderos y a todos aquellos que se oponían a lo dispuesto por él.

Posteriormente, se trasladó a México para participar en una reunión de religiosos que allí se celebraba. En dicha Junta tuvo un agrio enfrentamiento con el virrey Antonio de Mendoza, quien se negaba a discutir sobre la esclavitud de los indios, por lo que el terco dominico volvió a plantarse en 1547 ante la corte española en busca de apoyos para las tesis que defendía con tanto ardor. Sus infatigables gestiones dieron como resultado que, en julio de 1550, se convocara en Valladolid una reunión de teólogos, expertos en derecho canónico y miembros de los consejos de Castilla y de las Indias. El propósito no era otro sino debatir cómo debía procederse en los descubrimientos, conquistas y población en las Indias. Y como es obvio en este congreso confluyeron diversas corrientes ideológicas encarnadas en prestigiosos oradores que pronto se enzarzaron en duras discusiones. Acaso los principales ponentes fueron fray Bartolomé de Las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda. Este último sostenía que los indios, como seres inferiores, debían quedar sometidos a los españoles. Frente a él el padre Las Casas presentó su escrito sobre la *Apología*, texto clave en las discusiones. La Junta quedó inconclusa y por ello se emplazó para el año siguiente.

El padre Las Casas, decepcionado al no haberse tomado medida alguna sobre sus peticiones, optó por la renuncia de su cargo episcopal en Chiapas para volcarse en su particular lucha en defensa de los indios desde España. En estos años publicó algunas de sus obras y obtuvo cédulas reales en favor de los indios, en especial los que habitaban en Tezulutlán. En 1552 consiguió enviar nuevos misioneros a las Indias, mientras publicaba una serie de tratados, entre ellos la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, el *Confesionario*, *El tratado sobre esclavos* y otros que editaron en Sevilla.

Radicado en la capital hispalense, tuvo a su alcance la Biblioteca Colombina, en la que pudo consultar libros y manuscritos que le permitieron avanzar en la redacción de su *Historia de las Indias*, un trabajo emprendido en 1526 que vio la luz treinta años más tarde. Asimismo, pudo completar la redacción de *Apologética historia sumaria*, verdadero tratado de antropología comparada en el que, poniendo en parangón a las culturas indígenas con las de la antigüedad clásica, subrayó las virtudes y grandes merecimientos de los habitantes del Nuevo Mundo. Singular experiencia para Bartolomé fue encontrarse, de regreso a Valladolid, con un indígena caxcán de Zacatecas, llamado Francisco Tenamaztle. Éste había sido deportado a España por haber encabezado una rebelión en su tierra. Las Casas, tras escuchar a Tenamaztle, emprendió con él su defensa.

Se conservan interesantes documentos, varios suscritos por Tenamaztle, en los que éste daba a conocer al Consejo de Indias su situación y la de su pueblo, demandando justicia. Las Casas en esta actuación hizo aplicación de sus ideas al caso particular de Tenamaztle y los indios caxcanes de la lejana Nueva España. Doloroso debió de ser para fray Bartolomé enterarse más tarde de que, en 1558, los dominicos que trabajaban en la guatemalteca Vera Paz reconocieran la necesidad de aceptar el uso de las armas para someter a los indios de la región Lacandona y de Puchutla. Tal forma de proceder, a la que siguió en 1559 la iniciación de hostilidades en la región de Tezulutlán, significó el fracaso de una idea a la que tantos desvelos había consagrado.

Los últimos años de su vida los pasó en Madrid. Había concluido ya para entonces la *Historia de las Indias*. *Todavía* escribió varios memoriales, así como la obra que intituló *De thesauris*, en la que cuestionaba el supuesto derecho de propiedad, tanto de los tesoros derivados del rescate del inca Atahualpa, como de aquellos otros encontrados en los sepulcros o guacas de los indígenas. En febrero de 1564 redactó su testamento y todavía pudo escribir un memorial al Consejo de Indias reafirmando en todo lo que había expresado en defensa de sus queridos indios. El 17 de julio de 1566, este honorable dominico falleció en el convento de Nuestra Señora de Atocha, siendo enterrado en la capilla mayor de dicho recinto sagrado. Tiempo más tarde sus restos mortales fueron trasladados al convento dominico de San Gregorio, en Valladolid. Hoy día nadie discute que fray Bartolomé de Las Casas fue un auténtico adelantado en la protección, no sólo de los indígenas americanos, sino también de los derechos humanos.

A decir verdad muchos tomaron el testigo del padre Las Casas, siendo el caso más destacado el protagonizado por los combativos jesuitas. En 1540 el futuro San Ignacio de Loyola obtenía licencia papal para la fundación de la orden católica más viajera y emprendedora de la historia. Nacía de ese modo la Compañía de Jesús, y una de sus primeras tareas sería la expansión evangelizadora por el nuevo continente.

En tiempos de la conquista de América muchos fueron los objetivos que se fijaron las diferentes potencias intervinientes, uno de ellos, el de socializar de la manera más urgente a los pueblos indígenas, dado que su esfuerzo laboral se presumía fundamental en la edificación de los muros imperiales. La aportación de las diferentes órdenes religiosas y su impulso evangelizador contribuyeron de forma decisiva a esos fines. Las primeras oleadas de franciscanos, dominicos y mercedarios precedieron a la llegada de los jesuitas y, con éstos, una filosofía religiosa y cultural bien diferenciada de otros europeos que veían en América tan sólo una fuente inagotable de riqueza y honores sin reparar en los posibles perjuicios que se estaban ocasionando a los nativos americanos.

La Iglesia fue pionera en la denuncia de situaciones abusivas en el trato hacia el aborígen. En este sentido, el reino de España siempre procuró defender

los intereses indígenas, pero la enorme distancia entre la metrópoli y las nuevas provincias imposibilitaba, en buena medida, una justa aplicación de leyes y reglas.

Las encomiendas concedidas a los colonizadores y la explotación que éstos hicieron de los indios chocaron frontalmente con la idea de convivencia armónica que mantenían órdenes como la Compañía de Jesús, en contacto directo con un papado muy preocupado por cómo transcurrían los acontecimientos.

Los jesuitas protagonizaron casi dos siglos de vida religiosa en América. En la segunda mitad del siglo XVI iniciaron su expansión por el Nuevo Mundo: Perú, México, Brasil y Paraguay fueron territorios que, poco a poco, iban recibiendo a los viajeros de San Ignacio de Loyola.

Finalmente, en 1604, el Vaticano constituyó la región del Paraguay como una provincia religiosa bajo tutela jesuita. Esta zona incluía los territorios actuales de Chile, Argentina, Bolivia, así como partes de Paraguay y Brasil; más o menos el equivalente a nuestra Europa occidental. En ese momento se tomaron las medidas oportunas para el establecimiento de miles de jesuitas en una tierra difícil de dominar, con unos nativos atemorizados debido a los enormes impactos que estaban sufriendo por la acción del hombre blanco.

Los seguidores de San Ignacio llegaron al continente con un mensaje espiritual cuajado de esperanza y una promesa de vida mejor que pronto caló entre la población autóctona. Son los años del «cristianismo feliz» —como los bautizó el teólogo Muratori—, que quedó plasmado en el nacimiento de las «reducciones», auténticos símbolos de la presencia jesuita en América. La reducción era una comunidad que reunía las principales características de las dos culturas. Su configuración urbanística llamaba poderosamente la atención al favorecer la igualdad económica y social entre sus integrantes; en definitiva, una especie de comunismo católico supervisado por el paternalismo jesuita. El trazado incluía iglesia, edificios de administración o gobierno, plazas públicas y casas dignas para unos habitantes que trabajan para sí mismos, pero también dentro del colectivo. Todo esto bajo la supervisión de los cultos y refinados sacerdotes de San Ignacio que permitían el mantenimiento de las viejas tradiciones paganas en un camino claro hacia Dios, siguiendo el lema de su fundador: «La mayor gloria de Dios y bien de las almas».

El sincretismo religioso, la tolerancia y el trato justo provocaron que los otrora hostiles indios guaraníes se acercaran a las misiones jesuitas buscando refugio y mejores condiciones, en una huida constante de los opresivos portugueses y españoles. En las reducciones se trabajaba la mitad que en las encomiendas, lo que daba como resultado una sensación de libertad y el orgullo de laborar para uno mismo, con lo que se obtenían producciones óptimas que permitían progreso y calidad. Tanta prosperidad en régimen casi de independencia con respecto a las potencias dominantes alarmó a los más

reaccionarios, quienes veían en la Compañía de Jesús un enemigo abatir.

En los siglos XVII y XVIII se levantaron treinta y dos reducciones: su aspecto asemejaba el de fortificaciones militares, con empalizadas defendidas por bravos guerreros guaraníes, siempre dirigidos por los perseverantes jesuítas. Las misiones resultaban constantemente hostigadas por esclavistas, en esencia portugueses, que encontraban en estas comunidades obstáculos infranqueables para su crudo negocio.

Numerosas misiones fueron asaltadas y sus moradores masacrados ante la pasividad de los gobernantes locales; en el fondo los jesuítas se habían convertido en elementos demasiado incómodos para la expansión colonial. Y de forma maliciosa comenzaron a circular por las ciudades de Europa y América todo tipo de noticias relacionadas con el presunto poder social y económico que iban adquiriendo los jesuítas, con lo que muchos llegaron a pensar que se estaba gestando un «imperio jesuita» en América.

Las gotas que colmaron el vaso del rechazo fueron las guerras guaraníes, en las que los de San Ignacio tomaron parte activa del lado de los indios, lo que precipitó el esperado e inevitable final. En la segunda mitad del siglo XVIII naciones como Francia, Portugal o España encontraron las excusas necesarias para expulsar a los jesuítas de sus territorios.

En España el pretexto fue la presunta participación de la Compañía de Jesús en el famoso motín de Esquilache, argumentando los acusadores que se habían visto jesuítas entre la muchedumbre amotinada y que, además, habían prestado sus imprentas para publicar los panfletos que animaban al levantamiento en Madrid. La acusación explicó que con estas acciones los jesuítas pretendían destronar a Carlos III en el intento de situar a un monarca más proclive a los intereses de la compañía.

El 2 de noviembre de 1767 el rey de España firmaba la orden de expulsión de más de cinco mil jesuítas en España y América. Era el fin de una ilusión y el comienzo de unos años muy duros para unos hombres que sólo pudieron encontrar cobijo en los Estados Pontificios. Sin embargo, la presión internacional provocó que el 21 de julio de 1773 el papa Clemente XIV se viera forzado a firmar la disolución completa de la orden.

Mientras tanto, miles de indios guaraníes se diseminaban por sus selvas ancestrales, perseguidos por la civilización y sin que nadie pudiera protegerles de su inexorable destino.

Por fortuna, en 1814 la Compañía de Jesús fue rehabilitada, continuando desde entonces su inmensa obra en misiones y colegios esparcidos por toda la geografía mundial. No obstante, el sueño de las reducciones jesuítas jamás se volvió a levantar, convirtiéndose en un lejano recuerdo perdido en lo más

intrincado de las selvas amazónicas.

— oOo —

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

Albornoz, Miguel, *Orellana, el caballero del Amazonas*, Editorial Herrero, México, 1965.

Álvarez RUBIANO, Gonzalo, *Pedrarias Dávila*, CSTC, 1944.

Anderson Charles, L. G, *Vida y cartas de Vasco Núñez de Balboa*, Emecé, Buenos Aires, 1944.

Arciniega, Rosa, *Francisco Pizarro: biografía del conquistador del Perú*, Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1941.

ARTECHE José de, *Elcano*, Espasa Calpe, Madrid, 1972.

Avellaneda Navas, José Ignacio, *La expedición de Sebastián de Belalcázar al mar del Norte y su llegada al Nuevo Reino de Granada*, Banco de la República, Bogotá, 1992.

Ballesteros y Bereta, Antonio, *El cántabro Juan de la Cosa y el descubrimiento de América*, Diputación Regional de Cantabria, Santander, 1987.

barón Castro, Rodolfo, *Pedro de Alvarado*, Madrid, 1943.

Barras Arana, Diego, *Vida y viajes de Magallanes*, Futuro, Buenos Aires, 1945.

Barrault, Jean-Michel, *Magallanes. La Tierra es redonda*, Editorial Juventud, Barcelona, 1997.

Bataillon, Marcel, y Saint-Lu, André, *Las Casas y la defensa de los indios*, Ariel, Barcelona, 1976.

Benítez Vinuesa, Leopoldo, *Los descubridores del Amazonas. La expedición de Orellana*, Cultura Hispánica, Madrid, 1976.

Bennassar, Bartolomé, *El conquistador de lo imposible*, Temas de Hoy, Madrid, 2002.

Betanzos, Miguel, *Américo Vespucio*, Edhasa, Barcelona, 2002.

Burrieza, Sánchezjavier, *Los jesuitas en España y en el mundo hispánico*, Editorial Marcial Pons, 2004.

Campo, Santiago del, *Pedro de Valdivia, el capitán conquistador. Ensayo de una biografía interior*, Instituto de Cultura Hispánica, Madrid, 1961.

Castro Vega, Oscar, *La «ira de Dios»: Pedrarias Dávila*, Litografía e imprenta, San José de Costa Rica, 1996.

CEBRIÁN Juan Antonio, *La Cruzada del sur*, La Esfera de los Libros, 2003.

—, *Pasajes de la Historia II, Tiempo de héroes*, Ediciones Corona

Borealis, 2003. —, *Mis favoritos*, La Esfera de los Libros, 2005. Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la*

Nueva España, Editorial Castalia, 1999. Eyzaguirre, Jaime, *Ventura de Pedro de Valdivia*, Espasa Calpe,

Madrid, 1967.

Fernández-Armesto, Felipe, *Cristóbal Colón*, Edita ABC, SL,

Ediciones Folio 1991-2004. García Regalado, Juan Carlos, *Tierras de Coronado*, Editorial

Abraxas, 2001.

González OcHOA, José M^a, *Pizarro*, Acento Editorial, Madrid, 2002.

—, *Quién es quién en la América del Descubrimiento*, Acento Editorial, Madrid, 2003.

Lacalle, Carlos, *Noticias sobre Alvar Núñez Cabeza de Vaca, hazañas americanas de un caballero andaluz*, Instituto de Cultura Hispánica, Madrid, 1961.

Lacarta, Manuel, *El Loco del Amazonas*, Editorial Alacharán, Madrid, 1998.

Laffin, John, *Diccionario de Batallas*, Salvat Editores, 2001.

Las Casas, Bartolomé de, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Edición de André Saint-Lu, Editorial Cátedra, 1982-2003.

—, *Obras completas*, Alianza Editorial, Madrid, 1995.

León Portilla, Miguel, *Hernán Cortés y la Mar del Sur*, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1985.

Levillier, Roberto, *Américo Vespucio*, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1966.

Lucena Salmoral, Manuel, *Vasco Núñez de Balboa: descubridor del Pacífico*, Anaya, Madrid, 1988.

madariaga, Salvador de, *Hernán Cortés*, Espasa Calpe, Madrid, 1996.

Manzano Manzano, Juan, *Colón y su secreto: el predescubrimiento*, Cultura Hispánica, Madrid, 1992.

Méllate, Rolando y Villalobos, Sergio, *Diego de Almagro*, Universidad de Chile, Instituto Pedagógico, Santiago de Chile, 1954.

Menéndez Pereira, Octavio, *Núñez de Balboa*, Editorial Espasa Calpe, Madrid, 1975.

- MIRALLES Juan, *Hernán Cortés. El inventor de México*, Tusquets, Barcelona, 2001.
- Morales Padrón, Francisco, *Historia del Descubrimiento y conquista de América*, Editorial Gredos, Madrid, 1990.
- Muñiz, Mauro, *Orellana, el tuerto del Amazonas*, Aldebarán, Madrid, 1998.
- murga sanz, Vicente, *Juan Ponce de León*, Editorial Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1959.
- Núñez Cabeza de Vaca, Alvar, *Naufragios*, edic. y notas de Trinidad Barrera, Alianza Editorial, Madrid, 1985.
- Ojer, Pablo, *Antonio de Berrio, gobernador de El Dorado*, Universidad Católica Andrés Bello — Instituto de Investigaciones Históricas / imprenta Aldecoa, Burgos, 1960.
- Olaizola José Luis, *Juan Sebastián Elcano, Temas de Hoy*, Madrid, 2002.
- Otero Silva, Miguel, *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad*, Seix Barral, Barcelona, 1979.
- Prieto, Carlos, *El océano Pacífico. Navegantes españoles del siglo XVI* Alianza Editorial, Madrid, 1975.
- IBAMOS, Demetrio, *Audacia, negocios y política en los viajes españoles de descubrimiento y rescate*, Casa Museo de Colón — Seminario Americanista de la Universidad de Valladolid, Valladolid, 1981.
- RECINOS, Adrián, *Pedro de Alvarado, conquistador de México y Guatemala*, México, 1952.
- Ruiz, Helena, *La búsqueda de El Dorado por Guayana*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1959.
- Sáenz de Santa María, Carmelo, *Historia de una historia (la crónica de Bernal Díaz del Castillo)*, CSIC — Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, Madrid, 1984.
- Thomas, Hugh, *La conquista de México*, Planeta, Barcelona, 1994.
- Toribio Medina, José, *Descubrimiento del río Amazonas según la relación de fray Gaspar de Carbajal*, edición Estudios, Valencia, 1992.
- Uslar-Pietri, Arturo, *El camino de El Dorado*, Buenos Aires, 1947.
- Valdivia, Pedro, *Cartas de Pedro de Valdivia que traten del descubrimiento y conquista de Chile*, Biblioteca de Autores Españoles, vol. 131, Madrid, 1960.
- Várela, Consuelo, *Cristóbal Colón, Retrato de un hombre*, Alianza Editorial, Madrid, 1992.
- Zweig, Stefan, *Magallanes: El hombre y su gesta*, Juventud, Barcelona, 1994.

